

Contemporánea

DAVID
GROSSMAN

Tú serás
mi cuchillo



DEBOLSILLO

David Grossman

Tú serás mi cuchillo

Traducción del hebreo de
Ana María Bejarano

DEBOLSILLO

OceanofPDF.com

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks

@megustaleer



@megustaleer



@megustaleer

Penguin
Random House
Grupo Editorial

OceanofPDF.com

Cuando la palabra se convierta en cuerpo
y el cuerpo abra la boca
y diga la palabra que en ella se haya
creado,
abrazaré ese cuerpo
y lo acostaré a mi lado.

HAZI LESKLY,
«Lección de hebreo n.º 5»,
Los ratones y Lea Goldberg

YAIR

OceanofPDF.com

3 de abril

Miriam:

Tú no me conoces, y mientras te escribo ni yo mismo estoy muy seguro de conocerte. Y es que he intentado no escribirte, hace ya dos días que lo intento, pero ahora me he dejado vencer.

Te vi anteayer en la reunión de antiguos alumnos; tú a mí no me viste porque me mantuve en un rincón apartado, puede que en un ángulo muerto para ti. Alguien pronunció tu nombre y unos chicos te llamaron «señorita». Estabas con un hombre alto, tu marido, por lo visto. Eso es todo cuanto sé de ti, y hasta me parece demasiado. No te asustes, no quiero citarme contigo ni interferir en el normal transcurrir de tu vida, pero desearía que aceptaras recibir cartas mías. Es decir, poder hablarte de mí (de vez en cuando) por escrito. No es que mi vida sea demasiado interesante (no lo es, aunque no me quejo), pero quiero entregarte las cosas que no tengo a quien entregar. Me refiero a las cosas que ni siquiera sabía que podían darse a alguien de fuera o tan siquiera quererse dar. Ni que decir tiene que esto no te obliga a nada, no necesitas responder (y estoy casi seguro de que no me vas a contestar), pero por si de todas formas fueras a querer alguna vez dar señales de que lo lees, voy a anotar en el remite el número del apartado de correos que he contratado esta mañana destinado exclusivamente a ti.

Si fuera necesario dar explicaciones, entonces no merece la pena y ni siquiera tendrías que responderme, porque por lo visto me he confundido de persona. Aunque si eres tú la que vi allí, la que te rodeabas el cuerpo con

los brazos y llevabas pintada una sonrisa medio rota, entonces creo que lo vas a entender.

YAIR W.

7 de abril

Hola, Miriam:

¡Desde la llegada de tu carta no hago nada, soy incapaz, ni trabajo ni vivo; me limito a dar vueltas a tu alrededor rugiendo tu nombre para mis adentros, y si ahora estuvieras aquí, te abrazaría con todas mis fuerzas hasta destrozarnos juntos con todo lo que siento por ti en este momento (no te preocupes, que no soy demasiado fuerte), y prometo además responder a todas las preguntas que me has formulado, ya que te mereces las respuestas más sinceras por lo que has escrito y por el simple hecho de haberme contestado! ¡Por haber aceptado! Por no haberte asustado de mi dudosa carta suicida (dos círculos profundos de las marcas de los dientes me han quedado de ella en la parte interior de las mejillas), pero primero, antes que nada, tengo que contarte cómo nos conocimos *de verdad* (¡me has contestado!, ¡y en un solo día!; no te has reído de este loco que de repente se ha plantado delante de ti), y no me refiero a nuestro encuentro en el instituto hace una semana, porque eso pertenece a la realidad, y ¿qué tenemos nosotros que ver con ella? ¿Qué lugar va a estar dispuesta a cedernos?

¿Por dónde empezar? Si se pudiera empezar por todas las cosas a la vez, y después la sensación esa de que cada palabra está de repente repleta de letras de más, ¿verdad? Que alguien en la punta del bolígrafo convierte el hebreo en francés... No me imaginé lo complicado que sería explicar y

descomponer este sentimiento en palabras. Has escrito que te he recordado mucho al muchacho de las botas de las siete leguas. Ojalá, ya lo creo, ojalá pudiera saltarme de un golpe la fase de las explicaciones, la de la lógica, y que ya lo supieras todo, al instante, que me recibieras todo entero, encontrarme contenido en ti, abrir los ojos y verte sonreír frente a mí diciendo, de acuerdo, podemos empezar. (Lo dejo aquí. Tengo la sensación de que cualquier palabra que añadiera lo estropearía todo. Ahora te toca a ti.)

YAIR

7 de abril

(Solo unas palabras más.) La he enviado, he vuelto, pero no me he quedado tranquilo, aunque ¿quién quiere tranquilizarse, en realidad? Eh, Miriam, no hagas caso del necio que desde esta mañana sonríe sin control y que de pura felicidad quisiera ahora, al instante, desnudarse y despojarse incluso de la epidermis y de todo lo demás para plantarse ante ti en su desnudez hasta la mismísima pepita blanca de su alma. Ojalá supiera pintar, rebuznar, relinchar, ladrar, hasta silbarte lo que bulle en mí (y eso me recuerda que con aproximadamente veinte años intenté alcanzar la perfección espiritual a lo laico, de manera que me propuse que por lo menos una vez a la semana me sentaría en el autobús detrás de una mujer solitaria, preferiblemente, claro está, de una viuda vestida de luto, aunque no debía ser demasiado selecto, y sin que me viera silbarle muy bajito al oído una melodía llena de amor que se infiltrara por entre los pliegues más recónditos de ella hasta llegar a tocar todo lo que se encontrara adormecido, desesperanzado, endurecido)...

No, a mí el desconocimiento mutuo que hay entre nosotros no me asusta en absoluto. Al contrario, naturalmente que al contrario; porque, dí, ¿qué puede haber más atractivo y loco que la posibilidad de dar algo muy valioso, lo más valioso de todo, un secreto, una debilidad, o pedir un favor completamente descabellado como el que yo te he pedido a ti y depositarlo en manos de un completo desconocido? (¡Precisamente un desconocido!) Y torturarse luego de pura vergüenza y horror por haberse dejado tentar por esta ilusión tan pura, por haber sido capaz de mendigar hasta tal punto, y así durante tres días y tres noches, minuto a minuto, como si me encontrara en el interior de un calabozo, o de una trampa, y entonces, cuando he estado a punto de renunciar, por lo descabellado que todo esto me parecía, contento del fracaso, embotado y taciturno, de repente, tu blanca mano.

Mira, puede que ni siquiera te des cuenta de por qué me emociono tanto, pero tu cálida y resplandeciente carta, y especialmente la posdata del final, una sola línea, en realidad, de verdad que ha sido para mí como si vinieras a tomarme de la mano para sacarme de las sombras hacia la luz, así es como me he sentido, como si me dieras la mano y me ayudaras a cruzar hacia la claridad, y con toda sencillez, como si fuera completamente natural que alguien haga una cosa así por un extraño.

(Y ahora, una oleada de frío. Precisamente ahora, justamente en este momento, ¿por qué? ¿Porque todo va bien? Una oleada de frío que me sube desde el vientre, como un puño helado que se cierra redondo debajo del corazón: te lo presento.)

Ojalá que lo entiendas; de verdad que solo hablo de cartas, no de citas, nunca de algo físico, nada que tenga que ver con la carne, contigo no, lo he visto tan claro después de tu carta: las palabras bastan. Porque si estuviéramos cara a cara lo echaríamos todo a perder dejándonos llevar por sendas ya trilladas. Y por supuesto que el secreto es absoluto, nada de

contárselo a nadie, no vaya a ser que nuestras propias palabras se vuelvan contra nosotros desde fuera. Que solo mis palabras se encuentren con las tuyas y que sintamos cómo poco a poco el ritmo de nuestra respiración se va aunando. Me fatiga tanto escribir así; no se trata de un cansancio corriente, pero cada tantas líneas siento la imperiosa necesidad de detenerme, de respirar profundamente y de serenarme.

Ya es de noche. He hecho una pausa. Para volver un poco en mí. Hace exactamente diez horas que encontré tu sobre blanco en el buzón, con mi nombre por un lado y el tuyo por el otro (quizá no me hubiera hecho falta más que eso para empezar). Y en el interior, en media página (¿no has tenido más tiempo?), tu respuesta. En un primer momento no conseguía entender lo que estaba leyendo. Ha sido como si del interior de cada palabra, incluso desde la más irrelevante, me llegara un destello cegador, como el que tiene la palabra «yo» si se profundiza en ella, un instante de comprensión para después dar paso a una penumbra oscura que se va extendiendo desde el centro absorbiéndome hacia su interior, y cuando he llegado a la posdata, al agradecimiento por mi regalo inesperado (¡encima me das las gracias!) y a lo de tu corazón que se ha llenado repentinamente de nostalgia por cuando eras pequeña.

¿No es verdad que no hay nada que decir en un momento así? ¿Que lo principal ya ha sido expresado?

Aunque mira, leí una vez un pensamiento de nuestros sabios rabinos que dice que hay en el cuerpo un huesecillo en el extremo superior de la columna vertebral, «Luz» lo llaman, un hueso que resulta imposible de destruir, que no se descompone tras la muerte ni el fuego lo consume, y que será a partir de él del que empezará nuevamente a ser creado el hombre

cuando la resurrección de los muertos. A raíz de eso ideé un pequeño juego que consistía en adivinar cuál era el «Luz» de mis conocidos, qué sería lo último que quedaría de ellos, lo indestructible a partir de lo cual volverían a ser creados. Por supuesto que también busqué el mío propio, aunque nada de lo que se me ocurría cumplía con todos los requisitos, así que dejé de preguntar y de buscar desde la seguridad de que mi huesecillo indestructible no existía, hasta que te vi en el patio del colegio y de repente aquel pensamiento despertó de entre los muertos y junto con él acudió a mi mente el pensamiento descabellado y dulce de que quizá ese huesecillo mío no se encontraba en mí sino en otra persona.

7 de abril

Sí, vuelvo a ser yo. Un poco antes de la media noche. Es la tercera de hoy, pero no temas, porque no tienes ni idea de las muchas cartas que no te he enviado hoy, y es que se trata de nuestro primer día en común, el día en que ha llegado tu carta y yo te he contestado, y mientras no llegue otra carta tuya puedo creer que me lees tal y como te escribo, en un duermevela, entre quimeras (hoy en el trabajo andaba con pasos de baile) y así puedo susurrarte agua,* agua, con un hilillo de voz, y es que esta se me debilita cuando pienso en ti, derrama agua sobre mí, no sé por qué, puede que por el agua que hay en tu nombre o porque no hay fecundación sin fluidos y siento, con todo el cuerpo lo siento, que los dos necesitamos mucha agua a nuestro alrededor, cascadas y ríos, simplemente para empezar a existir.

¿Que exagero? ¿Que me he dejado llevar? Te he notado replegarte (de veras: tu cuerpo ha hecho una mueca), ¿o puede que te haya dicho una palabra especialmente hiriente? Tienes que guiarme, explicarme dónde te

duele, en qué punto hay que ir con cuidado. ¿O es que sencillamente hoy te he desbordado hasta fatigarte?

Porque lo que es a mí me desgasta mucho escribirte, ya te lo he dicho. Nunca me he sentido tan débil por escribir. Cinco, diez líneas, y todo empieza a darme vueltas. Por otro lado me resulta agradable, porque me recuerda la sensación como niño de la primera salida a la calle tras una larga enfermedad. Mira, ¿y si decidimos de antemano que esta no va a ser una relación epistolar demasiado larga? ¿Y si lo dejamos, por decir algo, en un año? ¿O hasta que nos resulte insufrible de puro placer? Porque si ahora mi cuerpo está diciendo la verdad, y el cuerpo, como es sabido, no miente...

¿No? ¿Que no miente? ¿Y cuántas veces he mentido con el cuerpo? ¿Cuántas veces he abrazado, besado y cerrado los ojos con un suspiro mientras terminaba triunfal aunque sin sentir nada especial?

¿Y tú? ¿Cuántas veces?

Miriam, si lo que ahora siento por ti es verdad, entonces puede que incluso un año suponga demasiado tiempo para ambos. No seremos capaces de resistir un período tan largo y además sembraremos la destrucción en todo lo que nos rodea y me parece que los dos tenemos cosas que perder ahí fuera, así que he estado pensándolo y se me ha ocurrido una idea, porque puede que sea algo idiota decidirlo de antemano. Nos podemos fijar una fecha o esperar a que algo concreto suceda en el mundo, algo que quede al margen de nosotros y que nos sea completamente indiferente, pero que aun así sea nuestra señal privada en el calendario. ¿Qué dices a eso? ¿Te tranquiliza algo (te proporciona, en cierto modo, un margen en el que moverte)? Así sabremos también con antelación que la despedida no va a depender de una decisión nuestra y que estamos obligados a llegar a todo antes de que la señal se produzca. ¿Serlo todo o no ser nada? ¿Qué opinas?

Has vuelto a alejarte, de repente te has mostrado fría y distante. Está

bien, ya sé que acabo de escribir tanta tontería; según parece, he acabado con nuestra relación cuando ni siquiera había comenzado, pero espera, ¡no tomes ninguna decisión que me perjudique! Escúchame: lo más fácil para mí ahora sería arrancar esta hoja y volverte a escribir sin estas tristes líneas, para no perderte ni por un solo instante.

¿Lo ves?, la carta sigue estando tal cual. Tal y como estaba. Sin una sola tachadura. Porque desde el momento en que me has contestado, he decidido que todo lo que me suceda por ti te pertenece. Lo que quede anotado en mí, queda también anotado en ti. Cualquier pensamiento, voluntad, deseo y temor, cualquier criatura recién nacida, feto o aborto que se produzca en mí por tu causa serán el alma misma de mi contrato contigo y con nadie más que contigo, de manera que renuncio por la presente a cualquier maquillaje seductor, a cualquier autocensura, y por encima de todo, al derecho a la autodefensa.

(Qué liberación el solo hecho de escribir estas palabras.) Pero resulta que ahora acabo de leer lo que he escrito.

Ojalá pudiera escribirte de otro modo, ojalá fuera un hombre que te escribiera de manera diferente. Tantas palabras henchidas. En realidad, hubiera podido haber sido de lo más simple, ¿no? Podría ser algo así como: «Dime, pequeño, ¿dónde te duele?». Así que cierro los ojos, los aprieto con todas mis fuerzas y escribo deprisa: ojalá que dos completos desconocidos logren vencer su desconocimiento, el poderoso y determinante principio del desconocimiento, que venzan a toda la cebada cúpula del Kremlin que todos tenemos aposentada en las profundidades del alma y que seamos como dos seres que se han inoculado a sí mismos el suero de la verdad, de manera que se vean obligados a expresarla finalmente, la verdad, quiero

poder llegar a decirme «Con ella he dejado manar la verdad», sí, eso es lo que deseo, que tú seas mi cuchillo, y entonces el tuyo lo seré yo, te lo prometo, un cuchillo afilado pero que actúe con clemencia, que es una palabra tuya, porque lo que es yo ni siquiera sabía que estuviera permitida, y suena tan delicada y suave, una palabra sin piel (si se la repite unas cuantas veces en voz alta se llega a tener la sensación de tierra salada y resulta muy duro cuando el agua empieza a infiltrarse por sus rendijas). Estás cansada, así que me obligo a decirte buenas noches.

YAIR

12 de abril

Miriam:

Lo sabía, no digas que yo no lo sabía y que no me había puesto sobre aviso.

¿De verdad que es eso lo que has sentido? Pero ¿hasta ese extremo ha sido?

Bueno, pero te imaginarás que tampoco para mí ha resultado agradable encajarlo. Dar con una mano y recibir a dos manos. Sherezade y el tonto del sultán unidos y entrelazados juntos... esta mañana ya no lo he podido resistir más y me he vuelto a enviar, y urgente, la primera tuya.

Pero lo comprendes, ¿verdad?, que lo he hecho por puro miedo. Que después de haber logrado sujetarte por la manga y retenerte por un momento junto a mí, se haya evaporado la poca magia de la que he disfrutado y de pronto he sido consciente de que ya nunca gozaré de una segunda oportunidad, así que estás obligada, tienes que creerme si te digo

que yo solo me revelo tal y como soy tras una segunda mirada, o quizá una tercera, pero que de ninguna manera soy tal y como me ves ahora.

Por eso, Miriam (tienes un nombre cálido, desbordante, duro y tierno a la vez), quédate conmigo un poco más, solo hasta que se me pasen estos espasmos involuntarios que padezco. Puedes, entretanto, anotarme otras pequeñas y desesperadas observaciones en tu diario, pero permíteme quedarme mientras mantienes esas sonámbulas conversaciones contigo misma, con Ana (¿una amiga tuya?), con tu gata y con tus perros, y además puede que yo no lo tenga todo perdido con respecto a ti, porque a pesar de todo te has preguntado, creo que con sincera preocupación, qué es lo que tanto me asusta y cómo es posible que alguien que se haya atrevido a pedirle algo tan grande a la vida, le tenga a la vez tantísimo temor.

Explícamelo tú, te lo pido.

¿Quieres que te diga cuántas veces he leído tus dos cartas? ¿Te quieres reír? Durante todas y cada una de las horas del día y de la noche, entre susurros y en voz alta, inmerso en el agua ardiente de la bañera, junto al gas del fogón de la cocina, en plena reunión de trabajo, ahí con el ceño bien fruncido, para dar la sensación de gravedad, rodeado de diez personas. Mis ridículos intentos de estar contigo en todo momento y en todos mis estados de la materia, como por ejemplo en los servicios de la estación central de autobuses de Jerusalén. A propósito he ido allí hoy por la tarde, para que los dibujos pornográficos y los groseros grafiti se mueran de vergüenza al oír tus sinceras palabras. ¡Cómo escribes! De verdad, incluso cuando te sientes decepcionada: sin triquiñuelas ni falsedad, hasta sin guardarte las espaldas, así, inspirando confianza, sin tan siquiera conocerme.

¿Que cuente algo más acerca de mí? ¿Qué puedo añadir?

Algo en tu forma de escribir me ha recordado que una vez pensé en enseñarle a mi hijo un lenguaje secreto. Aislarlo deliberadamente del

mundo hablante y mentirle desde el nacimiento para que creyera exclusivamente en el idioma que yo le daría. Y que fuera una lengua *misericordiosa*. Lo que quiero decir es que lo llevaría de la mano y que llamaríamos a todo lo que él viera con unos nombres que le ahorraran el sufrimiento. Que, por ejemplo, jamás llegara a comprender que la guerra existe, que las personas se matan y que eso rojo es sangre. Una idea un tanto manida, ya lo sé, pero me gustaba imaginármelo pasando por la vida con una sonrisa inocente y llena de seguridad, el primer niño iluminado.

No tengo ni que decirte lo feliz que me sentí cuando empezó a hablar, porque seguro que tú misma recuerdas la maravilla de que un niño empiece a darle nombre a las cosas. Y a pesar de ello, cada vez que aprendía una palabra nueva, una palabra que al mismo tiempo era un poco «de ellos», de todos, incluso su primera palabra, una palabra tan bonita como es «luz», el corazón se me encogía un poco, aunque fuera muy poco, porque me quedaba pensando, quién sabe lo que estará perdiendo para siempre en este momento y qué infinidad de clases de resplandor habrá notado, visto, saboreado y olfateado antes de comprimirlas todas en esta cajita que es la palabra «luz», con esa zeta en el extremo, como un interruptor para apagarla. ¿A que me entiendes?

Sí. Naturalmente que comprendes lo que es ese levísimo vuelco del corazón. Puede que incluso seas una humilde experta en ello, una experta a tu manera. Con solo mirarte una vez fui capaz de darme cuenta de ello. Y yo también, según parece, he logrado acongojar y atormentar tu corazón en no poca medida.

Pero ¿hasta tal punto ha sido? ¿Como si hubieras perdido un bien muy preciado y ansiado justo un instante antes de alcanzarlo?

Cuéntame, por lo menos, qué era esa cosa tan valiosa (para que sepa qué es lo que me he perdido).

16 de abril

Por supuesto que tienes razón y que merezco el rapapolvo (aunque por un momento no haya creído que estuvieras hecha de palabras). ¿Quién hubiera imaginado que también pudiera haber en ti un sarcasmo tan fino, tan amargo e hiriente? En tus hombros y espalda, sin embargo, lo vi insinuado, había ahí algo agazapado, incluso como en guardia, como si estuviera preparado para el próximo golpe, ¿me equivoco?

¿O es que es ahora, por mi culpa? Dime, ¿soy yo el que te crispa de esta manera? Lo reconozco tan bien en mí mismo, que ojalá que en ti no...

Óyeme: hoy, frente al trabajo, en la zona industrial, a media mañana, en el momento de máxima luz, había un ciego sentado en la parada del autobús. Tenía la cabeza gacha y el bastón entre las rodillas apretadas. Ha llegado un autobús y otro ciego ha bajado de él, y cuando este ha pasado por delante del que estaba en la parada los dos se han erguido repentinamente y las dos cabezas se han movido a la vez. Yo he permanecido allí de pie sin moverme. Después los dos han tanteado el aire, se han descubierto y por un momento se han aferrado el uno al otro, como petrificados. Eso habrá durado un segundo, no más, en medio de un completo silencio, para al momento soltarse y separarse, pero a mí se me ha puesto la piel de gallina, como si mi cuerpo entero pronunciara tu nombre, y he pensado para mis adentros: ¡eso es!

Así que ven, acércate a mí, porque te quiero dar algo auténtico, íntimo, no huyas, no te retraigas, algo muy íntimo, lo contrario de lo «anónimo» que me lanzaste cuando me contestaste como en un juicio de campaña desde tu terraza (un pétalo morado quedó atrapado entre la cuartilla y el

sobre hasta marchitarse justo sobre las palabras «intimidad anónima», emborronando ambas), así que sé fuerte, Miriam, porque dijimos que todo o nada.

Cuando mi mujer y yo empezamos a salir juntos, hicimos una excursión de sábado por la mañana al monte Carmelo y anduvimos por un estrecho sendero del bosque. Era muy temprano, poco después del amanecer, y hablábamos y nos reíamos, hasta el punto de que yo, que normalmente desprecio lo que se ha dado en llamar la belleza de la naturaleza, no pude asimilar por más tiempo la maravilla que nos rodeaba y de repente me quité toda la ropa y me puse a correr desnudo entre los árboles, gritando y bailando. Maya (llamémosla Maya entre nosotros, y te invito a que también tú escojas los nombres que te parezca para tus seres amados) se detuvo asombrada. Puede que solo sintiera cierto rechazo, porque era la primera vez que me veía sin ropa a la luz del día, aunque tampoco es que a oscuras mi desnudo sea de lo más seductor, de manera que la oí llamarme muy bajito mientras me pedía que me detuviera, pero yo ya estaba como ebrio, de manera que brincaba a su alrededor como en una especie de enloquecido baile de cortejo que debía de resultar, me imagino yo, bastante ridículo. Le insistí para que se uniera a mí y hubo un momento en el que noté que sí quería, ¿sabes?, y es que antes yo nunca había querido bailar con ella en las fiestas, ni delante de nadie, mientras que justamente estando desnudo sí me veía capaz de hacerlo: me apetecía bailar, imagínate, desnudo, así que seguí bailando, estremecido de pura felicidad. Puede que resulte imposible no estar guapo cuando se es feliz, así que Maya estuvo a punto de dejarse llevar. Noté cómo se veía arrastrada hacia mí hasta casi quedar arrancada de sí misma, pero en el último momento no fue así. ¿Por qué el policía de tu

sueño te dijo que pusieras una denuncia contra mí por escribirte cartas de intimidación?

(Y de qué manera me devolviste la vida cuando le dijiste a ese idiota metomentodo que las cartas lo que ante todo te parecían eran de intimidación para conmigo mismo y que quizá era precisamente por eso por lo que sigues en esto.)

En el bosque bailé. Ojalá hubiera podido hacerlo durante todos estos años, bailar así. Bailé porque misteriosamente no me asaltó esa duda, la oleada de frío, es decir me asaltó, claro que sí, porque en mí la maquinaria funciona sin fallo alguno y la ampolla del veneno se me inyecta en el flujo sanguíneo en cuanto siento el corazón henchido de felicidad, pero esta vez bailé sin parar, no sé por qué, quizá porque notaba que por fin estaba cometiendo el mejor error que podía cometer; y aunque Maya ya se había dado la vuelta y se había marchado a sentarse en el coche, yo era incapaz de dejar de correr entre los árboles bailando, mientras el aroma de los pinos se hacía tan fuerte, estando desnudo, que se me saltaban las lágrimas, y los ruidos que había a mi alrededor me envolvían, el de los pájaros, unos ladridos lejanos, el zumbido de los insectos, y olía a tierra, a profundas cavernas, a la ceniza de las fogatas del verano, de manera que me sentía como si se me hubiera desprendido una gigantesca catarata que me hubiera estado cubriendo por completo empañándolo todo, y fue solamente después de que literalmente me desplomara exhausto, cuando recogí la ropa y regresé al coche; ella estaba muy pálida, no me miraba y me pidió que me vistiera porque podía llegar alguien y además era mejor que nos volviéramos a casa enseguida ya que sus padres nos esperaban para desayunar. Entonces, de repente, se le quebró la voz y estalló en sollozos, y también yo me puse a sollozar, porque comprendí que aquello era el final de nuestro joven amor y pensaba que no podría soportar separarme de ella

porque nunca había amado a nadie de esa manera, con alegría y sencillez, tan sanamente como la amaba a ella, mientras que desde ese momento, como siempre, ya desde el principio, mostrándome tal y como era, lo había estropeado todo.

Así es como nos quedamos sentados en el coche completamente ensimismados en nuestro propio llanto, ella vestida y yo desnudo, hasta que ese mismo llanto nos fue acercando un poco, nos relajó y nos hizo reír, así que empecé a vestirme mientras ella me ayudaba, me fue poniendo prenda tras prenda, me abrochó los botones y me dobló las mangas, mientras yo no dejaba de besarla y de lamerle las lágrimas, porque ya había empezado a comprender que ella lloraba por mí, pero que no iba a dejarme, que me tenía lástima pero que se quedaba, así que el corazón se me desbordaba de agradecimiento porque sabía que nunca más iba a hacerle a ella algo así, de manera que decidí que la defendería de mí mismo desde ese momento y para siempre, porque ella no podía estar desprotegida en un mundo en el que me encontrara yo comportándome de esa manera. Bañada en lágrimas se rió mientras me decía casi lo mismo, que para protegerla de mí lo único que yo tenía que hacer era quedarme con ella para siempre, y aunque lo dijo medio en broma, aquello no dejaba de encerrar una gran verdad, hasta el punto de que suponía el destino lógico de los dos como pareja, porque tú misma sabes que esa es una lógica que a veces se manifiesta a las parejas solamente después de toda una vida en común (vi al hombre con el que estabas, o al lado del que estabas), pero nosotros, por algún motivo, ya nos dimos cuenta de ello desde el primer momento.

Mira por dónde, llevo años sin pensar en ese momento. Siempre me ha repugnado recordarme a mí mismo bailando así, de modo que el resto también se me había ido borrando de la memoria. Porque la verdad es que no éramos más que unos niños asustados, aunque a pesar de ello fuimos

capaces de establecer en un instante un complicado pacto para toda la vida que nos mantendría para siempre en guardia, y ahora me sorprendo al entender que en un segundo dirigimos los haces de nuestras miradas de tal forma que desde ese momento en adelante abarcaran solamente el ángulo necesario como para garantizar que nuestro amor vencería siempre y a cualquier precio, un precio que también establecimos, para después no volver a hablar de ello, nunca, porque ¿cómo va a poder uno, de repente, ponerse de nuevo a hablar de algo así a mitad de la vida?, dime.

Dímelo.

No tendría que habértelo contado, ¿verdad? ¿Qué tienes tú que ver con la vida matrimonial de un hombre a quien ni tan siquiera has visto? Ya noto el frío glacial del error. De nuevo el error del bufón, seguro que es eso lo que estás pensando, este hombre lanza al aire de una sola vez todo lo que tiene dentro y, como es natural, todo queda desparramado a su alrededor por el suelo. No importa, a la gente le gustan los payasos, eso es lo que me enseñaron mis dos principales educadores (pero esfuérzate también por pensar que yo, supongamos, soy el hombre de la cara quemada que a pesar de ello decide que va a entrar en esa sala llena de gente). Puede que en tu opinión lo que yo tendría que haber hecho es esperar un poco hasta sacar a la luz esta historia, ¿aguardar a conocernos un poco mejor? Yo también opino lo mismo, pero contigo no hago las cosas según mi opinión, sino exclusivamente siguiendo una absoluta falta de juicio, además de que tampoco quiero esperar, porque mi tiempo y el tuyo juntos son uno solo, un tiempo circular en el que cada uno de sus puntos se encuentra exactamente a la misma distancia del centro, así que no me disculpo si te he hecho llorar, porque aquí no se trata de mantener entre nosotros una conversación de salón. Contigo borrar es un asesinato, así que todo lo que he dicho hasta aquí ha sido sin ninguna mala intención y no lo voy a tachar.

16-17 de abril

Soy incapaz de dormir. Ojalá pudiera saber ya lo que vas a sentir cuando recibas la carta de la mañana y si acaso vas a seguir escribiéndome después de ella. Estoy prácticamente convencido de que no. Pensarás que he sido un grosero al contarte ese tipo de cosas de mi vida. A pesar de ello, estoy contento de haberla enviado. Con todo lo que he llegado a torturarme a lo largo del día. Tienes razón al decir que en realidad lo que busco es alguien con quien compartir un viaje imaginario, pero te equivocas de pleno al escribir que posiblemente no necesite para ello una compañía real. Muy al contrario te diré que sí necesito una compañía real para ese viaje imaginario. Al escribir ahora estas palabras, el corazón me late en el pecho de una manera completamente real. En realidad, cada vez me sucede más a menudo, que siento auténticas palpitaciones cuando dejo volar la imaginación. Como ahora mismo, que el corazón me está batiendo con fuerza.

¿Sabes que existe un pájaro al que si se le toca el pecho, aunque sea muy suavemente, el corazón deja de latirle y muere? Con ese pájaro no puede uno hacer ni el más mínimo movimiento en falso, porque el más leve error le envía un ligero impulso al corazón y este sencillamente deja de latir. ¡Si pudiera comprarme un pájaro de esos! O mejor, dos. No: toda una bandada de ellos. Los dejaría revolotear por encima de lo que te estoy escribiendo para que fueran detectores vivientes de mentiras, como los canarios que detectaban las fugas de gas en las minas. Imagínate la escena: una palabra falsa, inexacta, grosera o simplemente indiferente; y cae un pájaro muerto sobre la cuartilla. Imagínate cómo escribiría entonces. Ah, a propósito, se me había olvidado decirte que me has ofendido al pensar que es posible que te haya confundido con otra que pudiera haber visto esa noche. Y todavía

me ha ofendido más que tanto te costara decidir si prefieres que me haya confundido de persona o no.

Pero ¿sabes en qué momento he sentido realmente una punzada en el corazón? Cuando, para asegurarte, te has descrito reduciéndote a prácticamente una sola frase y, además, entre paréntesis («bastante alta, pelo largo, ondulado, indómito, gafas...»).

Si esto es así, si de verdad te ves a ti misma entre paréntesis, por lo menos deja que yo también me cuele en él mientras el mundo entero permanece en el exterior. Que el mundo se limite a ser el factor que queda fuera del paréntesis y que nos multiplica a los dos.

Y.

P.D.: A pesar de todo, aunque no nos vaya muy bien y la situación esté siendo difícil desde el principio, tengo que decirte algo, y es la manera en como se me dilatan las pupilas cuando veo una palabra tuya en otro lado, hasta cuando me topo con ella en el periódico, o en un anuncio... Y es que hay palabras que son tan claramente tuyas, improntas de tu alma, que en todas las demás personas me suenan como adornos del habla o simples piezas auxiliares del idioma, no más, y es que hasta conocerte a ti no me imaginé que encontrarme con la forma de expresarse de un extraño pudiera producirme una conmoción tan fuerte como el primer contacto con su cuerpo, su olor, la textura de su piel, su cabello y sus lunares, ¿también a ti te ha pasado lo mismo?

21 de abril

Pero ¿cómo voy a hacer que nos encontremos tú y yo? ¿Cómo voy a darnos

cita? Ha llegado una carta tuya que yace sobre la mesa. Pálida como un muerto. El blanco refleja los rayos de la luz, ¿verdad? Enseguida la voy a abrir. Déjame disfrutar de una pausa, deja que se desparrame un poco del optimismo que irradia su color... ¿Te he dicho ya que constantemente nos veo sumergidos en una mezcla de color verde? El verde relampaguea una y otra vez en mi mente cuando pienso en ti. Un verde inmenso y amplio. Puede que sea el vientre ancho e infinito de un mar, o un espeso bosque europeo, o quizá solamente una gran extensión de hierba (tendría que haberte avisado de que por lo general mis sueños terminan a ras de hierba). Tú estás sentada en el césped leyendo un libro y yo, supongamos, el periódico. Una enorme distancia nos separa, una extensión de hierba y dos extraños. ¿Cómo llevarlos en un instante a abrazarse sin pasar por todas las etapas intermedias y sin declamar las frases que millones de hombres y mujeres han terminado por convertir en insulsas antes que ellos?

Por el peso y el tacto, una cuartilla, no más. Había pensado intentar escribirme a mí mismo, para estar preparado para lo que ahí pone, pero me has prohibido decidir por ti lo que piensas y lo que sientes. Puede que lo que haga sea escribir una pequeña visión que tengo desde hace ya unos días, una visión acerca de nosotros dos, y siento curiosidad por saber lo que te parece. La imagen, un poco tonta, es la siguiente: tú y yo, tal y como estábamos, sumergidos en la lectura, pero como solo nosotros nos encontrábamos allí, en la hierba, nos fuimos haciendo muy conscientes de la presencia del otro. Yo, como siempre, llevaba puestos unos vaqueros, y tú llevabas un vestido negro un poco suelto que te caía a lo largo de todo el cuerpo, un vestido con un estampado de estrellas y lunas claras y, si no me equivoco, llevabas también un fular fino y vaporoso de color verde que te cubría los hombros. Así fue como te vi en la fiesta de antiguos alumnos (¿era un fular?, ¿o un pañuelo largo de seda? Cada detalle me resulta ahora

de vital importancia). «Lo único que yo recordaba era la túnica verde que ella llevaba puesta»: así vio por primera vez el seductor a Cordelia en *Diario de un seductor*. ¿Será de ahí de donde mana hacia mí todo ese verde?

El verde que al instante se apagó bajo el enorme suéter gris de tu marido que te echó sobre los hombros cuando te vio estremecerte con un escalofrío. ¿Te acuerdas de eso? Porque yo sí recuerdo con claridad cierto gesto rápido y decidido por parte de él que me conmocionó mientras te miraba, cuando todavía no me había dado cuenta de la insistencia con la que te estaba observando. Y él, ese mismo «él», a quien de ningún modo piensas ocultar nuestra relación precisamente porque nunca se le ocurriría indagar ni en lo que haces ni con quién, de repente, desde lo alto de su titánica estatura, echó sobre ti su suéter como se lanza el lazo sobre un potro que intenta escapar.

Pero ¿cuál fue la verdadera razón por la que te estremeciste? Bastante alta, pelo largo, ondulado, indómito, gafas... Si no fuera por ese irritante paréntesis, hasta me hubiera reído; ¿así es como te ves a ti misma?, ¿nada más que así? ¿Por qué no has escrito nada acerca de tu maravilloso porte, tan firme y delicado a la vez? ¿O acerca de la luminosidad de tus mejillas? ¿Y cómo ni siquiera nombras que tu rostro muestra un aire un tanto naif por su tono claro y pecoso, un tanto anacrónico, y no te ofendas, pero un poco como el de las personas de los años cincuenta...?

¿Y por qué no habré escrito yo al instante palabras como «el dorado de la mies», «granero» y «mantequilla»? Quizá porque tu rostro, a primera vista o mirándolo con indiferencia o de pasada, casi parece poca cosa al lado de ese magnífico y expresivo cuerpo. Espero no estar ofendiéndote, porque la verdad es que tienes cara de niña buena y decente, una cara agradable con el aire de responsabilidad de una tutora de curso, hasta que de pronto el ojo se ve sorprendido por algo inesperado, ese lunar oscuro debajo de los labios, o

por la misma boca, que es amplia, temblorosa, carente de reposo, como si gozara de vida propia, y es que tienes una boca ávida, Miriam, dime si alguien ya te lo había dicho antes para que entonces yo busque otra palabra, porque de ninguna manera estoy dispuesto a andar removiendo en las palabras de otros.

Y es que aquella noche devoré tu cara por completo. Quizá fueron cinco los minutos que te vi, pero durante esos cinco minutos te me quedaste grabada al fuego, así que te recuerdo de memoria, y después de que hayas oído esto tendrás que decidir si «el extraño suspiro» que diste fue realmente porque creíste que te había confundido con otra mujer o si suspiraste porque al fin y al cabo eres tú, porque eres tú la que me has tocado en suerte... No te voy a ayudar en tus dudas, han pasado ya tres semanas desde entonces y cada vez que veo a una mujer nueva, en cuanto mi mirada se topa con ella, al instante se desvía hacia la imagen que de ti guardo en el cerebro. Qué profunda emoción me produjo tu rostro. A mí, que siempre empiezo por el cuerpo. Aunque tampoco descuidé tu cuerpo, Dios me libre, a pesar de que parece que hayas intentado disimularlo al escribir «bastante alta». El bolígrafo ya se agita en mi mano ante el pensamiento de que muy pronto voy a describir tu cuerpo, su belleza y su generosidad bajo la ropa. Sin olvidar la redondez algo tensa de los hombros, como si alguien te amenazara desde fuera y tú quisieras defenderte de él.

La manera como bajaste la cabeza mientras tu cuerpo temblaba ligeramente bajo el vestido, y cómo con un movimiento lento, igual que en un sueño, te abrazaste a ese cuerpo rodeándote con los brazos, como si lo compadecieras. Suena raro, pero eso es lo que me pareció, que sentías pena y piedad por tu cuerpo. A primera vista ya supe muchas cosas de ti, aunque me parece que estoy volviendo a irritarte por jactarme de estar contando cosas sobre ti sin vacilar, pero es que simplemente lo supe, tu rostro

manifestaba tal transparencia en ese momento, tal distracción, que yo nunca había visto antes a ningún adulto tan despojado de su epidermis. Podía apreciarse con toda claridad cómo todo sentimiento que te recorra por dentro aflora al instante a tu rostro y que no estás dispuesta a ocultar nada, con todo el peligro que eso conlleva. ¿Dónde estabas tú cuando la vida tenía que haberte enseñado todo eso?

(Basta, ya no puedo contenerme. Ven, ven mensajera de apacible rostro, ven carta de despedida, extracto de antibiótico, ven y oigamos lo que tienes que decir.)

22 de abril

Miriam:

Ante todo:

Hoy, en el supermercado, hacia el atardecer, un niño al que yo no conocía me ha pedido que le bajara tres tabletas de chocolate de lo alto de un estante. He alargado la mano hacia ellas y, en un abrir y cerrar de ojos, el niño se ha convertido en un niño enfermo que está incubando una enfermedad poco clara y al que se está dando tratamiento desde hace ya varios meses con gran preocupación, y que cuando parece que todo está yendo bien y que va camino de la curación, se lanza a devorar chocolate con verdaderas ansias, se levanta sonámbulo por la noche y lo engulle sin que se le pueda detener, además de que no estaría bien privarlo de ese pequeño placer cuando está pasando por unos tratamientos tan duros. Pero la cuestión es que el niño sabe algo más que todos, más que sus padres y que los médicos, e incluso más que él mismo, porque posee una especie de

conocimiento interior mudo, así que se está aprovisionando de chocolate para ese viaje tan largo y tan frío que le espera, de modo que le he bajado las tabletas de chocolate del estante y él se ha marchado tan contento por donde ha venido.

Este fugaz pensamiento lo he tenido mientras movía la mano hacia el estante y me he jurado recordarlo para contártelo a ti. ¡Si hasta lo he anotado en un pedacito de papel! ¿Y qué? Al día suelo tener una docena de pensamientos de este tipo que después se pierden para siempre, y aunque no se trate de una reflexión especialmente genial, si no te lo hubiera escrito se me habría olvidado como los otros y habría sido una lástima, porque a pesar de todo habría sido una pena que algo tan insignificante hubiera muerto antes de nacer, esa migaja viva del alma, aunque claro está que a todo el mundo se le ocurren cientos de ideas parecidas, a nadie se le habría ocurrido una tan tonta como esta y aunque se le hubiera ocurrido, ¿quién le iba a contar algo así a otra persona? ¿Has oído alguna vez que alguien se dedique a contar alucinaciones como esta?

¿De dónde saco yo entonces el valor para escribirte una reflexión íntima tan tonta, algo que sin ningún lugar a dudas no es más que un fogonazo de electricidad estática en el cerebro?

¿Puede que sea porque has comprendido que si ahora dejas de escribirme solo porque de tanto en tanto te saco de tus casillas, no te lo perdonarías el resto de tu vida?

Oye, Miriam, leo y releo tu breve carta una y otra vez. A lo mejor es que no me atrevo a entenderla a fondo, pero me parece que lo que aquí pone, con tu diminuta letra, es que tienes muy claro que si ahora me das la espalda, antes de haberme conocido de verdad, te sentirás como si por encima de todo hubieras renegado de ti misma.

Ya lo sé, no era necesario que entraras en detalles, que el «principio» ese

no tiene nada que ver conmigo, que es algo que solo va contigo y que incluso puede, como tú ya has dicho, que sea lo más íntimo que guardas en ti. Pero también leo lo que has añadido debajo con unas letras un poco raras, y es que a veces te produce escalofríos el hecho de que un extraño haya alcanzado a ver con una furtiva mirada eso tan íntimo, y que sin conocerte en absoluto lo haya llamado por su nombre.

YAIR

(Ya es mañana)

Quiero decir: si pudiera reunir unos cuantos pensamientos, unas cuantas migajas del alma como esas, entonces puede que las mirara como las piezas de un mosaico completo y llegara finalmente a entender algo, el *principio* que me mantiene aglutinado hasta formar una unidad, ¿no te parece a ti?

Hablo de las cosas que no tienen nombre propio, los posos de los añicos de la vida que se van depositando en el fondo del alma, de los estratos formados de sedimentos y cenizas. Si me pides que te los describa te diré que no tengo palabras para ellos, solo una punzada en el corazón, una sombra que pasa, un suspiro. Una mujer se abraza a sí misma en medio de un grupo de gente y, de repente, uno se llena de nostalgia. Esa mujer escribe: te has presentado a ti mismo como «un extraño», pero quien sea un completo extraño no puede escribirme de esa manera... y al instante algo me oprime la garganta, una gota que mana de la glándula de la soledad, no más que eso, pero ¿existe algo más importante? En el fondo, Rilke me explicó, en uno de mis turnos de guardia en el Sinaí, que todo termina por convertirse en regla. Perfecto, le dije, y la verdad es que tranquiliza pensar que en algún lugar todo acaba teniendo sentido, aunque a mí esta certeza ya

no me satisface, Rainer Maria, mi tiempo se está agotando muy deprisa, y aunque viva treinta años más no alcanzaré a ver más que los primeros treinta cólquicos al inicio de cada temporada, a fin de cuentas un ramito bastante pequeño, así que, quiero ver ya la formulación de esa regla aunque sea por una sola vez, ¿lo entiendes? La fórmula completa, y quiero además una excursión guiada por ese misterioso «fondo»; exijo saber los nombres propios de todas las composiciones nombradas más arriba, llamarlas por lo menos una sola y única vez por su nombre y que me respondan, que sean finalmente mías una sola vez, con tal de no soportar este eterno silencio (que en este momento, por ejemplo, sin causa aparente alguna, en medio de la chusma del día a día, me está reventando el corazón).

Y.

A propósito, no te esfuerces tanto por recordar quién era yo de los que estuvieron a tu alrededor esa noche, porque no tiene la más mínima relevancia y, además, ni tan siquiera te fijaste en mí. Pero ya que insistes: nada alto (puede que hasta más bajo que tú, y espero que no te importe, porque a las palabras no les afecta), muy delgado: no invirtieron en mí demasiada materia cuando me crearon y puede que tampoco demasiado pensamiento. No soy precisamente un Adonis, ya que me lo preguntas, es decir: no dejo de ser un tanto feo. ¿Ahora ya me recuerdas? ¿Una cara de expresión apenada y una barba clara y rala? ¿Alguien que andaba sin sosiego y sin rumbo fijo entre los distintos corrillos sin unirse a ninguno de ellos? ¿Recuerdas a alguien así? ¿A una especie de cruce entre marabú melancólico y judío? En suma: no merece la pena esforzarse, ya que no podrás recordarme, porque no hay nada que pueda olvidarse.

28 de abril

No irás a sentir lástima, ¿verdad?

Nada de suspiros.

Pero ¿qué hay de malo en que quiera hacerme un poco el adolescente al escribirte? Si es que lo mismo soy un muchacho, que un niño de teta, que un viejo, que vuelvo a nacer... ¡Soy tantos tiempos mientras te escribo! Ojalá que también tú entregaras un poco del arrebatado que sí te has permitido a ratos (¿solo a ratos?, ¿de verdad?) cuando estabas en ese terrible momento que es la adolescencia. Porque ¿cómo hubiera sido posible pasar el túnel de esos años oscuros sin un poco de pasión? Así que ¿por qué reprimes hoy tanto esos momentos de calidez de tus otras edades? Yair, el compralotodo, quiere hacerse con el género de tu mercado térmico al completo, porque tienes que comprender que el lugar al que yo quiero que lleguemos carece todavía de vida y de trascendencia, de manera que si me coloco a cierta distancia de él y lo observo desde fuera, también a mí se me va a enfriar, y cuando dudas de él, aunque no sea más que por medio de la más mínima observación, al instante se hiela, porque ¿qué crees, que es muy fácil crear algo a partir de dos personas?

Desde ayer intento entender qué es lo que te ha pasado entre la última carta y esta que tengo aquí. ¿A qué voz ajena a la nuestra has atendido? (A la de Ana, ¿verdad? Se lo has contado. Estoy convencido de que no tienes a nadie más próximo a ti. Seguro que se habrá burlado de mí, ¿verdad?)

Porque si no, ¿cómo explicas el hecho de que vuelvas a mostrarte reticente y que me exijas —con una especie de frialdad tan ajena a ti, nerviosa, con los labios apretados— que te hable de una vez de mí, del «yo» que se encuentra a la vista de todos?

Había albergado la esperanza de que eso ya lo habíamos superado, que habías entendido que mi «yo» no es importante para nuestro asunto. ¿A

quién, en realidad, puede interesarle ese «yo»? ¿Qué más da si Yair Wind aparece o no en la guía de teléfonos? ¡No aparece! ¿«A la vista de todos»? Pero si ya te he dicho que ni siquiera me viste aquella noche, porque me encontraba en un ángulo muerto para ti. Escribe acerca de ese ángulo muerto, mira bien a fondo y me verás en él saludarte agitando ambas manos: me verás en el mismísimo centro de ese ángulo muerto, Miriam, te lo aseguro...

Te habrás dado cuenta de que ni siquiera intento discutir tus impresiones, y eso ha sido así desde el primer momento que he empezado a escribirte. Te he hecho una descripción exacta de mí, con todos los síntomas de la enfermedad. Incluso la «impulsividad», que a tus ojos resulta siempre un poco sospechosa, resbaladiza. Creo saber de lo que hablas. Y tampoco me resultan ajenos ni tus recelos ni tus sospechas ante el hecho de que yo sea capaz, sin apenas hacer averiguaciones, de depositar en unas manos completamente extrañas las debilidades concernientes a mi corazón, una extraña y turbadora táctica de encantamiento, dices tú, como si no fuera lo que en realidad es, nada más que un examen de conciencia...

Leo estas definiciones categóricas y pienso: me analiza como si nunca se hubiera conmovido conmigo, y se emociona como si no tuviera ninguna capacidad de análisis. ¿Quién es ella, entonces?

Por mi parte, no tengo ninguna intención de telefonearte a tu casa, no, gracias, además de que me ha sorprendido bastante que hasta tal punto te haya irritado mi inocente propuesta de la semana pasada de que llames a tus seres queridos por los nombres que quieras, porque tienen nombres verdaderos (eso ya lo sé), y tú no tienes ninguna intención de ponerles otros por darme gusto a mí (por supuesto que no), y me reprochas también el

hecho de que no sea capaz de admitir que existe la posibilidad de que dos personas mantengan una relación sencilla y abierta. Ya estaba seguro de que después de esta tormenta ibas a darme con la carta en las narices para siempre jamás, ¡cuando vas y me haces llegar el número de teléfono de tu casa!

Pero no te voy a llamar, tanto por la sencilla razón de que deseo preservar la «seguridad de la relación» (podría haber alguien en casa y oírlo todo), como sobre todo porque incluso la voz resulta demasiado real para la fantasía que yo quiero mantener contigo, un ensueño que solo tiene que estar hecho de palabras escritas, de manera que la voz podría perforarlo y entonces la realidad entera se le colaría dentro, los detalles, las cifras, las pequeñas y manoseadas interferencias de la vida, las «evidencias» ligadas de raíz a la «esclavitud», de manera que en un abrir y cerrar de ojos toda esa chusma penetraría como un poderoso torrente para apagar hasta el último rescoldo. ¿Por qué te empecinas en no entenderlo?

Por lo menos no eres capaz de disimular ni tan siquiera durante cinco líneas seguidas: te atrincheras detrás de unas objeciones y argumentaciones muy lógicas, a saber, que mientras yo siga con estos juegos infantiles de espías o con la delirante idea de la «guillotina» que caerá sobre nosotros dentro de unos meses, no vas a estar dispuesta a creerte de corazón ni siquiera las cosas más «sinceras e íntimas» que yo te cuente y, por otro lado, tampoco soportas el rincón al que has sido empujada poco a poco por mis tretas, el rincón de alguien cerrado, crítico y frío, y así has estado lanzándome por lo menos otros tres ridículos «no estoy dispuesta a», con la voz de una maestra de moño relamido, hasta que de repente te han temblado los labios y se te ha escapado un pequeño y traicionero «no estoy dispuesta a»: «Ya habrás podido darte cuenta de que no estoy dispuesta a que creas

que me da miedo la verdadera pasión en una relación, ni los sentimientos, sino todo lo contrario, todo lo contrario...».

Mira cómo cada vez que llego a ese «no estoy dispuesta a» me vuelve a brincar el corazón de puro alborozo (como si te hubieras puesto para mí unas medias de seda).

Pero dime enseguida, con sinceridad: ¿me he confundido? ¿Acaso te he confundido con otra? Ahora, por ejemplo, otra vez me invade un oleaje oscuro que me embiste el estómago y que viene a decirme que puede que sí me haya confundido de persona, que lo que en realidad estoy haciendo es torturarte, porque está claro que quien no esté afinado como la delicada cuerda que te he ofrecido, no oirá más que disonancias, el rechinar del latón de mi buzón o la pequeña burocracia del adulterio que te he revelado más arriba, una relación segura que sin lugar a dudas te habrá provocado náuseas.

Está claro que he dudado si destruir mi carta o por lo menos adornarla un poco, pero al final la he dejado tal cual, ya lo sabes, porque quiero que me conozcas en mis defectos, en mis pequeñas dudas, en mis míseros temores, en mi tontuna, en mi vergüenza y en mis bajezas. ¿Y por qué no? Mis «bajezas» también son yo. También ellas quieren entregársete, lo mismo que mi orgullo, exactamente con la misma fuerza lo desean, y es que hasta lo necesitan.

¿Sabes?, a veces, mientras te escribo, tengo una sensación extraña, completamente física, como si antes de que pueda llegar a hablar contigo lo que tengo que hacer es pararme a mirar cómo todas mis palabras me abandonan en una larga formación hasta llegar a ti y entregársete.

Estas palabras, «mis bajezas», nunca antes las había puesto por escrito.

Ahora están aquí y huelen a zapatilla vieja y muy raída (en realidad a lo que huelen es a hogar).

Mira, precisamente por disfrutar de un momento como este es por lo que merece la pena seguir.

Me desespera que vuelvas a aferrarte al clavo ardiente de la pura lógica, que no dudo que no sea un instrumento útil en la vida, ¡pero es que nosotros no estamos en la vida, Miriam! Ese es el secreto que te vengo susurrando al oído desde hace ya un mes: ¡ninguno de los dos nos encontramos en la vida real! Es decir, en ningún lugar en el que rijan las leyes corrientes de las relaciones entre las personas y por supuesto que tampoco la reglamentación natural de las relaciones entre hombre y mujer. Así que ¿dónde estamos nosotros? Pues la verdad es que a mí no me importa no saberlo, y ¿por qué tiene que tener un nombre? De cualquier modo los nombres les pertenecerán a los demás, unos nombres traducidos, mientras que contigo quiero disfrutar de unos principios básicos diferentes con los que ambos establezcamos nuestras propias leyes, hablemos en un idioma nuestro y nos contemos nuestras cosas, unas cosas en las que creamos con todas nuestras fuerzas, porque si no llegamos a tener un lugar privado como ese en el que todas nuestras creencias puedan materializarse aunque solo sea por escrito, nuestra vida no será vida; o peor aún, nuestra vida no será más que eso, una vida... ¿lo suscribes?

Y. W.

7 de mayo

Por fin.

Y eso que yo ya había desesperado, casi había renunciado a todo.

Solo lamento que hayamos malgastado casi un mes, pero tienes razón, quizá no lo hemos «malgastado», porque así no tenemos que renunciar a nada ni arrepentirnos de nada, y ahora (aunque un poco tarde), siento verdadero temor de mi propio egocentrismo, porque ni siquiera me he parado a pensar en las cosas a las que habrás tenido que renunciar para acercarte a mí, para creer en mí con las condiciones que te he impuesto. Es tal la pasión que siento por ti, que he estado seguro de poder conciliarlo todo, la lógica, las circunstancias de la vida, incluso la personalidad de cada uno de nosotros... Y realmente es una maravilla, Miriam, solo ahora me doy cuenta de lo sorprendente que es que de pronto hayas decidido (¡una decisión reafirmada con los labios y el mentón!) arrojar al pozo más profundo de los campos de Beit Zait todas tus más lógicas argumentaciones y hayas venido a depositar tu alma en mis manos.

En estas manos mías que tú no conoces. Que ahora me están temblando ligeramente por la magnitud de la responsabilidad.

¿Y cómo voy a darle las gracias a ese amigo misterioso, que con unas pocas palabras ha vuelto tu corazón hacia mí? Pero ¿qué ha sido exactamente lo que te ha dicho de mí? ¿Y de quién se trata? Un clarividente, escribes, y más detalles no has dado, no me has explicado nada. De acuerdo, vayamos poquito a poco. Ya me estoy acostumbrando a esa sonámbula forma de expresarte que tienes y de la que estás convencida que yo comprendo a la perfección, o pudiera ser que lo que sucede es que no te importa en absoluto y te permites una libertad de palabra que por lo menos me lleva a la conclusión de que tu espíritu se encuentra relajado ante mí, que hablas contigo misma como sumida en una alucinación, en un duermevela...

De cualquier modo, no te olvides de darle las gracias en mi nombre a ese joven. Aunque me resulta un poco violento el saber que tienes un «amigo»

tan íntimo y que mantienes con él unas conversaciones tan ricas y sinceras. Me gustaría poder dominarme y no preguntarte para qué me necesitas a mí teniendo como tienes a una persona como esa, que logra que se lo cuentes todo estés del ánimo que estés y que se encuentra a tu lado siempre que caes en tu particular fosa de José que el resto del mundo te ha preparado.

¿Crees que alguna vez querrás o podrás contarme también a mí qué es lo que sientes en ese profundo pozo?

¿Y quién te arroja allí con tanta ligereza (una y otra vez) y luego no acude a rescatarte?

¿Qué te sucede durante esos días malditos (¿era realmente esa la palabra que querías utilizar?), cuando tú eres la fosa y hasta José ya ha salido de ella?

Qué extraño, ¿verdad? Porque es que no tengo ni idea de a lo que te refieres exactamente, aunque supongo que los dos llamamos «José» y «fosa» a algo completamente diferente, a pesar de lo cual algunas veces pronuncio en voz alta una frase tuya, o unas pocas palabras de esa frase, y entonces noto cómo se me desgarran una especie de costura interna a lo largo de toda el alma.

Escribeme, cuéntame. No desperdiciemos ni un solo día.

YAIR

8 de mayo

Ayer te envié una (¿la has recibido?), y hoy, en cierto modo, sigo con la misma conversación: alguien me ha llamado para concertar una cita por trabajo. No ha querido acudir a mi lugar de trabajo, sino que se ha empeñado en que nos viéramos en la plaza que hay delante de Ha-Mashbir

(me encuentro con no pocos locos como este, aunque en ocasiones son precisamente los que aportan las cosas más interesantes). Le he preguntado cómo reconocerlo y me ha dicho que se presentaría con unos pantalones de pana negros, camisa de cuadros y hasta ha añadido que los zapatos serían de ante... Lo he estado esperando allí al sol durante casi una hora, pero no he visto a nadie que concordara con esa descripción. Entonces, cuando ya me había puesto nervioso y estaba a punto de marcharme, me he dado cuenta de que en un extremo de la plaza, junto a las cabinas de teléfonos, había un enano. El enano más pequeño que haya visto en mi vida. Todo deforme, con el cuerpo arqueado y una cara que daba miedo. Se apoyaba en un par de muletas diminutas y estaba vestido exactamente igual a como me había prometido (pero me he visto incapaz de acercarme a él).

Después he pensado que en el bolsillo llevaba tu carta, con esa frase que al leerla por primera vez me ha resultado un poco críptica y abstracta, acerca de la tristeza que no se puede compartir con nadie, porque se trata justo de la cantidad suficiente para un solo hombre.

11 de mayo

Sí, claro que sí, amada mía, maravillosa criatura, con todo mi corazón, ¿cómo puedes dudarlo?...

De pronto lo nuestro parece estar más distendido, ¿verdad? Me he dado perfecta cuenta de cómo has empezado a respirar frente a la cuartilla. Los hombros se te han relajado algo.

También lo noto por los colores, la floración y los aromas que se han derramado como una potente cascada sobre tus páginas, porque lo que es hasta ahora escribías prácticamente solo en blanco y negro, además de que por fin hayan sido dos, un par de hojas (tienes razón: con un par de alas ya

se puede despegar). También me parece maravilloso que hayas escogido llevarme a tu casa, no por la calle principal por la que todos llegan, sino justamente por la lejana presa de Ein-Kerem, a través del valle, por entre las flores, con árboles, abrojos, lagartijas, saltamontes y mosquitos incluidos. Hacía años que no me llevaban así, como un rebaño por la naturaleza, pero ¿cómo resistirse a tu encanto cuando te despiertas de repente riéndote, corres ante mí y acaricias todo jaro, malvavisco y tronco de olivo? Pero mira, me dices, qué frondosa brota la salvia y con qué generosidad expande su aroma... por no hablar de todas las clases de espíreas y afelandras que hay. Pero dime, Miriam, ¿quién te ha enseñado todos esos nombres de plantas, y sus aromas, el tacto de sus hojas, del coriandro, las cinerarias y las campanillas?

Por suerte yo leo muy deprisa. Aun así, apenas he podido seguirte cuando te has puesto a trepar agarrándote a las piedras, ¿cómo corres tanto? Nunca me imaginé que ese cuerpo tuyo grande y suave podría moverse así, como una leona has escrito, musculosa, sorprendente... y un olor fuerte y vivo ha emanado de tus palabras, un olor a sudor, a tierra, a polvo, eres maravillosa cuando gritas de júbilo, cuando te revuelcas en un campo de amapolas o me tiras espigas de avena silvestre (¡y yo te las lanzo de vuelta al momento! ¿También vosotros jugabais a eso: «Cuántos hijos tendrás»?).

Una flor de manzanilla blanca y amarilla se te ha enganchado en el pelo y por un momento he sentido una punzada en el corazón por la tristeza de estar sin manos para poder quitártela, sin manos para agarrarme la una con la otra y que apoyes el pie para trepar los muretes de este terreno distribuido en terrazas, y en general por los rasguños que no me he hecho, las picaduras que no he sufrido y tu sudor que no he lamido, porque con solo escribirlo ya lo añoro.

Menos mal que te has detenido en el *moshav* para charlar un poco con los

niños del parvulario, porque así he podido retomar aliento. Me he dado cuenta de que has puesto mucho cuidado en no revelarme si alguno de esos párvulos es tuyo (aunque por la descripción que haces de ellos podría llegar a pensarse que todos lo son), y además, en las dos últimas cartas me parece que estás jugando un poco conmigo a las adivinanzas, y es que apareces y desapareces sonriendo muy misteriosamente, estupendo, te sigo, apenas vivo, pero te sigo por tus pasajes secretos entre las casas y las vallas hasta el portón de tu casa, azul y manchado de óxido. ¿Por qué está oxidado?, ¿es que no os ocupáis del mantenimiento de la casa? Déjalo, no he dicho nada, porque ¿quién puede pararse a pensar en eso cuando te vuelves hacia mí como si hicieras rodar el vuelo del vestido, y por un momento, en medio de ese movimiento circular, no sé si te habrás dado cuenta, has vuelto a manifestarte exultante de alegría y tus ojos castaños han centelleado como las dos palabras que me has susurrado y que son como (¡ay, quién encontrara el símil adecuado!) dos pepitas de un níspero abierto: ¿quieres pasar?

Sí, claro que sí, amada mía, maravillosa criatura, de todo corazón, ¿cómo no voy a querer?

(Por la mañana)

Esta noche, estando profundamente dormido, me he puesto a pensar que podría tratarse del mismo amigo del cual cada tantos días lees sus diarios para saber qué es lo que pasó ese día de hace equis lustros. Porque ¿no fue ya en tu segunda carta en la que me dijiste que él era tu oración matutina?

No te enfades porque haya querido averiguar de qué conversación privada tuya he pasado a formar parte. Me he limitado a jugar un poco a los detectives, así que a medianoche me he levantado de la cama para

comprobar algunas fechas y hojear aquí y allá y resulta que justamente el mismo día que de repente volviste a mí, el cuatro de mayo, en el diario de 1915 he encontrado que él había escrito lo siguiente:

«Reflexiones acerca de las relaciones de los demás con respecto a mí. Por poco que yo valga, aquí no hay nadie que me comprenda a fondo. Si conociera a alguien que tuviera esa capacidad de comprensión, quizá una mujer, la recibiría como si se tratara de un respaldo por parte de todos, como una aceptación por parte de Dios.»

Aunque me haya equivocado en mi demencial afán de adivinarlo, aunque haya hollado un terreno demasiado privado, quiero darte algo en compensación, algo fechado ese mismo día y por ese mismo hombre:

«... A veces he creído que ella me comprende sin saberlo. Por ejemplo aquella vez, cuando me estaba esperando en la estación del metro y yo sentía por ella una añoranza insoportable, que por el ardor de mi deseo de llegar cuanto antes a donde ella estaba (creí que me esperaba arriba), casi la pasé de largo, pero ella me tomó de la mano con suavidad.»

Y.

16 de mayo

Eres un verdadero enigma.

No es necesario dar con la solución a él, me dices, sino que límitate a estar conmigo. De acuerdo, aquí estoy, pasando por vuestro jardín, un pequeño paraíso que os habéis construido (y cuando he subido por la escalera hasta la terraza, con la pérgola de la buganvilla, he identificado finalmente el pétalo morado de la intimidad anónima); tú ya habías desaparecido hacia el interior, y yo seguía un poco sorprendido por todo el

proceso, porque me sentía inundado, sencillamente bañado por la luz, la calidez, la profusión de colores y la jungla de macetas gigantescas, las alfombras de lana, los tapices, el piano y las paredes completamente forradas de estanterías, desde el suelo hasta el techo, y enseguida me he sentido seguro y hasta el desorden me ha resultado conocido.

Así que ya está, ¿no? Ya estoy dentro, en tu casa. Tienes una casa espléndida, y no solo espléndida, sino opulenta, caudalosa como el río Sambación. Porque su cauce se desborda, ¿verdad? Y es un poco, como tú misma has dicho, «una tienda de anticuarios». Me la sé de memoria, hasta la he dibujado en una hoja, y así sé dónde se encuentra la pared con las fotografías y en qué ventana hay una vidriera naranja y roja, y dónde están los jarrones de cristal azul de Hebrón y cómo rompen en ellos los rayos del sol de la mañana que se derraman por el bordado de filigrana (¿de qué se trata, exactamente?), pero sobre todo te he visto a ti, con tus palabras, porque de repente has escrito como... ¿te has fijado?

¿Entiendes de lo que estoy hablando?

No es una crítica contra ti, Dios me libre, sino una simple pregunta o supongamos que una ceja que se alza involuntariamente: porque también volviendo del pantano de Ein-Kerem estabas muy contenta, y ya en tu casa, ¿cómo explicarlo?, me pareció por un momento que sentías, en cierto modo, verdadera pasión.

Deprisa, deprisa, de una habitación a otra, casi sin aliento, atolondrada, en absoluto a tu ritmo, y ahora que vuelvo a pensar en ello, tampoco en tu tono, lejos del equilibrio de tus palabras, como si estuvieras un poco asustada de ti misma por haberme introducido así, de repente, en tu coto privado, ¿o es que solo has querido demostrarme que también tú puedes ser así, como yo?

Qué idiota soy. Mira de lo que me estoy quejando. Ojalá también yo

fuera capaz de alegrarme como un niño, como la primera vez, frente a un cuadro que lleva años colgado en el salón, o por un tarro de pepinillos en vinagre, sentir el corazón desbocado ante un cántaro de barro «grande y preñado»...

Qué maravilla poder ahora recostarme y contarte que casi desde el principio me he sentido un poco abochornado ante ti, y, sobre todo, un poco desbordado (excesivo, inquieto, etcétera), puede que porque aquella noche te vi tan ensimismada que me pareciste muy satisfecha de ti misma; había en ti algo nítido, cristalino, ascético, un gesto de reprobación, de reproche hacia mí sin tan siquiera conocerme, y de pronto esa casa tan bulliciosa.

Por otro lado, no me malinterpretes, eso también me tranquiliza y me proporciona otra pequeña prueba en relación a ti y a mí. Puede que no se trate de una prueba fuera de serie en sí misma y quizá no te haga muy feliz, porque tampoco yo me siento demasiado orgulloso de ella, pero de pronto, precisamente el hecho de haberla encontrado también en ti...

Espero que no te ofendas. De verdad que no se trata de una crítica contra tus gustos. Ojalá comprendas que no es el «gusto» o la «falta de gusto» lo que ahora me importa, sino exclusivamente los aspectos del parecido que existe entre nosotros en lo tocante a todo, ya sea grande o pequeño, y también en relación a ese delicado y misterioso asunto que se ha dado en llamar «la justa medida». Me refiero al parecido que pueda haber, supongamos, entre dos tazas que se han roto exactamente por el mismo sitio.

YAIR

20 de mayo

Anotar todos esos momentos que hay a lo largo del día por supuesto que va a resultar imposible, pero me ha gustado que hayas utilizado la palabra «cita» para describirlo. Una cita entre nosotros.

Esta mañana, por ejemplo, en el embotellamiento de siempre antes del cruce de Ganot, iba delante de mí un Volvo grande con un niño en el asiento de atrás que saludaba con la mano a todos los conductores. Éramos cinco conductores en los coches de alrededor, y ninguno de nosotros ha movido un solo músculo de la cara ni ha dado muestras de verlo. El niño ha seguido sonriendo esperanzado, pero era una sonrisa rota que denotaba cierta turbación.

Mi dilema: si le devolvía el saludo, enseguida se daría cuenta de que me estaba haciendo el adulto, que yo era el eslabón que estaba suelto en la cadena que lo rodeaba aprisionándolo. Desde ese momento hubiera podido empezar a hacerme gestos soeces, y al instante me habría convertido en el hazmerreír del embotellamiento. Justamente por esa expresión vulnerable de su boca, yo no podía dejar escapar la ocasión de hacerme el duro.

Lo he consultado contigo (es decir: nos hemos citado). He aceptado tu opinión. Le he sonreído. Lo he saludado con la mano. He visto cómo se le ensanchaba la sonrisa de felicidad y cómo le ha costado creer que algo así pudiera estarle sucediendo... Enseguida se lo ha contado a su padre, que iba conduciendo, y este me ha mirado largamente por el retrovisor. Yo, por mi parte, he vuelto la mirada hacia los lados para ver qué opinaban de mí los demás conductores.

Me he puesto a pensar que si se hubiera encontrado entre ellos una mujer, habría sido ella la que le habría sonreído al niño liberándome a mí de la necesidad de hacerlo.

Aquí estoy de nuevo, por segunda vez en el día de hoy: buenos días.

Me divierte tu manera de no contestar de inmediato a las preguntas más

directas (por ejemplo, referente a lo que te he escrito acerca de tu casa). Ahora ya sé que después de dos o tres cartas voy a recibir la respuesta, o una respuesta indirecta, y que a veces no me vas a contestar, porque esa es por lo visto tu manera de fijar un camino y un ritmo y no dejarme a mí llevar las riendas... Pero me has hecho una pregunta, y contrariamente a todas las reservas con las que la has acompañado, te diré que te la puedo responder con toda sencillez: sí quiero tener otro hijo. Incluso otros tres, ¿por qué no? Ir pavoneándome por la calle como una gallina clueca con una cola viva y alborotada; no creo que haya mayor felicidad que esa. Pero en la situación presente, ya que me lo preguntas, con uno más sería ya suficiente.

¿Suficiente para qué? Me resulta difícil decir para qué exactamente.

Puede que para que nos convirtiéramos en una familia. Porque todavía no lo somos.

Bueno, hasta yo estoy un poco sorprendido de mis palabras, pero de todos modos te las envío.

Y.

No es que no vivamos bien, los tres (tengo que conseguir que lo entiendas). Pero a pesar de ello, por algún motivo, entre tanto, somos solo tres personas que viven juntas de la mejor manera posible, hasta con amor y con una profunda amistad (aunque como bien sabido es, el triángulo es siempre una figura geométrica inestable, que se tambalea).

(Casi medianoche)

Ojalá tuviera una niña, no hay nada que desee más que eso, una niñita tan dulce como un panal de miel. También me entretengo pensando qué niña

saldría de mí, la mismísima versión femenina de mi persona, y también medito en cómo se irían formando en ella las distintas partes, los codos, los pechos. Y puede que ella, de algún modo, con su sola existencia, sabría solucionar el permanente conflicto del que tú y yo todavía no hemos hablado.

Y luego, naturalmente, está también el deseo de conocer, por medio de la niña, la otra mitad de Maya que todavía no he llegado a conocer.

Maya, sí, porque ese es su verdadero nombre. Amarla de nuevo, desde sus orígenes, y verla crecer y madurar. ¿Te suena raro?

Si yo tuviera una hija la llamaría Yaara, mi pequeña Yaara; mira cómo segrega ya su hormona mi glándula linfática. Una niña con el pelo oscuro y sedoso resbalándole por la sien, y los ojos verdes, como los de Maya, los labios rojos y la misma desbordante alegría de ella, porque será una niña alegre y casi todo será motivo de alegría para ella.

Pero ¿cómo voy a lograr criarla sin inocularle todo lo que hay en mí y que ya ha cubierto de una piel turbia y fatigada el rostro inocente y risueño de Maya? Porque ya tengo bastante con haber conseguido apagar a un niño que una vez fue como un rayo de luz.

Ya está, ya lo he escrito.

Pues sí, ya que lo preguntas, el solo hecho de pensar que quizá no vaya ya a tener más hijos me mata, porque Maya, por el momento, no está dispuesta. Tiene, por lo visto, sus buenas razones para dudar, y mientras tanto debo contentarme con recelosas miradas llenas de anhelo dirigidas a las niñas que veo por la calle. Hubo un tiempo en que miraba a las madres, mientras que ahora... Pero esto ¿qué es? ¡Nunca creí que llegaríamos a hablar de estas cosas! Estaba convencido de que a estas alturas nos encontraríamos sumidos ya en las fantasías más ardientes, que te escribiría, por ejemplo, que el olor de mi sudor se hace mucho más penetrante con

solo pensar que en breve tus dedos van a sujetar esta hoja, y que incluso tu número de teléfono me excita con esa depresión que parece aludir al espacio de separación de tus pechos en ese 868 que contiene, aunque la verdad es que también me resulta estupendo poder hablar contigo de todas las demás cosas, describirte las piernecitas gordezuelas que tendrá mi niña (¡cuando se ponga el vestido amarillo!) y su cuerpo desnudo de melocotón cuando se duche con el aspersor del jardín...

¡Sentado, corazón, «sentado»!

Y.

25 de mayo

¿Un funámbulo en la cuerda floja?

Yo creí ser un payaso, pero es verdad que en el circo hay también otros papeles. ¿Así es realmente como tú lo ves? ¿Como si, de repente, hubiera llegado corriendo y te hubiera apretado contra la mano el extremo de una cuerda mientras te he dicho «sujeta»?

Te equivocas solamente en un pequeño detalle: dices que no tienes claro cómo logré convencerte o por lo menos hacerte creer que si soltabas la cuerda yo me caería; pero es que ni siquiera se trata de una cuerda, Miriam, si apenas es un hilo, el hilo de seda de una telaraña hecha de palabras (que si lo sueltas, sí me caeré).

Ante todo tienes que entender que no tengo ningunas ganas de contarle nada a otras personas. Es solo a ti a quien deseo escribir y ha sido solo por ti por quien me ha dominado este impulso, así, a mitad de la vida, sin previo aviso, porque la verdad es que antes de verte a ti yo desconocía por completo este fuerte deseo de escribir que ahora siento, puede que cuando

era niño sintiera algo parecido, con las redacciones del colegio, unas composiciones ridículas; pero toda esa teoría tan delirante que de repente has ido ideando durante la noche y que no te ha dejado dormir (¡por fin!) no encaja en absoluto con mi caso. Es demasiado grande el respeto que siento por los libros como para desear escribir uno. Así que no sospeches que lo que he imaginado sobre mí o lo que he deseado para mí sea añadir sal a la herida: no tengo herida ninguna, y si la tuviera, ni tan siquiera se habría abierto todavía.

Solo en cuanto a la relación que existe entre nosotros estoy dispuesto a utilizar, y con la mayor precaución, esa palabra tan crucial también para mí, sí: ojalá supiera, por lo menos, ser un verdadero artista volatinero en mi relación contigo, porque más que eso no me atrevo a pedir.

¿Te acuerdas de que no hace mucho dijiste que de tanto como me esfuerzo en inventarte, es posible que pronto ya no te encuentre? Bueno, me parece que ya has entendido que yo, para llegar a encontrar algo, también tengo que inventarlo un poco...

Mira, atiende, lo que sucedió fue lo siguiente: estábamos los dos en aquella enorme extensión de césped, todo era verde a nuestro alrededor, con todas las tonalidades del verde. En realidad estoy pensando en el inmenso césped del *kibbutz* Ramat-Rajel, a las afueras de Jerusalén, al borde del desierto, ¿lo conoces? Podrías acercarte por allí para verlo, haz ese pequeño esfuerzo por mí, ¿por qué no?, ya que yo fui ayer, después de recibir tu carta. La leí frente al desierto. La leí con la vista y en voz alta. Intentaba oír tu voz, el tono. Creo que hablas despacio, y es que por tu letra puedo oír cómo te demoras (¡esa palabra te encanta!) en cada una de las palabras. Hay algo maduro y pleno en tu forma de hablar que siento cómo me centra y me hace afluir algo, ojalá supiera qué, aunque a veces noto que tú lo sabes muy bien, muchísimo mejor que yo, que sabes lo que andas hurgando ahí cuando

dices, por ejemplo, que te parece que en mi interior hay una «quinta columna» a la que por algún motivo me empeño en permanecer fiel...

O lo que murmuraste al final, cuando ya estabas medio dormida, nada especialmente determinante pero lleno de dulzura, y que formulaste diciéndome, mira cómo te escribo, como si hiciera ya veinte años que tuviera por costumbre sentarme en la cocina por la noche a charlar contigo.

¿Entiendes ya a partir de qué te voy creando?

Gracias a estas pequeñas caricias, ayer dejé volar mis pensamientos sobre la hierba frente al desierto, y realmente nos vi allí a ti y a mí, que poco a poco ya no éramos capaces de concentrarnos en lo que leíamos, y como la brisa soplaba, mi periódico revoloteó y tu libro empezó a pasar las hojas precipitadamente, estoy hablando de las cinco de la tarde, con el sol todavía brillando, y los dos nos sentíamos tan claros en medio de esa luz, casi transparentes; aunque si hubiera pasado por allí otra persona, ese momento de magia se hubiera roto, pero solo estábamos tú y yo, y antes de que cruzáramos una sola palabra, nos vimos ya enredados en las telarañas de nuestras propias historias separadas. Porque tú tienes la tuya y yo la mía, aunque a uno le sorprenda darse cuenta de con qué rapidez esas dos historias se están entretejiendo tal y como siempre lo hacen. Y es que a veces, en un momento de lo más corriente en la calle, puede uno sentir cómo el alma se rasga por tanto como se ha tensado al dejarse arrastrar por la historia de alguien que simplemente pasaba por allí. La mayoría de las veces esas historias mueren por sí mismas al instante, sin que los implicados en ellas ni tan siquiera lleguen a saber qué es lo que han perdido, y lo único que queda es una leve punzada de dolor en el corazón que enseguida se disipa. Aunque en mí puede seguir durando unas cuantas horas más, como si hubiera pasado por un pequeño aborto espiritual, y el final de la historia me deja en una especie de estado de congoja.

(¿Sigues ahí conmigo? Por un momento me ha parecido perderte, justo en el momento de mayor proximidad te repliegas dando muestras de rechazo. ¿Será que he vuelto a decirte demasiadas cosas a la vez, o algo inadecuado?)

Dime, ¿es verdad que pusiste el disco de la película *Zorba el griego* y que bailaste un sirtaki en el salón, conmigo y con Anthony Quinn? ¿Y por qué no me lo has contado hasta ahora? ¿Por qué no me hiciste el regalo de escribírmelo en cuanto yo te conté lo de mi baile en el bosque?

Por lo menos me has confesado que te cayó un pájaro detector de mentiras muerto sobre la cuartilla cuando me lo ocultaste. Sé sincera conmigo, sé sincera contigo misma, abre un poco esos puños tan apretados en los que las articulaciones blanquean. Lástima que no me hayas enviado alguna de esas fotos de tu infancia (seguro que eres la niña alta que siempre está en la tercera fila de la fotografía), y más siento todavía no encontrarme cada día a tu lado cuando te despiertas, para desentumecerte los dedos y acariciarte las articulaciones. ¿Qué es lo que guardas ahí, apretado con tanta fuerza?

¿Y qué significa eso de que eras «la reina buena de la clase» (existe la reina mala)?

Pero dejemos ya este tono tan grave y salgamos el uno al encuentro del otro: de repente, a las cinco en punto, cuando los dos todavía estábamos muy lejos, se ha oído un ruido extraño y sobrecogedor, intenta imaginar una cremallera oxidada que se abre precipitadamente en las entrañas de la tierra, a lo largo y a lo ancho de todo el césped; tu mirada y la mía han volado atemorizadas a derecha e izquierda, y tus ojos, grandes, castaños y hermosos, se han quedado prendidos, por un momento, en los míos, y los

dos nos hemos erguido levantándonos a la vez, como movidos nada más que por la fuerza de las miradas (¿lo entiendes? ¿Tienes clara la imagen? ¡Quiero que veas exactamente lo que yo estoy imaginando!). Te veo flexionando y estirando tus largas piernas con un movimiento nervioso bajo el vestido, esos tobillos cincelados, hasta levantarte algo aturdida en un primer momento, temblorosa como una gacela, una gacela intranquila. ¿Qué fue lo que tanto te atemorizó cuando te escribí que ninguno de los dos estamos vivos? ¿Y qué se oculta en ese suspiro que expresa, por dónde vamos a empezar, Yair? Empieza, simplemente, y todo lo demás vendrá por sí solo (en las últimas cartas suspiras mucho, ¿te has dado cuenta?), porque estás tan viva, a mis ojos, esa abundancia que emana de tu cuerpo desbordado, porque esa plenitud tuya lo llena todo y se me va entretejiendo en silencio, hilo tras hilo, en tu cotidianidad, así que no sé de lo que hablas, ¡porque estás tan viva!

Yo me encuentro en el otro extremo de la extensión de césped, aparentemente un corzo, aunque no especialmente fuerte, sin una potente cornamenta ni unos fibrosos cuartos traseros, un simple corzo oficinista, estrecho de pecho y medio calvo, qué humillante esta calvicie que avanza; también yo busco asombrado el origen del ruido que ha roto la tranquilidad en la que tan plazeramente me encontraba sumido mientras te espiaba de reojo, pero ¿estás realmente interesada en que siga contándotelo todo después de haberte descrito cómo soy? Dime la verdad, porque ya, de liarte con alguien en una demencial relación romántica, ¿no sería preferible con un auténtico corzo?

Está bien, está bien, ya sé que no quieres que te haga preguntas de ese tipo. ¡Cómo te pusiste cuando me describí como «alguien que no deja de ser

feo»! Tú no haces concesiones en este terreno, ¿eh? Ni siquiera como broma: ¿no conoces a ninguna persona a la que la palabra «feo» la describa en su totalidad? ¿De verdad que no? Está bien, puede que no. Pero es que también te niegas a aceptar que exista lo que se ha dado en llamar reglamento-natural-de-las-relaciones-hombre-mujer... Dime, ¿cuántos años van a tener que pasar para que se te abran los ojos?

Lo mismo que ese otro asunto, al que has llamado «la seguridad de la mentira»...

Es mejor que me calle, ¿verdad?

Ven, mira hacia allí, estate con nosotros. Nos encontrábamos rodeados por el susurro sibilante de la tierra, y los dos pensábamos en el veneno, en el jardín profanado, no sé si conoces esa sensación, algo extraño a la vez que demasiado conocido que se extiende en un abrir y cerrar de ojos por los tejidos vivos; atiende conmigo, un susurro sordo que viene de todos los flancos, como la sensación que le produce a uno un chismorreó grosero, necio (srsrsrsrsrs)... Quizá por eso sentimos en el corazón una repentina punzada de miedo, de culpabilidad, Miriam, también en el tuyo, aunque nadie en el mundo lo va a investigar para averiguar lo que haces y con quién, reconócelo, reconoce de una vez la presteza con la que nos pican las serpientes que llevamos dentro, ¿verdad? Hasta por nuestros anhelos más secretos nos castigan, el chasquido de los labios de mi padre cuando le contó a mi madre cómo había sorprendido a su superior, un coronel, besándose con una soldado...

Basta. Estoy cansado. El buen estado de ánimo que tenía me ha abandonado. Mira lo difícil que me resulta imaginarme incluso el comienzo. Son tantas las rocas y tan denso el barro que obstruye las acequias.

(Después sigo.)

(De noche)

Por fin, en ese instante, se resolvió el misterio que encerraba la tierra, y miles de gotitas de agua brotaron de unos aspersores ocultos (la verdad es que ya no se me ocurre qué inventar), y los dos, sorprendidos, prorrumpimos a una en exclamaciones y salimos corriendo hacia quién recuerda dónde, pero lo que sí te puedo decir es que no fue hacia el único lugar lógico, hacia el exterior, porque ¿qué nos esperaba allí afuera? Así que sonreímos, tomamos a propósito el camino equivocado, y continuamos cruzando el césped precisamente hasta el lugar más mojado e inundado en el que se juntaban todos los chorros de agua y allí, finalmente, chocamos sorprendidos y nos sujetamos abrazándonos, pobres fugitivos de una riada, gritando muchísimo más de lo necesario: «¡Tenemos que lograr salir de aquí!». «¡Por lo menos dame tu libro, que no se moje!» «¡Pero si estamos en el mismo barco!» Armamos un gran alboroto, los dos juntos, aunque en realidad ya casi sin movernos, porque nos habíamos detenido lentamente y mirábamos a través del agua que te pintaba ligeramente de azul los labios y brillaba con esquirlas de luz en tu maravilloso pelo castaño, espeso e indómito, entreverado de unos finísimos hilos de plata (¡no te lo tiñas nunca! Esta es mi última petición en lo referente a tu persona: ¡que se vuelva plateado poco a poco!), y respirábamos jadeantes, riéndonos de toda esa tontería, de cómo nos habíamos dejado atrapar hasta quedar completamente empapados, como niños, exactamente igual a dos niños, haciendo gárgaras con el agua que nos llenaba la boca mientras las palabras, ebrias, nadaban allá dentro, míranos bajo los chorros de agua, qué limpios y resplandecientes se nos ve, como dos botellas, dos botellas de naufrago, con

las cartas todavía dentro y, entre tanto, fuera, ¿qué es lo que se ve?, que tú eres mayor que yo, por ejemplo, no mucho, aunque me parece que la diferencia de edad te preocupa un poco, aunque nunca fui tu alumno, y de repente me oigo a mí mismo diciéndote sin ninguna lógica, solo porque me urge decírtelo enseguida, todavía dentro del agua, que siempre, ante prácticamente todas las personas, a veces incluso cuando estoy con mi hijo, tengo, en cierto modo, la impresión de que soy el más joven, el más inexperto, el más tierno, y tú me escuchas entendiéndome al instante, como si cayera por su propio peso que esa es la primera cosa que un hombre le dice a una mujer cuando la conoce en el agua.

Oye, nunca antes había escrito una cosa tan rara; he sentido el cuerpo en completa tensión y temblando todo él...

¿Dónde estábamos? Ahora no debo detenerme y perder esta especie de temblor interior; nuestra respiración, poco a poco se va sosegando, pero no nos separamos, seguimos tocándonos y mirándonos directamente a los ojos con una mirada firme y serena, de lo más sencilla, en lugar de la complicación que suele darse en situaciones como esta. Sencilla como el beso que se le da a un niño que viene a mostrarle a uno una herida. Se me parte el corazón solo de pensar que pueda mirarse así a un adulto.

Ya no nos reímos. Se produce un largo silencio, casi aterrador, queremos separarnos, pero no podemos, y en los ojos de ambos, en sus profundidades, se van abriendo más y más telones, mientras pienso, qué parecido es este momento al de una gran desgracia, nada será ya como lo fue antes, y nos sujetamos el uno al otro, en medio de una terrible debilidad, para no

desplomarnos, viendo con una especie de extraña y triste claridad nuestra historia, las palabras ya no importan y el idioma también da lo mismo, porque todo esto podría escribirlo en sánscrito o en escritura cuneiforme, con los jeroglíficos de los cromosomas, mírame cuando era niño, mírame de adolescente, y mira al hombre que soy ahora. Mira lo que me ha pasado de camino hacia aquí, cómo mi historia ha ido perdiendo consistencia, ¿por dónde empezar, Miriam?, siempre creo que no me queda ni una pizca de inocencia y, sin embargo, a ti vengo en mi estado más puro, y desde el primer momento en que te he escrito, las palabras me han ido saliendo de un lugar completamente nuevo para mí, como el esperma que se guarda para una sola amada determinada mientras que todo el resto no procede del mismo lugar. Pero por lo visto te quieres ir ya a dormir, y yo también. Aunque esta noche no tengo ninguna esperanza de llegar a conseguirlo. Solo un momento más. Ayúdame a relajarme. Dame la mano, un solo dedo me basta en este momento, porque necesito que ahora, en este preciso instante, seas mi pararrayos.

(¿Es eso demasiado pedirle a alguien? Por lo menos quédate hasta que la ceniza de este cigarrillo caiga.)

Dime, ¿lo he leído bien? ¿Que el triángulo, precisamente, es una figura nada inestable y que en «ciertos contextos» se trata ni más ni menos que de una figura estable y satisfactoria? ¿Y hasta enriquecedora? Además de muy adecuada a la naturaleza humana, «a mi naturaleza, por lo menos», has escrito, y que despierta una gran curiosidad entre tu reducido público lector...

Con la condición de que sea equilátero, has añadido enseguida, y que

todos sus lados sepan que son eso, los lados de un triángulo (¿me estabas sermoneando? ¿Qué puedes haber oído decir de mí?).

Ya es demasiado tarde para profundizar en eso ahora y, además, la ceniza temblequea ya mucho en la punta. Voy a esperar pacientemente tu respuesta y solo quiero que sepas que me ha divertido mucho ver cómo, con un par de trazos de pluma, has creado una rama de la ciencia propia y nueva: la geometría poética. Lástima solamente que no hayas explicado cómo se aplica a la vida esa maravilla que...

(Ahora ha caído.)

30 de mayo

No me canso de mirar. La imagen de la sombra en las colinas de enfrente y los chorros de agua de los aspersores de las cinco de la tarde con todos sus reflejos luminosos y, sobre todo, la botella (¡qué visión!), la botella rota contra la roca...

Y el hecho de que te mojaras, Miriam, de que te levantas y te metieras con toda naturalidad en el chorro de agua fría quedándote así durante tantísimo rato (yo, por mi parte, no hubiera sido capaz; en cuestión de segundos empiezo a amoratarme con el agua fría), ¿y qué contaste luego en casa? ¿Qué explicación les diste? ¿Llevabas ropa de recambio o te metiste en el agua sin pensarlo?

No me basta con proyectar ese momento repetidamente, la zambullida desde mis palabras al agua verdadera, ya no me queda piel en el cuerpo de tanto ducharme estos últimos días, y solo te pido que no me sueltes de la mano, que sigamos juntos buceando hacia las profundidades, estar los dos en ese lugar en el que nos llenemos de la fuerte conmoción que provoca el desnudo, porque el agua nos pegó la ropa a la piel, hasta mostrar la forma

de los cuerpos, tus pechos generosos y redondos, que brotaron de repente de la blusa blanca mojada, y la cara de los dos bañándose y limpiándose de todo el cansancio, dejando de ser la de dos extraños, eliminando la indiferencia y sobre todo el rechazo, toda la epidermis de adulto que se nos había ido endureciendo a lo largo de la vida, porque no en balde yo había leído muy bien lo que me insinuaste cuando bailaste el sirtaki en el salón, y es que tú no te habrías apresurado a vestirme aquel día en el bosque del Carmelo y que si hubieras visto la belleza que yo estaba viendo en aquel momento, puede que te hubieras unido a mí bailando exactamente igual que yo. ¡Lo sabía! Desde el momento en el que te vi me di cuenta de lo fuerte que era en ti ese deseo, y no me malinterpretes, no estoy hablando ahora del desnudo que implica deseo, sino de un desnudo de un tipo completamente diferente, frente al cual casi resulta imposible permanecer impasible, que no te empuja a salir huyendo hacia la ropa, un desnudo desprovisto de piel, eso es lo que ahora busco, eso es lo que, de carta en carta, cada vez tengo más claro (un desnudo como el de las palabras que anotaste por detrás de la foto de la botella).

Eso tú no podías saberlo, pero a mí, durante años, desde que era un muchacho, me atraía la idea de correr desnudo por la calle. Desnudarme, pero no para sorprender, sino todo lo contrario, ser el primero en hacerlo por todos, imagínate, quitarme de repente toda la ropa y lanzarme entre la gente a piel descubierta (yo, que me da vergüenza desnudarme en la playa, que no soporto que me vean echar una carta en el buzón en la calle... algo tan atterradoramente íntimo queda al descubierto en alguien que envía una carta, ¿no?), y es que ese era el yo que se moría de ganas de ser, aunque solo fuera por un instante, el fulgor de un alma en la calina de la indiferencia y el ostracismo de los demás, y lanzarles un grito claro y sin palabras, tan solo con el cuerpo abierto de par en par.

Ojalá que después de tres o cuatro apariciones de este tipo por distintos rincones de la ciudad, se me uniera, de repente, otra persona, ¿te lo vas imaginando conmigo? Alguien que se viera obligado, de algún modo, a interiorizar en su propio cuerpo mis sensaciones, así que supongo que el primero que se contagiaría de eso tendría que estar loco, pero luego habría otros, de eso estoy seguro, y la primera sería una mujer, que un buen día se rasgaría la ropa y sonreiría aliviada y feliz, la gente la señalaría con el dedo y se reirían, mientras ella, con una completa calma, empezaría a retirarse la refinada cobertura de paño, hasta que al ver su cuerpo la gente se callaría y empezaría a comprender, y se haría un largo silencio, hasta que de pronto, de golpe, este se rompería por encima de sus cabezas con un imponente estallido a causa de toda la carga eléctrica acumulada en el esfuerzo de ocultación, de fingimiento e hipocresía, y se desataría tal vendaval, que una mujer, y luego otra, y otro hombre, y unos niños, una tormenta de aparato eléctrico en forma de cuerpos desnudos (siempre me gusta imaginar ese momento), aunque enseguida aparecieran, claro está, los comités de moral y unos policías especiales con gafas como las de los soldados, que corretearían entre toda esa abominación armados con cortinas de lona y guantes de amianto, porque no en vano resulta de lo más desagradable detener a alguien desnudo con las manos al descubierto (siempre pienso: un hombre desnudo pasaría como un cuchillo entre las personas vestidas y estas se apartarían ante él como ante una enfermedad contagiosa o una herida abierta), imagínatelo —personas sin ropa, ya no tendría sentido intentar aparentar nada, porque ¿cómo puede realmente odiarse a un hombre desnudo? Anda, intenta luchar contra un soldado desnudo—, y es que cuando has escrito ahí la palabra «clemencia» el corazón se me ha abierto hacia ti, porque de repente, en medio del lenguaje más coloquial y sencillo, eres capaz de iluminarlo todo con una palabra como esa. Pues

mira, Miriam, así de fácil, de directo y de natural será tener clemencia estando desnudos.

(Un momento, oigo una llave en la puerta. Tengo que dejarlo

Falsa alarma. La asistenta.)

Así que, ¿dónde estábamos? ¿De qué sirven todos esos nobles pensamientos, si de momento todo el mundo sigue vestido y acorazado? Solo nosotros dos seguimos abrazados, mojados y temblando de frío o de todo lo que puede hacer temblar, mis ojos en los tuyos, el peso palpable del cuerpo de una mujer contra el mío, un alma extraña revoloteando libremente en la mía sin que yo dé un respingo ni la escupa fuera como la pepita que se le atraganta a uno en la garganta, sino todo lo contrario, deseándola más y más mientras ella se acurruca contra mi cuerpo desde dentro, hasta el punto de que por primera vez he entendido esa bella expresión, carne de mi carne...

Y después (estoy un poco ebrio de pensamientos, ¿te importa?) los dos, agarrados de la mano nos dirigimos a mi coche, un poco eufóricos, pero solo aparentemente, porque en el corazón se cuela ya el conocimiento pragmático y vengativo de todo lo que hay fuera de esa isla-de-agua en la que hemos estado por un momento (también esa es una imagen maravillosa, el tronco azulado de la unión de todos los chorros de agua. Cuesta creer que hacía siete años que no tenías una cámara en las manos), y junto a mi Subaru abollado, tan corriente y anónimo, me has dejado secarte tu hermosa y abundante cabellera con la vieja toalla que siempre anda por el maletero, después de haberla sacudido de todo lo que se le había pegado desde que era nueva, granos de arena de las excursiones con la familia, ramitas del último Día de la Independencia, cuando nos sentamos alrededor de la

hoguera, y las manchas del Daní y del Chococao que limpió de una boca especialmente pequeña, la de un hijo de apenas cinco años, ya que te empeñas en hincarle los dientes a ese pedazo de chismorre real y jugoso, esa toalla que está ya medio pelada, que atesora en su interior toda la suciedad decididamente buena de mi vida, una vida que me gusta mucho y que deseo que entiendas un poco más, tú, mi alma gemela... Siempre lo mismo, socorro, la vida de este entregado padre de familia que es capaz de escribirte cartas como estas, así que quien encuentre la solución a este enigma tiene prometida la paz espiritual eterna, aunque con una paz transitoria bastaría.

Entre la maraña de tu pelo se me aparecen de nuevo tu frente y tus ojos castaños, abiertos, serios e indagadores bajo las pobladas cejas, unos ojos muy tristes, los tuyos, ojalá supiera por qué, aunque a pesar de ello, en cada carta noto cómo están dispuestos a resplandecer en cualquier momento, a iluminarse, esos ojos de Giulietta Masina que tienes (al final de *Las noches de Cabiria*, ¿te acuerdas?), y con esa mirada vuelves a preguntarme, ¿quién eres? No lo sé, quisiera ser todo lo que tu mirada vea en mí. Sí, si a ti no te da miedo llegar a ver, puede que llegue a serlo.

Con delicadeza sujeto tu rostro entre mis manos. Ya he apuntado que eres un poco más alta que yo, pero cuando estamos juntos nos complementamos perfectamente, ni siquiera resulta ridículo, y noto en mis manos tu rostro cálido y pienso en que casi todos los demás rostros con los que me encuentro a diario están hechos de expresiones que son siempre un poco la réplica de otras expresiones, mientras que tu cara... y entonces te atraigo hacia mí y beso por vez primera tu boca ansiosa, sedienta, poso mis labios justo sobre los tuyos, alma contra alma, y tu boca es muy blanda y cálida mientras elevas ligeramente tu labio superior —tienes ese gesto, ya me había dado cuenta—, y me sorprende por un momento el hecho de que

quizá vaya a lograr acostarme contigo antes de saber tu nombre, no debes olvidarte de que al fin y al cabo soy un hombre y tengo esas fantasías de gallito (que todavía nunca se han materializado), pero en ese preciso momento, en contra de mi voluntad y por pura tontería te pregunto cómo te llamas y tú me dices Miriam, a lo que yo respondo Yair, y tú susurras, con una sonrisa temblorosa por el frío, que tienes la piel muy fina, mientras yo escucho muy serio lo que me has susurrado con esa sonrisa tan tuya: que te tengo que tratar con delicadeza, no ser brusco ni distante, no tratarte como los cinco dedos butifarrones que la vida, por lo visto, te ha puesto encima en más de una ocasión, y yo cada vez temo más que él te haya maltratado, así que mi espíritu sale a tu encuentro según es tu voluntad, incluso ahora que te estoy escribiendo mi alma sale al encuentro de tu sonrisa, de tu temblor, de tu abrazarte contra mi cuerpo, porque al contrario de la mayoría de mujeres que alguna vez se me han abrazado, sé que tú te apretarás contra mí enseguida con todo tu ser, en tu totalidad, porque estás tan viva, y hago referencia a este pequeño detalle ahora, entre nosotros, porque siempre me ha llamado la atención que las mujeres, comprendes, al principio me han abrazado solamente con la mitad del cuerpo, medio cuerpo suyo contra mi hambriento cuerpo, solo un pecho (aunque, en honor a la verdad, no sé cómo abrazarán a otros hombres), mientras que tú, desde el principio, vas a infringir esa pequeña norma femenina y vas a manifestar con tu cuerpo tu fidelidad y tu entrega exclusivamente al hombre que yo soy y no al ejército de mujeres que tienes a tus espaldas.

Sé exactamente cómo me voy a sentir en ese momento, lo tengo grabado en cada una de mis células, en ese mismo instante en que empieza por fin un sentimiento cálido y nuevo a desmigajárseme lentamente alrededor del corazón, ansío tanto que llegue ese momento, ¿y tú? Escríbeme lo que sucede ahora en tu corazón, que se ha llenado de añoranzas por su infancia,

y al momento me atraerás hacia ti todavía más y me besarás con toda tu alma y todo tu ser, como si de esa manera derramaras en mi interior todo lo que llevas latente y oculto, que acabará por revelarse hasta irse descifrando ante mí poquito a poco, hasta derretirse por completo lo que hay en ti y que entonces será también un poco mío, en mi boca, en mi lengua y en mi nariz se desleerá hasta desaparecer, y quizá solamente entonces logremos soltarnos y mirarnos a los ojos mientras yo te susurro sin aliento, ay, Miriam, pero si estás empapada, ¿cómo vas a volver así a casa?

(¡Ojalá sueñe contigo esta noche, ojalá logre gritar tu nombre mientras duermo y así se descubra el secreto para no tenerte oculta nunca más!
¡Porque una mujer como tú merece moverse a la luz del día!)

YAIR

5 de junio

Estimada Miriam:

Hace aproximadamente seis días que te he enviado una carta, al instituto, como siempre, y a fecha de hoy sigo sin recibir contestación.

Supongo que será solo cuestión de tiempo, que quizá estés ocupada preparando el fin de curso y las notas (¿ya?), pero a pesar de ello he querido comprobar si me has enviado respuesta.

Me encuentro en una situación un poco incómoda, porque siempre existe la posibilidad de que hayas decidido, por la razón que sea, no responderme y desaparecer, puede que por mi última carta o quizá porque algo en tu vida haya cambiado repentinamente, aunque también si ese fuera el caso, estoy convencido de que me hubieras escrito, ¿o no?

En realidad he empezado a estar un poco preocupado, porque aunque soy

yo, en persona, el que lleva mis cartas al buzón del portón del instituto (seguramente te habrás dado cuenta de que no están selladas por Correos), temo que hayáis tenido algún problema con el reparto interno y que mi carta ni tan siquiera haya ido a parar a tu casillero.

Si eso fuera así, ¿a quién le habrá llegado?

O que hayas encontrado en ella alguna otra cosa que te haya irritado; intento pensar en voz alta, puede que se trate de nuevo de tu queja de que poco a poco estoy descomponiendo la realidad en palabras para conformarme solo con ellas, que por un lado deshago lo que he tejido para después volverte a tejer a través de las palabras.

Bueno, como ves ya la estoy liando. Así que, por favor, me gustaría saber, por lo menos, qué lugar ocupo ahora en el erario de tus sentimientos. Hazme solamente el favor de no vacilar en escribir toda la verdad, porque si es que esa triste carta llegó a caer en tus manos, desde luego que puedo comprender que hayas decidido que con un hombre así no quieres tener nada que ver. Mira, hasta te pongo por escrito estas palabras para ahorrarte todo tipo de circunloquios llenos de buenos modales. No tienes que preocuparte por mí ni que compadecerme, porque soy muchísimo más fuerte y duro de lo que quizá a ti te pueda parecer (de veras que es muy difícil hundirme).

Ya ves que por mí mismo te estoy invitando a que me cuentes todo lo que hayas sentido al ver cómo me he permitido mostrarme así, tan al descubierto, sin saber apenas nada de ti y sin que exista ni una sola cosa que nos una a los dos en la realidad, y a pesar de ello salgo yo, de repente, y pongo al descubierto ante ti los sobacos de mi alma en una especie de actuación de *striptease*. ¿Verdad que es eso lo que ha sucedido? ¿A que sí? Reconócelo, ¿qué te pasa? ¡Reconoce algo, de una vez!

Me refiero a que seguro que te has mantenido a cierta distancia, cruzada

de brazos, examinándome con asombro y recelo, entre asustada y divertida ante el espectáculo orquestado por este hombre que se ha abalanzado sobre ti, mientras yo he seguido literalmente levitando debido a tu última carta con las fotos de Ramat-Rajel, y hasta puede que se te hayan olvidado las cosas tan íntimas que escribiste en ella, incluso el pequeño detalle de que por primera vez escribieras «nosotros dos», nosotros dos que somos personas a las que nos gustan las palabras, sí, y que de repente tuvieras la iluminación de que quizá yo sea la clase de hombre que precisamente se ahoga en las palabras, ¿te acuerdas? (Porque yo sí me acuerdo de cada palabra), es decir, que sencillamente me siento un poco «claustrofóbico en las palabras de ellos» y que quizá precisamente por esa sensación de ahogo, a veces jadeo de esa manera, porque intento tomar el aire a bocanadas...

He experimentado una inmensa sensación de alivio, como si hubieras venido a darme permiso para respirar de otra manera, así que derrocho felicidad, sin sentir vergüenza, sin ponerme límites, me siento pletórico y ebrio de ti, de nosotros...

¿Sabes qué? ¡Qué tonto derroche de tinta! Te libero.

6 de junio

Una pequeña adenda, a pesar de todo: solo para que sepas que si es así como me has visto, no has sido tú sola. Puede que no te dieras cuenta, pero también yo me planté allí a tu lado con los brazos cruzados bien altos sobre el pecho, todo el rato, desde la primera carta que te escribí, ¿qué te habías creído? También yo me mantuve al margen exactamente igual que tú para analizar esa explosión de sinceridad que tuve y, sobre todo, es muy

importante para mí que sepas esto que te estoy diciendo. Todo lo demás sobra, ¿verdad?

Entonces, ¿por qué no soy capaz de dejarlo?

Escríbeme cualquier cosa que se te ocurra, con tal de que no me dejes así. Acabo de ir de nuevo, por cuarta vez hoy, hasta el buzón.

Basta, ven, por lo menos eso sí me lo debes, estar juntos por un momento, hombro con hombro, y que lo miremos mientras nos burlamos juntos de él por última vez, de ese órgano interno mío que de repente ha irrumpido fuera de su lugar, de mi bazo que ha salido a bailar...

¡Basta! Un par de palmadas del director y se produce un cambio de decorado: ven, seamos por un momento como dos camellos, me apetece que se trate justamente de camellos, ¿por qué no? He tenido esa iluminación, qué agudo y original soy hasta en los momentos más difíciles, un par de camellos de alargada cara camelluda y sin pizca de sentido del humor. Un par de camellos adultos, un macho y una hembra sensatos, mascando aburrimiento y perfectos conocedores de su lugar en la caravana que avanza pasito a paso, tal y como debe ser, hasta que de pronto salta de la caravana un extraño pollino, o puede que solo parezca un pollino, quizá simplemente un cruce de camello y sombrero de payaso, una especie de error de la naturaleza, con orejas de burro y una pequeña joroba de camello, y esa diminuta cosa irrumpe con un baile demencial, retrocede, Miriam, porque de todos sus orificios brotan unos chorros repugnantes, ponte un abrigo, un jersey (¡!), para que no te manchen los posos de su alma algo exageradamente exultante.

Así es aproximadamente como veo el «espectáculo» con el que hice el ridículo ante tus ojos en esa carta, y en todas, en realidad. Desde el principio. No sé lo que pudo pasarme. De pronto el corazón se me desbordó hasta inundar amplias zonas del cerebro. ¿Qué fue lo que en verdad sucedió

allí? Recuerdo que te vi, que había varias personas a tu alrededor que mantenían una animada conversación de la que tú no participabas. De repente las comisuras de tus labios parecieron descender y se te puso una sonrisa extraña, la de alguien que está llorando, no, peor que eso, la de alguien que en ese preciso instante se acaba de enterar de que su última esperanza se ha esfumado, que no va a poder seguir adelante, ni más ni menos, aunque ya de antemano supiera que eso iba a ser así y que iba a tener que seguir viviendo con esa pérdida... Ese fue el momento en que yo entré en tu vida. Un momento un poco extraño y nada alegre, aunque yo no tuve ni ocasión de dudar, porque en ese momento vi mi nombre en el fondo de tu sonrisa y me lancé. Por otro lado puede que no fuera mi nombre el que allí apareció escrito, sino que era tan grande mi deseo de mostrarte que me había dado cuenta de todo y de que no estabas sola, que es posible que me lanzara demasiado precipitadamente. Tampoco es que eso sea nada nuevo en mí, por si te interesa, estoy en posesión de un largo y deplorable historial de asaltos prematuros de este tipo —tanto en el trabajo como en la vida familiar; ya en el colegio me sucedía lo mismo y en el ejército, en las cartas al director del periódico— en todas las esferas de la vida soy así cuando noto que algo se encuentra ralentizado o frenado, ya sea por dejadez, por miedo, por pura tontería o simplemente porque «eso no se hace». Precisamente siempre en un momento así, para hacer rabiar a alguien (dice mi padre), aunque eso no es verdad, sino que lo hago para salvar a alguien y creí que lo entenderías porque fuiste tú la primera que se atrevió a escribir la palabra «anhelo», una palabra que sentí que me desbordaba, así que maldigo las leyes de la naturaleza y de la sociedad que determinan, supongamos, que el alma de una persona concreta tiene que conformarse exclusivamente con su existencia aislada dentro de su propia piel.

O exclusivamente dentro de su propio pozo.

Resulta bastante estúpido entrar en detalles (aunque no puedo dejar de hacerlo), pero siempre es así, que en algún lugar, muy, pero que muy cerca, se está fraguando algo o aparece alguien que suplica poder escapar, alguien que se ahogaría si no sube a la superficie, aunque ni siquiera tengo claro de lo que se trata, mientras que lo que sí sé es que siente una imperiosa necesidad de emerger, porque su grito ahogado me llega con toda claridad. Me has preguntado qué música escucho cuando estoy en casa, cuando estoy en el trabajo y, sobre todo, cuando te escribo. Lo has preguntado como si cayera por su propio peso que la música siempre me acompaña. Lamento decepcionarte, pero no soy una persona demasiado musical, sino que por el contrario, creo ser amusical (a pesar de lo cual he salido a comprar *El rincón de los niños* de Debussy y lo escucho en el coche una y otra vez, y por supuesto a Emma Kirby cantando Monteverdi, así que quizá un día entienda lo que has dicho), pero aquel grito lo oigo siempre y lo comprendo enseguida, no con los oídos sino con el estómago, con el pulso, con las entrañas, y también tú lo has oído, porque me oíste a mí, de modo que ¿cómo es que de repente ya no lo oyes?

Está bien, no tiene sentido. Decidas lo que decidas. Solo me importa que sepas que me doy perfecta cuenta de lo que ahora me está pasando y que sé lo que piensas de mí, además de que mi tortura permanente es, Miriam, que yo siempre soy esos dos, el que está con cara avinagrada y los brazos cruzados, y el que de repente es un impulsivo que empieza a bajar en caída libre y que a mitad del descenso todavía se anima a discutir con el avinagrado mientras le grita de camino a nuestra perdición: ¡déjame vivir, déjame sentir, déjame equivocarme!

Pero decididamente también soy ese otro, qué se le va a hacer, que frunce los labios mientras masculla con asco que el final le es bien conocido, como de costumbre volverás a mí, y arrastrándote, me dices entre dientes con la

boca pastosa (padece de ese fenómeno de babas blancas), mientras el pollino le dice a voz en grito que no le importa, porque puede que una vez lo logre, por error, naturalmente, porque según decreto real estas mercedes se conceden solo por error, y que quizá, por fin, logre dar en el blanco, aunque más valdría decir toque el blanco, lo toque, llegue hasta un alma extraña, llegue a tocarla, alma contra alma, saliva contra saliva, que por una sola y única vez un alma de los cuatro mil millones de chinos que hay en el mundo (en semejante situación de pronto todos parecen chinos), se plante ante él y dé sus frutos...

Así es como cae al suelo gritando, con su voz rota y aguda, que toda su vida se está transformando.

Pero entonces resulta, como no puede ser de otra manera, que alrededor de cada uno de esos gritos hay diez inteligentes, bondadosos, prudentes y equilibrados, que dialogan entre ellos para indagar si no se estarán adelantando a los acontecimientos y si no se tratará de nuevo de otra de esas ideas tuyas sin futuro (me lo dicen con los labios secos), de esas ideas que brotan solamente en la oscuridad de la noche mientras que con la luz del día se desintegran, es decir, otro degenerado ejemplar híbrido que se arriesga a nacer deforme y con taras...

Tendrías que verme entonces a mí, aunque en realidad ya me has visto, ya que eso es lo que te ha repelido de mí, porque sé muy bien el aspecto que tengo en esos momentos, es como si les suplicara piedad, ni más ni menos, y es que para qué mentir, Miriam, si en lo más profundo de mí tengo muy claro que si pudieran tampoco a mí me «darían el certificado de apto» («usted no entra dentro de los parámetros establecidos», dictaminarían), así que correteo entre ellos casi en estado de histeria, mientras les suplico que también ellos se avengan a ver lo que yo veo, que por lo menos uno de ellos lo vea como yo, porque si uno más lo ve —basta con que haya ahí uno solo,

no hacen falta más— al instante se hará realidad y quedará a salvo, y entonces también habrá algo «feliz» en mí, pero anda a explicarle algo así a ellos.

De manera que ya no puedo más (con esto te estoy documentando todo el proceso): ahora llega el jodido momento, ese momento en el que pienso, por ejemplo, que no valgo nada si no te envío esta carta, así que mi alma sale impelida hacia delante y levanto el vuelo, exactamente igual a como volé hacia ti, mira, incluso en este mismo instante, soy ese que vuela ahí, que sigue volando hacia ti, hacia quien quiera creer junto conmigo, mira, te vas a reír: soy yo, el fusible flojo de la red, de toda red, de toda conexión, de todo contacto, roce o unión posible con ellos, con aquellos; y también contigo ahora, al ver que esto se está viniendo abajo, que esto se apaga entre nosotros, te pido que creas en nosotros, quizá toquemos por casualidad una senda dorada, y es que casi la hemos tocado ya, ha habido unos cuantos momentos de luz, y me he acostumbrado a ti, a tu enervante rectitud de juez superior de justicia (y también a tus divertidas confusiones de palabras cuando te exaltas), y dónde voy a encontrar otra mujer madura tan infantil como para estar dispuesta a sumergirse en meditaciones sobre los primeros escarceos amorosos entre Adán y Eva y a complacerse pensando en cómo descubrieron por medio de la naturaleza lo que era bueno hacer, y la felicidad y la alegría que tuvo que suponerles descubrirlo exclusivamente por medio de la naturaleza...

Lo ves, me acuerdo de todo, puede que esté destruyendo las pruebas de tu existencia, por «la seguridad de la relación», etcétera, etcétera, pero en mi interior existes de un modo que me asusta, porque ¿qué voy a hacer ahora con toda esta nueva existencia que no quiere saber nada de mí?

Heme aquí en tu presencia: soy el pollino, soy la brecha en el muro, soy la fisura por la que se infiltran el error y la infidelidad —y hasta el ridículo

— en casa; desde la infancia ha sido así, desde que me acuerdo de mí mismo: soy el orificio, con todo lo poco masculino que eso es, y ¿a qué otra persona podría decirle una cosa como esta? Pero créeme que, por lo menos, cuando me dejo llevar, cuando vuelo, entonces es cuando soy más yo, el yo que estaba destinado a ser, y de un modo sorprendente es un momento lleno de felicidad y además un momento pleno, es todo eso a la vez, y ojalá encontrara la manera de permanecer toda la vida dentro de un momento igual.

Después, claro está, viene el batacazo del aterrizaje, la gran polvareda que se levanta alrededor, el terrible silencio y el desencanto por todo lo que he sido por un momento, y entonces miro a mi alrededor con cautela y empiezo a congelarme por el frío que me recubre por dentro y me envuelve por fuera, un frío que solo los payasos y los tontos conocen.

Verdad es que una o dos veces en mi vida me ha sucedido ser simiente viva, una idea brillante, aunque por lo general, me quedo en escupitajo. Por una idea de esas me encuentro en esta fase de mi vida como Heine en su lecho-sepulcro, con unos cuarenta mil libros y revistas amontonados a mi alrededor, porque he tenido una idea, ¿lo entiendes? Una gran idea. A veces haces una gran aportación, como la de Nahasón, y entonces hasta en la Biblia tienes crédito, pero la mayoría de las veces resulta que la piscina, abajo, está vacía. Siempre, sin embargo, aunque te haya ido bien, en cierto modo estás muy solo cuando vuelves con los demás, a sus miradas reservadas que de pronto te parecen carraspeos oculares, y es que mi padre solía decirme: todo el cuerpo quiere mear, pero ya sabes a quién tienes que sacar para eso.

Así es como ahora me siento, y eso me mata, porque no puedo resistir esa mirada de tus ojos. Y es que por otra mirada tuya, completamente distinta, decidí tirarme de cabeza a vida o muerte, «Not less than everything», según

el protocolo de T.S. Eliot, y ahora me reconcomo por no haber sido más cauto.

Porque podía haberte escrito una astuta carta de tanteo con mis verdaderas intenciones desdibujadas, para después irte camelando lentamente con un ligero flirteo hasta, por supuesto, conseguir un encuentro físico, todo según las leyes de los juegos del adulterio comúnmente aceptados por la comunidad adulta. Cuando pienso en las cosas que te he escrito, lo que te he contado de mi familia o las cosas que por ti me he dicho a mí mismo de mi familia, como esa terrible frase sobre las tres personas que viven juntas... ¡me dan ganas de autocastrarme, de arrancarme la lengua!

7 de junio

Basta, ya basta. ¡Qué noche más insufrible! (¡Y pensar que es muy posible que tú ni te imagines por lo que estoy pasando!) Todavía no te he contado cómo empezó todo exactamente. Es decir, te he contado bastantes cosas, creo que hasta treinta veces te las he repetido, pero en realidad he hablado solamente de ti, de lo que vi en tu persona, y no estoy dispuesto a despedirme sin que sepas qué es lo que me pasó a mí en esos momentos.

De manera que seré breve para que acabemos de una vez con esto. Una tarde, hará unos dos meses, te vi. Estabas en medio de un grupo de gente que se arremolinaba a tu alrededor y, sobre todo, alrededor de tu marido, un regimiento de profesores y respetables pedagogos que se decían unos a otros, suspirando, lo difícil que es la educación y el mucho tiempo que debe transcurrir hasta que se ven los frutos. Naturalmente que alguien evocó entonces la historia de Joni, el trazador de círculos, y la del anciano que plantó un algarrobo para sus nietos, y tu marido, es decir, «tu hombre»

(porque me da la impresión de que se considera tu dueño y señor), empezó a hablar de un complicado experimento genético en el que lleva trabajando desde hace ya diez años, pero de cuyos detalles no me acuerdo muy bien porque no estuve demasiado atento, por lo que te pido que le expreses mis disculpas. La triste realidad es que lo que contaba era larguísimo y tedioso, con muchísimas demostraciones, algo acerca de la fecundidad de las conejas, creo, y del instinto de la reabsorción de los fetos por parte del útero en tiempos de escasez (¿?), pero ahora eso no tiene importancia, sino el hecho de que todos estaban escuchándolo, porque tiene una sorprendente seguridad en sí mismo y una forma de hablar muy peculiar, muy sosegada y autoritaria. Alguien como él sabe que desde el momento en el que él abra la boca todos se van a callar para escucharlo, además de que utiliza profusamente expresiones de la cara llenas de la sabiduría de un macho adulto, con esas mejillas tan alargadas que tiene, esas mandíbulas tan desarrolladas y las cejas tan bien pobladas... Te juro que has tenido mucha suerte, Miriam, porque conseguiste el macho mejor plantado del rebaño, tanto que Darwin se inclina ante ti con una reverencia para saludarte desde la tumba, además de que hacéis una buena pareja y os complementáis hasta el punto de embelleceros mutuamente, mientras que en cuanto a mí, yo todavía era libre, es decir, libre para equivocarme.

Tu marido de repente se rió, eso es: recuerdo muy bien cómo me impresionó esa risa tan potente y varonil que a borbotones manó de él, y de cómo me encogí, como si me hubiera pillado en una actitud vergonzante. Ni siquiera sé de qué se rió, o de quién, pero todos se rieron, puede que solo para chapotear un poco con él y su brillante y autoritario carácter. Yo, por casualidad, fue a ti a quien miré, puede que porque eras la única mujer que había allí; buscaba en ti comprensión, o protección, y fue entonces cuando me di cuenta de que tú no te reías. Muy al contrario, te estremeciste y te

abrazaste rodeándote con los brazos. Quizá fuera su risa, que sin lugar a duda amas, la que despertó en ti algún recuerdo doloroso, o puede que sencillamente te asustara, como me pasó a mí.

De cualquier modo, los demás siguieron hablando y conversando, cosa que todos ellos saben hacer de maravilla, pero tú ya no estabas allí, y lo más sorprendente es que me apercibí perfectamente de cómo te escabullías de ellos sin moverte de donde estabas, cómo aprovechaste el momento de distracción general para desaparecer, y también me di cuenta de adónde te ibas. En tus ojos hubo algo que se abrió y que se cerró, una puerta secreta parpadeó por un instante, y de pronto ya solo tu cuerpo seguía allí de pie, triste y abandonado por ti (ya nunca podré hablarte de él, de tu cuerpo claro y tierno, entre de mantequilla y de miel), y tenías la cabeza ligeramente inclinada mientras te abrazabas con las manos como si acunaras a tu yonina, a tu yo-bebé. En la frente empezaron a aparecerte unos pliegues de sorpresa, como los de una niña que estuviera escuchando un cuento largo, complicado y triste, y tu rostro se puso a navegar sobre tu rostro y sin saber cómo noté que mi corazón salía a tu encuentro como un pollino, porque debe de haber una brecha donde me falta la costilla, aunque después todo ha resultado engullido conmigo mismo.

(No te preocupes, que ya salgo de tu vida, esto no son más que los últimos coletazos.)

Ahora también me acuerdo de que al momento se abalanzó sobre ti un grupo grande de alumnos, ¿lo recuerdas?

Es muy extraño cómo había borrado esto de mi mente hasta ahora: literalmente te raptaron del carro de los adultos para hacerse una foto contigo y casi se te llevaron en volandas. Durante un instante pasaste por delante de mí, así que pude ver que seguías soñando, aunque intentabas

sonreír hacia el mundo exterior, con una sonrisa completamente distinta ahora, radiante, de cara al público, ¡mira que habérseme olvidado!

Aunque puede que no se me olvidara, sino que por la mirada emocionada y precipitada que le dediqué a ese mecanismo tuyo, supe enseguida que lo ibas a entender.

Porque se trataba de un momento tuyo «ignominioso». Incluso sin entenderlo, seguramente hubiera sido capaz de identificarlo. Esa sonrisa, un poco torcida, una sonrisa de campaña electoral fue la que asomó a tus labios un instante... Pero, dime, ¿de qué demonios estoy hablando? ¿Tú? ¿Una campaña electoral? Pues sí, naturalmente que sí, nunca me equivoco en estas cosas. Así que tú también, ¿eh? Ser reelegida una y otra vez, seducir, sí, cautivar a los desconocidos (ahora todavía lamento más que no vayamos a seguir juntos).

Y los alumnos, no sé si te diste cuenta, porque quizá todavía no habías recuperado la conciencia por completo, todavía unos adolescentes pero muy crecidos y fornidos, de cráneos rapados, luchaban por el privilegio de estar lo más cerca de ti posible, de tocarte, de robarte una mirada o una sonrisa mientras te decían a gritos lo que en ese momento les parecía más importante y urgente, y la verdad es que resultaba bastante cómico de ver.

«Cómico» no es la palabra exacta. Lástima de pájaro detector de mentiras. Porque incluso en el chico que se mantenía completamente a un lado podía apreciarse que se le habían despertado unas extrañas e inesperadas ansias, que ahora me resultan turbadoras al rememorarlas, unas ansias repentinas y salvajes por abrir enloquecidamente una boca hambrienta e insistente de polluelo, yo, señorita, yo, aquí, aquí, yo...

Ya basta. A cada palabra que pronuncio me rebajo todavía más. Por

favor, coge una hoja de papel y escríbeme unas palabras, o simplemente una, sí o no. No me veo con las fuerzas necesarias como para recibir ahora una extensa carta tuya. Escríbeme, lo siento, he intentado acostumbrarme a ti, me he esforzado todo lo que he podido, pero no he sido capaz de sobrellevar tus desasosiegos y alucinaciones.

Está bien, de acuerdo. Eso está hecho. Por lo menos ahora sabemos a qué atenernos. Seguro que yo continuaré por un tiempo gritando tu nombre para mis adentros, en mi corazón. Pero al final, acabará por cicatrizar. Puede que vaya a Ramat-Rajel o a otro lugar de las afueras, a algún sitio en el que no haya gente y que nos pertenezca un poco, y grite con todas mis fuerzas, ¡Miriam, Miriam, Miriam!

YAIR

No te preocupes, solo será un día, o un par de días. Después, poco a poco las letras se irán desprendiendo y no quedará más que mi grito llamándote, ¡hi-ha, hi-ha!

10 de junio

Ha coincidido que tu carta ha llegado justo cuando me encontraba al límite de mis fuerzas. He abierto el buzón, por costumbre, como decenas de veces durante la última semana, y ahí estaba el sobre blanco. Me he quedado mirándolo sin sentir nada más que cansancio. Y puede que también espanto. Porque tenía la esperanza de haberme acostumbrado a la idea de que todo había terminado, que había quedado congelado para siempre, así que ¿de dónde voy sacar fuerzas para soportar los dolores del deshielo?

Por supuesto que la he leído. Una vez, y otra, y de nuevo una y otra vez.

Todavía no puedo entender cómo he podido venirme abajo tan deprisa por una pausa de tan solo una semana. ¿Me creerás si te digo que la sensación que me da es que has estado desaparecida durante por lo menos un mes?

Es como si no hubiera hecho más que esperar la ocasión para flagelarme como lo he hecho.

Por hoy, no tengo más que añadir. Estoy muy contento de que hayas vuelto, de que hayamos vuelto, de que ni siquiera se te haya pasado por la mente desaparecer de mi vida. Sino todo lo contrario.

Y es que sigo enfadado contigo porque no se te haya ocurrido pensar en lo mucho que me ibas a hacer sufrir. Que no me conozcas, precisamente tú. Por lo menos me podías haber enviado una nota, antes de marcharte. O una tarjeta postal desde la estación central de autobuses de Rosh-Pina. No te hubiera llevado más de diez minutos, y a mí me lo habrías ahorrado todo.

Por otro lado, empiezo a creer que en realidad no me hubieras causado un sufrimiento como el que he padecido si hubiera estado en tus manos no hacerlo.

Así que este es un punto optimista para ponerle como fin a esta descafeinada carta, y es que, hasta nueva orden, a ti no te quedó otra elección.

10-11 de junio

No es una respuesta, en absoluto se trata de una respuesta como la que se merece tu carta, que cada vez que la releo se me va clarificando en toda su profundidad, y sobre todo, bien lo sabes, me has liberado a través de ella, hilo tras hilo, de las redes de mí mismo, sin que me haya sentido turbado por el concierto de jugos gástricos que te interpreté.

(¿Así que están de acuerdo en el trabajo? ¿Te dan dos semanas antes de

final de curso?

¿Y qué dicen en tu casa?

Aunque eso no es asunto mío.)

De nuevo me sorprende, como siempre, que me confunda ese contraste entre tu seriedad, tu sensatez, tu equilibrio y tu sereno instinto maternal, por un lado, y de pronto, tu ligereza de movimientos, esos bandazos que das, tus arranques inesperados, inesperados incluso para ti. Te veo caminando de un extremo al otro del bosque de encinas junto al Mar de Tiberíades, muy erguida y seria, rodeándote fuertemente con los brazos, en busca de un momento de paz, de la tranquilidad perdida, apartándome de tus pensamientos una y otra vez...

¿Esto? Esto no es más que una sonrisa. Me acabo de acordar de cómo en las primeras cartas repetías una y otra vez que te resultaba difícil creer que una mirada furtiva que te hubiera dedicado podía haber llegado a provocarme semejante tempestad interior («¿Y si no tengo nada al otro lado de la cara, y si no tengo un segundo perfil y lo único con lo que te has quedado es con la imagen de una mujer en la noche?»), aunque poco a poco te empezaste a decir a ti misma que en realidad así es como empiezan siempre estas cosas, con una mirada a una persona extraña. Mientras que ahora has escrito, allí en la roca, que puede que solo «una mirada física y estrecha de miras» podría convertirnos en dos extraños...

Antes, cuando me he despertado (ahora son las tres y media), he ido a sentarme a la oscuridad del salón, acurrucado en un sillón, y he estado pensando en ti, en mí y en lo que de repente nos está sucediendo a mitad de la vida, y me he alegrado de tener la ocasión de estar un poco solo en casa en medio de un completo silencio, así que te he invitado a acompañarme y tú has venido. Por lo general, en la vida diaria, me esfuerzo por no pensar en ti cuando estoy aquí y pongo mucho cuidado en tener en cuenta la

separación de dominios. Dudo si contarte cuándo es el momento en el que siempre me acuerdo de ti, pero siempre, siempre, y es en la ducha, o cuando, qué le vamos a hacer, voy a mear. Sí, cuando me la veo.

He intentado averiguar si yo podría ser capaz de servirle de pararrayos a alguien. Vi que eso te preocupaba mucho, pero me resulta difícil dar una respuesta clara. Una respuesta realmente sincera. Antes nunca me habían pedido una cosa así. Nunca me lo había preguntado nadie. Pero tampoco nadie antes me había preguntado nada tan directamente como tú, con tanta firmeza y determinación como tú, ni con tanta urgencia.

Parece ser que enseguida veían en mí la respuesta.

¿Te acuerdas de que te escribí que, desde el momento en que te vi, noté en mi interior, por primera vez en mi vida, un potente y clarísimo deseo de tener dentro de mí a otro hombre? Puede que esa sea la respuesta indirecta a tu pregunta. Ahora soy yo el que me pregunto si todavía lo deseo, y me respondo a mí mismo que sí, y mucho más que antes. Incluso muchísimo más.

Dime, ¿cómo es posible que no me asuste desear una cosa así, cómo puede alguien estar dispuesto a meter dentro de sí a otra persona? En serio, Miriam, esta noche he comprendido de pronto algo sorprendente y hasta estremecedor por el hecho de reflejar tanta generosidad y benevolencia, y es que alguien sea capaz de dejar que otra persona entre en él, aunque solo sea en su cuerpo. ¡De repente no me ha parecido nada normal algo que atemoriza tanto por naturaleza! Y la gente lo hace sin pensar (eso es lo que ha llegado a mis oídos), penetran y se dejan penetrar, y hasta un polvo no es a menudo más que un cliché, aunque ¿puede que precisamente sea necesario no entender nada para que sea posible semejante intrusión?

Imagina que por un momento he temido no poderlo hacer más, esos conocidos movimientos de natación. Hacerlos mecánicamente, me refiero.

Invadido por cierto pavor, seguramente, me he refugiado en uno de mis pasatiempos favoritos: me he puesto a reconstruir mentalmente, con los ojos cerrados, uno de los polvos de mi colección privada, y tú eres la primera persona a la que se lo cuento (quizá porque me hablaste de la primera vez que lo hicieron Adán y Eva). Esto me recuerda que de niño intentaba reconstruir mentalmente partidos de fútbol enteros, mientras que hoy, qué se le va a hacer, me recreo en los polvos, mis pequeños adulterios, la manera más convencional de saltarse los convencionalismos, tal y como me lo formuló una vez Nabokov durante un largo viaje hacia una base en el Sinaí.

No soy capaz de revivirlos todos, claro está, como mucho seis o siete (hace ya algunos años que no añado ninguno nuevo a la colección), los más especiales, esos de los que extrañamente fui más consciente y más me fascinaron, en los que soñaba despierto entre completamente sonámbulo y plenamente lúcido, en los que notaba cada movimiento de la mano de ella, lo que decía y cómo respiraba, hasta el punto de que puedo reconstruir la curva de la cadera y el lugar exacto de los lunares (¿dónde los tienes tú? El de debajo del labio, lo conozco y además me parece como un microfilm que escondes en tu cara de aspecto inocente, pero ¿dónde tienes más?), nada se me escapa en esta silenciosa rememoración, y no me preguntes cómo lo consigo, porque no tengo ni idea: soy como esos genios del ajedrez que recuerdan de memoria cientos de partidas con todos sus movimientos, así que quién sabe, Miriam, puede que esta sea mi genialidad, mi verdadera vocación (mi arte...).

Ahora voy a cerrar el sobre y dará comienzo el gozo de una ilusionada espera.

(Por la mañana)

De todas formas, quiero que sepas con quién estás tratando. Me parece que esta noche me he hecho a mí mismo ciertas concesiones o «rebajas» con respecto a lo del «pararrayos».

Porque yo necesito conservar todas mis fuerzas para mantenerme equilibrado y no puedo ceder ni un solo milímetro que me aparte del equilibrio completo y exacto. No me enorgullece especialmente tener que escribir esto, pero es que tengo los nervios a flor de piel y ya has visto lo que pasó hace tan solo una semana, que asusta la facilidad con la que los pierdo y me derrumbo en un abrir y cerrar de ojos. Qué fácil es desear no ser, renunciar a todo.

¿Y tú me preguntas si puedo ser el pararrayos de alguien? ¿Yo? Pero si todos los que me rodean tienen que estar siempre en plena forma física y mental, además de que por supuesto que has dado en el blanco cuando has escrito sobre Maya y sobre la «base madre», sí, eso es, exactamente, y sin posibilidad de apelación, de manera que es maravilloso cómo todas las personas próximas a mí se esmeran en cumplir las condiciones obligatorias que les permiten pertenecer a mi selectivo club.

Ya está. He vomitado. Lo más miserable que hay en mí. Miserable, mimado y débil, pero es muy importante para mí que lo sepas. A veces hasta me sorprende lo obedientes que son todos y cómo sin planteárselo cumplen las órdenes que les doy; nacen todos sanos, crecen bien y no se dejan seducir de pronto por una enfermedad incurable o por cualquier defecto físico, ni tampoco se mueren, porque conmigo no hay muerte que valga. Ni tan siquiera a una edad avanzada, sino ¡solo después de mí! Hasta

mis padres, por lo visto, van a tener que seguir en este mundo para ahorrarme sufrimiento, por no hablar concretamente de mi padre, que lleva ya varios años atrapado al borde de la muerte por esta ley draconiana impuesta por mí.

Pero como comprenderás no solo la muerte debe obedecerme. Toda excepción, todo desvío de esta bendita rutina en la que me muevo, está prohibida. Si Maya, por ejemplo, pensara una sola vez, si solo pensara en la posibilidad de dejarme, de enamorarse de otro tipo y abandonarme a la suerte de la jauría de perros sanguinarios que son mis celos, ese sería mi fin, tal y como lo oyes, un martillo de cinco kilos en el corazón del pájaro detector de mentiras. Se trata de una ley no escrita: quien quiera estar cerca de mí tiene que comprometerse a cuidarme. Cualquier idiota puede así comprender lo fácil que es matarme. Una sola mirada intencionada bastaría. No es broma: en algún lugar de mi mente estoy convencido de que cualquiera que me vea, incluso por la calle, hasta sin conocerme, se da cuenta enseguida de dónde debe tocarme una sola vez para hundirme o cómo llegar a neutralizarme con una sola palabra. Y a pesar de eso, parece ser que las personas que hoy me rodean no se aprovechan de ello, vete tú a saber por qué, y no me dan el golpe de gracia, cosa que no acabo de entender y que hasta me hace sospechar que algo estarán tramando contra mí, y tú también, sí, tú, la invisible que estás ahí solo en forma de escritura, vigílanos, cuídanos bien a los dos, incluso en los momentos en los que me veas en el estado más lastimoso, reducido a la mitad, sé tú, entonces, doblemente fuerte, tú puedes, noto que te sobra coraje para ello, sé nuestro guardaespaldas (qué interesante que en hebreo se diga «guardacabeza» y en inglés *bodyguard*).

No estoy tan seguro de ir a mandarte este engrudo. ¿De dónde habrá salido? No sé por qué me atraviesan unas turbias corrientes de este tipo

justamente cuando durante la noche me he sentido tan cerca de ti. Pienso en lo que me has dicho en tu última carta, que a veces me invade un extraño impulso por afearme ante ti; en ese extraño sueño que has tenido sobre el verdulero que ponía los tomates podridos en la parte de arriba, pero tienes que tener en cuenta que a pesar de todo te estoy dando algo que jamás me había atrevido a darme a mí mismo.

Tengo que mandarla, ¿verdad?

11 de junio

(Ni siquiera he tenido que esperar cuatro horas. Por lo visto se han cruzado por el camino. Cuando leas la mía comprenderás lo extraño que es que me respondas a cosas que todavía no has leído.)

Miriam, creo que la historia de nuestro encuentro entre los aspersores no es correcta. No es así como a mí me gustaría haber llegado hasta ti.

No solo porque te rieras de que yo me negara a creer en un milagro tan banal como el encuentro verdadero de dos personas, ni tan siquiera en el autobús, en el banco, en una reunión de antiguos alumnos o simplemente en una verdulería, sino porque realmente de pronto dos extraños que están sentados en el césped se encuentren al momento abrazados en medio del agua nadie sabe cómo, sino porque después de tu carta, después de que hayas dicho que me esfuerzo tanto por maquillar la realidad... No sé, de repente me ha parecido demasiado real y forzado, un espectáculo de pirotecnia acuática que no te va nada ni pega con la ternura a la que yo quiero llegar contigo y al silencio que te envuelve y, sobre todo, no con lo que has escrito en las últimas líneas, ese sorprendente ataque que parece haberte dado y que no sé todavía cómo tomarme.

De cualquier modo, para mí es muy importante que te avengas a que los «aspersores» también entran dentro de lo posible y, sobre todo, que entre nosotros todo es posible: tendremos montones de primeros encuentros como ese y cada vez nos redescubriremos, porque ¿qué necesidad tenemos de renunciar a nada?, ¿por qué renunciar a todo si yo contigo lo quiero todo? Porque solo contigo puedo quererlo todo ya que quizá por medio de ese «todo» derrochón lleguemos a descubrir poco a poco la cosa única, la piedra preciosa que solo puede formarse entre nosotros pero que no puede darse entre otras dos personas.

Naturalmente que tienes toda la razón al decir que la realidad misma es un milagro y una maravilla; me vas a perdonar, pero yo también sé decir esas cosas tan bonitas en un tono velado y tierno. Lo que sucede es que no debes olvidar que, al fin y al cabo, también la «realidad» es un compendio de casualidades concretas y únicas sobre una enorme bola en la que bullen miles de posibilidades que nunca se materializarán y que cada una de ellas podría contarnos una historia completamente distinta de nosotros mismos, interpretarnos una música diferente para que sonáramos de otra manera, así que ¿por qué no llegar el uno al encuentro del otro desde los lugares más inesperados, desde el lado oscuro del cerebro?

Lo que yo quiero es tener diez episodios diferentes de cómo te he conocido, ¿por qué no?, y que cada uno de ellos haga hablar y gritar en mí a un hombre completamente distinto cada vez, a un hombre que me resulte desconocido. Es por eso por lo que las personas se unen unas a las otras, ¿no? Y es que es exactamente igual a la pregunta que aquí me haces, de si alguna vez, realmente, tendré el valor de mirarte bien fijo a la profundidad de los ojos y leer para ti lo que tú misma no estás dispuesta a leer en ellos. Ojalá pudiera responderte con una total seguridad, pero no lo sé (¿puede

que fuera por eso por lo que desde el primer momento me quedé oculto en un ángulo muerto para ti?).

¿Te estoy pidiendo demasiado? Puede, pero para qué conformarse con poco si eso es lo que nos pasamos haciendo toda la vida, «conformarnos», mientras que contigo quiero tocarlo todo, y con unos gestos amplios y generosos, como si se tratara de la última vez de mi vida, así que ¿cómo puedes detenerte justo en el momento en el que por fin habías empezado a entregar algo verdaderamente profundo de ti misma?, «mis vergüenzas», has dicho, como si te lo estuvieras tomando a broma, ¿o es que estabas solo probándote una de mis palabras?, aunque después ya lo has dicho en serio, ¿a que sí? «¿Y si dejaras de una vez de llamar a las ofensas que te han ido haciendo con la palabra “vergüenzas”?», has dicho con una furia inesperada, pero he notado que te has quedado prendada precisamente de esa palabra, como si tuvieras que repetirla una vez y otra y otra más, lo mismo para quitártela de encima que para volverla a tocar otra vez, «¿y qué relación puede haber entre ofensas, heridas y vergüenzas?». «¿Y por qué noto constantemente en ti ese extraño placer que te produce volver a mezclar siempre de nuevo la herida con la vergüenza?» Cuanto más has repetido esa palabra, más se te ha pegado, así que tú...

Quiero que me expliques, Miriam, qué significa esa batalla que libras a veces para terminar un día más con el deseo firme de levantarte a la mañana siguiente, ¿de qué es de lo que estás hablando, exactamente, y de dónde te has sacado esa idea tan loca y demencial de que tú eres una persona a la que le está prohibido crear nada nuevo en el mundo? El inestable y el destructivo de esta relación soy yo, ¡no lo olvides!

(O quizá sea, ahora que lo pienso, una especie de visión imaginaria, quizá se trate de la historia que escoges contarme acerca de ti, pero ¿por qué precisamente una historia tan espantosa?)

¿Entiendes en el estado en el que me has dejado? No me has explicado nada, «a veces la sensación de que todo ser vivo, incluso los dos gatitos que Nili parió ayer y que como siempre ha delegado en mí la responsabilidad de alimentar, incluso ellos, a ratos, son en mis manos como fuego robado», y ahí te callas sin más. Quedaban varias líneas vacías hasta el final de la cuartilla y no supe cómo llenarlas, la imaginación me volaba desbocada y cuando volviste a aparecer ante mí ya te habías recompuesto y me contabas algo nimio e irrelevante, si me permites esta observación de profesora; tengo la impresión de que lo que querías era terminar la carta de una manera educada, y me parece estupendo que tu hijo se encuentre inmerso en estos momentos en la magnífica misión de aprender a contar hasta un millón (una manera como otra cualquiera de perder el tiempo en esta vida), pero así, por lo menos, has dicho por fin y abiertamente que tienes un hijo, porque yo ya empezaba a estar preocupado, pero ¿cómo, entonces, has podido dejarme así después de las cosas que has escrito?

Basta, basta ya de seguir apretando los puños, nuestros secretos más sombríos son siempre más pequeños de lo que creemos, así que entrégate, entrégate sin reservas, escíbeme, por ejemplo —en una carta completamente aparte— una sola frase, qué es la primera cosa, el primer pensamiento, la idea que vuela hacia ti cuando lees esta carta (¡sí, sí, ahora! Apúntalo en este momento, mételo en un sobre y mándalo, antes que la carta «oficial» de respuesta, antes de que te sumerjas en las complicadas divagaciones que en lo más profundo de ti me dedicas).

14 de junio

¡Pum!

¿Ya me toca a mí?

Después de habernos acostado, dormiremos pegados el uno al otro. Tu espalda contra mi vientre, y cerraré los dedos de los pies alrededor de tus tobillos como grapas, para que no desaparezcas por la noche, hasta convertirnos en la foto de un libro de ciencias naturales: el corte longitudinal de un fruto del que yo soy la piel y tú la pulpa.

YAIR

P.D.: No creí que fueras a llegar a tanto.

17 de junio

Y cuando nos acostemos, quiero cerrar los ojos y tocarte con delicadeza la línea del vello, por la zona de debajo del ombligo (del *pupo*), para sentir con la punta de los dedos ese sitio, uno de ellos, esa zona tan delicada y sedosa en la que te convertiste de niña en mujer.

Y.

18 de junio

Una que no respeta el turno y se cuela:

Ayer por la tarde bajaba yo por la calle Heleni Hamalkah, y por delante de mí caminaba un niño de unos nueve o diez años. Estábamos solos. La calle estaba oscura y él, de tanto en tanto, lanzaba una mirada hacia atrás y apretaba el paso, pero el caso es que yo, hasta cuando ando despacio avanzo muy deprisa. Me di cuenta de su miedo, un miedo que yo recordaba muy bien, así que me puse a pensar en cómo lo podía tranquilizar sin

avergonzarlo. En ese momento se puso a cojear. Literalmente torció el pie y empezó a arrastrarlo mientras suspiraba. Hasta el final de la calle anduvimos así los dos juntos, despacito, él cojeando por fuera, y yo por dentro.

Y.

El defecto evidente de estos esbozos de carta es que al poco rato las ansias te vuelven a asaltar (aunque la frase «a veces me tocas al mismo tiempo el punto del dolor y el del placer» me bastará para por lo menos una semana).

19 de junio

¿La has escrito ya? ¿La has echado? ¿Cuándo soléis recoger el correo?

(Lo único que estoy haciendo es trabajar los músculos del enardecimiento para que no se me atrofien, para que siempre puedas reconocerme.)

Con respecto a tus últimas suposiciones, has caído en un triple error: no te estoy escribiendo desde la cárcel, ni gravemente enfermo desde la cama, ni tan siquiera soy un espía israelí en Damasco o en Moscú que se encuentra de vacaciones en la patria antes de volver al frío...

Soy las tres cosas a la vez.

¿Habría algo que añadir? Pues la verdad es que poca cosa más.

Mucho: el temblor de tus dedos cuando sacas mis sobres del buzón de los profesores.

A mí me pasa lo mismo, qué te crees, primero compruebo palpando con

la mano lo gruesa que es la nueva carta, la cantidad de alimento que tendré que digerir durante los próximos días y noches.

En respuesta a tu pregunta (sorprendente), la respuesta es de agujas y digital a la vez (pero ¿qué importancia puede tener eso?).

Ah, acabo de acordarme de algo que te tengo que preguntar: ¿tienes algo que ver —es un poco tonto, ya lo sé, pero aun con todo—, tienes alguna relación con un periódico chino (¡totalmente en chino!), una especie de semanario editado en Shangai, que he empezado a recibir últimamente sin haberme suscrito?

Si la respuesta es que no, olvídate del asunto.

Esto no es una carta, sino un simple susurro nocturno, un silbido en la oscuridad hasta que vuelvas.

(No dejo de maravillarme de que esta vida tan yerma haya decidido desnudar para mí un enorme pecho.)

YAIR

21 de junio

¿Una boca abierta o un hueco en el tronco de un árbol? Me cuesta decidir qué. Pero me he llenado de alegría porque, por fin, ¡no ha habido palabras!

No sabía que también pintas. La línea, el negro, la fuerza de tu trazo.

Te juro que un día bailaré para ti. Aunque esté rodeado de gente. No importa. Solo te miraré a los ojos y bailaré.

Pero entre tanto hay que escribir, ¿no? Pues aquí va, por el negro:

Un mono negro y enjuto, por ejemplo, corretea de arriba abajo por el vientre de la señora.

¿Te dice eso algo? Déjalo correr. Hemos dicho, libertad de palabra. A mí

sí me dice algo: el señor se lo compró para ella en una de las ferias por las que pasa en sus viajes. El señor siempre está de viaje. El mono está amaestrado. Se lo han comprado para que haga disfrutar a la señora, pero no para que él disfrute. ¡Ni pensarlo! ¿Entiendes? El mono siempre tiene que saber cuál es su lugar, el de un sustituto, hasta que vuelva el señor (aunque puede que el señor ni siquiera exista).

Y.

Sé que sabes en qué estoy pensando ahora. Que dijiste que te parece raro que me acuerde de cada gesto, de cada suspiro y de cada lunar de la mujer que haya estado conmigo, mientras que a mí no me has encontrado en esos recuerdos.

22 de junio

Cuando estoy con otra gente (se me ha ocurrido mientras duchaba hoy a mi hijo) —y da lo mismo si se trata de personas desconocidas o de las más próximas a mí— siempre me acompaña un mismo pensamiento: todos estos saben hacer con naturalidad la única cosa para la que me siento completamente impotente: echar raíces.

Pregunta: dime, pedazo de idiota que soy, ¿por qué le estás contando estas tonterías? Todas las bobadas que meditas, tu filosofía barata. ¿Por qué no hay en ti ni un gramo de aristocracia, o de elegancia, que te enseñe que no todo puede decirse?

Respuesta: se trata del pollino que hay en mí y el impulso que siento

especialmente con ella más que con ninguna otra persona que haya conocido, de contarle todo, hasta mis divagaciones más ridículas. Ni siquiera es contárselo, sino que a veces se trata de enviarle una señal luminosa, como cuando uno lleva a un familiar inconsciente a urgencias, lo abandona en manos del médico y se pone a rezar con la esperanza de que lo pueda reparar. Cuéntale lo del anillo de Moebius.

Pregunta: ¿Te has vuelto loco? ¿Ya?

Respuesta: ¿Qué significa eso de «ya»? No existe eso de pronto o tarde, el tiempo es circular ¿te acuerdas? Ella dijo bien claro que decididamente este tiempo había nacido para ella...

Ven, dame la mano, que quiero contarte que una de las cosas que suelo hacer de vez en cuando es imaginármelo de viejo. Hablo de mi hijo, del llamémoslo Ido. Mi pequeño Ido.

Puede que para protegerme (¿de qué?, ¿de un exceso de amor?) me lo imagino una y otra vez de viejo. Y eso ayuda. Apaga al instante cualquier sentimiento amoroso o de temor hacia él. Fíjate: justamente de viejo. No muerto. Por supuesto que también en eso me he especializado, aunque resulta demasiado drástico para la tortura que yo necesito. Mi hijo, un anciano encorvado, mira extasiado la televisión en un tanatorio, con unos hilillos de baba cayéndole de la boca, muerto, porque el destello claro de los ojos se le ha apagado. No resulta sencillo concentrarse en un pensamiento así. Inténtalo. Para ello hace falta activar los músculos más fuertes del alma, los músculos de la espalda del alma. Porque esta se comba en medio de un potente rechazo y hace falta muchísima fuerza para volverla a dominar... ¿dónde estábamos?

Con mi hijo, con el pequeñín a posteriori, mi hijo anciano, el hombrecito, todo encorvado, con las manchas de la vejez en las manos, atacado por una de esas enfermedades propias de la edad, y que intenta acordarse de algo

que se le ha borrado de la mente, ¿yo, quizá? ¿Quizá las jugarretas que le juega la memoria me hayan hecho, de repente, desaparecer a mí? ¿O a los dos, cuando estábamos en un buen momento? ¿Cuando esta mañana le ha entrado una mota en el ojo y yo se lo he lamido hasta que se la he sacado? ¿Cuando forré con material de espuma todas las esquinas de las estanterías de la casa el día en que la cabeza empezó a llegar a ellas? ¿O simplemente cuando tanto lo he amado a mi manera, tan limitada?

¿Quizá es que se ha hecho un lío, por un momento, y ha creído ser mi padre?

Ojalá. Deseo que en el universo infinito, en el lugar en el que se barajan los destinos con la gente y cada persona toca por un instante la posibilidad de ser otro, haya también un momento como este, en el que él aparezca siendo mi padre (ese azar críptico y asfixiante que me ha llevado a ser su padre, en lugar de al revés). Aunque lo que más deseo es que todo termine de una vez, meterme bajo su ala y acurrucarme hasta que la carne se pudra y se convierta en ceniza contra ceniza. Ojalá nos halláramos por un momento en ese tiempo en el que yo sería para él una persona igual, una persona que lo intentara, que estuviera en el mundo, que por un momento irrumpiera deformándose en el espacio vital...

Creo lo siguiente: que quizá entonces, al estar reconciliado con la vida y en medio de la indiferencia de la vejez, además de gracias a la sabiduría que alcanzará después de años de una paternidad ejercida con los hijos que tendrá, quizá entonces podrá volver a escogerme a mí. ¿Qué opinas? ¿Me escogería a mí?

Háblame.

A veces resulta difícil tener que esperar dos o tres días hasta recibir respuesta. Porque es ahora cuando duele.

Después de que me vieras fantasear con la existencia de la pequeña

Yaara, me dijiste que estabas segura de que también a Ido me entrego muchísimo, puede que más de lo que otros muchos padres son capaces y que de ningún modo puede decirse que le esté «exprimiendo el jugo». Gracias por haber intentado liberarme de eso. Pero es que sencillamente me da miedo contarte lo mucho que lo exprimo, Yair «el exprimidor», ese soy yo, hasta sin proponérmelo, tan solo con mi propia presencia. Pero más adelante, en el año dos mil sesenta y cinco, seguro que me sonreirá con las encías desnudas y los ojos velados y me dirá que de acuerdo, que también él entiende ya el veredicto versátil de nuestra penitenciaría, porque unas veces se es Franz Kafka y otras Hermann, su padre...

A veces me lo imagino con todo detalle. Cómo me invocará de entre los muertos, cómo me sujetará entre los dedos y me examinará a la luz amarillenta de la tarde, como alguien que sujetara en la mano un objeto inanimado e inofensivo. Y entonces pasaré con delicadeza mi dedo por su cuerpo y por el mío, como si acariciara el anillo de Moebius, y ese dedo que se deslizará por él no sabrá distinguir cuándo pasa del exterior al interior.

Creo que ya es el momento de la publicidad.

24 de junio

Me divierte que mis «historias de la urbe» te gusten tanto. He empezado a creer que gracias a ti esos «momentos» son cada vez más frecuentes (de verdad: ahora la ciudad me habla como nunca antes lo había hecho).

Recibe esta recién sacada del horno: esta mañana, en la calle peatonal de Ben-Yehuda, junto a Atara, había un payaso que a la vez era mago. Puede que lo hayas visto alguna vez: un hombre gigantesco, con pinta de Rasputín, que hace un espectáculo de horror muy divertido con una guillotina. Como ya me lo conozco, hace tiempo que he dejado de pararme

junto a él. Pero hoy me he detenido a mirar. Quizá por la palabra «guillotina» que has vuelto a repetir en tu larga y última carta cuando, deprimida, has explotado.

El mago ha pedido un voluntario, y un chico del público, un turista americano, se ha acercado y ha puesto la cabeza sobre el tajo. El mago, entonces, le ha estado midiendo con mucha ceremonia el perímetro del contorno del cuello, le ha cortado un pelo con la hoja de la guillotina y le ha colocado un cesto delante de la cabeza mientras todos se reían.

Entonces, cuando el mago ha izado bien alta la hoja, el muchacho ha sacado de repente de detrás del tajo las dos manos, y con un gesto instintivo y muy conmovedor, ha atraído el cesto hacia sí para que la cabeza «cayera» justo en su interior.

Todos se han reído, pero yo me he emocionado igual que si hubieras estado allí conmigo y yo te estuviera enseñando algo mío imposible de explicar con palabras.

28 de junio

Te envío una foto que quizá te guste recibir.

En un número viejo de *Davar Ha-Shavua* he encontrado esta mañana (y no por casualidad) una foto de tu primo lejano Alexander. Me perdonarás si te digo que decididamente he podido entender la historia de tus padres: no solo porque fuera seis años mayor que tú, sino porque hay algo inquietante en su aspecto, como una expresión lobuna...

Observa cómo está en el podio, por ejemplo. Esa sonrisa. (Aunque tengo que reconocer que incluso con ese ridículo gorro de baño y con la medalla, tiene una planta bastante impresionante, la de un macho diez. Y esos hombros, esos pectorales, esos brazos.)

Terrible, ¿verdad? Estar viendo toda esa fuerza, toda esa arrogancia, y pensar hasta qué punto estaba ajeno a que al cabo de cinco años se encontraría tendido y muerto sobre los raíles del tranvía.

Intento descubrir alguna huella de ti en él —porque la foto fue tomada precisamente aquella misma semana—, pero no te encuentro. ¿Qué querrá decir eso? ¿Que tu madre tenía razón? Y eso que me parece detectar cierta suavidad insólita en la zona de la boca, en el labio inferior. ¿Así que podría ser que hasta un Casanova experimentado como él se derritiera un poco porque había sido tu primer beso, el primero y único con él?

Pero hay otro asunto sorprendente: he estado buscando también en los periódicos que hablan de la Macabiada siguiente, que fue tres años después, y he descubierto que volvió a competir con la selección belga (aunque esta vez no ganó ninguna medalla). Según mis cálculos, tú tenías ya por entonces dieciséis años y medio, es decir, una edad a la que difícilmente se te podía tener encerrada en casa, prohibirte que te vieras con él o evitar que te zafaras de la prohibición de encontrarte con él por cualquier medio (y seguro que él iría a visitaros para transmitiros los saludos de la familia...). Me sorprende bastante que después de la terrible tormenta que has descrito, las semanas de ardientes promesas, de pasarte un año entero soñando con él, de tantas cartas perfumadas, etcétera, renunciaras a volverte a encontrar con él.

Me resulta extraño, incluso aunque hubieran pasado tres años y hubieras entendido que al parecer no eras más que una diversión pasajera para él y que además no era precisamente el hombre de tus sueños. Pero aun así, ¿no sentías curiosidad? O sencillamente ganas de decirle, mira cómo soy ahora, mira cómo he crecido, ya no soy la primita de antes...

(No sé por qué, pensar en su última visita me entristece.)

A propósito de besos: muchísimos recuerdos a ese lunar del que te

despediste cuando te empezó a crecer el vello ahí abajo... Esa vertiginosa visión no la olvidaré jamás. Y un día, puede que en otra reencarnación, llegue también a besarlo.

30 de junio

¡Qué buen tiempo hace, Louise, qué sol más resplandeciente! Tengo todas las persianas bajadas; te escribo en medio de la penumbra.

Así le escribía Flaubert a Louise Colet. Hoy he tropezado con estas líneas, y a pesar de tu clavada de aguijón (¿es verdad que me paso la vida citando?) he visto en ellas una señal para los dos.

Durante los últimos días he pensado a menudo en tu extraña propuesta de que mantengamos una amistad con un retroceso de decenios. Me has obligado a volver a una época poco querida por mí. Tampoco estoy muy seguro de haber dado precisamente con una historia que sea paralela a la tuya, y todavía menos teniendo en cuenta el tipo de chica que tú eras, una chica sensata y lúcida que vivía la vida bajo el lema del «dicho y hecho», o eso es lo que a mí me parece, una persona decidida y sin arrepentimientos... En honor a la verdad, Miriam, no estoy muy convencido de que aquella niña se hubiera interesado por el niño que yo era para pareja.

Yo tendría unos trece años y no te voy a describir el aspecto que tenía porque te irritaría, y ¿para qué provocarte y desatar unas fuerzas que me superan? De todos modos, cierto interés sí despertaba yo en aquella época, porque una niña retrasada que vivía en nuestro edificio me secuestró y me hizo una operación sin anestesia. Ahora dirás que, como siempre, lo describo todo más dramático y exagerado de lo que es en realidad, pero eso fue exactamente lo que me hizo.

No sé cuántos años tendría ella, porque ni siquiera hablaba, sino que

emitía una especie de gruñidos; era una alemanota hombruna y fornida, una pobre subnormal de la que yo siempre me burlaba. Solía seguirla, a ella y a su padre, que la bajaba a su paseo diario (el padre llevaba un bastón para defenderse de ella por si lo atacaba, ¡imagínate!). Durante unos cuantos años fui yo el que dirigí en nuestro edificio la burla organizada contra ella, las ideas más perversas para martirizarla a ella y a su pobre padre, el que hacía inscripciones con tiza en la acera y la retrataba.

Ahora te estarás preguntando, y con razón, por qué me reía de ella. ¿Por qué mi asustadiza lucidez dirigía las miradas de todos hacia ella y solamente hacia ella? ¡Cuánto llegué a reírme de ella! ¡Y cuánto ingenio y veneno empleé! ¡No quieras ni saberlo! En resumen, que un día logré escapar de casa, su padre se desvaneció en las escaleras, y todos los vecinos y los niños del barrio fueron puestos en guardia para que la buscaran. Si hasta vino la policía, del enorme alboroto que se armó.

Yo me aparté tranquilamente del grupo y me fui al final de la calle, a un solar baldío en el que hoy se alza un gran hotel. Había allí, en uno de los rincones más apartados, una montaña de basura que se había ido acumulando durante años, colchones viejos, cocinas, una nevera pequeña estropeada y toda la porquería que uno pueda imaginar que genera un barrio, y detrás, junto a la valla, había una maraña de arbustos que formaba un escondrijo pequeño y oscuro del que creía ser el único conocedor y donde me gustaba aislarme.

Tuve la corazonada de que ella se dirigiría hacia allí, que su instinto animal la guiaría hacia ese lugar hacia el que nadie en su sano juicio iría. Y efectivamente, en el momento en el que crucé la línea de la luz, se me abalanzó encima, y al instante supe, en medio de una extraña resignación, que sencillamente me había estado esperando.

¿Sabes?, no recuerdo exactamente cuándo me lo preguntaste, quizá fuera

cuando lo del pararrayos, si alguna vez en mi vida había gritado «¡Socorro!», pero de verdad, con la garganta desgarrada y los ojos desorbitados por el pavor y la desesperación (¿por qué me lo preguntaste, en realidad?). Pues quizá fuera esa vez, cuando ella me arrastró hacia dentro, cuando debería haber gritado de esa manera, pero justamente entonces me quedé mudo. Así es como sucedió, Miriam.

Me tiró al suelo y se echó sobre mí, y sin perder ni un instante empezó a frotar su cuerpo contra el mío con una fuerza inmensamente terrible, como si fuéramos dos guijarros. No me podía mover, era como si hubiera perdido el conocimiento, pero al mismo tiempo lo veía y lo oía todo. Ella estaba muy seria y febrilmente concentrada en alguna demencial idea que le rondaba la mente, una idea de locos que yo era el único del mundo que podía llegar a comprender con exactitud, y es que ni siquiera se trataba de un asunto de sexo, es decir, que no se trataba de sexo en el sentido del deseo comúnmente aceptado. Era algo mucho más complicado y soterrado, ¿cómo te lo podría explicar?, lo que ella quería era desintegrar y machacar hasta convertirla en polvo la materia de la que estábamos hechos...

¿Hace falta dar más detalles?

Me refiero a todos los materiales, todos los minerales, los de ella y los míos. Y ¿por qué? No lo sé (lo sé, lo sé). Para volvernos a crear más perfectos, más equilibrados, si es que es esa la palabra, para equilibrar o «fundir», de alguna manera, todo lo que nos sobraba y nos faltaba, y juntarlo en un solo cuerpo (¿puede siquiera llegarse a entender una frase así? ¿Sigue teniendo sentido fuera de mí?). Se trataba simplemente de volvernos a crear a los dos de una forma más correcta, o quizá de una manera más soportable para nosotros, con todo lo sobrante y todas las carencias... Es una historia bastante rara, la de una chica retrasada mental que quería volver a crearme. Te juro que eso es lo que rumiaba el retorcido

cerebro de ella, y como era yo el único que lo entendía, ni siquiera grité pidiendo socorro, porque aquello era un asunto entre ella y yo, tanto que no puedo creer que ahora te lo esté contando.

¿Qué opinas? ¿Hubiera podido ese chico, a su manera, ser la pareja de la chica que tú eras, una chica filosófica e inteligente?

Recuerdo que me cogió la mano izquierda con la suya áspera, y diez, veinte, cincuenta veces pasó sus dedos por entre los míos, para después hacer lo mismo con la derecha, y luego hombro contra hombro, y pecho contra pecho, vientre contra vientre, metódica y detalladamente, y sus ojos muertos brillaban en medio de su genial y única idea, mientras que a mí apenas si me hacía caso, y eso era precisamente lo que me tenía hipnotizado por completo, que tenía una cuenta pendiente con lo que yo era y no con quien yo era. Aquello no tenía lógica alguna en el mundo iluminado de fuera, pero allí, en la oscuridad, yo era capaz de saber y de sentir que ella estaba poniendo todo su empeño en hacer aquello que ella creía que también a mí me beneficiaba, como si intentara barajar muy bien nuestros dos mazos de cartas, supongamos, volverlas a dar de una manera más justa para ambos. ¿Lo entiendes? Fue precisamente ella la única que en cierto modo captó, por medio de algún sentido entre animal y genial, lo mucho que también yo era infeliz por lo que me había tocado en suerte en la perversa tómbola de la vida, y hasta qué punto me hacía desesperadamente falta un cambio. ¿Sigues ahí conmigo, Miriam? Solamente dime si se le puede explicar esto a alguien y esperar que de verdad lo entienda a uno. Dime si un hombre le puede contar esto a una mujer a la que corteja o si un marido se lo puede llegar a contar un día a su mujer mientras se toman el café.

5 de julio

Viaje. Compras. Regreso.

Un viaje relámpago de tres días a Amsterdam-París-Suiza. Por trabajo. La exitosa adquisición de dos ejemplares, unas verdaderas rarezas, de demanda desorbitada en Zurich. ¡Salvas de honor para este gran hombre de negocios!

Cuando el avión despegó de Lod, sentí una punzada inesperada, y supe que entre tú y yo existe un cordón umbilical que duele cuando se tensa.

¿Y qué es lo que te he traído del París rutilante? ¿Un perfume embriagador? ¿Una joya? ¿Unas bragas llenas de intencionalidad?

Mi pesadilla, cuando me encuentro en las grandes metrópolis europeas, son los niños pequeños de las mendigas.

¿Sabes de lo que estoy hablando? Las mujeres indias o turcas que están sentadas en la calle o en el metro, llevan siempre un bebé o un niño pequeño.

Y es que hace ya tiempo que me di cuenta de que esos niños casi siempre están dormidos. En Londres, en Berlín, en Roma. Por lo que sospecho que esas mujeres los duermen drogándolos, porque un niño dormido da más pena y eso es «beneficioso para el negocio»...

En París, enfrente del hotel al que siempre voy, había sentada una vez una mujer turca con un niño de esos, así que por la mañana, sin más, me cambié de hotel.

No es solo la crueldad lo que me deprime, sino sobre todo el pensar que esos niños se pasan el día durmiendo. Pensar que existe por lo menos un niño (hay cientos como ése) que durante años, o quizá durante toda su infancia, vive en Londres, o en la maravillosa Florencia, sin apenas haber

visto esas ciudades. Que se limita en sueños a oír las pisadas de la gente, el ruido de los coches y todo el pulso de la gran ciudad, y que cuando se despierta vuelve a estar en el mismo y triste agujero de siempre en el que vive.

Cuando paso por la calle junto a una de esas mujeres, siempre le doy algo mientras silbo con todas mis fuerzas alguna bella y alegre melodía.

He vuelto.

7 de julio

¡Ya era hora! ¡Hoy han llegado dos cartas tuyas!

He esperado tanto este momento, que no puedas dominarte y que nada más haber cerrado el sobre se te junte dentro el contenido de otra carta para mí. Una ha llegado por la mañana y la otra en el reparto de la tarde (¡una verdadera fiesta para el dueño del buzón!), y las dos derrochan alegría y emoción, una desde casa y la otra, según parece porque tenías calor y estabas agobiada de estar dentro, desde tu valle secreto cerca de Ein-Kerem. Ha sido estupendo encontrarte finalmente en medio de unas palabras completamente nuevas (¡y encima con una falda nueva!), como inhalar una bocanada de aire puro, y recibir tu agradable sorpresa cuando dices que últimamente eres feliz, porque es la primera vez que esa palabra aparece en boca tuya, así que la he mandado a analizar al laboratorio y sí, me han confirmado que se trata de felicidad (aunque sigo intentando averiguar por qué tu felicidad sigue pareciéndome tan triste). Puede que sea por culpa de esa palabra por lo que también a mí me pasa algo raro, que siento como una especie de orgullo interior, no sé, ¿quizá sea porque por fin he conseguido proporcionarte un poco de felicidad?

Y es que de repente el verano ha hecho irrupción en mí, ¿lo entiendes? Es

como si solo ahora, gracias a tu «ábrete sésamo», también yo hubiera salido de una especie de túnel oscuro y sinuoso que nos habíamos cavado juntos con todas nuestras complicaciones y pensamientos torturados, «mujer feliz», y me siento como si me hubieras dado permiso para algo, para que se me haya abierto el verano, tanto que ya es julio, imagina, y solo ahora soy consciente de ello, de este verano lleno de la fuerza de la vida, luminoso, con su grosería y voracidad habituales, y todo lo que has descrito (me maravilló que todavía temas volver a pintar con colores. Porque alguien que escriba eso...), yo también, tócame, estoy tan vivo, tan ardiente, entrelazado al cuerpo de este verano, como si yo mismo fuera una de «sus arterias palpitantes» que has descrito, pero al mismo tiempo hoy me concentro en ti como un rayo láser, ten cuidado, que no soy responsable de mis actos, no sé qué es lo que me pasa, ¿tienes idea tú?

A ver qué opinas: ¿Y si dejo de trabajar, de salir a la calle, de llevar lo que se ha dado en llamar la vida corriente, y me dedico exclusivamente a escribirte sin fin? Así podré describir el aspecto que tienes en cada situación y cómo me afecta a mí en cada momento, e incluso me inocularé en ti hasta que sencillamente se me agoten todos los fluidos vitales.

Cuando se ahorca a un hombre, este eyacula en su último momento, una vez lo leí, y desde entonces esa idea me obsesiona, porque es como el testamento conjunto del cuerpo y del alma, y así es como yo querría que nosotros nos habláramos, ya que dentro de unos pocos meses vamos a morir el uno para el otro, aunque tú sigas negándote a tan siquiera querer oír hablar de ello, porque esa guillotina te revuelve el estómago, mientras que para mí se trata justamente del espíritu de esta relación, porque quizá llevando la vida plena de una pareja normal no podría suceder lo que nos está sucediendo a nosotros, que es a la vez jalea real y sangre derramada, y

tú ya te estás dando cuenta de ello, ya lo sientes, mientras que yo lo he estado sabiendo desde el principio.

Creí que la historia de la chica deficiente mental te repelería. Pero tú, como de costumbre, has venido y me has tocado sin guantes. ¿Entonces? ¿Ya no quieres que volvamos a dar las cartas de nuestra baraja, sino todo lo contrario? ¿De verdad que eso es lo que te atrae de mí, mis pésimos naipes?

Pero solo por escrito, déjame escrito, y ojalá tengamos ambos las fuerzas suficientes como para todavía seguir luchando un poco contra la tentación de dejarnos sobornar por lo real, porque el sexo, y no la religión, es lo que es el opio del pueblo; y cuando nos encontremos, porque al final sucumbiremos; hoy me siento bastante frágil, el calor me derrite hasta las decisiones más firmes, ojalá que no caiga, pero puede que dentro de dos o tres semanas, si no esta misma noche, porque me siento presa de un ataque de pasión, es la falda nueva que te has comprado y que de repente te ha dado un cuerpo, ese cuerpo tuyo que casi había conseguido olvidar y que ahora de golpe ha resucitado alzándose ante mí, esas piernas tuyas que se mueven hermosas y frescas en el interior de la falda, ni en broma vuelvas a decir «no sabía que tuviera piernas», así que he vuelto a acordarme de tus tobillos cincelados y de pronto he comprendido el secreto que relaciona los tobillos con la nuca...

La verdad es que acabaremos por rendirnos, ¿a que sí? Cuando en el corazón se nos acumule una dulzura triste, espesa y pesada, el néctar del otoño, ahora Yair se nos ha puesto poético, porque el néctar del verano también me está haciendo bastante efecto hoy, en fin, que ¿cuánto tiempo se puede seguir convirtiendo este semen en simple tinta? Es tan solo por tus gafas de montura negra por lo que todavía no te escribo lo que ahora se me está pasando por la cabeza ni dónde exactamente te imagino, con ropa, sin ropa, con aquella falda naranja abierta a un lado, con la camiseta de punto

color manzana tan ajustada, tan acariciadora, de pie, echada, salvaje, dulce, en el coche, tus finos tobillos prendidos alrededor de mi espalda, me muero porque suceda un milagro y te me aparezcas en la calle por casualidad, pero ¿dónde estábamos?

No tengo ni idea de cómo soy capaz de levantarme de esta mesa en la que me encuentro frente a mi secretaria, diplomada por la academia religiosa Beit-Yaacov. Seguro que te estarás preguntando qué quiero de ti, así, de repente, por qué nos estoy volviendo locos a los dos, pero es que no tengo ni idea y lo único que sé es que te deseo a muerte en este momento. Por otro lado estoy tan convencido de que no debemos poner ni un pie en la realidad, porque entonces todo se desintegrará y perderá su consistencia, no será más que un cliché, y todos esos finísimos hilos de seda transparente con los que nos hemos ido tejiendo a nosotros mismos, esa belleza abstracta, se materializará al instante en carne y hueso y se echará a perder al momento, créeme, porque ya ves que sé de lo que estoy hablando, y es que te digo que nos tenemos que limitar a existir entre nosotros, aunque en tu opinión no tengamos nada que ocultar, ni siquiera a tu amado marido, aunque la verdad es que con respecto a este punto sigo sin ser capaz de entenderlo: ¿para qué hacerlo sufrir? ¿Para qué humillarlo? Si tal como están las cosas ya ha sido traicionado y engañado con todo lo que ya tenemos, y es que una de las primeras leyes de supervivencia para ser felices en la naturaleza dicta que el burlado y robado lo sea sin su conocimiento...

De nuevo debo detenerme aquí. Ha llegado un envío. La vida no deja de asomar constantemente el hocico. Seguiré por la noche, porque la verdad es que quiero seguir hablando de esto...

10 de julio

No te creo. Sencillamente me niego a creer que me hayas hecho eso.

¿Qué eres? ¿Una vidente camuflada? ¿Tienes rayos X en los ojos? ¿Y si se trataba de la carta más maravillosa que jamás te he escrito? ¿No sientes ni tan solo un poquito de curiosidad? ¿De curiosidad femenina? ¿Cómo has podido resistir la tentación? (O quizá es que yo no constituyo ninguna tentación para ti.)

Intento entender qué es exactamente lo que pasó, cómo funciona ese mecanismo tuyo: recibiste la carta aquella mañana, con todo el entusiasmo del verano y tu felicidad recién estrenada, y esa la leíste, pero la carta que era su continuación y que te envié después, por la tarde, y que era, por cierto, una carta muy divertida, decidiste devolvérmela cerrada y bien cerrada. Pero ¿por qué motivo? ¿Por el calor que desprendían las hojas y que notaste a través del sobre? ¿Por el ángulo de inclinación con el que escribí tu nombre en él? ¿Y si lo que te enviaba dentro era mi alma doblada? ¿Hubieras hecho lo mismo?

Hay veces que tu arrogancia sencillamente me exaspera. Eres muy severa, ¿no te lo había dicho antes? Eres dura de una manera desagradable, ¡ni tan siquiera femenina! En realidad ya lo había notado desde tus primeras cartas, pero entonces tu totalidad me gustaba, esa profunda seriedad con respecto a todo lo que yo decía o nos pasaba, mientras que ahora es como si las aguas se hubieran retirado dejando la roca al descubierto.

¡Esos principios tuyos! «El más mínimo toque en ese lugar me duele, como el dolor de una traición, así que tengo que ponerme a salvo...» ¡Nada más ni menos que traición! ¡Cualquiera diría que hemos firmado entre nosotros un contrato que nos obligue a él vivos o muertos, en lugar de estar manteniendo un simple carteo!

Mira, lo que has hecho no es tan simple. Cuanto más lo pienso, más me convengo de que has sido tú la que me ha traicionado a mí. Que durante

unos cuantos meses te has estado divirtiendo con este inofensivo payaso que hacía sus monerías junto a ti y que por lo visto te ha excitado, como buena pequeña burguesa que eres, un leve flirteo secreto de una honrada ama de casa, pero que cuando la cosa ha empezado a resultar demasiado íntima y caliente, cuando de pronto has empezado a sentir en tu interior un movimiento nuevo, un aleteo vivo, te has asustado y te has puesto a pedir socorro a gritos. Me pongo a leer la cartita cortaleches que acompaña a mi sobre cerrado y sencillamente no me lo puedo creer: ¿ahora, al cabo de tres meses, te acuerdas de culparme de estar siempre flirteando, pero no contigo, sino con «la eterna tentación de la malevolencia» que hay en mí? ¿Qué soy un Don Juan de mí mismo? La verdad es que a veces tienes unas expresiones anacrónico-puritanas que son para morir. ¡Y cómo!

Con qué seguridad te permites afirmar que aunque quiera deshacerme de mi seducción (¡automática!), esta no va a estar dispuesta a abandonarme y que experimento una especie de placer degenerado al despreciar y ensuciar todo lo que es verdaderamente precioso y puro...

Es por lo que escribí al final de la carta de la mañana, ¿a que sí? El comentario acerca de tu marido. Me lo imaginaba. Ese fue el momento en el que te plantaste de un salto frente a mí. He notado que te pisaba tus zonas alérgicas. De acuerdo, lo siento. Te pido disculpas. Apúntate que lo reconozco: tu marido no se siente humillado, ni traicionado ni robado ni herido por la validez de las leyes de la naturaleza para conservar la felicidad. Mira, y te lo sello con la huella dactilar de mi dedo criminal.

La verdad es que es cierto que no sé nada de él, y es que, en realidad ¿qué es lo que sé de vosotros dos? Así que tienes razón (toda la razón, Miriam), porque ¿qué puedo saber yo de una relación que no existe solo a través de las leyes naturales de la guerra y de la lucha territorial por cada

milímetro de un alma cuando todo consiste siempre en someter o dejarse someter?

¿Y tú qué sabes de caballos alados, de sirenas y del consabido unicornio?

No, tengo que oírlo de tu boca: ¿qué te importa verte también con el aprendiz de Don Juan que soy? ¿No es acaso uno de tus «naipes trucados»? ¿No tiene acaso necesidad de «compasión» o de «enmienda»? A veces creo que deberías verte solo con él, porque quizá precisamente sería capaz de hacerte retorcer de risa y de placer y resquebrajar esa severidad tuya que enarbolas como principio.

¿O quizá es justamente con eso con lo que te cuesta tanto reconciliarte? Que yo, con toda sinceridad, y ni en una sola línea de lo que te he escrito, te he propuesto una aventura convencional o de cliché, ni —me vas a perdonar— un solo polvo. Puede que haya sido eso lo que haya ofendido a esa niña modélica, a la reina buena de la clase, que nunca se permitió a sí misma hacer algo fuera de lo común ni incendiar sus buenos modales.

Esa es la que ahora se siente tan ofendida, porque de nuevo (¿como entonces?), ahora que ha aparecido un «chico» en el horizonte, no se interesa por ella más que como «amiga», alguien con quien hablar, a quien pedir consejo o susurrarle al oído su amor y su deseo; ¡pero por ella! ¿Por otra, por la belleza trigueña más desenvuelta y veraniega de la clase? ¿Por la reina mala?

¡Qué sabrás tú, Miriam! Quizá también ese «chico», veintipico años después, haya empezado a sospechar que sonaba bastante hueca tu declaración de que a ti no te asustaba la verdadera pasión en una relación sentimental, sino al contrario, muy al contrario, que la pasión era lo más importante de tu vida...

¿A quién pretendes engañar?

11-12 de julio

Puede que esta sea la última carta. Léela bien: son las tres y media de la madrugada, estoy en el coche y ya de vuelta. No me preguntes lo que he hecho. Si no sirve para ablandar tu duro corazón, entonces levantaré las manos en señal de rendición y renunciaré a todo, incluso a mí mismo, lo sé, ¡y es una pena, una pena!

¿Has oído el grito? No tienes ni idea de lo cerca que estoy de ti en este momento, pero me refiero a cerca de verdad, junto a tu casa, a veinte metros de ti, toda la noche, acercándome y alejándome. He sido como el tigre que trazaba grandes círculos a tu alrededor en tu sueño, aunque yo soy un tigre que se está volviendo loco de desesperación por no devorarte de la manera como está acostumbrado, pero tú sigues sin entender nada, ¿verdad?

Miriam, esta noche he estado corriendo a tu alrededor.

Eso es. Siete veces he dado la vuelta alrededor de tu casa, por la callecita que rodea el grupo de casas.

Me vuelves loco (y enseguida vas a oír cómo).

Un cigarrillo. Tengo la cabeza como un avispero. El coche apesta. El humo, formando filigranas, se pega al parabrisas. Pensar que estoy tan cerca de la cocina desde la que me escribes, del neón que temblequea ligeramente, del búho de madera en el que escribes todos tus «recados» para olvidarlos enseguida. Incluso de tu salamanquesa Bruria, que baja a trabajar a la media noche en punto.

Estoy aquí. Todo el mundo duerme en silencio, descansan el asesino y el

violador, mientras que solamente yo doy vueltas a tu alrededor toda una noche entera. Hasta me da miedo contarte lo que además he hecho. Solo dime si ya has empezado a notar algo. Si das vueltas en la cama en medio del sueño sin entender qué es lo que te inunda. Soy yo, es mi locura que está empezando a influirte, que te embiste con sus olas, una ceremonia religiosa en toda regla, eso es con lo que te he obsequiado esta noche, siete veces he dado la vuelta alrededor de Jericó, ¿cómo es posible que no me hayas oído jadear? Hacía años que no corría así, desde los campamentos de la mili, con este cuerpo tan flaco y degradado, un cuerpo que hace ya tiempo que ha entendido que de su relación contigo no va a obtener grandes placeres, y que sin embargo he querido que sufriera, óyeme, he corrido alrededor de ti, he visto tu casa por los cuatro costados y la pérgola con la buganvilla, tenéis una casa muy pequeña, parece un barracón forrado de piedra, y está algo abandonada, el jardín casi vacío, Miriam, y en la parte trasera una ventana rota, todo muy diferente a como tú me lo describiste, y me ha dado por pensar en algo que dijiste y es que, por lo visto, vuestra pequeña familia ya no va a aumentar.

En una ocasión hasta se ha encendido una luz en una de las ventanas y me he quedado sin aliento, de puro pánico y por la esperanza de que fueras tú, deseaba con todas mis fuerzas que así fuera, verte ahí en la ventana, mirando hacia la oscuridad, ¿quién hay ahí?, ¿quién corre de esa manera?, Dios mío, no me lo puedo creer, debo de estar soñando, y al instante lo entenderías todo, con una sola mirada verías todo lo que yo soy, tanto el Don Juan como el extraño, el funámbulo y este hombre turbado que ahora te escribe, mírame dentro y dime, ven ranita, venid todos.

Por suerte no te has asomado, porque te hubieras desmayado al verme así, en esa situación tan peculiar. Hubieras creído que se trataba de un pobre y simple pervertido que le está pagando con resignación su tributo al

sistema burocrático de sus glándulas, así que hubieras llamado a la policía, o peor que eso, a tu marido, que me hubiera destrozado a golpes, porque se le ve capaz de merendarse de una sola tacada a tres como yo.

Seguro que no puedes entenderme la letra, que hoy es más demencial de lo normal y, a propósito, se lo he preguntado a mi madre y tenías razón, es verdad que me obligaron a escribir con la derecha y a dejarlo de hacer con la izquierda, ¿cómo lo has sabido? Me conoces mejor que yo a mí mismo. Escúchame, estoy sentado en el coche temblando, consciente de que nunca he hecho por nadie nada tan decisivo, y ya no sé qué más puedo hacer para que me creas cuando te digo que algo como lo que te he propuesto a ti no se lo he propuesto nunca a nadie, a ninguna otra persona, porque desde el primer momento supe que contigo no quiero tener una historia paralela, contigo lo que quiero es tener una historia de verdad; ¿sabes cómo se llama en la literatura especializada este tipo de deseo tan firme, claro y urgente, esta especie de desviación extraña por la que alguien tiene que explicarle su vida a una persona en concreto y a nadie más que a ella? Porque ese deseo tan fuerte lo siento yo hacia ti. Hay, además, un punto de mi cerebro que ha revivido gracias a ti, en la parte de atrás, en el lado izquierdo, detrás de la oreja. Se trata de una zona que se tensa y se abre cuando pienso en ti, Miriam, y se trata del mismo punto de las visiones y de los sueños que tenía cuando era niño. La mayor parte de la infancia me la pasé ahí, bajo el hielo, y hacía años que no había vuelto, porque había olvidado el camino, ¿cómo lo has llamado? La «trituradora de la memoria», exactamente, pero yo he recordado una sola cosa, que ningún desconocido debía entrar ahí y además que nadie debe saber que tengo un lugar como ese, no se te olvide, que soy

una persona que nació para unos padres y que hasta los dieciocho años vivió en una familia que era a la vez campo de exterminio...

Estoy empezando a divagar. No era de esto de lo que quería escribirte.

Tengo frío. Aunque sea julio, tengo frío. Cuando he corrido, toda la piel se me ha cristalizado de puro frío. La verdad es que ha sido completamente diferente del baile en el bosque del Carmelo. Allí todo era luz y calor, mientras que aquí me he sentido bucear en una profunda oscuridad y que la piel no lograba contener todo lo que me bullía dentro, y es que esta noche he traspasado mi última frontera y sé perfectamente lo que se te está pasando por la cabeza: la línea que divide la oscuridad. Pues es cierto, ya empezamos a tener un idioma propio, eso está muy bien, pero mira cómo lo que siento por ti me destruye, exactamente al contrario de lo que me sucede con Maya, así que ¿para qué sigo con esto?

Y sobre todo durante las tres últimas vueltas, cuando de pronto he entendido lo que tengo que hacer y por qué he venido hasta aquí esta noche, y no creas que no he tenido mis dudas, aunque solo por un momento, hasta que me he dicho, al diablo, no vales nada si no eres capaz de hacer esto por ella, porque has decidido entregarle todo lo que se vaya creando en ti por ella, y aunque he intentado discutir conmigo mismo para ponerme a salvo, ya que ¿qué podía llegar a suceder si alguien pasara y me viera así?, pues que llamaría a la policía y me detendrían, aunque enseguida me he reído de eso, porque yo, que toda la vida he sido un prisionero, ¿qué motivos tengo para temer nada? Eso meditaba en el coche hasta que he empezado a quitarme una a una todas las prendas de vestir que llevaba puestas, incluidos zapatos y calcetines, y entonces ya me he sentido otro hombre, ha sido en unos segundos, una frontera tan delgada, porque estás vestido y al

momento eres carne viva, menos que viva, es como si la piel se te cayera a capas junto con la ropa, la epidermis y todas las de debajo también. He salido del coche y he notado de golpe cómo la noche entera venía hacia mí desde lo más alejado del valle como hacia una presa nueva, una nueva clase de presa que ni siquiera había que despellejar, y literalmente me ha envuelto, la noche, se me ha pegado con violencia por todas partes, nunca había sentido algo así en toda mi vida, una especie de miedo mezclado con placer, y una ligera turbación, porque se me ha metido por todos los poros esta maníaca de noche, me ha mordisqueado, me ha arrancado pedazos y ha huido con ellos hacia la oscuridad, y en ese momento han aparecido unos perros, tres, gigantescos, como de dentro de una canción popular escocesa, he creído que me daba un infarto, unos perros de la raza de los perros lazarillo, creo, que me han estado ladrando y gruñendo furiosos. Y entonces he sentido vergüenza ante ellos, imagina, pero no vergüenza como hombre, sino como si fuera un animal inferior a ellos. ¿Serás capaz de entenderme? ¿Puede contársele esto a alguien? Pero cuando he empezado a correr se han callado, no: peor que eso, han empezado a recular ante mí dejando escapar unos suaves gemidos hasta desaparecer en la oscuridad, así que me he quedado completamente solo conmigo mismo, lo cual quiere decir que no en muy buena compañía. Me ha parecido estar lo más solo que he estado en mi vida. ¿Y sabes lo que he hecho entonces? Me he oído el sobaco y ahí he encontrado el olor de la escritura que te dedico a ti mientras me decía que seguramente estaba cometiendo la equivocación correcta y entonces he empezado a correr.

Aquí me encuentro escribiendo y contándotelo todo, que he corrido despacio para que todo el que quisiera pudiera atraparme, aunque de alguna manera me he sentido ya inalcanzable, porque aunque se hubieran hecho con mi cuerpo yo seguiría libre. Tres vueltas completas he dado así a tu

alrededor y he descubierto que cuando se corre desnudo los puntos más fríos se encuentran justamente detrás de las orejas, en el cuello, en las caderas y también en las corvas, y mientras corría pensaba para mis adentros, aquí estoy ante ti, Miriam, aquí estoy en tu presencia. Si has oído algo en tu sueño, era mi desnudez, que gritaba, era mi cuerpo, que se desgañitaba de pánico por lo que le estaba haciendo. Si hubieras salido, habrías visto cómo lo guiaba, cómo mi alma, repentinamente liberada, lo guiaba por primera vez arrastrándolo tras ella, llevándolo hasta tu ventana y mostrándole lo ridículo, superfluo e insignificante que es en la historia que nosotros somos, hasta qué punto es una simple mercancía al por mayor con la que no te quiero contaminar.

Ha sido ya desde los primeros pasos que he dado sin ropa cuando he notado que eso sucedía, que por fin me liberaba y que todo yo era ya solo mi alma que revoloteaba libre, liviana y luminosa, que volvía a mí, mientras que a él, al cuerpo, lo he visto correr en pos de mí, desgarrado, torpe y desconocido, tropezando tras de mí, refunfuñando irritado e intentando de cuando en cuando dar un salto para atraparme y devolverme a su interior, pero incluso para mi cuerpo he sido inalcanzable esta noche, y a medida que he ido avanzando se me ha hecho cada vez más claro quién soy yo y quién es el que se me ha aparecido como un simple esclavo, después un mono, y luego un terrón de tierra, no más que eso, un puñado de polvo pálido carente de forma que, erguido sobre las patas traseras, no hacía más que rugir. Lo he humillado frente a tu ventana, te lo he ofrecido en sacrificio, eso es lo que he hecho, como víctima expiatoria por todas las veces que he mentido con él y como víctima por la suciedad con la que a veces también te he contaminado a ti, esa oleada turbia que mana de él una y otra vez, tengo una bolsa llena de un líquido amargo en lo más profundo de la garganta, una bolsa que revienta cada vez que eres buena conmigo, no

sé por qué eso es así, ojalá que no haya más cartas como aquella, pero todavía no te lo puedo prometer, porque mientras la escribía ya supe que no era una buena carta, que era un simple esbozo de tus partes más delicadas, menos mal que no la abriste, menos mal que tienes una especie de sexto sentido para conmigo, pero debes saber que la escribí para hacerte daño, para arañarte, para revolcarme en mí mismo ante tus ojos y demostrarte, y eso es lo principal, Miriam, ese es el amargo y maldito quid de la cuestión, para demostrarte, por ejemplo, que todavía estoy libre de ti, sí, que aún soy capaz, en un abrir y cerrar de ojos, de volver a ser el yo que era antes de ti, que no me encuentro mezclado ni tan siquiera con una sola gota tuya, para vengarme un poco en ti de mi infidelidad.

También a causa de esa demencial contradicción de tener siempre la impresión de que tú, por algún motivo, me eres más fiel a mí de lo que lo soy yo contigo.

Empieza a clarear. Ya estoy frente a mi casa (no te preocupes, vestido). En el coche y escribiéndote. No soy capaz de dejarlo. Dentro de un momento entraré en casa a preparar el desayuno para todos, un magnífico desayuno con tortillas, *Korn Flakes* y una ensalada hecha con los restos de mi conciencia. No tienes ni idea de lo que me he tenido que inventar para pasar una noche entera fuera de casa.

Y pensar que lo he hecho...

Espero no parecerte demasiado heroico o engreído por haberme atrevido a ello. Porque no tengo ni idea de cómo me siento. Solo sé que en este momento lo más sano para mí es no saber nada. No pensar en que he corrido de ese modo. Que he sido yo el que corría así hace un rato, esa mancha.

Solo un momento más. Ayer, antes de salir, le leí a mi hijo Ido, cuando ya estaba en la cama, unas páginas de *El valle de los animales extraños*. No sé si lo conoces. Le leí el pasaje en el que Mumintröll, una de las criaturas, se esconde en un enorme sombrero que lo hace cambiar de forma por completo. Todos los amigos que estaban jugando con él huyen despavoridos y en ese momento entra en la habitación la madre de Mumintröll. Ella lo mira y le pregunta quién es. Él le suplica con la mirada que lo reconozca, porque si ella no lo conoce, ¿cómo va a poder vivir? Entonces ella observa a la criatura, que no se parece en nada a su querido niño, y dice tranquilamente: es mi pequeño Mumintröll. Y al instante se produce el milagro, cambia de aspecto, el desconocido se desprende de él y Mumintröll vuelve a ser él mismo.

Ahora, realmente, está todo en tus manos.

16 de julio

Miriam:

Al principio no he entendido lo que leía: estaba buscando, naturalmente, tu reacción ante mi carrera nocturna (sobre todo he buscado puntos de exclamación siguiendo a palabras como «basta», «loco», «lárgate»), pero en lugar de eso mis ojos han empezado a tropezar con ojales, botones, corchetes, bordados, puntillas y demás accesorios del ritual femenino, de parte de los cuales desconozco casi hasta el nombre (¿qué es organdí?, ¿y tafetán?). Pero enseguida he empezado a recitar esas palabras con sumisión, el chaleco de lana de cachemira, la camisa violeta con los cascabelitos, la blanca con los botones de madera cuadrados...

Seguro que te imaginas lo que me he dicho a mí mismo mientras leía, que no era posible, que una mujer no haría algo así, ninguna mujer que yo conozca. Pero tú lo sabes, ¿a que sí?

Los vestidos sencillos, los festivos, los que te cubren y los que te desnudan (me excito solo de pensarlo), el vestido clásico de espalda descubierta, el de *femme fatale*, el de color violeta con el cuello redondo, ya he entendido que el violeta es tu color, ese vestido de tacto sedoso pero que no es de seda, muy vaporoso, ajustado solamente por el pecho mientras que el resto parece tocarte sin hacerlo (¡no molestes, que me quiero concentrar en esto!), y el otro vestido violeta con el escote de bañera que va de hombro a hombro, que se te arremolina alrededor del trasero y los muslos...

Lo leo y me río, porque para mí la ropa es la manera más rápida de ocultarme, mientras que en ti noto que la ropa es, en realidad, otra capa viva de tu propio ser. Aunque no eres capaz de renunciar a un toque de queja, bastante falso, creo yo. Es como si todavía tuvieras que seguir teniendo en cuenta ciertos convencionalismos, esos suspiros un tanto afectados por tus pantorrillas, la búsqueda del vestido perfecto que te resalte más el pecho y te disimule las caderas (no tengo ni idea de lo que se queja usted, señora, porque dirigiéndole una mirada decididamente escrutadora, su trasero me parece maravilloso, dos gajos de luna suaves y luminosos, así que hágame el favor y déjele este asunto a los expertos).

¿Puedo recrearme un poco más?

Ha habido un momento en el que he creído que te estabas burlando de mí, porque siempre contemplo esa posibilidad, pero no me he dejado tentar por ella y enseguida me he vuelto a sumergir en la magia del catálogo, y ¿quién te ha revelado que no tengo remedio frente a la magia de la burocracia? Inconsciente y sonriendo tontamente me he materializado en todos los hilos de seda que envuelven tu piel, seda, algodón, lana, puntillas,

bordados, satén y muselina, o el vestido que te hicieron para la fiesta final del bachillerato con la inscripción «DCM» bordada en hilo (¿cómo te acuerdas de esas cosas? ¡Pero si yo no me acuerdo de lo que me puse ayer!), y no es posible, te lo repito, contradice por completo las reglas más elementales, ninguna mujer normal entregaría de este modo, en una fase tan embrionaria como la nuestra, todos sus pequeños secretos; no me entregaría a mí, con una especie de divertido pragmatismo, sus sostenes (guárdame para mi próxima reencarnación los dos últimos susurrados más arriba), que me han excitado precisamente por su completa sencillez algo anacrónica para las tentaciones que hoy ofrece el mercado, querida muchacha mía de carita de los años cincuenta, quizá a tu pesar.

Lo que más me ha gustado ha sido la sonrisa que tenías cuando me has escrito, ¿te has fijado? Una sonrisa nueva entre nosotros, de mujer ocupada en un asunto femenino privado e íntimo, y a la que aunque eso no la emocione demasiado, sabe ya del placer que le va a proporcionar a ella y a su hombre cuando estén juntos, y todo gracias a estos pequeños preparativos. Una especie de santificación privada.

De pronto he pensado... Que me la has escrito estando completamente desnuda.

YAIR

16 de julio (tarde)

«Heme aquí en tu presencia», me decías allí.

Sí.

Sabes, a veces soy un poco lento de entendederas. En una primera lectura he creído que me proponías tu ropa para cubrir mi desnudez, pero una idea como esa no te va, sino todo lo contrario. Después me ha parecido que se trataba de una forma de seducción original, extraña, algo cómica y a la vez algo torpe, un *striptease* verbal. Pero aunque hayas empezado así la carta, poco a poco la entonación de tu voz ha ido cambiando.

Esto es la desnudez, dices (o así es como yo lo leo ahora), una desnudez que no es ni como un cuchillo ni como una herida, sino una desnudez a la vista, vulnerable y un poco tímida y conmovedora. Exactamente como la tuya. Un desnudo incompleto, de una mujer de mi edad. Mira, dices, mi desnudez desconfía un poco, así que se ayuda de todo tipo de pequeñas tretas para ocultar sus defectos, aunque estaría dispuesta a renunciar enseguida a todos esos trucos por alguien que quisiera mirarla con buenos ojos.

Te presento una desnudez que lleva ropa (¡si tú lo dices!), camisas, vestidos, sostenes, cinturones, lo mismo que las personas usan palabras, sus palabras, pero ven ya, toca, siéntela, porque esta es una desnudez que además es curativa.

Miriam, veinte veces al día me digo: ella me quiere ayudar, de verdad y con toda sinceridad. Y eso me maravilla, porque en lo más hondo de mi corazón todavía no entiendo qué es lo que has visto en mí, así que no acabo de creer que esto me esté pasando, mi relación contigo. Dímelo por una sola vez, ¿qué soy yo capaz de darte? ¿Y qué te estoy dando? ¿Qué hay en mí para que despierte tu interés de esa manera? A veces literalmente me digo a gritos: por lo menos ayúdala a ayudarte, plántate ante ella tal y como eres, al descubierto. Sin tus juegos ni tus guillotinas. ¿De qué tienes miedo, todavía? Lee lo que ella escribe, está tan claro...

Además, en cuanto intento pensar en ese lugar del cerebro sin ti, sin tus

ojos lectores, enseguida desaparece, se enfría y se encoge. Eso es exactamente lo que sucedió cuando esa carta me llegó devuelta y cerrada sin que tú la hubieras leído. Que me quedé helado. Pensé, se acabó, estás perdido. No hace mucho escribiste que si alguien reniega de un fuerte sentimiento tuyo, te sientes como si te rechazara toda entera, como si realmente te matara. Entonces me pareció un poco exagerado y retórico, pero cuando me devolviste la carta y creí que ya no me querías, que rechazabas mis sentimientos hacia ti, en ese momento entendí exactamente lo que quisiste decir con la palabra «desmoronamiento»: pasé por unas cuantas horas durante las que estuve correteando de un lado a otro del espacio vital de mi cabeza sin encontrar aquel lugar ni el camino hacia él, así que supe que enseguida empezaría a morir otra vez y temí que si tú no querías estar conmigo allí, yo solo no conseguiría jamás encontrar el camino.

Sé que digo tonterías, pero estoy convencido de que lo entiendes. Quién si no tú. Has contado algo de los años malos, los años de tu Siberia interior, de tu primer matrimonio. No sé exactamente por lo que pasaste allí, pero cuando describiste tu «filón particular» que se iba desperdiciando por el mero hecho de tu existencia diaria, porque no había nadie en el mundo interesado en él ni que supiera que se te podía pedir... tres o cuatro frases parecidas escribiste, y súbitamente ya tuve un nombre, le pusiste nombre al minero que yo soy, que en cuanto te tocó se disparó en él un acelerado proceso de cambio de color, de temperatura y de densidad, de la estructura molecular de lo sublime-frente-a-lo-corrupto que hay en él, ¡qué más puedo decir!

Escribes ahora que si no estuvieras segura de que al final vendré a ti con toda mi franqueza y mi valentía, ya me habrías dejado. Lo sé, pero en lo más profundo de mi ser temo que no lo vayas a conseguir. Deseo

muchísimo ayudarte, pero carezco de la capacidad para hacerlo. Entiéndelo, según la ley carezco de ella, esa maldita ley mía, y es que existe como una impotencia en ese punto blanco y vacío del centro de mi propia naturaleza donde alguien yace muerto. A mí solo me está permitido contemplar, como espectador impotente, tus heroicos intentos por resucitarlo, nada más, y rezar para que no desesperes.

17 de julio

Tan solo una pequeña nota escrita en la mesa de una cafetería. Sobre todo por el placer de enviarte algo desde Tel Aviv. Hoy he tenido unos asuntos que arreglar aquí en el norte de la ciudad, en Beit Lessin, y como he terminado temprano, en lugar de regresar a casa enseguida, he dado una vuelta mientras pensaba en lo estupendo que sería que estuvieras aquí conmigo.

Nada especialmente atrevido, solo ir contigo de la mano y sentarnos juntos en un café. Hasta he pedido dos cafés.

Qué bien se está contigo así, tranquilamente. A veces te quejas de que te presiono demasiado, como si hubiera una «meta» que tuviera que alcanzar contigo («Estás muy tenso, siempre “preparado para”»).

¿Te apetece tarta de manzana? ¿Con un poco de nata, y al diablo con la dieta? Está bien, una sola ración en un plato con dos tenedores. La camarera sonríe y la gente nos mira, ¡pues que miren! Posas tu mano sobre la mía y hablamos de tonterías. Te arremangas un poco el vestido y me enseñas, por debajo de la mesa, tus zapatos, mientras me preguntas si no deberías comprarte otro par como ese, tan deportivo, pero en naranja chillón. Me apetece ser bien excéntrica con los zapatos, me dices, al tiempo que yo devoro con los ojos tus piernas largas y claras y te respondo, ¿y por qué

no?, te pega, déjame pagártelos, y tú me sonríes y me preguntas si todavía soy tan reacio a tus gafas, y entonces me las quedo mirando detenidamente, un momento...

(El corazón sencillamente se me ha calcinado cuando me he dado cuenta de la trampa que me has tendido en tu rostro, entre esos labios y esas gafas, demasiado grandes y serias, sin embargo...)

Me dejas parlotear mientras me acaricias la mano; te lo pido y tú me dices que no, pero yo te lo vuelvo a pedir, y entonces me respondes que ya me lo has contado dos veces, contado ¿qué?, te pregunto con picardía y tú suspiras y vuelves a contarme cómo lograste encontrar a la chica china que conociste hace años en la universidad, y cómo ella te ayudó a localizar la dirección de ese periódico de Shangai. Te miro devorando cada palabra que brota de tus hermosos labios, ¿cómo no se me ocurriría a mí una idea así?

Pues me encanta pensar, me explicas, que solo nosotros dos, de la miriada de israelíes, solo nosotros vamos a recibir una vez por semana ese periódico. Y yo te cito sin voz, solo moviendo los labios: «dicen que son miríadas de chinos, pero eso habría que comprobarlo», y nos reímos de ti y de mí, Miriam y Yair.

Atiende, mira lo que te voy a contar: una niña pequeña le ha pedido a su padre, aquí, hace un rato, que pusiera la voz más grave posible. Entonces él ha dejado escapar una especie de «muuu» potente y vacuno y, al momento, desde todos los rincones del café se han oído unos ruidos muy bajitos y muy parecidos, porque todos los demás hombres también han querido hacer sus pinitos...

Naturalmente que yo también, pues ¿qué habías creído?

A lo mejor tú sabes cómo se llaman estos árboles de flores rojas. Oye, ¿y quién era ese Lessin de Beit Lessin? No, antes cuéntame tú cómo es que tocabais música juntas Ana y tú, de jovencitas. Pero si eso también te lo he

contado ya. Y ¿qué más te da volvérmelo a contar? Ahora no me acuerdo si te he contado lo de los viajes a Haifa a la librería musical de Bayer, en la calle Herzl, para comprar partituras. (Me lo has contado, aunque me lo callo.) Pero ¿no te he escrito algo acerca del precioso álbum de partituras que me compré allí, con el *Impromptu* de Chopin y la *Marcha militar* de Schubert? Ya no me acuerdo de si tocaba la melodía o el acompañamiento, pero ¡basta ya, dejémoslo, que todo esto ya te lo he contado antes! Es verdad, pero nunca me lo has contado en Tel Aviv, ni con ese vestido violeta (¡que tiene la parte superior muy ajustada y medio transparente, y la parte de abajo —sujétame que me desvanezco—, con ese volante!). Además me encanta esa manera tan especial que tienes de pronunciar la palabra «música», que en ti suena tan musical... ¿De verdad que no te habías dado cuenta? (¡Pero si salta a la vista con todas sus letras físicamente escritas!) Ay, Yair, no puedes ni imaginar lo físico que es lo que te voy a decir ahora...

O de pronto pasará por aquí Ana, con uno de sus seductores sombreros de paja, y la invitaremos a nuestra mesa. Ella se sentará, los pies apenas tocando el suelo, y pasará su pícara mirada de ti a mí comprendiéndolo todo. Ni una palabra será pronunciada y, sin embargo, todo lo necesario se sabrá; entonces yo sentiré cómo se me acepta en un club muy selecto y restringido, e incluso puede que no me dé miedo que tengamos un cómplice de nuestro secreto, porque en Ana —tal y como tú no te cansas de repetir— se puede confiar (pero no se lo digas todavía).

Te envidio por tener una amiga así. Una amiga del alma.

¿Yo? ¿Un amigo como lo es Ana para ti? Ojalá. Tengo todo tipo de

eventuales, del ejército y del trabajo. Quizá juntándolos a todos en uno podría sacar algo.

Una vez sí lo tuve. Pero se acabó. Lástima.

(Qué sol, Miriam, un sol espléndido. Cierro los ojos frente a él intentando verte a ti.)

19 de julio

Todavía no ha llegado ninguna carta. He vuelto a ir hasta el buzón del apartado de Correos de camino hacia casa, y nada. No sé qué es lo que me pasa hoy. Desde por la mañana me encuentro sumido en un gran desasosiego. Como si una parte de mí, un órgano interno, estuviera dando vueltas solo por el mundo sin que yo tenga ni idea de lo que le sucede.

Es media noche y estoy desvelado. Hace ya unas cuantas semanas que disfruto de un leve insomnio. Maya me ha comprado unos somníferos que yo tiro por el váter abajo para luego decirle que nada me hace efecto. Quiero dormir. Quiero no dormir. Como tú dijiste una vez, las noches son nuestro tiempo para estar juntos.

(A mí me preguntan por qué estoy tan despejado por las noches. Que qué hago escribiendo tanto constantemente. La explicación que doy quizá no esté tan lejos de la verdad, y es que digo que estoy intentando, por vez primera, escribir una historia.)

Anteayer, en un café de Tel Aviv, justamente en un momento de un sol intenso y resplandeciente, me acudió a la mente un pensamiento oscuro, informe, que me ronda desde hace ya mucho, y es que soy un «mellizo negro». Es decir (¿lo entiendes? ¿tengo que explicarlo?): un ser que ya en el útero mató a su hermano gemelo. Sé que no te vas a reír de esta idea. Siempre me acompaña como una sombra, desde mi más tierna infancia, y es

que yo, en esencia, soy muy frágil, porque quedé herido de muerte cuando luché contra mi hermano todavía en el vientre de nuestra madre. ¿Que quién era él? No lo sé. ¿Y que por qué tuve que matarlo? Tampoco lo sé. Hasta ese pensamiento se queda siempre en forma de embrión. Era como un corpúsculo luminoso, lo veo envuelto en un resplandor amarillento, o dorado, una especie de ser intrauterino y sin embargo celestial y refulgente. Es decir: que emanaba de él una luz sosegada, fija, ininterrumpida, resplandeciente. Y yo lo maté.

Ahora, al haberlo escrito, me siento abatido.

A veces lamento que tú y yo no nos hayamos conocido de otra manera, de una forma más sencilla. Haber empezado como un lígüe salvaje para solamente después ir descubriendo el resto lentamente. Imagínatelo.

Ojalá pudiéramos estar ahora juntos en un lugar sencillo, no me importa dónde, en un sitio cotidiano, sano, en el que la gente suele verse con toda naturalidad, en la calle, en la oficina, en un parque, donde quieras, donde tu espíritu se sienta pleno, y simplemente poder estar. Sin pronunciar ni una sola palabra. Aunque no sea más que en una simple verdulería, como un día me dijiste burlándote de mí.

¿Sabes lo que hago, a veces? Me aprieto los ojos con los puños y lo veo todo lleno de puntos luminosos. Me contaste que así era como te consolabas de pequeña, en tu privado pozo de José. Sacando luz de ti misma. No es que yo me sienta abandonado y solo en este momento, en absoluto. Pero noto que me falta algo.

Esa es la tienda, ¿la ves? Una pequeña verdulería como las de antes. Cajas de cartón y de madera. Una balanza antigua y unas pesas negras, de hierro.

Y ahí estás tú, qué bien que has venido. Estás de espaldas a mí. Tienes la cabeza ligeramente inclinada hacia algo, así que veo tu nuca clara, con el

largo y delicado bajorrelieve de tus vértebras. Estás junto a una caja de patatas. Lo más simple y básico que pueda haber, ¿verdad? Sostienes algo en la mano. ¿Qué es? Una patata muy grande. Tiene un poco de tierra pegada y tú la miras como hipnotizada. ¿Qué va a pasar ahora? No tengo ni idea. Lo que tenga a bien escribirseme.

Paso por detrás de ti una y otra vez. Acercándome y alejándome. Vuelvo a acercarme, atraído por ti. No entiendo qué es lo que tanto te emociona de una patata.

Te encuentras en el centro de una tienda pequeña, sin ver a los demás clientes, sin oír los autobuses que pasan a toda velocidad por la calle expulsando un denso humo negro. Estás sola y ensimismada. ¿Qué tienes ahí dentro? Llévame contigo, por favor, escóndeme ahí también a mí, a mí, que me he quedado fuera, que siento celos de las patatas, que con toda insolencia miro lo que sostienes entre las manos hasta darme cuenta de que la patata esa tiene cierto parecido con un rostro humano.

¿Y qué es lo que va a pasar ahora? No tengo ni idea. Floto hacia ti.

Te das cuenta de mi mirada y sonríes confusa, tu sonrisa dolorosa. También en las palabras. Siempre. Como si cada vez tuviera de nuevo que abrirse camino rasgando el velo del dolor.

Sonríes y te encoges de hombros en señal de disculpa, como si te hubieran cogido en una falta, olvidada de que todo lo que no eres tú es lo verdaderamente malo. Con un gesto de la mano señalas las demás patatas de la caja. Como sugiriéndome que yo también elija una. Me agacho y me encuentro frente a un montón de caras extrañas, feas, deformes, que al instante y sin que haya para eso explicación alguna, me rompen el corazón.

De repente, todas las capas de suciedad empiezan a desprendérseme. Unas postillas gruesas y coaguladas. Cuánto me había embrutecido, Miriam, qué sucio estaba.

Los dos permanecemos en silencio. Hasta este momento no hemos pronunciado ni una sola palabra entre nosotros. La gente se aprieta a nuestro alrededor intentando pasar porque estamos tapando la entrada y eso los irrita. No importa, tenemos derecho, eso es lo que dijiste, bastante al principio, en realidad, cuando decidiste que lo que hay entre nosotros tiene derecho a existir. Me conmoviste de tal manera, entonces: que te otorgaras el derecho a sentirte completamente libre en tus sentimientos hacia mí.

Me estás mirando. Sorprendida de que no me apresure a escoger una patata del montón. Yo sigo de pie, mirándote fijamente. Y entonces, como si de pronto hubieras descubierto algo en mi mirada, algo que yo no puedo ver, decididamente no, tiendes las dos manos hacia mí y me entregas la patata que tú habías cogido. Yo la toco apenas, con la punta de los dedos. Está cálida, por tu contacto. Tiene un calor casi humano y me obligo a mirar directamente a su rostro, entre angelical y mongoloide, de mofletes demasiado anchos y llenos de granos. Tiene los ojos muy negros. Hundidos en un sueño ciego. Resulta angustiada.

¿Por qué la has escogido? ¿Por qué me la ofreces? Quiero despertarme, aunque sin separarme de ti. Si me despierto ya no estaré así más contigo. Miro fijamente la palma de tu mano. Veo.

Todo esto es muy raro, Miriam, pero es lo que se me ha escrito para ti. No tengo muy claro de dónde ha salido ni por qué, de repente, me siento tan abatido. Como si me hubieran dado una mala noticia. No tiene ninguna lógica. Pienso en lo mucho que he deseado hacerte reír, mientras que al final ya me ves.

No estoy muy seguro de que me guste esa ley de los vasos comunicantes.
¿Nos empezamos a cartear?

24 de julio

Querida mía:

Solo quiero decirte que estoy aquí, detrás de tu hoja, sentado en completo silencio y escuchándote, y quiero que sepas que en absoluto me resultas pesada. Ni opresiva, y por supuesto que nada insoportable.

Ya estoy dentro de ti, Miriam, por fin he entrado en tu historia.

Desde el primer momento has tenido más razón que yo, porque esta es tu vida, los hechos y los detalles de la vida cotidiana que no son «populacho».

No dejo de pensar en lo que dijiste entonces, que te pasas la vida intentando convertir lo que yo llamo «populacho sudoroso» en algo más. Porque si renunciaras ni que fuera por una hora a librar esa lucha, tú misma te convertirías al instante en populacho.

¿Cómo lo logras?

Tengo la firme convicción de que tú también estás despierta en este momento. Puede que tus perros estén dando vueltas alrededor de ti con nerviosismo, preguntándose, ¿por qué estará despierta a estas horas? Una mujer sensata estaría durmiendo y no yendo en medio de la noche de la terraza a la cocina.

¿Es verdad eso de que olisqueaste el pelo de tus perros en busca de mi olor? Ya te dije que casi me muero de miedo al verlos.

No me hagas caso. Balbuceo adormecido contra tu hombro, medio soñando. Después de estos días de locura por los que hemos pasado, tengo derecho a unas pocas divagaciones de sonámbulo.

Cierro los ojos y veo a una mujer sentada a una mesa y escribiendo. Es

por la noche y la luz de neón del fluorescente de la cocina temblequea. La apaga y enciende una lamparita. Su rostro queda inundado de luz. Solo veo la línea de su mandíbula firme, la boca frágil, llena de vida, tan deseada. Y claro está, el pelo revuelto que intenta domar con todo tipo de gomas, peinetas y horquillas, pero que siempre logra escapar. Sobre la mesa reposa una carta abierta. La mira, de vez en cuando, para después volver a escribir veloz y febrilmente, tanto que la emoción la devora envolviéndola, hasta el punto de que incluso parece haberla asustado, porque ahora intenta bromear para recobrar la calma, al escribir, dime, ¿dónde has visto tú en nuestros días a una mujer que tenga tiempo de interesarse en profundidad por una patata en una verdulería?

Pero sus labios han empezado a temblar. Escribe algo y lo tacha con todas sus fuerzas, todavía no había hecho un tachón tan violento en ninguna de sus cartas anteriores, se levanta, se vuelve a sentar, y anuncia que ahora tiene que salir afuera a caminar un poco, pero se queda. Intenta reunir un poco de ira fingida para alejarse de la cuartilla, literalmente atiza el fuego de su enfado, y quiero que sepas, porque es muy importante que así sea, ¡que una mujer en una verdulería, por lo menos sí *esa* mujer, siempre presenta una gran dosis de enfado cuando sale a comprar!

Mientras escribe estas palabras las lágrimas le corren por las mejillas hasta mojar la hoja, pero sigue escribiéndome su historia, quince páginas, casi sin levantar el bolígrafo del papel, y solo al final vuelve a ser capaz de tomar aliento e incluso de bromear un poco trazando un círculo alrededor de una lágrima: mira, como en las novelas del siglo XIX...

Ay, Miriam.

¿Te acuerdas de que muy al principio, en uno de mis momentos de mayor debilidad, me preguntaste si yo siempre era así? ¿Una especie de hoja de espada blandida en el aire? ¿También en tu vida cotidiana? ¿Con todo el

mundo? Y que me preguntaste, ¿cómo se puede ser así, viviendo en familia? Y si Maya también llevaba ese ritmo, o si justamente yo necesitaba a alguien completamente diferente que me calmara un poco.

Eso mismo es lo que yo te preguntaría ahora. ¿Siempre eres así? ¿Cómo es que semejante volcán en erupción puede llegar a caber en vuestra minúscula casa? ¿Y cómo has podido dominarte hasta ahora?

Pienso en la mujer que vi aquel día en el patio del instituto y en la que me zarandea desde hace ya cuatro meses, y lo único que puedo hacer es reírme de mí mismo y de mi necesidad.

Ahora ya no tengo nada que añadir. Solo he querido que supieras que la he recibido y que siento algo que no creí que pudiera existir, aunque tú me lo decías, felicidad y tristeza a un tiempo y exactamente en el mismo sitio, tal y como lo prometiste. Me has preguntado qué es lo que veo en ti en este momento, ahora que ya conozco esa sensación. Necesitaré diez cartas para describir todo lo que estoy viendo y, según parece, las iré escribiendo poco a poco, pero ahora, es decir, a las dos menos dieciséis minutos de la mañana, solo veo a la que al final de una larga noche de escritura ha apoyado su frente en la mía en medio de una terrible fatiga, por lo visto una fatiga de años, y que me mira directamente a los ojos mientras me dice que con la patata le toqué justamente el punto correcto, el lugar de su interior en el que es completamente muda.

También yo voy a callarme ahora. Buenas noches.

YAIR

25 de julio

No dejo de decirme: ¡qué suerte que no se me ocurriera preguntarle a nadie por ti!

Porque al principio, cuando me pediste que todas tus historias las escuchara solamente de ti y que nada se convirtiera en cotilleo, la verdad es que me sonreí (¿qué historias turbulentas querrá ocultar ésta?).

Todavía me empeño en alegrarme de haber conseguido también convencerte de que no nos encontremos cuerpo a cuerpo, cara a cara. Porque no me cabe la menor duda de que si nos hubiéramos encontrado, no habríamos conseguido conocernos de esta manera, porque habría tenido que seducirte enseguida y te hubiera tratado con mi proverbial torpeza, como una mercancía, así que piensa en todo lo que habríamos perdido y no habríamos sabido nunca.

No hablo de los hechos. Estos, los reales y cotidianos, los hubiera descubierto aunque no hubiéramos tenido más que una apasionada relación de ligue. Me lo habrías contado, te habrías visto obligada. Incluso como parte de la burocracia del adulterio, me hubiera enterado de todo. Pero entonces no habría conocido la tristeza que siento ahora y a la que me aferro desde hace ya unos días (con una añoranza que me resulta incomprensible).

Y no solo la tristeza. Todo lo que tiene que ver contigo, todo sentimiento que despiertas en mí, los llevo ahora pegados a mi persona día y noche, frescos y vivos, apretados contra mí con todo su rostro y la plenitud de sus pechos.

Cuando te hablé del idioma particular que me hubiera gustado tener con Ido, tú me escribiste que cada grano de arena, cada gota de agua del mar o el instante de luz de una vela deberían tener su propio nombre. En ese momento me gustaste mucho, quizá porque fue la primera vez que vi que

eras capaz de dejarte llevar por la imaginación: y es que a mitad de una frase empezaste a fantasear con un mundo en el que las personas que vivieran en él se ocuparían solo de dar nombre a todo animal-vegetal-mineral con que se topara, y que esa sería la esencia primera de la humanidad, avanzar llamando a las cosas por un nombre, tanto que me arrastraste contigo de la mano hasta tu jardín, de una brizna de hierba a un grano de tierra, y de una gota de agua a un escarabajo, llamándolos a todos por un nombre propio, aunque entonces yo no tenía ni idea de lo que me querías decir con eso (pero ¿qué sabía yo entonces?; qué poco te entendía), mientras que es solo ahora, cuando ya sé algo de los años que llevabas rezando para que cada árbol no se llamara solo árbol, o cada flor, flor, cuando sé de los años que has pasado durante los cuales «sentir» era para ti «vivir por encima de tus posibilidades», así que es también ahora cuando comprendo que lo que en realidad estabas diciendo es que por fin empezabas a curarte.

Lo que no sé es lo que yo tengo que ver con eso, o si he contribuido con algo en esa curación, pero me conmueve pensar que estoy a tu lado ahora que eso te está sucediendo, porque me parece que hace tiempo, muchísimo tiempo, que a nadie le pasa algo tan bueno estando yo con él.

Y.

Se me ha olvidado lo principal: en nombre de todas las personas por las que me has hecho jurar (con una seriedad solemne que solo puede encontrarse, en mi opinión, en los acuerdos entre los países o en los pactos de los niños), en nombre de las zapatillas de deporte que finalmente sí te has comprado en un color naranja rabioso (¡!), en nombre del poemario *Cierva, yo te dejaré*

marchar de Amir Gilboa que te has comprado como regalo de mi parte y, sobre todo, en nombre de que has ido a hacerte unas gafas nuevas, juro seguir velando por ti como un amigo.

26 de julio

Creí que en hebreo...

No, es demasiado oficial.

Es que esta mañana, en el taller de reparaciones, quizá porque utilizas tantas veces esa palabra, se me ha ocurrido que «maternidad» suena ligeramente como «cavidad», y que quizá sea por eso por lo que no son pocas las madres que sienten que el hijo las vacía de ellas mismas hasta succionarles todo su contenido. Aunque entre Yojai y tú...

Eh... Esta ha sido la primera vez que he escrito su nombre, un nombre que se me expande por la cavidad de la boca y por el cerebro como el instante que sigue a haber probado la miel (aunque también con un amargo aguijón, sí).

He podido verlo en toda su realidad. Y a ti con él. Qué maravilla que rebose tantísima alegría. Y que vaya donde vaya, todo el mundo se quede prendado de él.

Voy leyendo lo que cuentas sobre él y siento en mi cuerpo tu maternidad, como un cálido manantial que brota desde mi interior desbordándose hacia él. Lechoso y líquido. Y cómo tú lo tapas y lo envuelves con un amor inagotable. Te juro que he buscado con lupa sin encontrar en ti ni una pizca de amargura por lo que le pasó, ni el más mínimo enfado.

Cuando jugábamos a nuestro frenético ping-pong, me preguntaste si sería posible que una persona pudiera volver a empezar su vida, una y otra vez, solo por responder a la llamada de otra persona. Y antes de ayer, releendo

tus cartas, he llegado a entender la pregunta. No solo que la he «entendido»: algo en mi cuerpo se movió en lo más hondo, se emocionó por ti (y entonces me acordé, claro está, de lo que dijo Ana, que durante el embarazo su corazón pasó a latirle en el útero).

Espero tu carta.

YAIR

30 de julio

Sí, eso es lo que he escrito. Perdona, no había pensado en ello (pero si lo explico, puede hacerte todavía más daño).

Antes que nada, tienes toda la razón, y la verdad es que da que pensar que la combinación de esas dos palabras la haya soltado como si cayera por su propio peso que no necesita explicación alguna. Como si fuera una ley de la naturaleza, «el enfado hacia él».

Quizá porque puedo imaginarme con toda facilidad a padres que se hubieran enfadado con su hijo por cuestiones mucho menos importantes que esa. Porque ¿con quién van a enfadarse si no, dime, a quién van a culpar? (No, si ni siquiera los puedo criticar.)

Escribes que lo más duro que puede haber para ti es ver a un niño así, un niño que ni tan siquiera entiende lo que se está perdiendo en la vida y que jamás tendrá una familia propia. Que no amará, que no lo podrá expresar. Pero yo, y muy bien que lo sé, yo, en algún rincón del corazón, sentiría enfado hacia él.

¿O puede que no? ¿Quizá haya en mí una especie de faceta noble que solo se manifiesta cuando se me pone a prueba? Me temo que no. Pero ¿y si sí? No lo sé. Cómo lo voy a saber. Tú misma has dicho que ni te imaginabas

lo duro que puede llegar a ser plantarte ante su aislamiento, ante su falta de esperanza, y que no sabes de dónde sacaste las fuerzas que encontraste en ti y de las que ni siquiera conocías su existencia.

Creo que te estoy haciendo daño con lo que digo y, con toda seguridad, hasta consigo que me desprecies. Pararrayos... Pero hemos hecho un trato, ¿verdad? Todo. ¿Qué sentido tendría, si no? Quizá por fin consiga entender algo y entonces, finalmente también, podré respirar, desde esa perspectiva...

Antes he hecho un experimento con tu carta. La he copiado y he cambiado solamente los pronombres personales de femenino a masculino. ¿Entiendes?, como si me hubiera vestido de tu historia e intentara hablarte de mi hijo, Yojai.

Pero al cabo de página y media, ya no he podido. Por sus ataques de ira. Ahí es cuando me he venido abajo. Cuando se convierte en un extraño que da miedo, cuando de repente surge de él ese niño loco y salvaje capaz de hacer añicos y de destruir todo lo que haya en la casa. Sé muy bien que yo sería incapaz de soportar a ese desconocido. No podría afrontarlo. Cuando no se puede llegar a él de ninguna de las maneras, mientras que es un torbellino ciego. Hace falta, además, mucha fuerza física para abrazarlo y sujetarlo cuando está así, ¿verdad? ¿Dónde escondes todos esos músculos tuyos?

Si yo pudiera, te compraría una casa grande, gigantesca, que bastara para albergar tu alma entera, y la llenaría de todos los sueños grandes y pequeños que se mezclan en ti, de alfombras, cuadros, libros y muchos adornos de todos los tamaños, que te traería del mundo entero, estatuillas de pájaros, grandes vasijas del cristal azul de Hebrón, enormes tarros para los pepinillos, espejos ornamentados, lámparas de la China y bordados de

filigrana. Le habría hecho a la casa muchas ventanas, abiertas e iluminadas, sin celosías ni cerrojos, sino con vitrales de todos los colores.

Porque es horrible pensarte en esa casa vacía.

Poco a poco empiezo a rebobinar hacia atrás todo lo que me has contado. Desde la primera carta. Me tomará un poco de tiempo captar la historia completa. Mira, te he leído demasiado deprisa, con demasiada ansiedad, y con demasiado sigilo. Me temo que es mucho lo que se me ha quedado por el camino. Estoy pensando en algunas alusiones evidentes que has hecho y que yo, por mi tosquedad e indolencia, por mi eterna precipitación, ni siquiera he sabido ver. Que la «realidad» palpita en cada una de tus células, por ejemplo, y que apenas encuentras la forma de evitarla, ni siquiera por medio de la imaginación o de soñar por la noche...

Nada de fantasías ni de sueños, y si te has dejado llevar ha sido solamente en contacto con las obras de arte, con la pintura, la poesía y, por supuesto, la música. Aunque incluso en esos momentos siempre llegaba la realidad para clavarte su aguijón. Como el esclavo que intenta escapar (¿o como si hubieras robado el fuego?). Así que, dime, ¿qué te queda?, ¿dónde has vivido?

YAIR

¿Que ya ha contado hasta tres?

¿Un pastel de queso por cada dos que diga bien y un largo masaje por cada tres?

(Y eso de que le lames la muñeca una y otra vez hasta que se tranquiliza, ¿cómo averiguaste que eso lo calmaba? ¿También algo como eso puede descubrirse por instinto natural?)

Recuerdos a tus tres labradores melancólicos. Saludos a la palmera. Al

jazmín. A la buganvilla. Al ciprés grande en el que la bicicleta de tu marido, de Amos, se apoya. Saludos a todos los nombres propios.

1 de agosto

En realidad, yo he conocido a Yojai. Ahora me acuerdo. Hace aproximadamente un año, acompañé a los niños de la guardería de Ido en una excursión al *kibbutz* Tsova. Visitamos el gallinero, y cuando pasábamos entre los palos, casualmente una gallina puso un huevo sin cáscara, y la responsable del corral, no tengo ni idea de por qué, lo cogió y me lo puso en la palma de la mano. Justamente a mí.

No sé si alguna vez habrás tenido en la mano un huevo desnudo como ese. Todavía estaba caliente, blando y lleno de movimiento dentro de la membrana que lo envolvía. Yo no me atrevía a moverme. Me quedé allí con el brazo extendido hacia delante y la mano un poco ahuecada, como si me hubieran desvelado el secreto de una vida desnuda y latente en la mismísima palma de la mano. Y yo no sabía que se trataba de una alusión a Yojai.

2 de agosto

Hay algo que me reconcome todo el tiempo. Todavía no te he escrito lo que sentí cuando entendí, la semana pasada, la verdadera esencia de aquella carta en la que describías por primera vez tu casa, tan bulliciosa y recargada, y que ahora, de golpe, has borrado de un plumazo.

La verdad es que no conservo las cartas, pero esa casa la recuerdo perfectamente. No lo creerías si te digo la cantidad de veces que te he visto en ella y he estado ahí contigo. Aquello no fueron solo palabras para mí —

(de repente me parece que hay algo muy importante que no has captado)—y es que casi cada una de las palabras que escribías gozaba de un cuerpo propio, y de un color, un aroma y un sonido. Yo me tomo muy en serio todas tus palabras, así que espero que no hayas creído que son solamente una especie de divertimento para mí. ¿O un juego de palabras?

Aunque la verdad es que no es cosa baladí que de repente haya desaparecido de la pared de al lado de la biblioteca el cuadro de la mujer y la vaca de Abraham Ofek, porque desde el momento en que me hablaste de él lo incorporé a mi vida (y me refiero a que lo hice en el sentido más literal del término). Lo busqué y lo encontré en un libro, me sumergí en él, me empapé de él y no paré hasta que entendí por qué lo habías colgado frente a *Tristeza* de Joseph Hirsch. No soy un gran experto en pintura, pero existe un cierto diálogo entre esos dos cuadros que creí estar empezando a oír, y ahora ambos cuadros han desaparecido. También ha desaparecido el pequeño anillo rojo de Kandinski, y *Ventana abierta* de Matisse, que tanto te entusiasmó, y supongo que la misma suerte han corrido las fotos del pasillo, porque también estaban protegidas por un frágil cristal, como el rostro de Virginia Woolf, por ejemplo, y ¿qué fue del hombre de Stieglitz que barre la calle en medio de la lluvia (también a él lo encontré no hace mucho en un catálogo de la exposición de París), o la foto de la media barba de Man Ray...? ¿Todo eso te lo has imaginado? ¿También el piano que tocas todas las noches?

Por lo menos has dejado los azulejos pintados de la cocina.

Mira, puede que yo sea un tipo ridículo a tus ojos, porque viviendo como tú vives en una casa muy difícil y yerma, vengo yo y protesto porque has escrito unas palabras que eran mías, al fin y al cabo nada más que unas palabras, por las que regateo como un mendigo.

Pero aquí se trata de otra cosa.

Estoy pensando en la sinfonía de colores que había allí. Tú, que durante años no te habías atrevido a pintar, y por supuesto no con pinturas, has pintado para mí con unos colores que hasta que te he conocido ni siquiera estaba seguro del aspecto que podían llegar a tener, porque tú me has hablado del índigo, del ocre y del azul topacio, y ya las palabras mismas despedían colorido, y me has escrito de visillos de muselina y de la lana de angora, y literalmente de la lana de astracán (!), que cuando lo escribiste creí por un momento que realmente te estabas burlando de mí al tiempo que te imaginabas el palacio de tus sueños, y es que parece ser que soy incapaz de estar con una mujer que sabe decir «lana de astracán» porque ni siquiera sé el aspecto que tiene esa lana, aunque no tienes ni idea de lo que esa combinación de palabras hizo en mí... Y no fueron solo esas, sino que casi cada frase tuya se convertía en un viaje pedagógico, táctil y olfativo, sí, sí, tú riéte, pero esa es mi manera estúpida y limitada de llegar a tocar tu entusiasmo y la nostalgia que emanan de ti y que yo no había alcanzado a comprender todavía porque creí que era apasionamiento y hasta me alegraba de esa falta de imaginación que había entre nosotros...

Pero aquí hay otra cosa completamente diferente que me turba, algo entre tú y yo.

He notado una punzada de tristeza, de decepción, sí, cuando me he dado cuenta de que también pueda existir en ti la opción de aparentar.

¿Lo entiendes? Tu sorprendente capacidad para hacer juegos de magia mediante una combinación de realidad e invenciones... Me ha sorprendido bastante descubrir, a posteriori, que eres capaz de imaginar cualquier cosa con una fuerza de convicción interior tal (que en realidad está compuesta de la misma materia de la que está hecha la mentira).

Por supuesto que no me siento engañado (sería absurdo que me pidieras perdón), porque no has hecho nada que esté prohibido hacer, sino todo lo

contrario. Esa era la historia que me querías contar entonces acerca de ti y en la que por lo visto deseabas creer, verla escrita, viva por medio de las palabras; y puede que también te gustara que esa historia existiera con tanta intensidad en mis pensamientos. Que estuviera presente en el mundo. Y yo me la creí, porque ese era el primer artículo de nuestro reglamento, ¿lo recuerdas?

A veces me provocas un dolor como el del crecimiento, pero en las articulaciones del alma. Y la extraña sensación de que en cada carta que me mandas aprendo algo nuevo e inesperado de ti, pero que a la vez me deshago de otras cosas que había pensado o imaginado de ti. Hay días que noto que quizá me encuentre todavía muy lejos de conocerte tal y como me gustaría hacerlo. Y, entre tanto, ya ha empezado el mes de agosto.

YAIR

De todas formas, me importa mucho que sepas que lo que describiste en esa carta tan densa sigue vivo en mí. No sé muy bien cómo, pero el piano, los libros que recubren las paredes, el ánfora preñada, el enorme móvil que trajiste de Venecia... no tengo más que cerrar los ojos y al momento lo veo todo, lo que hay y lo que no hay, al mismo tiempo.

A propósito, ¿las estatuillas de los pájaros las trajiste de Calgary o te limitaste a disfrutar de ellas allí y nunca las compraste? ¿Es verdad siquiera que hayas estado en Calgary? Quiero decir si es verdad que te fuiste allí de viaje con Ana hace veinte años, la primera vez que salisteis al extranjero (¿antes de visitar la *Monna Lisa*, la torre Eiffel o el Big Ben?), para ver «la planta de la velvetia» que no conocíais más que a través de la enciclopedia juvenil...

¿Existe, siquiera, Ana?

5 de agosto

Sin ninguna clase de preámbulos te hago una petición de mucha urgencia y es que continúes escribiendo, inmediatamente, sin más retrasos ni...

No te imaginas lo que has hecho escribiéndole a él, cuando saltándome a mí con toda naturalidad te has dirigido directamente a él, porque nunca ha habido nadie que le haya hablado de ese modo, y no me refiero solamente a lo que has escrito, sino a cómo lo has hecho, porque este niño ha disfrutado de muchos cuidados, e incluso de ternura y de amor maternal, de todo eso ha tenido en abundancia, incluso a veces en exceso, mientras que muy pocas veces ha podido alcanzar el inusual placer de ser comprendido.

Y el descanso que yo he experimentado al descubrir de repente que debajo de la armadura, todavía y a pesar de todo, existe un pequeño caballero en el interior.

Quiero que sepas que sí lo has visto bien: se trata de un niño pequeño y muy delgado. De expresión un poco amargada. Un niño que siempre está en tensión, nervioso como un viejo, inquieto y terriblemente pasional. Es como si siempre tuviera que demostrarle algo a alguien, como si constantemente estuviera luchando por sobrevivir, ni más ni menos. ¿Cómo lo has sabido? ¿Cómo puede alguien, tan siquiera, conocer así a otra persona? Un partisano, has escrito, pero de los que actúan en casa, en la familia. ¡Sí, sí! Incluso eso tan horrible que has dicho de su soledad, que no es como la que suelen tener los demás niños, cada una de tus palabras ha ido cayendo justo en el lugar que ya tenía deparado hace años, no se trata de la soledad habitual en los niños, la que pueda quizá sentir una persona muy enferma, alguien con una enfermedad *vergonzante* (que tú no has tenido miedo de pronunciar por su nombre), es verdad, completamente cierto, un niño que se cuida de no caer en la ilusión de que uno pueda llegar a entregarse a

alguien, que exista de algún modo la posibilidad de una completa consagración...

Es como si hubieras llegado y hubieras clavado una nota con mi verdadero nombre en la crisálida que ahora soy. Yo era como un receptáculo blando y completamente penetrable, una especie de gaita con la que todo el mundo tocaba su melodía. Con solo escribir estas palabras siento la urgente necesidad de partírla la cara a alguien. El mundo me cubría como un mar, se retiraba con sus olas y volvía a llenarme y a retirarse, esa era mi sensación de ser niño, un movimiento ondulante, blando, infinito y tempestuoso a una. ¿Has experimentado alguna vez un movimiento tan intenso dentro de ti alguna vez? Quizá cuando estabas embarazada, o en el momento de dar a luz, mientras que yo siempre estaba así, siempre, una especie de terremoto humano, eso es lo que yo era.

Ahora me estoy riendo (me ha salido una risa de hiena): qué terrible que todo eso haya terminado ya, y qué terrible también que me pueda alegrar de que haya terminado.., porque la vida es ahora mucho más soportable. Hoy me resulta más fácil pasar de un momento al siguiente, y con el tiempo se olvida uno incluso del miedo a pisar las juntas de las baldosas. Ningún abismo lleno de monstruos me acecha ya allí.

Lo entiendes, ¿verdad? Sabes leer este balbuceo interior. Has sido tú la que has escrito «niño-cable-de-alta-tensión» y la que has adivinado que era posible ver la luz roja que asomaba a través de la transparencia de la piel. Creo que tú sabes muy bien, quizá por tu propia experiencia del día a día, hasta qué punto esa «luz extraña y clandestina» puede llegar a angustiar cuando arde en un niño pequeño.

Sí, y a exasperar, enloquecer y despertar todo tipo de instintos asesinos de soplar para apagarla de una vez para siempre. No como tú, no como tus

últimas líneas, soplar con cuidado y hasta con la esperanza de llegar a ver qué pasaría si por una vez la dejaran intentar ser fuego.

Pero sobre todo no te detengas ahora, no a media reanimación.

YAIR

6 de agosto

Mira esta foto. He dedicado un día entero a buscarla (a causa de algo que había en tu carta). La tomé en Londres hace cinco años, y tiene su pequeña historia: me encontraba allí por trabajo, y una noche, cuando regresaba al hotel, vi un pequeñísimo cuervo que parecía estar muy enfermo («un pequeño cuervo erizado»...). Estaba en la acera, al otro lado de una línea de tiza blanca, casi borrada por completo, por lo visto los restos de un juego infantil. Abría y cerraba el pico como si estuviera hablando, y no solo hablando, porque tenías que haberlo visto. Era como si afirmara algo con una profunda tristeza y estuviera ofendido, o como si fuera el testimonio acusador de alguien invisible...

Podía parecer también algo cómico, pero yo me aparté de la riada humana, me apoyé en la pared y me quedé mirándolo incapaz de seguir caminando. Estaba cansado, y puede que hasta algo mareado de hambre, y aun así no me podía apartar de él. Pensé que lo que tenía que hacer era comprar pan y darle de comer, pero temía que alguien me viera. Me aparté unos cuantos pasos y noté que me llamaba, literalmente que me picoteaba la espalda, así que volví junto a él. Empecé a pensar que sería peligroso para mí seguirlo mirando, porque poco a poco sería succionado hasta quedar atrapado en él y sencillamente dejaría de existir. No tengo ni la menor idea del tiempo que todo eso duró. Puede que fueran tan solo unos segundos.

Allí estaba el cuervo, entre los pies de los que iban y venían, en medio de la acera, con el plumaje ahuecado por el frío, la expresión amarga y triste y la cabeza, ¿lo ves?, inclinada hacia un lado con gesto de reproche... La gente lo esquivaba con indiferencia, con esa flema tan inglesa que tienen los británicos al andar. La mayoría ni siquiera lo miraba, mientras que yo, contra la pared, sabía con extraña certeza que en cualquier momento me arrodillaría para quedarme allí en el suelo junto a él.

Se me ha olvidado decir que regresaba de una cita importante en la que había cerrado un gran negocio que implicaba mucho dinero, yo, el gran hombre de negocios, ¡pum!, ¡pum!, así que iba vestido con uno de mis elegantísimos disfraces de trabajo. Aun así supe que tampoco eso me ayudaría, que de nada me iba a servir, porque lo que ahora me dominaba era mucho más fuerte y me parecía más justo a mí y a mi gemelo negro. En el último momento y con las últimas fuerzas que me quedaban (y esta vez no estoy exagerando), alargué la mano hasta la cartera, saqué la cámara y le hice una foto. Realmente un impulso instintivo, para el que hasta el día de hoy no tengo explicación ninguna, y que por lo visto me salvó sin que sepa muy bien cómo, quizá como si me hubiera dado una descarga eléctrica exactamente en el lugar de mi más traidora intimidad, siempre dispuesta a encontrar una grieta por la que poderse evaporar lo más rápidamente posible.

No tengo copia de ella. Tuya es.

8 de agosto

¿Quieres reírte de verdad? Ayer después de terminar de leer (puede que por quinta vez) aquella carta tuya, fui a candar la puerta de casa para la noche, cuando por un momento me pareció que entre los arbustos del jardín había

algo o alguien. Pequeño y muy claro, a pesar de la oscuridad. En un primer momento me asusté al creer que podía ser Ido, y no entendía qué podía hacer allí en lugar de estar en la cama. Pasé por un momento de completa confusión, y un segundo después me sentí como una habichuela a la que alguien le tiraba de la hebra hasta abrirla en canal, porque supe que se trataba de *él*, ¿comprendes?, el niño que viste en tu imaginación. El niñocable-de-alta-tensión...

El niño que una vez —no te lo he contado, ven, recuéstate y ponte cómoda—, el niño que a la edad aproximada de ocho años intentó matarse en el trastero, suicidarse se llama a eso, con ayuda del fino cinturón «multiusos» de su padre. Pero como nadie le había explicado cómo se muere uno exactamente, él se ató el cinturón con todas sus fuerzas alrededor del corazón, ja, ja, ja, y se tendió en el suelo a esperar tranquilamente la muerte. Y todo ello porque había visto cómo un vecino, un tal Surkis del edificio, en camiseta, la espalda peluda y un cigarrillo en la boca, ahogaba a dos crías de gato en un cubo de latón, cómo los hundía hasta el fondo y se ponía a hablar con el padre del niño por la comisura de los labios mientras las burbujas subían hacia la superficie. Después de muchísimo rato en el suelo del trastero, el tiempo que más eterno se le hizo, al ver que no había muerto, cogió y se volvió para su casa, se sentó tranquilamente pero exhausto a cenar con sus padres y su hermana, mientras los oía hablar y él hacía todos los gestos que un niño de ocho años suele hacer, hasta que entendió, en medio de una nebulosa, pero de cualquier forma lo comprendió, que si hubiera muerto, ellos nunca se habrían dado cuenta.

Es el mismo niño que a los diez años leyó *Zorba el griego*, porque había una profesora a la que amaba que les había hablado del libro con los ojos tiernos y llenos de lágrimas. Él nunca había visto unas lágrimas como

aquellas, ni en un niño, ni por supuesto tampoco en un adulto, unas lágrimas de nostalgia, y es que entonces él no conocía esa palabra y no se habría atrevido a escribirla si tú no hubieras sido la primera en hacerlo; en su casa no había libros, porque los libros solo acumulan polvo, los libros suponen suciedad, para los libros está ya la biblioteca de la escuela, así que robó algo de dinero de la cartera de su padre, de la cartera sagrada, y fue a comprarse por primera vez en la vida un libro a una librería, y se lo leyó sin entender demasiado, en realidad no había entendido nada, solo que era irresistiblemente bonito, que desbordaba vida y que lo llamaba a todo por su nombre. En medio de una gran agitación estuvo devorando el libro, en los dos sentidos de la palabra, durante un año aproximadamente y lo terminó exactamente el día de su undécimo cumpleaños, como un pequeño regalo secreto que se hacía a sí mismo.

Nada agradable, ¿verdad? En el más absoluto de los secretos, a costa de unos terribles dolores de vientre que ningún medicamento, ni tan siquiera el aceite de hígado de bacalao, era capaz de acallar, y es que terminaba de leer una página, la rompía en unos pedacitos muy iguales y se ponía a masticarlos con verdadera devoción para después tragárselos, una página al día, con una pausa de tres horas entre ración y ración, todo según un estricto proceso burocrático. ¿Te acuerdas de ese libro en la edición de Am Oved? Tenía un descuento para los empleados civiles del ejército y la cubierta de color mostaza ribeteada de rojo. Un poco amarga. Trescientas y pico de hojas como caídas de un árbol fue royendo aquel niño durante todo un año, asaltado por un deseo carnal literal, pero de él, Miriam, debes desconfiar siempre, porque ya entonces tenía más de un móvil para cada acción que realizaba y detrás de cada una de sus más elevadas ideas asomaba el rabo de una rata: porque quizá se comió el *Zorba* también para que las fuerzas de seguridad de la casa no descubrieran, durante los registros que hacían de los

fondos de su cajón, un libro nuevo que no tenía los motivos suficientes como para estar allí. Es decir, un libro sin el sello de la biblioteca de la escuela.

Pues claro que intenté falsificar ese sello, naturalmente que sí (¡no me tengas en tan poca consideración!): en la última hoja en blanco del libro dibujé un sello bien grande que resultó en una burda falsificación, arranqué entonces la hoja, y como no la podía tirar a la basura y por supuesto que tampoco a la taza del váter, porque ¿cómo iba a tirar una hoja de *Zorba* al váter?, casi sin pensarlo me la metí en la boca y me puse a masticarla (ahora me acuerdo muy bien de eso: tenía un sabor extraño, desagradable, terroso, a páginas que hablaban de días difíciles), y después hasta intenté escribirme la dedicatoria de un amigo, pero fui incapaz de imitar una letra ajena, y por eso empezó a rondarme la mente esa idea poético-gastronómica...

(He intentado, por un momento, leerlo con tus ojos.)

No sabes bien las energías que invertí en ocultar todo eso y el miedo que pasé mientras leía el libro, miedo a que descubrieran la mentira y el hurto de la cartera de mi padre, aunque era completamente absurdo pensar que fueran a descubrirlo, pero el solo hecho de pensar que entraba dentro de lo posible, que podía pasar a formar parte del repertorio familiar...

De mis padres no te voy a hablar, de ninguna de las maneras. Sin padres. Tampoco tú has dicho apenas nada de los tuyos, y con razón: ¿qué tienen ellos que ver con nosotros? Hace ya tiempo que nos liberamos de ellos (porque ¿durante cuántos años se puede sobrellevar un constante enfrentamiento?). Y además, casi no hay nada que contar. Mis padres son del tipo de gente más corriente e incluso más simpática que te puedas llegar a imaginar. Son la mismísima realidad materializada. El señor cinturón

marrón y la señora guantes de goma. No encierran ningún misterio y todos sus actos y pensamientos son perfectamente transparentes hasta lo más profundo de sus entrañas. Y además, ya no están de actualidad para mí, creo habértelo dicho antes. Mi padre se encuentra ingresado en un vivero de «recuperamuertos», en Raanana, y mi madre lo cuida con mucha abnegación. Transporta ollas repletas de guisos en el autobús y se pasa con él ocho horas al día en el más absoluto de los silencios, pero sin parar de lavarlo, frotarlo, afeitarlo, masajearlo, en fin, de trastearlo, y eso a ella le da mucha vida (y puede que a él también, no tengo ni idea, porque hace un año y medio que no lo veo, ¿para qué?).

Esta semana me ha anunciado con una sonrisa tímida y llena de intencionalidad que ha tomado la decisión de dejarle bigote.

Seguro que me vas a preguntar por qué no me planté delante de ellos y les grité que estaba en todo mi derecho de tener mi propio libro de *Zorba*, porque lo necesitaba, supongamos, como el aire que se respira, como un medicamento. Pero ni hablar, ¿reivindicar yo algo? Mi estilo era el de ir a hurtadillas, dando grandes rodeos, yendo y viniendo, y también disfrutando de una especie de placer nuevo del que empezaba a darme cuenta y que sarcásticamente podríamos llamar «el encanto del ardid» (como si fuera el nombre de un té nuevo hecho de las esencias de mi bilis, ¿verdad?). Mira, de lo que estoy hablando es de ese dolor placentero, agridulce, que se le infiltra a uno por las entrañas hasta convertir todo lo que eres en un sinuoso y liado intestino que te va envolviendo y que tiene una úlcera infectada y abierta que te va devorando, y esas punzadas dolorosas que lo acompañan, las punzadas del dolor y de la humillación que uno sabe perfectamente dónde situarlas y por lo tanto cómo sacar provecho de ellas, de ese bien tan

pobre pero tan tuyo al que regresas una y otra vez, y que no es sino el sabor a casa, el olor a casa, aquí está de nuevo, aguijoneándome, dispuesto a actuar en cualquier momento, siéntelo, te lo quiero presentar: soy yo, mi cuerpo y mi alma que se reconocen de nuevo, oigo perfectamente su contraseña interna (srsrsrsrsr...), mejor será que te pongas unos guantes bien gruesos cuando sostengas estas páginas.

Es tan sencillo contagiar a los demás esta infección, yo mismo me contagié con tanta facilidad. ¿Conoces el ritual de anatema total que oculta la frase «te deseo que tengas unos hijos igualitos a ti»? Sí, la conoces, como tú dices se trata de ciertas miradas, un gesto torcido de los labios, silencios que te anulan hasta convertirte en polvo y cenizas, qué poco hace falta para dejar malherido a alguien para siempre...

Por lo visto lo conoces bien, por lo menos tan bien como yo: «Miriam (así es como ella te llamaba siempre, por el nombre completo, jamás con un apelativo cariñoso), Miriam, espero que no sea verdad lo que cuentan de ti»...

La verdad es que no me sorprende. A veces creo que quizá haya sido por esa herida que tienes por lo que desde el primer momento me sentí atraído por ti. Esa sonrisa pública de «campana electoral», tu boca en aquel momento, y eso no te lo he escrito antes, las comisuras de los labios eran como dos polluelos hambrientos que se apresuran a resguardarse a la sombra de las alas de su madre, a la sombra de las alas de una madre que solamente adivinan. Pero tú, no tengo muy claro cómo, según parece, te libraste de eso, de alguna manera lograste escapar, o quizá fue que te reinventaste de nuevo y, más o menos te fue bien. Quizá sea por eso por lo que te aterroriza regresar allí, a tu infancia y tu adolescencia ni que sea por un momento, ni que sea durante una sola página, aunque ¿ni siquiera lo harías por mí?

8-9 de agosto

Quizá es que durante demasiado tiempo no me he permitido a mí mismo enfadarme por eso, por el hecho de que una noche llegaron, me arrancaron el cerebro y me transplantaron en su lugar su mecanismo de vigilancia. Imagínate lo que puede llegar a ser para un niño leer *Zorba* completamente amedrentado, y ¿cómo se puede creer que ese triste miedo pudiera ser capaz de nublar el sol de la novela? ¿Te acuerdas de que bailaste un sirtaki conmigo y con Anthony Quinn en el salón? Pero ¿dónde estabas cuando yo fui niño?

No había nadie.

Leía solamente cuando ellos no estaban en casa (definitivo: no te voy a hablar de ellos, tuve un padre y tuve una madre, pero el niño que yo fui no tuvo padres, lo has adivinado correctamente: les nació huérfano).

Me sorprende un poco la sensación de frescor que me invade en este momento y siempre que, aunque solo sea, me aproximo a esa región de mí. ¿Un cigarrillo?

No, no, si me acuerdo muy bien. Pero me reí mucho al leer que al principio, sin pensarlo, relacionabas el aroma del humo de mis hojas con la pasión que emanaba de mí.

A veces me sorprende darme cuenta de hasta qué punto crees en esta fantasía que soy yo.

¿Y si en lugar de continuar con toda esta seriedad y pesadez pasamos a hablar de la fantasía que eres tú?

Cuando cuentas algún detalle nuevo sobre ti, que antes de con Amos estuviste casada durante cinco años (siberianos) con ese genio sádico; que solo se te ruboriza siempre la mejilla izquierda; que hace años que te niegas a conducir; que Amos tiene un hijo de su anterior matrimonio, o cualquier otra cosa, grande o pequeña, que yo antes no sabía de ti ni me la imaginaba;

siento como una especie de leve esfuerzo anímico, como si tuviera que «meter a presión» dentro de ti ese nuevo detalle, de la misma manera a como se mete un libro en un estante que está ya a reventar. Aunque desde el momento en el que está hecho, todos los demás datos, todo lo que sé de ti, se reorganiza de nuevo alrededor de la modificación.

Y ya que estamos hablando de nuevas y sorprendentes informaciones permíteme que me quite mi birrete de bufón lleno de pompones: no se hable más, esta vez me has propinado un buen KO, elegante y a la par mortal: jamás hubiera podido llegar a imaginar mi débil entendimiento que el que estaba allí contigo, el gilipollas altanero del jersey, no fuera tu marido (pues entonces, ¿quién era? Porque te protegía como un guardaespaldas, por lo menos. Como los maridos).

Me has dejado completamente confundido. La parsimonia con la que describes, uno por uno, a todos los otros hombres de tu vida, a ese con el que nadas, al pintor de Beit Zait, que me suena que está locamente enamorado de ti, y al chico ciego con el que te escribes en braille (¿lo has aprendido por él?). ¿Cómo encuentras tiempo para todos ellos, con la semana tan apretada que tienes? Y eso que te has dejado a los tres muchachos religiosos que estudian contigo en el seminario talmúdico una vez por semana, en secreto... Anda, escríbeme de todos modos qué pinta tiene tu marido, es decir de qué sombra con un cuchillo entre los dientes me tengo que cuidar ahora.

Bueno, está bien, no te enfades. Ha sido solo un leve puyazo en protesta porque mi error te produjera «un pequeño y estimulante disfrute teatral» y porque no te diera la gana de sacarme antes del error...

Me has vuelto a preguntar si me siento engañado, así que he intentado entender qué es lo que realmente siento por ti, con todos esos virajes y cambios de rumbo tuyos. La pregunta no es sencilla, Miriam, de manera

que la respuesta misma cambia, se modifica y se transforma en mí sin tomar la forma definida de una opinión...

Pero si me lo preguntas ahora, te diré que en lugar de esperar una respuesta vayas a ver *Family of Man* (que también a mí me gusta mucho). Hay allí dos fotografías, enfrentadas en dos páginas, que me encanta mirar: por un lado se ve a unos estudiantes que están escuchando a un profesor en la universidad. Al profesor no se le ve. La mirada de los chicos aparece dirigida y fijada en él, y se aprecia que lo que les está enseñando les interesa de verdad. Pero en la página de al lado se ve a las gentes de una tribu de África escuchando a un anciano que les está contando una historia. Hay entre ellos adultos y niños. Tanto ellos, al igual que el anciano están desnudos. Este gesticula frente al grupo, y todos tienen la misma expresión: están hechizados.

(Esta hora no existe)

Quiero hacer un trato contigo.

Es un negocio un tanto extraño, hasta me resulta embarazoso explicarlo, pero es que tú eres la única persona a la que le puedo decir algo así.

Es referente a Yojai y a la operación por la que tendrá que pasar en enero. Quiero entregarte la mitad de mi suerte durante el período de la operación. ¡No te rías, y no digas nada! Sé muy bien que suena idiota y demencial; por mi parte puedes tomarla solo como un talismán, como una superstición, pero por favor, te lo ruego, no rechaces lo que te propongo (porque si no te resultara de provecho, daño tampoco te va a hacer).

No es que yo sea un tipo con una suerte excepcional, pero mi vida transcurre con más o menos normalidad, y con todo lo que me sucede en el trabajo (un trabajo exasperante de por sí), creo que durante los últimos años

Fortuna se ha quedado dirigiéndome una sonrisa torcida aunque fija. Tengo que añadir que este mismo «trato» ya lo he hecho dos veces, una con una mujer que tenía que operarse a vida o muerte, y otra con una mujer que no conseguía quedarse embarazada, y en ambos casos todo se resolvió favorablemente. Ah, se me olvidaba decirte que ninguna de las dos sabía que yo había hecho con ellas ese trato. Eran dos personas muy próximas a mí, en cierto sentido, pero no tanto como para poderles decir lo que estaba haciendo.

Esta transacción se encuentra sometida a una cierta burocratización: tengo que saber de antemano el momento exacto en el que vas a necesitar de mi suerte, para que entonces yo pueda empezar a dirigirla hacia ti (en realidad, hacia Yojai), y el día mismo de la operación lo dejaré absolutamente todo para quedarme libre y poderme «desnudar» de mi suerte y «enviársela» a él con todas mis fuerzas (solo que necesitarás escribirme también por cuánto tiempo después de la operación va a necesitar el niño de esta proyección mía hacia él).

Y no tienes por qué preocuparte por mí durante ese período. Si bien es verdad que el día concreto en el que me «desnudo» de la suerte, y también un poco durante los dos o tres días siguientes, me pasan algunos percances en cantidades poco significativas (resulta bastante sorprendente ver cómo se suceden y me asaltan desde todos los flancos), hasta ahora todo ha quedado en la pérdida de unas llaves, en el pinchazo de una rueda, o en una inspección sorpresa por parte de hacienda pero, pasado un poco de tiempo, la suerte vuelve a brotar en mí (¡te lo juro!), y en mi opinión lo que la hace crecer después con tanta fuerza es el hecho de cortarla al cero de vez en vez.

No te preocupes. No digas ni sí ni no. Ya te lo he dicho, ¿me oyes?

10 de agosto

Solo informarte de que ha vuelto para instalarse, el niño.

Surgido de mis pesadillas o a causa de nuestro carteo o quizá por aquella noche alrededor de tu casa, hay algo que no encuentra sosiego en mí desde entonces. Hasta he dudado si contártelo, para no concederle el derecho a la existencia por medio de la escritura. Pero casi cada noche me invade una sensación tenebrosa, desgarrada, un cortinaje que ondea en la oscuridad, y que ahora vuelve a estar ahí, incluso en este mismo momento, por tercera o cuarta noche ya, empeñado en existir, tembloroso, enredado en el arbusto, la verdadera silueta de un niño en la penumbra, así que ahora te voy a contar algo, una cosa tan demencial como la que jamás te haya escrito antes:

Tenemos un pequeño rito funerario, él y yo, aunque inmediatamente después de la primera representación podé con una determinación de censor soviético el arbusto que tanto me ha turbado el sueño. Y eso que noche tras noche vuelve a presentarse a mi puerta y no sabes cuánto siento que no estés aquí, porque te lo mostraría.

Es un niño delgadito y algo encorvado, la cabeza gacha, un poco tímido y un poco adulator, y solamente yo puedo llegar a saber hasta qué punto está abierto para recibir, y cómo se remueve las entrañas constantemente, sin piedad, ansioso por darse, por entregarse, pero, como tú muy bien has dicho, como si tan solo creyera en que eso es posible, que existe alguien a quien entregarse.

Vamos a decirlo sin tapujos, un niño un poco afeminado y blandengue, charlatán y de actitudes desmesuradas. En estos momentos lo estoy mirando, y recuerdo al instante la sensación de ser él; su eterno zumbido, como una veloz concatenación de palpitaciones y de emociones. Tenías razón: puede verse a través de su piel despojada un corazón de pajarillo que late y late.

Me produce aversión (¿te sorprende?), y un deseo incontrolable de entregarlo a las autoridades competentes del sistema educativo privado en el que yo estudié. Porque yo tuve unos profesores particulares insignes, ¿lo sabías? Sí creo que algo te había contado, profesores que me enseñaron cómo debía andar, cómo estar y cómo hablar; qué podía decir y qué tenía que callar, qué era mejor que no dijera para que no se rieran de mí, unos profesores que me recordaban siempre que hay que llevar los hombros hacia atrás para parecer más corpulento y que hay que saber cerrar la boca para no parecer un completo idiota. Como a un príncipe heredero me educaron dos de los mejores pedagogos, mis padres que en paz descansen, a quienes no escapaba ninguno de los defectos que me entristecían, y que con una dedicación de años lograron afinarme y pulirme hasta el punto de que se me podía presentar en sociedad sin avergonzarse demasiado de mí, de manera que hoy ya casi no me supone ningún esfuerzo quedar bien: sé imitar con bastante acierto la mayoría de los gestos y ruidos de un macho adulto reglamentario y puede decirse que el yeso vertido en el molde de la máscara de la muerte ha penetrado relativamente bien adentro, tal y como debe ser.

Hasta que de repente, literalmente ante la puerta de mi casa, ha sido como si uno de mis órganos internos infectados se hubiera desprendido de mí y se hubiera puesto a brincar bailando una danza desenfrenada, la danza de pollino.

Y hay un momento en que...

(¿Por qué no? De cualquier modo he dicho ya tanto.)

Hay un momento en el que se me abalanza encima desde la puerta, y a mí ese miedo me atrae y me repele a la vez, por favor, no me digas que es fruto de una imaginación infantil, pues claro que es imaginación, se trata precisamente de la imaginación de mi infancia y eso me excita y me

paraliza al mismo tiempo, me hace circular la sangre a una velocidad demencial durante unos segundos y soy incapaz de luchar contra eso, tengo que verlo, hacerlo salir de la oscuridad y que venga hacia mí, hacer que corra a mi encuentro, hacia mi casa...

Es una especie de juego entre nosotros.

¿Qué habrías hecho tú en mi lugar? Bueno, la verdad es que tú eres mucho más generosa que yo. Si hasta has aceptado recibirme a mí en tu seno. Me temo que yo no soy tan noble. Yo, sencillamente, le cierro la puerta en las narices, noche tras noche cierro la puerta de un portazo, echo la llave y entro deprisa en el dormitorio, deseando con todas mis fuerzas que Maya esté allí, solo para mirarla un instante, solo para cerciorarme de nuevo de la existencia de su cuerpo pleno y cálido, de la decidida firmeza de sus sorprendentemente pequeños pies, contemplarlos hasta tranquilizarme para después enseguida verme asaltado por el pánico: qué base tan reducida para sostener encima a dos adultos y un niño.

Bueno, habrá que irse a dormir. No estás obligada a contestar a la tontería que acabo de bosquejar aquí. A propósito, he leído en la revista *Kulanu*, de Ido, que ahí en Beit Zait tenéis la huella de un dinosaurio. ¿Lo sabías? Por donde vosotros vivís ahora pasó hace un millón de años un dinosaurio y dejó una huella gigantesca. Interesante, ¿verdad? He probado tu receta tse-tse antes de irme a dormir, pero por lo visto le eché demasiado licor (además, si recibo una carta tuya por la tarde, la noche la doy ya por perdida). ¡Basta! ¡Buenas noches!

Y.

(Por pura cortesía me he quedado acostado durante casi una hora, pero temo no haberme explicado bien.) Es todo lo contrario, ¿sabes? Que entre de una vez en la casa, en mi casa. Lo que tengo que hacer es agarrarlo y meterlo dentro por la fuerza, tirarle de la oreja para que se dé prisa y mostrarle todo sin compasión ninguna: aquí está la nevera, aquí el lavaplatos, y esto otro es el salón, con su decorativo tresillo. Este es el dormitorio, esta, la cama matrimonial del «semental» y aquí una mujer plena y dulce de pechos redondos y hermosos que ahora se está desnudando para mí. Y entonces, cuando los ojos ya le ardan de tantas lágrimas contenidas a causa de la soledad y el abandono, habrá que asestarle el golpe de gracia: arrastrarlo por la oreja hasta una habitación pequeña que hay al extremo del pasillo y gritarle: mira lo que tenemos aquí, ¡sorpresa! ¡Un niño! ¡He traído un niño al mundo! Míralo bien y así comprenderás que la batalla que libras conmigo la tienes perdida, pequeño, porque ¡tengo un hijo! ¡He logrado librarme de ti dándole vida a algo que existe fuera! Comprueba mi sello de fabricante, impreso en la forma de los dedos, en los ojos y en el pelo de él. ¡Y todo el resto te resulta desconocido! ¡No te pertenece! Te juro que me gustaría meterle por la fuerza la cabeza en la cama de Ido, lo mismo que se sumerge a un cachorro de gato en el agua, mira bien, pero con detenimiento, hasta te dejo que lo toques, ¿por qué no?, tócalo y siéntelo: es un niño hecho de la materia de otra persona que no somos ni tú ni yo. Porque muy hábilmente logré huir del destino que me tenías asignado y unirme a otro arsenal de cromosomas, libre de mí y, sobre todo, libre de ti, y así es como he creado en el mundo algo a partir de unos materiales buenos, fuertes y sanos, con una garantía que ha durado ya casi cinco años. ¿Lo captas, monada?

¿Por qué te caliento la cabeza?

Como si Ido fuera la prueba irrefutable de algo mío.

No tengo sosiego. El siroco que sopla fuera nos ha traído tanto calor. El

aire se ha vuelto elástico, como una goma.

11 de agosto

... Justo cuando te la iba a enviar esta mañana he recibido tu nota desde la universidad. Pensar en ti sentada en la sala de lectura de judaísmo y escribiendo estas ardientes y salvajes frases, y con ese mismo ánimo deslizarte en un gracioso slalom para copiar unas frases de la *Historia del pueblo de Israel en la antigüedad* cada vez que pasa por tu lado una maestra y amiga. He pensado también, por enésima vez, lo estupendo que es que nos hayamos encontrado el uno al otro en medio del mar de granos de arena que somos, y que es una suerte que los dos seamos del mismo país, que tengamos la misma lengua y los mismos referentes históricos... En cuanto a la cita que no lograbas recordar (cuando intenté «apropiarme» de la carta en la que hablabas de Yojai), me ha llevado un poco de tiempo ponerme a ello, lo reconozco, pero mañana mismo, con la aurora, voy a enviar a uno de mis diligentes enviados a buscarla en los libros, y de aquí a siete días (no más de veinticuatro horas de reloj) estará en mis manos la cita completa con la referencia exacta. Prometido.

Ayer, mientras escribía, sentí de nuevo lo extraño que es todo este asunto de las cartas: cuando recibes una carta mía, yo ya estoy en otro sitio. Cuando soy yo el que lee tu carta, me encuentro inmerso, en realidad, en un momento tuyo que ya pasó. Me encuentro contigo en un tiempo en el que tú ya no estás. Resulta así que cada uno de nosotros le es fiel a los momentos abandonados del otro... ¿Qué dices a eso? Quizá sea ese el origen de la tristeza que casi cada carta tuya despierta en mí, incluso sin relación alguna con su contenido, como me ha sucedido con esta nota desde la universidad. La vida va pasando.

11-12 de agosto

Inmediatamente tienes que amonestar a tus tres magníficos estudiantes de Talmud por su ignorancia: el Rabbí Najmán de Breslau es la fuente de la cita olvidada. En la *Antología de escritos de nuestro rabino Najmán*, en el capítulo «La función de las estériles», habla de «las personas que duermen su vida» porque realizan trabajos mediocres, porque cometen malas acciones o por haber consumido alimentos espirituales que inclinan sus cerebros al sueño...

Según parece hay que revivir el corazón de estos durmientes, despertarlos, pero con cuidado, como se despierta a un sonámbulo. Por eso, en cuanto una de esas personas se despierta, hay que «revestirlo del rostro que se ha ausentado de él durante el sueño». ¿Y cómo crees que Rabbí Najmán recomienda que se haga? «... Como se curaría a un ciego. Hay que mantenerlo encerrado para que no vea la luz de repente, restringirle la claridad, para que no le dañe lo que vea bruscamente, porque es como el que permaneció largamente durmiendo a oscuras, que cuando despierta hay que ponerle los pies en tierra con historias verdaderas...»

¿Sabes qué hora es? ¿Y quién se va a levantar mañana a las seis y media para dormir su vida durante doce horas seguidas en un trabajo mediocre?

YAIR

¿Has visto? ¡Justo cuando la estaba cerrando una estrella ha cruzado todo el cielo!

Así que, aprisa, aprisa, ¿qué pedimos? (No tengo ningún deseo preparado, ¿se te ocurre algo?)

¿Cómo lo formulaste, entonces? «Que nos ayudemos mutuamente a ser lo que somos y quienes somos.»

13 de agosto

¡Vaya! ¡He estado tan ocupado y acelerado estos días que casi se me olvida nuestra cita!

Justo hace un minuto que me he acordado (porque es hoy, ¿verdad?: el miércoles, dijiste, a las cuatro y media), así que tendrás que perdonarme por lo poco adecuado de las condiciones, que no son exactamente las que tú planeaste, pero por lo menos he llegado a tiempo. Es decir, he parado el coche con un fuerte frenazo a un lado de la carretera de Tel Aviv a Jerusalén (sí, en un lugar en el que a la derecha se ve el bosque con todos los matices de verde posibles); los coches pasan volando junto al mío y lo hacen balancearse, de manera que la letra me sale como si tuviera hipo. En lugar del café y de un buen pastel, me voy a tomar una Coca-Cola caliente de lata con los restos de unos ganchitos recogidos del asiento de atrás. Qué se le va a hacer, pertenezco a esa horrible clase de tipos, ya me conoces, pero a pesar de ello también escucho en el espantoso radiocasete del coche el *Requiem* de Verdi que me ha enviado una amiga del alma (¡gracias!).

Ven, robemos para nosotros unos pocos minutos. Al final de tu carta has hecho una observación interesante...

Me refiero a donde pones «y ahora me voy a disfrazar un poco de mujer», para después darme por sorpresa un cursillo acelerado de maquillaje antes de marcharte a dar una conferencia a la Casa de la Cultura. Tus dudas entre el pintalabios rosa pálido y el más atrevido de tono marrón (¿irá bien con el jersey de angora?). Pero ni se me había ocurrido que te maquillaras, no sé por qué había pensado que tú... no tiene importancia. He disfrutado mucho, como con lo de tu ropa, porque tienes un encanto especial y lleno de ironía cuando te deslizas por las palabras de otras mujeres, extranjeras, por unas palabras también extranjeras... La sombra de ojos suave, el lápiz que marca la línea, y yo, tendido en la cama detrás de ti,

mirándote con las manos cruzadas detrás de la nuca en un claro gesto de arrogante machismo (sí, sí, ya lo he leído: de esos para los que su mujer se desnuda en exclusiva)...

¿Que las pupilas me tiemblan ligeramente cuando pronuncio la palabra «hombre»? Desde que me lo has dicho estoy intentando comprobarlo (pero de lo que no me había dado cuenta hasta ahora es de que siempre prefiero decir «persona»). ¿Y por qué será que cada vez más me parece que la palabra «mujer» no es una palabra tan sencilla para ti, en tu diccionario interno?

¿Que por qué te lo pregunto?

Porque sé muy bien la clase de madre que eres, ya te lo he dicho. Tu maternidad emana de ti como un vapor cálido cada vez que nombras a Yojai. O a cualquier otro niño. Pero cuando dices, aquí o allá, no pocas veces, por cierto, «la mujer que yo soy», mi oído de murciélago capta casi siempre un ligerísimo eco, un reducido espacio vacío entre tú y esa palabra...

Basta, que esto se está poniendo demasiado pesado para una cita a pleno día. ¿Sabes qué es lo que de verdad me gusta más de tus cartas? Justamente las pequeñas cosas. La mancha de café, por ejemplo, que has decidido dejar. La mancha de la existencia real, has escrito, y así he podido saber también cómo empiezas siempre a tomarte el café mientras todavía está demasiado caliente, y cómo después, por un momento, está a la temperatura adecuada, para enseguida irse enfriando poquito a poco, aunque tú te quedas con él a lo largo de todo el camino...

Bebe, tómatelo tranquila.

Pensar que en este momento te encuentras sentada en algún lugar y que estás conmigo. ¿Dónde has escogido tomarte algo? ¿En qué cafetería te ha parecido que yo pudiera estar?

O el aroma de tus hojas, todavía no te he hablado de ello, un suave olor a menta, siempre el mismo. O la foto que me enviaste de Ana, vista por detrás, con el enorme sombrero de paja. Siento una ligera y extraña nostalgia (¡por una mujer que no conozco!) mientras vuelvo una y otra vez la foto en busca del rostro de pájaro malicioso, de la chispa risueña de sus ojos, y hasta de tanto en tanto le beso con delicadeza su labio algo leporino.

Lo ves, al final lo has conseguido (llevarme a tu realidad sin perforar la fantasía). Aunque el momento que más difícil me ha resultado contenerme y no salir corriendo hacia ti ha sido cuando me has preguntado, pero ¿cómo, es que entonces jamás vas a llegar a probar mi sopa?

14 de agosto

¿Qué dices a eso?

Lo que más me sorprende es que yo mismo no lo notara. Creí que se trataba de los restos de un juego infantil inglés, algo así como unos trazos de tiza dejados sobre la acera...

No sé por qué me angustia tanto. Es como una especie de tristeza fangosa que me envuelve, que afecta a mi miopía: porque yo estuve allí, ¿verdad? Yo sí estuve allí, y tú no. Y de nuevo esa sensación que siempre tengo de estar perdiendo lo esencial. Ahora mismo, mientras escribo, vuelve a mí tu pregunta, detrás del mono negro, de por qué me contento con las migas de debajo de la mesa de un opíparo banquete («te adjudicas solo el papel de palanganero de un gran amor»), y ahora eso también me atenaza el corazón.

Tú te has limitado a quedarte mirando, como lo miras todo. Lo has observado y lo has visto.

No me has dicho si te apercibiste ya de su presencia en la foto original o

solo después de que la ampliaras, es decir, si por su causa decidiste llevar la foto a ampliar.

A veces, después de una carta tuya, me digo a mí mismo que a partir de ese momento voy a empezar a vivir de otra manera: voy a ralentizarme. Voy a leer más despacio, a escuchar con atención lo que dicen los otros para poderlo recordar incluso dentro de un año, voy a entretenerme en las cosas. No es necesario que te diga el tiempo que esas buenas intenciones perduran.

Ahora lo que tengo que hacer es volver a contarme toda la historia a mí mismo, ¿verdad? Escribir cómo me quedé allí pegado contra la pared sin poderme mover, yo, el gran hombre de negocios, paralizado, y no solo por el cuervo, sino por aquella línea de tiza que hoy, maldita sea, solo hoy, con un retraso de cinco años, veo claro que se trataba de la silueta pintada en tiza por la policía de una persona pequeña, por lo visto un niño (porque se trata de un niño, ¿no? Me da miedo cerciorarme). Tenía una de las manos levantada, doblada, y la otra hacia atrás, en reposo ya.

Está bien, ya arreglaré yo cuentas conmigo mismo por mi negligencia criminal. Este asunto justifica la actuación de una comisión de investigación. Pero ahora me gustaría darte algo, un regalo equivalente a cambio del descubrimiento que me has hecho. Te has quejado diciendo que soy un pretendiente muy tacaño que no te hace pequeños obsequios. Pero no te los voy a hacer. Te pido perdón, pero muy bien sabes que si pudiera te haría un montón de regalos, por lo menos una vez al día me contengo para no comprarte algo, pero a pesar de todo pídemme alguna cosa. ¿Qué podría hacer por ti? ¿Qué podría darte?

16 de agosto

¿Te puedo molestar?

Es que quiero hablar.

Antes he salido afuera (son casi las tres de la mañana; pronto empezaré a volar en silencio para cazar ratones de campo). Me he puesto a fumar. Él ya no estaba allí. Puede que haya desesperado de mí. La verdad es que me hubiera gustado protegerlo, pero estaba solo con mis palabras correteándome por dentro, mientras que él se había desintegrado en las que escribí acerca de él. ¿Cómo formulaste la cruel elección, guardar un mutismo vivo y vital o expresarlo con palabras?

Me temo que ya no depende de mi elección.

He estado pensando en qué habría sucedido si de alguna manera milagrosa él hubiera podido conocer a Ido, y me he preguntado también si Ido hubiera querido ser amigo del niño que yo fui. Para mi sorpresa he contestado que sí, que se hubieran llevado muy bien. Que puede que no haya otros dos niños que pegaran tanto como Ido y el-niño-que-un-día-fui (así que ¿cómo puede ser que ahora nos llevemos tan mal?).

Eh, ¿quieres que hablemos de los niños? ¿Que abramos una sección de consulta sobre temas de educación e infancia? ¿El rincón del niño, por Don Juan?

Solo quiero que sepas que soy el mejor padre del mundo, de veras, todos los que me conocen opinan lo mismo, y hasta el último año, cuando el negocio empezó a prosperar, pasaba mucho tiempo con él, todo mi tiempo libre, e incluso hoy me ocupo de él con una entrega maternal, le doy de comer, lo visto, lo mimo, si hasta en este mismo momento se me saltan las lágrimas de puro amor al pensar en su hermosura. Y constantemente lo estoy destruyendo. ¿Qué va a pasar, Miriam? La línea suave y desprotegida de su mandíbula, su soledad entre todos los demás niños. Esa sonrisa blanda y frágil, producto de mi crueldad. ¿Qué va a pasar, realmente? Hubo un tiempo en que conocía casi todos sus pensamientos y empecé a madurar la

idea de ese idioma interior del que te he hablado; por supuesto que utilizábamos las palabras de ellos, pero estas eran nuestras, porque yo las había arrancado de mis entrañas. Me parece que toda palabra nueva que aprendió hasta los tres años la recibió de mí: le decía, esto es un pájaro, repite conmigo «pájaro», y él me miraba hechizado y decía «pájaro», y solamente después de que él la decía y la repetía, ya era suya. Era como si yo le masticara la palabra y se la regurgitara en la boca, y ese era el ritual que seguíamos con cada palabra nueva. Incluso había letras que yo quería que pronunciara de una manera determinada, la *s* bien firme, y no pastosa como la mía, o una *r* bien masculina (como la que tenía Moshé Dayan, ¿te acuerdas?)... No te rías de todas estas tonterías, porque gracias a ellas sentía que le estaba ofreciendo las primeras piezas de Lego con las que construir su mundo, y que me infiltraba cada vez más hondo en él llegando a existir como quizá no haya existido yo antes en ningún otro lugar del mundo. ¿Lo entiendes?, de repente había echado raíces.

Qué no habré hecho para existir en él. Me apostaba junto a su cama cuando dormía pasándole la mano por la cara y dibujándole, con los mismísimos dedos, sus sueños. Le decía cosas alegres al oído para que llegaran al laboratorio de los sueños y para que, si fuera necesario, se los cambiaran por unos buenos. No había nada que no hubiera hecho por hacerlo reír. ¡Y cómo se reía conmigo!

Pero ya está. Se acabó. Anda ve y lucha contra las aborrecibles fuerzas de la vida. No me quejo: esas son las leyes de la naturaleza, *yes, sir!* Pero últimamente se ha cerrado mucho conmigo, y si alguna vez eché raíces en él, esa raíz ha sido ya arrancada de cuajo, como el aguijón de un abejorro. Ahora todo el mundo viene a verter en él palabras y nombres, y tiene pensamientos que yo no conozco. A mí eso me parece perfecto, así es la vida, además de que tengo que alegrarme de que todo sea normal, pero la

mano ya no me cosquillea por la noche cuando la paso por su cara, sino que ahora estoy solo conmigo mismo. ¿No te importa que te cuente todo esto? Querías realidad, ¿no? Pues ahí va un poco de realidad mezclada con unos pedazos de actualidad: me lleva la contraria en todo, tanto que se diría que su razón de vivir, en este momento, consiste en pelearse conmigo. ¿Y por qué cosas chocamos? Por lo que se va a poner por la mañana, por lo que va a comer al mediodía, por cuándo irse a la cama o qué programa ver. De todo lo que le propongo, él opina lo contrario, y no tienes ni idea de lo terco que es (¡teniendo en cuenta que hasta hace aproximadamente seis años no tenía existencia más que en dos lugares separados!).

Y cuanto más porfía él, más en mis trece me mantengo yo. Me pone muy nervioso que un niño tan pequeño decida de repente que él lo sabe todo mucho mejor que sus padres, así que reacciono atacándolo con todas mis fuerzas, gritándole y ofendiéndolo. Como un rinoceronte enfurecido caigo sobre ese niñito para pisotearlo y humillarlo; terrible, ¿no? Y a mí me explico entonces, con una lógica aplastante, que con el hecho de doblegarlo y humillarlo lo estoy educando en los principios más básicos de la vida, y bla, bla, bla, y que así le transmito la esencia misma de la educación que consiste en saber que, al fin y al cabo, te tienes que someter ante el poder, la tontería, la arbitrariedad y la estrechez de miras, porque así es como es el mundo y otro camino no existe, de manera que es muy importante que lo sepa desde una tierna edad para que el mundo no se lo enseñe después a golpes y de una manera mucho más dolorosa...

(¿Cómo lo dices tú? «Ahora estás hablando con la bilis ya en la garganta.»)

A mí me gustaría enseñarle lo contrario, que vuele alto, que abra las alas por encima de mí y se ría de los miedos y de la vergüenza, que sea él mismo y haga exactamente lo que le dicte su corazón, pero siempre hay una mano armada que me agarra justo por ahí, por la garganta, la mano de mi madre, el puño de mi padre, la simiente militar de mi familia. Ni yo mismo me puedo creer lo que sale por mi boca en esos momentos, cosas que como niño juré que jamás en la vida las iba a repetir yo con mis hijos, pero a pesar de ello no me puedo contener y le recito con una voz helada los pasajes de la herencia familiar, aunque luego sería capaz de partirme la cara a mí mismo por ello, y me pregunto por qué estaré luchando contra mi propio hijo, dime, ¿por qué no permitir a un solo niño de esta jodida dinastía crecer tal y como es, como yo era, como casi logré ser, frágil, delicado, soñador y sin piel? ¿Y ambiguo? ¿Por qué le grité, aquella vez que lloraba porque habíamos tirado el sofá viejo? ¿Y por qué lo obligo a comer carne, si le da muchísimo asco? ¿Por qué me revienta que no sea capaz de integrarse en la cadena alimentaria reconociendo la realidad comúnmente aceptada de que el pollo no es un ave muerta, un pájaro muerto? Yo se lo meto a la fuerza con los dedos en su pequeña boca, tal y como mi padre me lo hacía a mí, día tras día. Di «pájaro»: «pájaro».

Puede que mañana continúe...

No, mañana la lluvia caerá sobre nosotros y lo borrará todo, mientras que ahora parece imposible, porque la situación nos desborda por completo. Te ahorro la mayoría de las cosas que me suceden en el día a día, porque por lo visto la cáscara que me envuelve parece cumplir con su función, esa es exactamente la palabra, pero el niño que me ha estado mirando durante las últimas noches tenía un halo cálido y tembloroso alrededor de su fina piel, y ahora me asusta el hecho de comprender cómo era de verdad y qué pocas posibilidades tenía de salir adelante (tú lo has dicho: una tacita de porcelana

china en una jaula de elefantes), ardiendo como estaba de ganas de abrazar a alguien, de unir su alma al alma de otro ser sin ocultar nada, dar a manos llenas todo lo que centelleaba en la oscuridad de sus fantasías y que no llegara a suceder que alguno de sus sentimientos terminara sus días en la fosa común de las ideas anónimas. No tienes ni idea de cuántos malentendidos, cuántos enfados y alteraciones del orden provocan estas inclinaciones, estas desviaciones del reglamento de la tribu...

Qué maravillosos fueron sus primeros años (ahora estoy hablando de Ido), me entregué a él en cuerpo y alma, y cuanto más le daba, más plenitud sentía yo, hasta convertirme en un río de invenciones y de cuentos, hasta el extremo de disfrutar de la alegría de la vida. Me despertaba por la noche y sentía que mi corazón ardía de amor por él, se me había olvidado la cantidad de amor que puede haber bajo ese papel de estraza llamado piel, quién se acordaba ya de la sensación de que el alma sube hasta los mismísimos bordes del cuerpo lamiéndolos por dentro. Porque yo fui un niño lleno de amor, y fíjate que nunca me había dado cuenta de ello con tanta sencillez, ¿cómo no me lo habré sabido decir antes de esta manera, en forma de regalo? Siempre creí haber sido un niño difícil, complicado y malo, tal y como me lo decían entonces entre profundos suspiros, y esa era una evidencia triste con la que había que arreglárselas para convivir: un niño que no era normal y que ni que decir tiene que no se trataba del que ellos habían pedido en sus oraciones, porque este era un niño que, día tras día, debía compadecer a unos padres forzados a criar a un ser tan extraño y vergonzante...

Basta.

Mira, esta carta también me lleva a... Es decir, no me había imaginado que llegaríamos a esto, porque lo que yo pretendía era escribir sobre ti. Adivinarte como tú me has adivinado a mí. Adivinarte como mujer y no

menos que eso, no como niña (esto empieza a parecer un encuentro de pedófilos), pero todavía, por lo visto, no soy capaz de ello. ¡No soy capaz!

17 de agosto

Solo para comunicarte que esta mañana he cumplido con mi parte del compromiso (referente a la recompensa que mereces por lo de la línea de tiza alrededor del cuervo), y me he leído el cuento que me has pedido y en un lugar bonito, tal y como tú querías.

Lo he llevado a la presa. He encontrado tu sitio reservado, el asiento viejo de un coche. He reconocido el madroño, lo he llamado por su nombre y nos hemos abrazado emocionados. He triturado salvia entre los dedos y he murmurado Rotem, Lotem, Totem. Espero que no te enfades por esta incursión mía en tu territorio. Tantas veces «me llevas ahí» mientras lees mis cartas en voz alta y mantienes conversaciones íntimas con la presa y con el valle que se extiende ante ella, que después de que por fin te decidieras a presentarme «oficialmente» a estos familiares tuyos, he creído que había llegado el momento de que yo viniera a visitarlos como hombre, como persona.

¿Que el lugar es tan hermoso en invierno como un fiordo noruego transportado a los montes de Jerusalén? Resulta un poco difícil imaginarlo ahora. La enorme presa corta el valle en dos como la cicatriz de una operación a lo ancho del vientre. La sequía que ahora reina parece desmentirlo (aunque quizá en invierno, como has dicho, tu visión se materializa).

Mira, he leído todo el cuento, incluso en voz alta. No me extraña que haga años que no estás dispuesta a releerlo. El único consuelo que puedes tener es que a mí también me ha dolido hoy de un modo especial.

Me pediste que te escribiera exactamente qué es lo que he sentido, que te informe sin miramientos.

¿Te acuerdas del momento en el que la madre de Gregorio lo ve por primera vez (después de haberse convertido en una cucaracha)? Ella lo mira, y él la mira a ella. Ella grita «¡Dios mío!» y da un paso atrás, hasta que se choca con la mesa y se sienta encima (distráida, medio desmayada).

Las veces anteriores que he leído esta obra, la parte que me ha resultado más dura ha sido la de la larga agonía de Gregorio. Pero esta mañana, cuando he llegado al punto en el que la madre recula en medio de la aversión que siente y al «madre, madre, dijo Gregorio en voz baja alzando los ojos hacia ella»...

Porque siempre existe la esperanza de que si ella no se hubiera arredrado de esa manera, quizá hubiera podido redimirlo de su desgracia.

Aunque sé que si ella lo hubiera «reconocido» (o por usar una palabra tuya «apoyado»), entonces ya no sería el cuento de Kafka, sino más bien un cuento de niños. Como, por ejemplo, el cuento ese de Momintroll.

Un abrazo. Te he dejado una nota por allí, por la zona de la presa. A ver si logras encontrarla.

17 de agosto (12.45, junto a la presa)

M.

En tu última carta no has sonreído ni una sola vez. Me ha parecido que incluso me guardas un poco de rencor (¿?) por el hecho de que puede que por mi culpa, esa vieja ofensa, la humillación que sigue viva desde la infancia, haya resucitado en ti con demasiada virulencia.

Quizá sea por mí. No lo sé. O puede que por lo que muy al principio

dijiste, que hay en mí algo que durante toda la vida te habían obligado a ocultar.

(Pero de qué se trataba, eso no lo decías.)

20 de agosto

Pero ¿sigues empeñada en eso? ¿Quieres encontrarte conmigo «al completo»? ¿Una cita de verdad? ¿O, por lo menos, sin decidir de antemano lo que va a suceder en ese encuentro? ¿Sin descartar de entrada ninguna posibilidad? Cuando dices «al completo», te refieres ¿en cuerpo y alma? ¡Pssst! Un eunuco turco de mirada húmeda y bigote caído pasa como una mangosta y extiende ante tus ojos un manojo de fotos de extraños desnudos míos en posturas provocativas, pero no lo creas, se trata de un fotomontaje, aunque tienes que examinar detenidamente la mercancía, porque ya es hora de que yo ponga las cartas (trucadas) sobre la mesa, para que puedas sopesar de nuevo, con tus propios ojos, la propuesta que me has hecho: porque tengo un cuerpo y una cara que no son míos, debido, según parece, a un grave y ridículo error, ocurrido durante el grotesco sorteo de la vida, en el que me implantaron un cuerpo y un rostro que mi alma rechaza desde hace años...

Escucha, Miriam, aléjate y tápate los oídos con las manos, porque por una vez tengo que pasar esto a través de la bilis que me inunda la garganta: yo, de niño, tenía un alma que era un volcán, que escupía fuego, lava y piedras incandescentes, Picasso, el rey David, Maciste y Zorba juntos, pero tenía una cara y un cuerpo... Bueno, ahora ya sabes lo que pienso de ellos, y dentro, mis nueve almas se revolvían como lenguas de fuego; eso era lo esencial, ahí estaba mi felicidad, porque todavía no sabía qué aspecto tendría, ¿entiendes?, no había sido formulado y definido desde todos los

ángulos posibles (¿por qué no se obligará a la gente a sacarse permisos para determinadas palabras, de la misma manera que se tramita un permiso de armas?), no había nada entonces que pudiera ponerse en mi camino, y la pregunta consistía solamente en qué escoger, si espionaje, arte, comandos, viajes, crimen, amor, naturalmente que el amor, desde la edad de cero años, no quieras ni saber la vergüenza que les hacía pasar a mis padres ya desde la guardería, un niño de cuatro años, y desde entonces no he dejado de verter mi afecto sobre todo el que no corre lo suficientemente deprisa, pero no te dejes impresionar demasiado: la mayor parte de mis amores ni tan siquiera sabían de mi existencia. Y es que hasta el día de hoy tengo que irrumpir por la fuerza en el campo de visión de una mujer si estoy interesado en mantener una relación, como tú muy bien sabes. Ahora bien, si se trata de imaginación, la tengo completamente desbordada, el pensamiento me vuela sin límites. Siempre supe, con una seguridad demencial, que lo que me sucedía entre tanto, en la realidad, no era más que el preámbulo, tan solo una durísima prueba para cuando finalmente la vida empezara de verdad y yo saliera, de repente, de la crisálida que era, del judiito pálido y aldeano, para convertirme en Tarzán y en el león a la vez, y poder brillar con el fuego multicolor que ardía en mí... ¡Ah, las cosas que me imaginaba! Me pondría a gritar de tanto como las añoro, unas enormes lenguas de fuego, rojas y amarillas que bailoteaban incitándose las unas a las otras...

Pero entretanto había que mantener la cabeza gacha y seguir sufriendo en silencio como, por ejemplo, cuando mi padre me habló durante meses en femenino, Yaira trae esto y Yaira trae lo otro, y ¿por qué?, pues porque sí, porque un día me vio pegarme con un niño del barrio en la acera, delante de

nuestra casa. Yo enseguida lo tiré al suelo, fue un milagro que del cielo me hubiera bajado un niño más débil que yo, pero después de haberlo tirado al suelo, me levanté enseguida y me marché, dejándolo tendido en la acera y sollozando, en lugar de romperle los huesos como un hombre, de arrancarle los huevos o de hacer cualquiera de las otras cosas que mi padre, que me espiaba desde el otro lado de la ventana cerrada, deseaba tanto que yo hubiera hecho, y es que en medio de la pelea, cuando levanté por un instante la cabeza, vi su cara, la de mi padre, a través del cristal, una cara que iba deformándose y poniéndose violeta, como si encogiera quemándose en un fuego, y sin saber siquiera lo que hacía, se metió bien hondo los puños en la boca mientras se clavaba en ellos los dientes con una mezcla de sed de sangre y pánico de cachorro abandonado, mi pobre padre.

Cuando volví a casa él ya me estaba esperando con el cinturón marrón y finito que sabía sacarse de las trabillas del pantalón de un tirón único y sibilante, y empezó a azotarme sin parar mientes; ese día «el marrón» hizo horas extraordinarias, así es como con frases similares a esta nos reímos y bromeamos en nuestro círculo familiar hasta el día de hoy, cómo Iri, un nombre que yo odiaba pero con el que me llamaban, hacía enfadar a papá, y todos nos reíamos hasta que se nos saltaban las lágrimas. Pero eso ahora no tiene importancia, lo principal es que él me pegaba y cuando con eso no se desahogaba lo suficiente, se lanzaba sobre mí con sus puños mordidos ensangrentados y su cuerpecillo flácido temblaba y se estremecía convulsionándose hasta que los ojos se le inyectaban en sangre, ese hombre al que jamás yo había visto pegarse con nadie. Siempre era muy delicado, considerado y adulador si alguien nos pasaba por delante en la cola del cine o nos tapaba la salida del coche en el aparcamiento. Tendrías que haberlo visto arrastrarse ante su jefe, un coronel, y ante el *niño* del coronel. Y una vez, cuando un vecino asqueroso, el asesino ese de Surkis, me dio una

bofetada en la calle porque yo había estado gritando entre las dos y las cuatro de la tarde y le había estropeado la siesta, mi padre, que había estado en la terraza, enseguida se metió para dentro para aparentar que no había visto nada, pero yo sí lo había visto a él. El caso es que él me pegaba mientras yo me mantenía encogido y me recordaba constantemente a mí mismo que aquello estaba bien, que así es como tenía que ser, que los padres les pegan a los hijos, ¿qué querías, que fuera al revés? Yo mismo me convencía de que aquello formaba parte de la gran prueba y eso lo pensaba en medio de sus golpes.

Pero ¿qué es lo que había empezado a contarte?

Que tú quieres encontrarte conmigo «al completo» y que me has pedido que te presente también al niño que fui para ayudarnos a hacer las paces a él y a mí, para que llegue a ser capaz de mirarlo de una manera diferente a como lo miraban en casa de mis padres, recuerdo absolutamente cada una de las palabras que has escrito, y en el margen anotaste con lapicero que de ninguna de las maneras nos íbamos a encontrar como dos pedófilos, porque eso pertenece al lenguaje de ellos, Yair, sino que nos veremos como lo harían dos niños. Lo ves como sí me acuerdo, no llegarías a creerte de cuántas cosas tuyas me acuerdo de memoria, palabras y música incluidas, como cuando dijiste, ya no puedo seguir así, lejos de ti, en abstracto, porque lo que nos está sucediendo me desborda y no sabes la necesidad que siento de contacto físico. Contigo. Ven con tu cuerpo, al completo, de forma tangible, entera o defectuosa, hendido o doble, pero ven con los brazos abiertos, como se entrega un regalo, y si te cuesta aceptarlo, dite a ti mismo que Miriam quiere conocer personalmente al niño que fuiste, anda, dame ese gusto, porque a pesar de lo que lo has calumniado, estoy segura de que es un niño bien guapo...

Una vez más, Miriam, vez tras vez, vienes y me abres con unas llaves secretas, ¿cómo es que tienes ese poder de maga? Escucha la historia que te voy a contar.

(No. Tiene que ser en una carta aparte. En un sobre separado. Tal y como fue.)

20 de agosto

Érase una vez un niño de unos doce años, aproximadamente, que volvía una tarde de ver una película con Shai, su mejor amigo hasta el ejército. Al llegar a casa de Shai se despidieron y el niño siguió solo hacia su casa. Allí lo estaban esperando, tú ya sabes quiénes, así que no te sorprenderá que anduviera despacio.

Míralo, camina solo por una calle lateral intentando conservar en su interior la dulzura de la película que se le ha escapado un poco en el autobús, por culpa de las burlas y las risas de tres troncos pasotas (por aquellos años se llamaban gamberros) que se han estado metiendo con él, y solamente con él, mientras Shai ha permanecido allí sentado con las piernas temblándole en los pantalones, de manera que el famoso ingenio de ambos, mediante el cual siembran el terror entre profesores y alumnos, se ha convertido de repente en una pompa de chicle demasiado inflada, hasta el punto de que acaba estallándole a uno en la cara.

Caminaba por la calle silenciosa y vacía e intentaba, con todas sus fuerzas, olvidar lo que sintió cuando Shai había mirado hacia el otro lado para abstraerse de lo que allí estaba pasando, ciego y sordo. Sabía, además, que también él se habría comportado así en el caso de que la situación hubiera sido a la inversa, así que estaba al borde del llanto mientras maldecía su debilidad y se juraba que de ahora en adelante dejaría de robar

dinero de la cartera sagrada para comprar libros y que lo robaría para comprar un *bullworker* y entrenarse día y noche como una bestia para desarrollar los músculos. Aunque sabía que tampoco eso serviría de nada, que no tenía en su interior esa cosa que conecta los sueños con los músculos y que convierte al Tarzán interno, que te está rugiendo en el corazón, en un puño que reviente la mandíbula del gamberro del autobús. Esa cosa misteriosa que convierte, por lo visto, al hombre en macho. Además, sabía muy bien que si un día llegara a pegarle a alguien, enseguida se darían cuenta de que en él no era algo que le venía de forma natural. Mientras meditaba todo eso, caminaban delante de él por la calle dos mujeres, una joven y una vieja. Vieja, exactamente, no, sino mayor, y avanzaban despacio, tranquilamente, conversando entre ellas en voz baja, del brazo, e irradiando una calidez que él enseguida había notado y que parecía llamarlo.

Cuando las pasó (vestido con los elegantes pantalones de tergal que su padre le obligaba a ponerse cuando salía, y muy relamidamente peinado con la raya al lado), le pareció que una de ellas, no supo apreciar quién, le susurraba a la otra, «qué niño más guapo».

Bueno, ahora que ya he empezado a contártelo no me queda más remedio que seguir, ¿no?

Continuó andando unos pasos más, hasta que aquellas palabras penetraron en él y lo hicieron detenerse. Como le daba vergüenza quedarse allí parado en medio de la calle se arrastró como pudo hasta uno de los portales y se quedó allí en la oscuridad, temblando y chupando aquellas cuatro palabras...

Por supuesto que al cabo de un rato empezó a torturarlo la duda de si de verdad había oído lo que había oído y si en efecto una de las dos lo había mirado a conciencia y aun así había dicho lo que a él le parecía haber oído.

Y suponiendo que sí lo hubiera dicho, ¿quién habría sido, la joven o la vieja?, y ojalá que hubiera sido la joven porque él ya sabía, aunque vagamente, que las viejas eran más condescendientes con los niños como él, mientras que si de todas formas había sido la joven, guapa y moderna, entonces puede que la situación no fuera tan grave, porque a ver si no era verdad que ella era completamente objetiva con respecto a él, no lo conocía y nunca antes lo había visto, de modo que no había estado obligada a decir lo que había dicho, por lo que esas palabras suyas se revestían de una autoridad casi científica.

Pero ¿lo habrían dicho de verdad? De eso no estaba él completamente seguro, porque puede que hubieran estado hablando de una película que les hubiera gustado y citaran ahora alguna frase de ella, o que simplemente dijeran «qué piso más caro» o «qué libro más raro», y si no puede que estuvieran hablando de otro niño que las dos conocieran y a quien el piropo realmente le cuadrara.

Sería bastante estúpido seguir extendiéndose en esto, ¿verdad? Pero el caso es, entiéndelo, que estas palabras no han visto nunca la luz, sino que siempre han sido proyectadas en la oscuridad, sesión tras sesión.

¿Qué hizo él entonces? Se quedó en aquel portal oscuro literalmente temblando de angustia y confundido, sin saber si salir corriendo tras ellas para explicarles con una voz lo más comedida y madura posible que perdón, pero antes, cuando he pasado por su lado, una de ustedes ha hecho una observación referente a un determinado niño, una observación de pasada, es cierto, pero por un extraño cúmulo de casualidades ese comentario resulta ser de una importancia máxima, determinante, un asunto de vida o muerte que resulta difícil de detallar en este momento, un asunto de alta seguridad en realidad, así que por favor, aunque suene un poco raro, ¿podrían ustedes

repetir, y enseguida, lo que se les ha escapado cuando las he pasado y me he puesto delante de ustedes?

Echó a correr detrás de ellas, despacio y, de repente, volando, deteniéndose para luego volver a correr, turbado y derrotado, hasta que al momento dio la vuelta en redondo y volvió rápidamente al portal oscuro de antes, donde se quedó tiritando frente a la pared, sintiéndose como una presa todavía medio viva, y ya no le importaba que alguien fuera a pasar y lo viera, pero esas cuatro palabras que quizá había oído, ojalá, de pronto levantaron el vuelo en medio de una loca alegría, como cuatro pajarillos en un parque helado...

¿Qué hubieras hecho tú en su lugar?

Él muy bien sabía que aunque encontrara a las dos mujeres, no se atrevería a preguntarles, porque quien pregunta algo así en voz alta se condena a una vida de vergüenza eterna, y en el caso de que, supongamos, las dos (también la joven) le dijeran que sí, que él era ese niño, el niño guapo, ya no podría creerlas del todo, porque tendrían tiempo más que suficiente para mirarlo mientras él les estuviera haciendo su extraña pregunta, de manera que entre tanto lo comprenderían todo, porque resultaba imposible mirarlo sin comprender, y entonces le mentirían por piedad, qué te crees, ¿que hoy no correría tras ellas suplicándoles que me lo dijeran? Querría que de mil y una maneras me lo confirmaran, así que corro, corro detrás de ellas también hoy, porque no ha pasado ni tan siquiera un día desde entonces.

Eh, te quedas, ¿verdad?

De repente siento como un gran desgaste.

Me alegra que te guste mi nombre. Nunca había pensado en él como un nombre con proyección de futuro o que contuviera una «verdadera promesa». Siento también alivio por el hecho de que hayas dejado de

preocuparte por la cuestión de si Wind es realmente mi apellido, y que te conformes con que mi nombre te acompañe...

He tardado meses en descubrir los hilos ocultos que mueven tu sentido del humor, que pasa, como si nada, entre las líneas de las cartas, silbando suavemente y con las manos en los bolsillos...

Dime, ¿has notado que hace ya aproximadamente un minuto entero que intento ocultar una alegría repentina y demencial? Las lágrimas tienen el mismo sabor, pero es como si hubieran cambiado los grifos... Una especie de cosquilleo traidor y cálido de felicidad, que no tiene ninguna explicación ni justificación en las cosas que he contado, excepto por el hecho sorprendente de que las he contado. ¡Atención! ¡Todas las unidades en alerta! ¡Una fuga de felicidad! ¡La avería va a ser localizada inmediatamente!

Pues no, la verdad es que no. Unidades, no os pongáis en alerta. Que se filtre lo que haga falta y me arrastre consigo, y no me importa que los perros ladren tras de mí ni que sobre las vallas electrificadas se encuentre la inscripción: «La familia te hace libre». Mira, puede que de todas formas intente escapar y, aunque no creo que lo consiga, esta vez tengo ayuda desde fuera, la de una mujer que me espera del lado iluminado de la libertad. Estos son los regalos que tú me haces, así que ya no temo nada y estoy dispuesto a gritar con todas mis fuerzas que sí quiero, que creo que es posible que tú y yo salgamos uno al encuentro del otro y que nos encontremos de verdad a mitad del camino, porque ese tipo de milagro existe.

Necesito estar solo conmigo. Adiós, Miriam.

YAIR

(Ahora, deprisa, asómate y mira cómo sucede, cómo la bolsa del veneno me es inyectada en la sangre, la retransmisión en directo en el mismo momento del crimen: es una habitación blanca, cuatro paredes, no hay ventana, ni cuadros, en cada pared se encuentra fijado un ojito abierto, es decir, cuatro ojos abiertos, sin párpados, sin pestañas, ni pestañeos, cada par de ojos tiene una misma mirada, una mirada constante, fija y congelada en su interior. Y en el suelo, entre las paredes, corretea una rata ciega.)

21 de agosto

No temas, no se trata de otro rollo. Solo es un beso de buenas noches:

Antes, te reías de que mis cartas eran como madejas. Sé que he llegado a liarme tanto que quizá ya no sea posible desenredarme. Ni siquiera te pido que lo intentes sino solo que la sostengas, la madeja, entre las dos manos, por un momento, durante otro mes más, el tiempo que puedas. Ya sé que es demasiado, lo que te pido, pero es que ahora te encuentras justo a la distancia necesaria de mí, a la distancia adecuada de proximidad y desconocimiento (tú ya no eres una desconocida), entre mi vergüenza y mi orgullo, y eso te pido que ya no me lo quites. ¿Cómo voy a poder mirar a Maya a los ojos si la meto en el cuarto de la rata ciega? Ella es mi mujer, y yo soy su hombre. Cuando estoy con ella, las pupilas de la palabra hombre nunca se mueven.

YAIR

23 de agosto

Gracias por haber contestado tan deprisa. Seguro que has notado por lo que he pasado desde la última carta.

Hoy solo quiero acariciarme contigo, consolarte, que nos consolemos

mutuamente... Literalmente has fluido hacia mí con la escritura, me has dado tanto de la niña que fuiste, y de tu madre y, sobre todo, de tu padre. Al fin y al cabo había allí alguien tierno y lleno de amor (según parece me equivoqué por completo porque me lo había imaginado un pendenciero, un entrometido y un amargado, quizá porque solo conocía de él eso de «¿Por qué no estás contenta, Miriam?»), aunque quizá un poco demasiado blando para el difícil papel que tenía, el de protegerte de ella.

Mira qué maravilla, que aunque nuestras casas fueran tan distintas la una de la otra en mil detalles grandes y pequeños, los dos nos hemos «sentido en casa» cada uno en la del otro, y cuando has hablado de la soledad que hay en la falta de espacio y cómo tenías que luchar por tener un poco de intimidad, he pensado en el placer que supone que solo nosotros dos, de todos los millones de personas que viven en este país, sepamos hoy exactamente cómo es la ganadora del concurso de ordeño de la provincia china de Chang-She...

Porque quien no se haya criado en una casa así, puede llegar a pensar que existe una completa contradicción entre «soledad» y «lucha por la intimidad», ¿verdad? Mientras que solo el que haya crecido allí conocerá exactamente la sensación que se tiene cuando esta contradicción te desgarras en mil jirones.

Pero hazlo con cabeza.

¿Cómo pudiste resistirlo? (Lo que quiero ahora es gritar, ¿qué tienes tú que ver con esa mujer? ¿Cómo es posible que tú, tú salieras de ella?) Y los esfuerzos que hiciste, durante todos esos años, para intentar acercarte a ella, intentar que te amara; me parece muy noble, por tu parte, que pudieras, a una edad tan temprana, esforzarte por calmarla un poco de su ira contra ti... ¿Y qué hay de la reparación, de la explicación de la que siempre hablas? ¿Nunca llegó a existir entre vosotras? ¿Ni tan siquiera una vez?

Yo también conozco esa sensación de traición, de infidelidad de la que me hablas; ay, Miriam, ay. Los ayes de la vida. Siempre formulas las preguntas más difíciles, y ya has visto que no tengo respuesta que no sea estar a tu lado, lamentarnos juntos y volver a preguntarme contigo por qué realmente las cosas son de esta manera, por qué nunca, por lo visto, aprendemos a producir desde dentro la veta que más necesitamos.

¿Y cómo es que tanto sabes dar lo que nunca has recibido?

Ahora mismo me tengo que marchar (¡una reunión de la guardería!) y queda muchísimo por decir; seguro que tienes razón cuando crees que un encuentro «a medio camino», tal y como yo lo propuse, ya no resultaría satisfactorio, y que un encuentro real entre nosotros podría tener lugar solamente si cada uno de nosotros recorre su camino completo al encuentro del otro. Ojalá que también yo fuera capaz de decirlo con tanta certeza como la tuya. Lo deseo, más de lo que he podido desearlo en mi vida, pero tengo la sensación de que nunca he hecho un camino tan largo.

Despacito, ¿de acuerdo?

Voy leyendo y pienso en lo simple y lo banal que es mi historia frente a la tuya (aunque yo quizá la cuente con un poco más de dramatismo...), pero luego veo que en la pepita, en la maldita y amarga pepita, son iguales, y entonces me pongo a pensar en cómo decenas o quizá cientos de veces durante mi vida he vendido mi historia para impresionar a alguien (con más frecuencia a un alguien femenino) con mi triste biografía. Casetes. Durante los últimos años incluso he dejado de sentir náuseas, pero hay una cosa que no he dejado de hacer y es que se la cuento como una lagartija que sacrifica el rabo para salvar la vida. Mientras que a ti, lo que quiero, es entregarte la vida, porque ese ha sido nuestro trato, vida por vida. Y quizá un día, cuando sea mayor, podré entregarte también ese regalo que tanto deseas recibir de mí y vista de una historia tu rostro.

26 de agosto

Perdona, perdona, perdona, tienes toda la razón, no tengo nada que decir en mi defensa. Han sido unos días de locura. Trabajando y correteando de un sitio para otro desde la mañana hasta la noche. Apenas tengo tiempo de comer. Pero me acuerdo de nosotros y estoy con nosotros (no temas). Pronto te escribiré una carta de verdad. Es que ahora, en realidad, no existo. Sujeta la pasarela desde tu lado (seguro que puedes hacerlo mejor que yo) y permíteme solo recordarte que sigo siendo egocéntrico incluso en mis momentos de mayor humildad. ¿Te acuerdas de tu idea de contarme cómo nos conocimos tú, tu madre y yo cuando yo regresaba a casa del cine aquella noche?

Y.

A propósito, en relación a tu pregunta del final, en letra muy grande (¿cómo es que te acuerdas ahora de preguntarlo?), las respuestas son muchas y variadas.

La primera (para el gran público): empecé con eso porque sí, porque me resultaba cómodo, un buen día estando en el ejército, en la reserva un invierno, y desde entonces eso sigue igual.

La segunda (digna de ser publicada en *Ecos de educación*): escucha, Miriam, claro que de un modo lógico entiendo muy bien lo que dices en esa especie de sermón entusiasta y lleno de buenas intenciones. Ojalá yo fuera capaz de reconciliarme conmigo mismo, de verme con buenos ojos, y por qué no, la verdad, ya que yo, al igual que tú, tengo, por lo menos, a «una persona de fuera» que me mira con ojos amorosos, incluso embellecedores. Hace años que intenta con todas sus fuerzas y con todo el amor que encierran sus ojos que yo me quiera, pero que no lo ha logrado es un hecho:

no consigue hacerme cerrar ni por un solo instante esos otros ojos y convencerme de que vea lo que ella (por lo visto) ve.

Respuesta número tres (en exclusiva para ti): pero lo entiendes, ¿verdad? Porque tú eres la niña y la chica que «intercambiaba fealdades» con ella misma, moviéndolas desde el extremo de la nariz hasta las pantorrillas... Y has escrito también sobre el malestar corporal que parecía «huir» de ti y que te parecía que todos notaban. También yo conozco muy bien eso y la sensación de que en algún lugar dentro de ti anida una mancha, ¿verdad? Ese es el nombre interior que yo le doy y, además, disfruta de una completa libertad de movimientos: esa pequeña mancha es mía y a la vez no lo es, me ha sido implantada pero ha prendido de una manera asombrosa y justo en el sitio en el que escoge estar en un momento determinado tiene lugar el encuentro del que te hablé una vez: el de mi alma y mi cuerpo, que se encuentran susurrando su contraseña interna...

¿A que en ese momento el resto del cuerpo apenas si existe? ¿Y que es solo hacia ese punto de encuentro hacia el que fluye toda la sangre y donde todos los tendones se tensan? (La descripción que has hecho de cuando siendo adolescente te sentías demasiado alta y cada vez que entrabas en una habitación en la que hubiera gente hacías lo posible por caerte, forma parte de lo mismo.)

Esta es mi respuesta a tu pregunta (pronunciada con una ligera nasalización que indica reserva): «¿Por qué llevas barba?».

Y.

1 de septiembre

Pero ¿sabes lo que has hecho?

¿Ella ya te ha llamado?

Pero ¿cómo se te ha ocurrido hacer algo así? ¿Qué ha sido, la presión del

inicio del curso o qué?

Hasta me da miedo preguntarte qué ponía en esa carta dirigida a mí (¿habrá llegado ya a sus manos...?).

Por un lado, ya lo sabes, todos mis temores se han hecho realidad. Y por otro lado, de alguna manera, resulta casi divertido: también el hecho de pensar que si retrocediéramos cien años y mantuviéramos también una relación amorosa epistolar, tendríamos que tener en cuenta que un error así podía llegar a ser posible, aunque a la manera del siglo XIX.

Por un tercer lado, sí, por un tercer lado... eso me produce a la vez un cierto placer. Como si de pronto existiéramos también en una especie de lugar «objetivo», porque existe una testigo externa, una testigo que está vivita y coleando, completamente real, una testigo de lo que nosotros somos.

Me muero por saber qué es lo que ha dicho. Cómo ha reaccionado. Sabrá guardar el secreto, ¿verdad? Sé que en Ana se puede confiar.

Pero ¿cómo no me has contado que se marchaba de viaje? Si hace tan solo unos pocos días que me transcribiste una conversación entera que habíais mantenido acerca del loco amor de aquellas dos mujeres (¿Vita Sackville-West y Violet?), y también contabas que le leíste pasajes enteros del libro, si hasta recuerdo que ella, Ana, dijo que se había pasado la vida buscando las fuerzas que te da un loco de amor y que habló también del valor de ser franco hasta el dolor en todo lo que toca los sentimientos. Pero tu carta ni siquiera insinuaba que todo ese debate con ella había tenido lugar por medio de una conversación trasatlántica, y es que además sonaba tan íntima y emocionada como si os encontrarais en la misma habitación.

¿En qué parte del mundo se encuentra exactamente en este momento, y por cuánto tiempo? ¡Por tus añoranzas se diría que se ha marchado por unos

cuantos años! Pero ¿cómo es que una mujer sola se embarca en un largo viaje por el mundo y encima con un niño pequeño?

El sobresalto del primer momento, cuando de pronto te has dirigido a mí en femenino preguntándome cómo estoy, si no me encuentro terriblemente sola allí, y si te echo tanto de menos como tú a mí...

El extraño estremecimiento que me ha recorrido cuando me has hablado así. Como si hubieras encontrado la cuerda prohibida de un instrumento.

Por supuesto que me ha divertido ver las diferencias entre lo que me cuentas a mí (de Yojai, por ejemplo) y lo que le cuentas a ella. A mí, por ejemplo, nunca me has dicho lo que pesa, ni lo que mide, ni el número que calza ya en el par de zapatos que le has comprado para el invierno.

A mí no me habías enviado una foto suya (¿te importa que me la quede?).

Me he dado cuenta de que Ana es también una persona muy próxima a Amos, incluso podría decirse que es una íntima amiga suya. Por tu carta podría llegar a creerse que las dos lo conocéis con exactamente la misma proximidad e intimidad, que las dos suspiráis por él del mismo modo (¿te has fijado?). Te aconsejo que leas el borrador, te va a interesar.

Qué extraño me resulta verte así, de una forma legítima, y darme cuenta de que tienes también otra intimidad. Además he disfrutado, a hurtadillas, de vuestro particular sentido del humor, del de las dos. Yo lo conocía solo como tu humor, ese humor tuyo tan fino y algo triste, cuando de repente resulta que tiene compañera, hasta el punto de que se nota que ha brotado, crecido y se ha refinado con las dos juntas, desde la infancia, desde el tiempo en que volvíais juntas de la guardería, Miriam, la altota, y Ana, la menudita... Y en general, esa caja de resonancia gigantesca que compartís (seguro que ni siquiera eres consciente de ello), como, por ejemplo, la visita a casa de tus padres, esta semana, tu padre tocando el piano y Yojai estallando de repente en un potente llanto, y entonces me he acordado de

que tú te pusiste a sollozar en un concierto de Bronfman, hace años, estando sentada al lado de Ana, y ahora leo que cuando Ana dio a luz a su hijo, Amos le hizo oír con unos auriculares el concierto ese de Rachmaninov y todos se pusieron a llorar, no he entendido muy bien por qué, los médicos, la comadrona y el niño, y también Amos y tú, de manera que el llanto, la risa y la música fluían a una.

Dime, ¿estoy celoso?

(Porque me he puesto a pensar que esta es, en realidad, la primera carta de amor que recibo de ti.)

YAIR

3 de septiembre

Esto es a propósito de Emma Kirby y de lo que dijiste una vez de su voz, que despierta en ti un «revoltijo» de la felicidad y la tristeza más profundas, más plenas, esa «pena feliz» de la que hablaste.

Pues precisamente cuando he oído cómo hablas con Ana, es decir, cuando he podido aislar tu voz escrita, he pensado...

... que a veces, cuando oigo tu voz en palabras, oigo una especie de sollozo que sube por mí abriéndose camino. Se trata de una voz interior desconocida: hasta encontrarte a ti no la conocía.

¿Una pena feliz? No lo sé. A mí me parece que esa voz más bien me descompone. Es una voz poco alegre, como un sollozo, tiene algo de demencial, como el aullido de un perro que oye una flauta y se enloquece. Surge de mí, como en contra de mi voluntad (lo mismo que el ojo se ve atraído por la desgracia), hasta me molesta, me asquea y me lleva a

enfurecerme contra ti, en ocasiones, como cuando le escribiste al niño que fui, por ejemplo.

Añade esto al apartado «afinar instrumentos».

8 de septiembre

No, no sé cómo me encuentro ahora, y me pone muy nervioso ese tono tuyo tan compasivo, preocupado (y caritativo), después de un golpe tan fuerte.

Un poco como cuando cambiaste la decoración de tu casa y borraste de un plumazo todo lo que me habías dado. Aunque, naturalmente, que no se puede ni comparar.

Porque ahora hasta me cuesta escribirte. No te entiendo, Miriam, y en este momento tampoco te quiero entender. ¿Cómo has podido, dime, propinarme semejante golpe bajo, y por sorpresa?

Es la primera vez, desde que empezamos con esto, que siento cierto rechazo hacia ti. No por lo que has contado. Eso simplemente me resulta como una pesadilla. Es posible que no te escriba en unos cuantos días. Necesito un poco de tiempo.

Por favor, tampoco me escribas tú.

9 de septiembre

No puedo sobrellevarlo solo.

Una vez, en el ejército, estaba haciendo la guardia y leía a escondidas, con un miedo de muerte por si me pescaban, *Al faro*. Recuerdo cómo grité, como si me hubiera quemado y contra las más elementales normas de precaución que me había impuesto, cuando llegué a la segunda parte del libro; fue un grito de dolor, no diré que no, pero sobre todo de furia contra

Virginia Woolf que me anunciaba como si nada y entre paréntesis que la maravillosa y queridísima señora Ramsay había muerto de súbito la noche anterior.

Lo que sentí aquel día no es absolutamente nada comparado con lo que he sentido con tu carta en la mano. Suerte que me encontraba solo, en el coche, en el aparcamiento, cuando la he leído.

¿Qué quieres que te diga? ¿Que has vuelto a sorprenderme? ¿Que me he enfurecido contigo porque así no se porta uno, no en asuntos como este? No lo sé. Aunque, por otro lado, a medida que van pasando las horas, me voy dando cuenta de que tú has sido mucho más fiel que yo al acuerdo demencial que hicimos, y que durante todos estos meses me has contado tu sueño, en el que crees, y lo has vivido con intensidad, fervor y entrega, muy por encima de lo que nunca me hubiera imaginado que fuera posible o que nos estuviera permitido. Mucho más de lo que yo osé con todos esos juegos míos del agua de los aspersores.

Pero duele. Duele como una patada en el estómago, y no deja de doler. Porque cada vez que leo ahora la carta que fue cambiada de sobre, digamos que por equivocación...

¿Qué más piensas contarme así, a tu manera?

10 de septiembre

No dejo de pensar en cómo sigues hablando con ella, tanto de cuestiones íntimas como de cosas triviales. Incluso ya en la primera carta que me enviaste la citabas. Y te la has llevado a casi todos tus viajes y excursiones. Lleva diez años muerta y todavía sigues resucitándola día tras día.

¿Cuántos años pasasteis juntas? Es decir, desde que se te acercó en la guardería Lushka y te prometió que seríais amigas para siempre, hasta que su «siempre» se acabó. ¿Veinte? ¿Veinticinco años?

¿Y qué hay del niño? ¿Nació? Él, por lo menos, salió vivo del parto (¿y hay un padre en esa historia?).

La verdad es que no comprendo muy bien mi reacción, la impresión tan fuerte que me ha supuesto. Si ni siquiera la conocí en vida, sino solo a través de tu historia. Cierta sucesión de palabras. Una mujer menuda, divertida y muy aguda, valiente y franca (y con un gigantesco sombrero de paja y labio leporino, una tea ardiente).

Prácticamente cada vez que escribías acerca de ella la comparabas a un pájaro.

Ahora también entiendo lo sola que estás. Sí, a pesar de todos esos amigos tuyos, de ese rebaño de machos que te rodean, y de las amigas del *moshav* y del trabajo. Y de Amos. Porque una amistad como la que mantenías con Ana, esa «gemelidad», puede que solo se consiga una vez en la vida.

Sería bastante estúpido, por mi parte, intentar consolarte ahora. En honor a la verdad creo que soy yo el que necesita de consuelo, porque yo acabo de enterarme ayer. Hacía ya muchos años que no me sentía así. Como si se me hubiera muerto una persona muy cercana. Te estrecho entre mis brazos.

YAIR

10-11 de septiembre

Aunque bien podría ser que no te esté entendiendo. ¿Serás diferente a como yo te imagino? Porque al fin y al cabo solo te veo por entre unas rendijas

para componerme un cuadro que quizá sea imaginario. (¿Qué no es imaginario? Lo que mi cuerpo te está diciendo en este momento.)

Así como la sensación de que todo lo que cuentes acerca de ti, incluso lo que a primera vista me parezca esencialmente contradictorio, hasta lo que me golpee con una crueldad que no te es propia, porque ahora ya sé que a posteriori veré lo cierto y fiel que es a la realidad, y cómo en lo más profundo de tu ser se va ligando hasta convertirse en norma.

¿Soy yo lo mismo para ti? (Me parece que no.)

No te alejes. Ahora te necesito aquí conmigo. Todavía hay mucho de lo que hablar. No hemos hecho más que empezar, de carta en carta me voy dando más cuenta de que esto está en sus comienzos. Creo que aunque habláramos treinta años, siempre me parecería que acabamos de empezar. A propósito, me ha sorprendido que me hayas invitado a acudir los jueves por la noche a Taamón a ver cómo Amos juega al ajedrez. Ni que decir tiene que no pienso ir. Me conformo con tus descripciones. A veces veo por la calle a alguien que se le parece, ni joven ni viejo, ni alto ni bajo, con un poco de barriga y una pequeña barba, el pelo cano, ralo y alborotado bajo un birrete.

Pero nunca puedo estar seguro: o se trata de alguien que no lleva puesta la americana gris con las coderas (¿también en verano?), o no lleva gorra, o no tiene esos ojos inconfundibles, los más azules y puros que hayas visto jamás en un adulto.

Escribes tan bien de él. Con calidez, con ternura y con amor. Aunque también noto cómo una fina tristeza se despliega en tus palabras. ¿Cómo no te cuesta decirme que sin ningún lugar a dudas me pareceríais una pareja un tanto rara y que incluso las personas más próximas a vosotros no siempre entienden qué hacéis juntos? ¿Y que, mira por dónde, a ti te gusta eso de que solo lo sepáis vosotros dos?

Pero cuando sí que he notado la punzada más fuerte en el corazón ha sido cuando me escribiste que hace treinta años se ganaba la vida cantando canciones populares en los bares de Escocia y que esa fue la mejor época de su vida.

Si los años más felices de la vida de Maya no los hubiera pasado conmigo, me sentiría terriblemente fracasado, lo viviría como una auténtica derrota.

Pero mira por dónde, Maya ahora no es feliz. Hace ya unos cuantos meses que está así. Dice que quizá sea por su trabajo, porque ¿cómo se puede ser feliz investigando el sistema inmunológico humano? Pero los dos sabemos que no es solo eso. Está distraída, flota en medio de una burbuja de congoja, y yo no soy capaz de ayudarla, no en estos momentos. No me entiendo. Espérame un poco, Maya.

¿Qué es lo que allí se agita de pronto, mientras...?

Tengo ocho años y voy en el autobús de las siete de la mañana a la escuela. Por la radio están entrevistando a Arthur Rubinstein (hasta entonces yo nunca había oído su nombre) por su cumpleaños. Alguien le pregunta cómo ve su vida, a lo que él responde, «Soy el hombre más feliz que he conocido». Me recuerdo a mí mismo mirando a mi alrededor estupefacto, casi asustado: ¿tienes idea, Miriam, del aspecto que tiene la gente que va al trabajo en el autobús de las siete? ¡Menuda palabra se había atrevido a pronunciar así, sin más, con toda libertad...!

Eso pasó en algún momento próximo al Año Nuevo, que es cuando siempre informan de cuántos habitantes tiene ya Israel, y recuerdo que pensé entusiasmado, entre tres millones tiene que haber a la fuerza por lo menos uno que sea feliz, ¡y ese quiero ser yo! (Una semana después estaba tendido en el suelo del trastero de mis padres con el cinturón alrededor del corazón...)

Ahora he ido a releer *Al faro*, un impulso primario y confuso por mezclar todas las tristezas juntas y puede que por consolarme un poco. Pero no me consuela. Al contrario. Y lo más duro es que no tengo con quién compartir lo que siento. Me he comprado el concierto número 2 de Rachmaninov, y lo escucho una y otra vez. La música me hace mucho bien en estos momentos.

«Si gritaran con todas sus fuerzas la señora Ramsay volvería. “¿Señora Ramsay?”, dijo Lili Briskow en voz alta. “Señora Ramsay.” Las lágrimas le corrían por las mejillas.»

Y.

Un momento más, ¿vale?

Hace años pensé en efectuar una detallada inspección ocular sobre toda mujer que me gustara para determinar así quién sería «la mujer de mi vida». Pensé que nos miraríamos fijamente a los ojos y que nos iríamos acercando, más y más cerca, hasta que nuestro ojos se tocaran, pero tocarse de verdad, no solo las pestañas ni los párpados, sino el ojo mismo, las pupilas y las partes húmedas, hasta que, claro está, enseguida brotaran las lágrimas, porque así es como está hecho el cuerpo humano, aunque nosotros no nos rendiríamos a las leyes de los reflejos ni a la burocracia del cuerpo, de manera que resistiríamos hasta que en medio de las lágrimas y el dolor ascendieran hasta inundarnos los pedazos de las imágenes más empañadas y antiguas de las dos almas. Hasta que viéramos las formas rotas del otro, y eso es lo que deseo ahora, que veamos en el otro la oscuridad, ¿por qué no? ¿Por qué conformarse, Miriam, por qué no pedir más, por una vez en la vida, y llorar con las lágrimas del otro?

14 de septiembre

Hola,

Solo hola.

No está bien que me ponga a escribirte solamente cuando estoy muerto de cansancio (¿quién demonios habrá inventado esta vida?). Y es que tanto ir de un sitio para el otro todo el día, me está empezando a hartar. Y no solo a mí, también a Maya y a casi todos los que conozco. Les pasa, sobre todo, a las personas de nuestra edad. El trabajo, los niños. No hay tiempo para nada. Hasta tú, gran experta en demorarte... Hace un tiempo me apunté tu horario de todos los días de la semana, que incluye el trabajo y las reuniones de por la tarde, los tratamientos de Yojai, las visitas a tu madre, las clases de gimnasia con Alexander, las cenas, las sesiones de fregar platos, y todas las otras cosas que sé. Me sorprendió descubrir el poco tiempo libre del que dispones para ti misma. Literalmente unos pocos momentos contados al día, aunque por lo menos las noches las tienes libres.

Estuve pensando que no te pega toda esa actividad, que es como algo ajeno grabado al fuego sobre tu dulzura (si me permites parafrasear lo que has dicho acerca de mi sentido del humor).

Pero dime de verdad qué es lo que piensa de nosotros ese marciano tuyo que nos observa.

Ahora es ya un poco tarde para empezar a explicar lo que me has pedido que te cuente (¿has oído hablar del sabio chino que dijo: «No tengo tiempo para escribir una carta breve, así que voy a escribir una larga?»), pero por otro lado quizá sea mejor que me encuentre demasiado cansado como para ponerme a contar ahora una historia como esa.

La verdad es que no me gusta recordar mi amistad con él. Cuanto más lo echo de menos, más rechazo siento por la amistad que tuvimos. Ambos éramos dos niños inteligentes, un poco débiles y poco convencionales (esta es la formulación del veredicto en la generación de Ido). Los demás niños se burlaban de nosotros y nos excluían de sus juegos, aunque también nosotros nos autoexcluíamos un poco, y hasta me parece que nos gustaba ser especiales y estar malditos. Nos inventamos, por ejemplo, un idioma particular nuestro de signos hechos con los dedos, éramos muy rápidos y así podíamos hablar en clase, aunque también de eso se nos reían los demás, claro está. ¿Te puedes imaginar la pinta que teníamos él y yo empleando ese lenguaje de los dedos?

A los niños de la clase les habíamos inventado unos motes secretos y componíamos poemas burlescos sobre ellos y sobre los maestros y te puedes figurar que los dos (él también) sabíamos, por propia experiencia y gracias a una excelente educación, el artículo fundamental de la Constitución, que dice que todo hombre tiene algo digno de burla, así que nosotros no hacíamos más que difundir ese conocimiento de la ley...

Así fue como durante años perfeccionamos nuestra imagen de criatura bicéfala con cerebro multilobular, y desarrollamos un estilo de habla dual, arrogante y mordaz, un idioma muy viril, eso sí lo teníamos, y hasta organizábamos concursos públicos de escritura de «poesía simultánea» al estilo de los poetas dadaístas; devorábamos, sin entender nada, a Hegel y a Marx (de los grandes días de «Matspen» en Jerusalén, durante los años sesenta, oíamos hablar con envidia a los mayores; no puedo recordar si tu nombre se encontraba entre los citados). Teníamos buen olfato y cierto estilo, así que nos sentíamos, sin decírnoslo a nosotros mismos, un poco como dos chicos ingleses destinados a estudiar en un internado para

aristócratas pero que finalmente van a parar a una escuela pública de un barrio obrero.

A los quince años habíamos escrito nuestra «Propuesta modesta», a saber, producir electricidad a partir de seres humanos disminuidos, así fue como lo definimos, a partir de impedidos, de tontos, de retrasados mentales, etcétera. (Perdona, ya lo sé. Pero a pesar de todo: yo. Todo.) Un año después escribimos el «Libro de cocina familiar» —que supuso nuestro reconocimiento definitivo en el instituto— una recopilación de recetas judías sencillas de preparar (y baratas, porque sus ingredientes nunca faltaban en las casas). Del menú es un placer para mí sugerir a mis sibaritas amigos la sopa de molleja maternal y morro *à la* papá relleno de bilis...

Me parece importante señalar en este inútil informe que cuanto más fuertes nos íbamos haciendo, más populares éramos también entre las chicas, y eso supuso una refrescante novedad para ambos: a los dieciséis años ya teníamos a nuestro alrededor un círculo pequeño pero entusiasta de admiradoras, a las que obligábamos a leer unos libros mohosos que les llevábamos de la biblioteca del YMCA para después examinarlas y hacerles la vida imposible hasta que alcanzaban el grado de ser merecedoras de nuestro favor. Hubo una época en que cortejábamos a las chicas según un plan preestablecido, siguiendo cada vez un código secreto diferente, como por ejemplo, según las primeras letras de sus nombres, de manera que juntas dieran lugar al nombre de la chica a la que de verdad amábamos, una de las cuales se llamaba Jamutal, por la que ni tan siquiera osábamos masturbarnos de tanto como la amábamos.

Así continuó todo hasta el ejército. Seis años. Seis años de ideas agudas, decía Shai, como afiladas agujas, le contestaba yo enseguida. Teníamos verdadera obsesión por los juegos de palabras y éramos capaces de derribar los cimientos de una persona en menos de cinco minutos con solo irnos

pasando su nombre en nuestro particular juego de ping-pong. (Mientras te escribo reflexiono: si todo hubiera terminado de una manera diferente, si hubiéramos conseguido permanecer juntos también de adultos, después de las locuras de la juventud, de esa temerosa crueldad, qué buen amigo tendría yo hoy.)

De acuerdo, basta de sentimentalismos: fuimos reclutados el mismo día, y aunque por entonces militábamos en las filas del pacifismo y nos manifestábamos en contra de la ocupación y todo eso, cuando llegó la orden de reclutamiento nos sentimos muy felices. Creo que los dos éramos conscientes de que nuestra relación estaba envenenada y el hecho de que el curtido ejército hubiera decidido que le conveníamos, era señal de que a pesar de todo, bajo toda nuestra podredumbre solidificada, nosotros éramos en realidad como todos los demás.

En resumen, que la larga mano del ejército nos separó. Shai se enroló en la infantería, y yo, como no daba la talla, fui a parar a la intendencia. Esa fue la primera vez en años que cada uno de nosotros se las tuvo que ver él solo con personas de su edad y enseguida nos desilusionamos, o mejor dicho nos desilusionaron. Todas nuestras sutilezas y agudezas las enterramos en lo más hondo del petate mientras aprendíamos a hablar otro lenguaje, aunque lo que sobre todo aprendimos fue a callar. Pero he aquí que en una de las gloriosas operaciones de nuestras fuerzas armadas en el Líbano, Shai resultó muy gravemente herido. Su madre me llamó desde el hospital, incluso antes de llamar a los abuelos, y yo le dije que por supuesto, que durante el primer permiso que tuviera iría a verlo.

Después de unas cuantas semanas espantosas de insufribles luchas interiores, y es que no tengo otras palabras para describir por lo que pasé cada uno de los días que transcurrieron sin que fuera a verlo, si ni siquiera salía de permiso a casa por no visitarlo a él, un día ya no fui capaz de

soportar más la situación y me arrastré, como pude y a la fuerza, hasta el hospital de Tel Hashomer.

Estoy de acuerdo en que no se trata de un episodio especialmente brillante de mi biografía.

Recuerdo el largo pasillo, los tiestos de los geranios colgados de las paredes y los muchachos impedidos que volaban con gran pericia en sus sillas de ruedas. Te puedes imaginar cómo me sentí al llegar allí, así que me vas a permitir que abrevie. En el extremo del pasillo algo se alzaba y avanzaba hacia mí, medio cuerpo, flaco, con la cabeza afeitada, con un solo ojo muy abierto y sin ceja. También la boca era espantosa, fuertemente tensada hacia un lado en una especie de eterna sonrisa cadavérica. Se apoyaba en un par de muletas y una de las piernas la tenía amputada por encima de la rodilla.

Me fui acercando con mucha cautela. Nos quedamos uno frente al otro mirándonos a los ojos, al ojo. Pensábamos «Ojo por ojo»; «Te ha salido por un ojo de la cara»; «Mucho ojo con lo que dices», todas esas ocurrencias correteaban entre nosotros envenenadas hasta agonizar a orillas de su párpado vacío. Él se puso a reír, o a llorar, hasta el día de hoy no lo sé, con esa boca, y a mí me asaltó una risa histérica que disfracé de llanto.

No tengo nada que decir en mi defensa, sino que sencillamente no pude superarlo, por una costumbre de años, porque nuestra amistad y complicidad siempre se habían vuelto a encontrar en ese punto preciso, al borde del desprecio.

Querida Miriam, después de la carta del pollino querías abrazarme. Pero ¿cómo vas a hacerlo ahora? Yo a él no lo abracé. No pude mentirle y decirle que era un niño muy guapo. Nos quedamos los dos con las caras vueltas hacia un lado y los hombros temblorosos. Todos los años de nuestra amistad, con los momentos realmente hermosos, con nuestro mudo

conocimiento mutuo y, sobre todo, la sensación de que nuestro encuentro a los doce años habría podido ser también un infrecuente regalo que la maldita suerte ahora nos robaba, todo se borró de golpe.

Esta es la historia.

Ayer pensaba que es una lástima que tú y yo no podamos ser amigos. Simplemente amigos, como la sana amistad que hay entre dos hombres. De veras, ¿por qué no eres un hombre? Eso resolvería muchos problemas: un encuentro cada dos o tres semanas en una cafetería o en un asador. Nos bajamos unas cuantas cervezas, hablamos de polvos, de negocios, de política, los viernes por la tarde un partidito de fútbol en el parque, en Gan Saker, con otros amigos, y los sábados, excursión con las familias. ¡Qué fácil!

Recuerdo que alzó los restos de su cara y miró al techo, con una expresión que ningún idioma tiene palabras para describir. Como si en ese momento aceptara con resignación y como desde una especie de honestidad intelectual la sentencia que los dos le habíamos dictado en los días en que éramos amigos, que si tú estás jodido por algo, está claro que el culpable eres tú. Que si has sido castigado, es porque te lo merecías. En resumen, que todo lo que eres es ni más ni menos el castigo por ser como eres.

Su rostro temblaba ante mí. Ya no tenía facciones con las que expresar lo que sucedía en él. Después se dio la vuelta y nos separamos. Sin tan siquiera despedirnos. Muchos años han pasado desde entonces; sé que ha pasado por muchas operaciones, que se ha recuperado y que tiene un aspecto del todo aceptable. También oí que se casó, que tuvieron un hijo y que están esperando el segundo.

Él fue un niño verdaderamente inteligente y de una amargura fuera de lo común. Apenas hay semana que no piense en él. Pero a pesar de eso, ya lo ves, también a él lo eliminé de mi vida cortando en seco (soy una

combinación perfecta del método de la tierra calcinada y del método del salami, ¿eh?).

Y.

17 de septiembre

Ven a la cocina, ven a mi cocina, que yo ya conozco la tuya; es por la noche y hoy he tenido un día un poco más alegre, por primera vez desde que me contaste lo de Ana. Te quiero tener aquí conmigo por un rato, lo merecemos después de cinco meses y diecisiete días desde que nos conocimos (¡hoy!).

Estoy en nuestro jardín, un metro cuadrado de césped, un aspersor, y un obediente arriate de crisantemos todo alrededor. Según el calendario, una noche de otoño, pero el aire es caliente, denso. ¿Verdad que da la sensación de que el invierno se niega a llegar este año? (Aunque la verdad es que precisamente a mí eso no me importa.) Con la excusa de tenerle que escribir una carta de respuesta a un iracundo cliente al que le he vendido sin darme cuenta una historia equivocada, me encuentro tendido en una tumbona sintiéndote a mi alrededor y por algún motivo tengo la sensación de que hoy no vas a rechazar esta invitación irónica a la intimidad de mi casa, o por lo menos eso espero, porque contigo nunca sé de dónde me va a venir la bronca...

(Como cuando me pusiste: a veces, después de haber escrito algo espantoso, de repente eructas delante de mis narices, un eructo de salami que simplemente me dan ganas de matarte.)

De acuerdo. Merezco el reproche. Por esa costumbre mía de tirar la piedra y esconder la mano, de empeñarme en cubrirme en tu presencia con la capa de la tosquedad... Y también me merezco el lanzallamas que has

dirigido contra mi inocente deseo de que ojalá pudiéramos disfrutar de la amistad de dos muchachos, de dos hombres.

Ey, no te enfades tanto por esas tonterías, si no son más que palabras, y no es verdad que intente constantemente prescindir del «hecho de que eres una mujer» en nuestra relación. Dios me libre de que te conviertas en un eunuco (!) con el fin de «complacerme en ese deseo». Ven, dejemos de pelearnos, me gusta decirte ven, porque al instante siento que una suave y cálida ola me embiste el corazón. Sabes, ya soy capaz de pensar en ti en todas las habitaciones de la casa. No solo en la ducha. Es como si durante las últimas semanas hubiera encontrado el lugar adecuado para ti sin invadir ningún otro territorio. Y tú ¿dónde piensas en mí?

Mira. Es esa primera hora de la noche en la que nuestra cocina es un alboroto: Ido está sentado en su trono y tiene delante los tesoros de Alí-Babá y de Alí-Mamá, yogures, petit suisse, queso blanco, natillas, espaguetis y manzana partida, con canela espolvoreada, claro está, igual que tú se la pones a Yojai (¡gracias por la idea!). Maya está junto a los fogones, guisando algo o flameando unas alitas de pollo para mañana, ¡qué bonita es nuestra cocina en un momento así!, eso es lo que siempre pienso para mis adentros o a media voz, para que Maya no lo oiga, porque se burla un poco de mi sentimentalismo, aunque tengo que decirlo, porque en ese momento tampoco estoy ahí, eso ya lo sabes, tú misma lo has dicho, siempre, siempre estás también fuera de la casa con las manos posadas en el alféizar de la vida.

Miro hacia dentro y siento una nostalgia adelantada por lo que un día, con toda seguridad, se nos derrumbará y será destruido convirtiéndose en añicos, que es en lo que todo acaba convirtiéndose siempre, y sobre todo por mi culpa, maldita sea mi estampa (he leído que en chino antiguo la

palabra «familia» se escribía así: dibujando una casa y en su interior un cerdo).

Pero hoy todo se encuentra sumido en la bondad. Echa un vistazo y verás la alegría desbordada de la mesa rebosante de la maravillosa suciedad de la vida, las cortezas que corto del pan de Ido, las manchas de huevo en sus labios y mejillas (y por todo el suelo a su alrededor), las huellas del cacao en el mantel, los huesos de aceituna y el cesto de las frutas grandes y hermosas, llenas de deseos tropicales en esta casa nuestra de una urbanización planificada. Y nuestros tenedores y cucharas, los cuchillos, la taza del asa rota, la rajada, la taza de «la mejor madre del mundo» y la de «la mejor amiga del mundo», y la feísima taza amarilla que nos regalaron por la boda en un juego de doce del que solo queda esa que se niega a romperse, y es que tenemos un trato según el cual podemos romper justamente esa taza en caso de discusión fuerte, y sin embargo sigue salvándose desde hace ya más de tres años, incluso a esta última etapa de nuestras vidas está sobreviviendo sin que yo sepa muy bien lo que eso pueda querer decir.

También está el estante de las especias de colores y el cofre del pan, un poco entreabierto como la boca de un abuelo soñador que ojalá me vaya pareciendo a él cuanto antes, ¡ahora ya! Y las notas, los recortes de periódico que pego en la nevera para Maya, instrucciones de cómo hacer el boca a boca, reportajes de niños pequeños que se han tragado algún objeto, como la pieza de un juguete, y estadísticas actualizadas de accidentes que ocurren tanto en casa como fuera de ella y que son fruto de las prisas exageradas, por comer exageradamente deprisa o fruto de cualquier otra exageración. Maya, de repente, me sonríe, con esa cara tan sencilla y tan hermosa que tiene para mí, ese amado cuerpo tan hogareño, que amo mucho más que el mío propio, su cuerpo de carnes prietas enfundado en el

chándal azul, gemelo de mi propio chándal azul, un regalo de aniversario de boda que nos hicieron sus padres hace años, esos padres suyos que me aman como a un hijo, tanto que si un día nos divorciáramos, Dios no lo quiera, fingiríamos seguir juntos solo por no romperles el corazón; me pasa la olla a presión y la sopera grande, deja en el mármol la fiambarrera naranja con los restos del arroz de ayer y vierte con pericia la sopa de antes de ayer en la sopera después de haberla vaciado del guiso de col y haber echado este en la taza algo rajada, y lo que había en la algo rajada, supongamos que eran restos de gulash, lo vierte en el pequeño *fa-tutti* que compramos durante el viaje de novios por Italia; recuerdo que una vez hicimos sopa en él a orillas del Amo (¡no lo confundas con el que compramos en el viaje que hicimos por Francia!), y mientras que las cazuelas se tranquilizan después de tantos trasvases y trajines, ordenamos juntos la nevera de modo que los productos lácteos frescos queden más atrás, y me inclino sobre ella mientras ella se dobla para caber en el hueco que dejan mis brazos, nuestro baile de cocina que no hay que confundir con la danza del pollino, y es que durante todos estos años juntos hemos acabado por entremezclarnos hasta el punto de que a veces me siento como si hubiéramos pasado juntos un cambio de sexo compartido hacia un tercer sexo, una especie de boda por medio de la cual los cuerpos han llegado a fundirse por completo el uno en el otro hasta convertirse en el punto de partida del deseo y no en su satisfacción, aunque seamos una sola carne, cosa realmente terrible.

No tienes ni idea de la alegría que sentí cuando le enseñamos a Ido a atarse los cordones de los zapatos y descubrimos que cada uno de nosotros hace la lazada de una manera diferente.

A propósito, gracias por la propuesta con respecto a Shai, pero ese es un asunto que doy por perdido. Es verdad que tanto él como yo hemos madurado mucho desde entonces, pero no va a funcionar porque (aunque te

ponga nerviosa oírlo, ahí va) los dos sabemos, con nuestra imperfecta lógica interna, que aquella despedida arbitraria y superflua, fue también una especie de castigo que los dos nos merecíamos y que ahora mantenemos la continuidad de nuestra relación de un modo muy particular. No existe nadie que pueda comprenderme en esto mejor que Shai.

¿Volvemos a la cocina?

Ahora, después de haber sacado la taza rajada y haber metido el pequeño *fa-tutti*, ha quedado mucho más sitio, y Maya saca del congelador una fiambarrera con una etiqueta que dice «hojaldres rellenos de patata» junto a la fecha de congelación y la coloca en el estante medio de la nevera, que está prácticamente vacío porque se mueve, aunque yo lo haya arreglado, y por eso no se puede colocar en él nada que pese, eso es lo que Maya le dirá un día a su segundo marido, ese que va tomando forma a cada momento, un brillante técnico de neveras. Descansamos un poco de nuestra frenética actividad y nos sentimos invadidos por una sensación de satisfacción tranquila e intensa; me cuesta describir con palabras lo intensa y profunda que es esta satisfacción que siento en todo mi ser, que se extiende hasta las mismísimas terminaciones nerviosas de Maya y mías y que parecen doblarse y retorcerse por el calor interior que nos fluye a ambos a la vez, hasta el extremo de que podría decirse que parecen las pinzas de unos escorpiones en pleno baile de cortejo, y los dos nos hinchamos de felicidad latiéndonos el corazón en medio de un orgullo idiota por nuestra humilde pericia que perfeccionamos todos los días para alcanzar la perfección más absoluta, la mismísima esencia de la unión. Esta es la situación, Miriam, y ahora lo veo claro al escribirlo, que las relaciones entre Maya y yo están muy establecidas y son tan rutinarias, que sencillamente resulta imposible que pueda penetrarlas un agente nuevo y grande (como, por ejemplo, yo).

Es así, ¿no? Dos personas, en las penas y en las alegrías. Amándose

atrapados en el frasco del matrimonio en el que cada bocanada de aire que yo cojo se la quito a ella, contabilidad mezquina e involuntaria con la persona a la que uno más ama del mundo. Porque al final todo acaba convertido en un estado de cuentas, en algo parecido a un balance. Créeme (aunque te niegues a ello), que no se trata solamente de quién gana cuánto, quién trabaja más, en casa y fuera, y quién toma más veces la iniciativa en la cama. Sino que también, en algún momento, cuentan los genes que cada uno ha aportado a la caja familiar: a quién se parece más el niño y quién de los dos envejece más pronto siendo dejado atrás.

Incluso quién pone fin antes al beso.

Así que bésame ahora (¡ahora!) y reclina tu cabeza sobre mi hombro. Hay un punto con el que sueño besarte, fuera del lunar secreto: en el hueco entre la clavícula y el hombro, junto al cuello. Quiero sentir el calor, esa piel suave como el terciopelo y la arteria que ahí palpita. El silencioso y continuo latido de la vida que fluye en ti. Ven, ponte al abrigo de mi ala, no digas nada, pero reconoce que también así podría pintarse el matrimonio: dos personas que se miran, uno frente al otro, en un ritual inacabable y espantosamente lento, el ritual de llevar al patíbulo a un ser muy querido.

Mira, me llaman a cenar. Los huevos fritos ya están. A propósito, has escrito algo que verdaderamente me ha conmovido, que no tienes a nadie en el mundo fuera de Amos, que es con él con quien te gustaría compartir lo que ahora sientes gracias a tu relación conmigo (¡!).

Lo siento: no te creo. Suena bonito. Pero es imposible.

No solo bonito sino que suena maravilloso en tu boca, redondo, generoso, envidiable: ... porque estoy segura de que Amos entendería a la perfección lo que cada vez me vuelve a emocionar y es que un hombre desconocido haya visto en mí algo que le haya llegado tanto que ha venido a depositar el alma en la palma de mi mano...

No es que yo no sea capaz de imaginarme eso. Qué felicidad supondría si de verdad viviéramos en un mundo corregido con respecto a este, en el que pudiera decirle a Maya, un momento May, que termino de escribirle una cosa a Miriam, y ella me preguntara, ¿Miriam? ¿Quién es Miriam? Y yo pudiera terminar de escribirte tranquilamente para después entrar en casa, sentarme a degustar el huevo frito y decir, Miriam es la mujer con la que hace casi medio año que me carteo y que me hace feliz. Entonces Maya me sonreiría, contenta de que yo finalmente diera alguna muestra de felicidad (destruyendo así años de prestigio), y con el cucharón grande removería la ensalada pidiéndome que le contara más cosas, qué clase de felicidad sentía y en qué se diferenciaba de la felicidad que ella me daba. Yo me quedaría un momento pensativo para finalmente decirle que cuando te escribo noto que algo en mí cobra vida, que resucito, ¿lo entiendes, Maya?, incluso cuando a veces le escribo cosas que me llevan a aborrecerme a mí mismo, porque ahora vivo a través de ella algo que solamente ella ha conseguido dar vida en mí y que si no fuera por ella, sencillamente estaría muerto. Y tú no querías que nada muriera en mí, ¿verdad, May? Eso es lo que le diría mientras cortara unas finas lonchas de queso para enrollarlas en unos trozos de tomate, y como Maya me pediría que le contara más cosas, yo le hablaría, por ejemplo, de que coleccionas teteras, que todos los amigos te traen teteras de todo el mundo, pero que las tienes todas envueltas y guardadas en el trastero. Entonces Maya se pondría a pensar si no tendríamos nosotros alguna tetera especial para darte, y yo seguiría contándole cosas mientras los ojos de Maya resplandecerían hacia mí amorosos e inocentes como al principio, y apoyaría la mejilla en la palma de la mano como una niña que estuviera escuchando un cuento fantástico y yo seguiría diciéndole...

(Pero ella, a su vez, me contaría algo nuevo sobre sí misma, algo que yo no sabía.)

20 de septiembre

Ay, Miriam...

Lo que tú me has dado.

¿Por dónde empezar? Tantos sentimientos luchando por la primacía... Cuando era pequeño juré una vez leer todos los libros que nadie leía de la biblioteca de la escuela, y bien es verdad que durante un año me limité a leer los libros cuyas fichas de lectura estaban vacías (y así es como llegaron hasta mí algunos tesoros ocultos). Me propuse también entrenarme para soñar a la carta, de manera que pudiera recibir peticiones y encargos de personas para encontrarme en sueños con sus seres queridos muertos. Y quise amaestrar a un perro para que acompañara cada noche a algún hombre solitario que quisiera pasear por la calle y no encontrara la excusa para hacerlo. No te puedes hacer idea del tiempo que empleo en todas estas tonterías hasta el día de hoy. Te las cuento porque lo que inventaste para mí, el mucho bien que me hiciste por la calle aquella noche, cuando ibas con tu madre, en un infrecuente gesto de piedad hacia ella, repentinamente, entregándote a mí a raudales, me devolvió ese deseo olvidado de hacer el bien, de dar sin hacer cuentas, de repartir monedas de oro desde mi carroza, pero que las monedas estuvieran hechas de mí mismo, carne y hueso de mi persona, nada de sucedáneos, ¿verdad? Sentir el alma desbordándose a borbotones y dejarme llevar entregándolo todo, como cuando se da el pecho, vencer el principio de frialdad y de avaricia del espíritu y todo lo que

hemos dado en llamar Kremlin; fue entonces cuando, de repente, descubrí hasta qué punto nuestra relación me empuja a ser bondadoso, a darte solo cosas buenas y aunque en ocasiones pueda parecerte grosero, tienes que recordar que es porque de algún modo esa actitud pertenece a la misma y extraña voluntad que me abrasa la garganta por ser bueno contigo, o simplemente por ser bueno, o por limpiar el limo y el rencor acumulados en las acequias, venvenvenven.

21 de septiembre

Pero ¿y si yo no fuera digno de un regalo tan generoso?

¿Y si hubiera mentido?

Lo de aquellas dos mujeres, con lo que dijeron o no dijeron en aquella calle, palabra que es verdad. Pero ¿y si no hubiera sido del cine de donde yo volvía ni de pasar la tarde con Shai? Es decir, en casa dije que iba a salir con Shai, siempre nada más que con Shai, al que mi padre detestaba, a la vez que temía por esa mirada irónica que tenía y al que llamaba «pajarito» y a veces también «fluorescente» (porque la cara de Shai era de una palidez mortal), e imitaba su forma de hablar y el gesto con el que se apartaba los rizos de la frente. Shai, Shai, (tú ya lo conoces, pero me resulta agradable escribir su nombre después de tantos años).

También tienes que saber que por aquella época yo ya salía con chicas, aunque en casa, claro está, no lo contaba. ¿Y por qué no? Pues porque no. Puede que porque me daba cuenta de que por la intimidad debe uno luchar con todas sus fuerzas, o porque empecé a notar en ellos un temor fino como una gasa con respecto a mí y a lo que yo era *exactamente*. Nada demasiado explícito, pero ya se cernía sobre mí una especie de nerviosismo, ciertas dudas que les helaban el corazón. Puede que tú también lo conozcas, eso de

que cada vez que pronuncias una frase empiecen a revisarla a la luz en busca de huellas, ¿de qué? Cualquiera sabe, o por lo menos yo entonces no lo sabía o no quería decirme a mí mismo las cosas claras. Si hasta yo mismo sospechaba de mí (y quién no, a esa edad), pero al mismo tiempo empecé a darme cuenta también del placer que me producía atemorizarlos y dejarles por todas partes pistas falsas o derrumbarles su mundo con alguna turbia alusión a, por ejemplo, un amigo mayor y misterioso que había conocido en la biblioteca municipal y con el que mantenía largas discusiones sobre arte, o dejar caer, como quien no quiere la cosa, que Shai y yo habíamos decidido que después del ejército alquilaríamos juntos un piso en Tel Aviv... Entonces la señora-guantes-de-goma le lanzaba una mirada medieval al señor-cinturón-marrón para después ponerse a gruñir que Shai ya estaba hecho un tiarrón, así que cómo era posible que todavía no tuviera novia, y que por qué no podía yo por una vez en la vida echarme un amigo un poco normal en lugar de pasarme el día pegado al culo de ese tal Shai, eso es lo que decía, para después callarse horrorizada. Yo le contestaba entonces, con fingida inocencia infantil, que las chicas no me interesaban en absoluto, ni a él tampoco, y que lo que queríamos ahora era sobre todo dejar los estudios del instituto y salir a viajar por el extranjero con un grupo de teatro amateur. Tendrías que haber oído estas palabras con sus oídos, porque nunca, pero lo que se dice jamás, les descubrí que hacía ya tiempo que salía con chicas, con verdaderas hembras y de lo más normales... La verdad es que de las chicas me había empezado a ocupar siendo todavía un niño, un auténtico Lolito es lo que yo fui. Me recuerdo con doce años acercándome a una chica, a cualquier chica, porque no era nada selectivo, y con una aparente seguridad en mí mismo invitarla, es decir, ordenarle, temblando visiblemente, salir conmigo al cine; después de la película conseguía mediante un sinfín de carantoñas, súplicas y humillándome hasta extremos

impensables, que nos magreáramos un poco, nada más que porque sí, porque me venía en gana, porque tenía que hacerlo, ya que formaba parte de una especie de transacción en la que ella apenas tomaba parte porque se limitaba a ser moneda de cambio o simple pagaré.

Yo estaba asombrado de la cantidad de chicas que estaban dispuestas a ser carne de cañón tierna del tirano asustadizo que yo era. No tengo explicación para ello, porque puedes muy bien imaginarte cómo era y el aspecto que tenía, a pesar de lo cual siempre aparecía esta o aquella chica que aceptaba participar en mi representación teatral interior, quizá por razones estadísticas o por entrenarse conmigo antes de encontrar lo que verdaderamente buscaba, no lo sé. A veces me sigue sorprendiendo todo eso, hasta el mismo día de hoy: ¿Será que sentían algo que las atraía por su mismo desconocimiento? Pero ¿por qué vuelve a entristecerme recordarlo? Si ya han pasado muchos años y el niño aquel creció y se salvó, pero sigue entristeciéndome pensar que se trataba quizá del oscuro secreto de mi poder de atracción, de mi magia negra (porque ¿quién podría resistir la tentación de asomarse al infierno de otro?).

Aquella tarde sí estuve en el cine, pero no con Shai, sino con una chica de la que no recuerdo el nombre. Después de despedirme de ella me fui a casa, pero en lugar de bajar por la calle Yaffa y coger un autobús hasta nuestro barrio, acorté por la calle Bahari, cruzando por delante de los puestos cerrados de los vendedores de pipas y por delante de las putas.

Miriam, Miriam, vamos a ver si soy capaz de abrir esta caja: tendría apenas doce años y todavía no había ido mucho más allá de cuatro caricias fugaces y unos cuantos besos robados a unos labios que siempre se sellaban ante mí. En la mano llevaba cincuenta liras enrolladas que se me pegaban por el sudor frío que me cubría, cincuenta liras que había robado con mucha entrega de la cartera sagrada a lo largo de varios meses, porque durante

mucho tiempo y con la mayor sangre fría había estado planeando hacerlo: sentado en clase mientras estudiaba la lengua del Talmud, me veía haciéndolo; participaba de la cena del sábado en familia, y solo veía eso...

¿Una pausa?

Me has emocionado tanto con tu historia. Hasta con los detalles verdaderos, la pesadilla de esa semana de vacaciones en Jerusalén (¿cuántos años tenías? ¿Quince? ¿Dieciséis?), y también con ese encuentro imaginario que has inventado para mí al final. Esas pequeñas cosas que has contado, que te avergonzaste de tus enormes zapatos que descansaban junto a los diminutos de ella en la habitación de la pensión, y cómo intentaste alejar los dos pares mientras ella se afanaba por acercarlos. Pienso en todo lo nuevo que desbordante florecía en ti en aquella época, que finalmente salía a la luz, y que también a ella, de eso estoy seguro, le parecía una «prueba» añadida de tu verdadero carácter libertino...

Mas que nada, bueno, lo que te susurró la noche antes de que regresarais a casa. Esa frase no deja de inquietarme machaconamente, con su derrotada música interna (como el verso de una elegía), cuando papá nos pregunte, diremos que todo ha ido muy bien, cuando papá nos pregunte, diremos que todo ha ido muy bien...

Ahora puedo entender algo que nunca antes había considerado desde ese punto de vista: qué desgraciados fueron mis padres por mi culpa, quizá no menos que yo. Nunca tuve en cuenta la impotencia que los dominaba y lo humillados que se sentían por mi culpa. ¿Cómo lo dices tú? Que criar a tu propio huérfano es terrible.

Miriam, una vez me escribiste que jugabas a un pequeño juego conmigo que consiste en que cada día sacas por sorteo una carta mía de la bolsa

donde las guardas, y la lees para descubrir qué es lo que ha cambiado en mí y en ti desde la vez anterior que la leíste.

Así que la continuación te la quiero enviar en una carta aparte, ¿te importa?

Y.

21 de septiembre

¿Sigues ahí?

No sé de dónde saqué el valor. Todo el cuerpo me temblaba, y eso que el mismo hecho de atreverme, el mismo coraje, fue ya una traición. Cómo es posible que un niño se atreva a liberarse de la fuerza de la gravedad de la familia y llegue tan lejos. Pero quizá la traición mayor fue que un chiquillo de doce años se levantara un buen día y se permitiera tener un sentimiento tan fuerte, deseo sexual, concupiscencia, así es como se llama, el deseo que se había apoderado de él, el fuego del deseo, ¡hermanos, un incendio en el gueto!

Pero qué deseo ni qué nada, ¿quién ha podido sentir deseo en esos momentos? Puede que el único deseo que yo conozca sea el de la culpabilidad que siempre anda buscando un pecado libre con el que fornicar. Te juro que debería publicar un libro entero acerca de las posturas de esa pareja, todas las variaciones posibles, la natural continuación del libro de cocina familiar, ¿dónde estás, Shai?

Allí estábamos hombres jóvenes y viejos, que a mis ojos parecían los personajes de una película policiaca, esos que recortaban de un cartón gigante y colocaban en el tejado del cine Orguil. Pasé entre ellos con los ojos bajos y el terror solemne y petrificado de los condenados a muerte.

Pensé que seguro que ninguno de ellos era asquenazí y que aquella sería mi tumba. Alguien me dio un capón desde atrás y riéndose me dijo que se chivaría a mi escuela rabínica de Mea Shearim. Fíjate, Miriam, que se trata del niño que tú querías amar con la mirada y a quien te hubiera gustado llamar guapo... Al final del callejón había un gran patio trasero. Muchos hombres entraban y salían apresuradamente, las cabezas gachas. En la clase fantaseábamos entre susurros ahogados sobre lo que allí pasaba. Eli ben Zikri era el único que una vez se había atrevido a pasar corriendo por allí, a lo largo de todo el callejón, y lo teníamos por un verdadero héroe. Entré. Olía a orín y a cloaca, y con cada bocanada de aire que tomaba, notaba cómo me iba contaminando. Un chico, no mucho mayor que yo, me empujó contra una de las paredes junto a la que había una mujer robusta y rectangular, con una minifalda negra y brillante, de piel, por lo visto. Me acuerdo de aquel destello, de sus muslos al descubierto y muy gruesos, pero no de su cara, porque no me atrevía a mirarla, imagina, hasta el final del asunto no me atreví a levantar la cabeza ni una sola vez para mirarla.

Le pregunté cuánto, ella me dijo, treinta, y yo, paralizado como estaba, le tendí todos los billetes que llevaba enrollados en la mano, y vi a mi padre estremecerse por lo mal negociante que soy. Miriam, estás en tu derecho de saltarte el párrafo siguiente aunque yo tenga que contártelo. Quiero purificarme. Alrededor había unos edificios altos, unas paredes cubiertas de unas gigantescas manchas de alquitrán en forma de lenguas largas, y en el oscuro patio, propiamente dicho, recuerdo montones de viejos andamios de madera, desechos de alambradas, aquí y allá el resplandor rojizo de los cigarrillos, y desde todos los rincones llegaban susurros, jadeos y las voces indiferentes de las putas que charlaban unas con otras en plena faena. Recuerdo cómo aquella tiró con un gesto grosero hacia arriba de la falda, y yo, que por aquel tiempo tenía mi récord en que había aprendido a

desabrochar un sostén con una sola mano, el sostén de mi hermana Aviva que tensaba para entrenarme en la vieja butaca, vi, de repente, ante mis ojos la cosa propiamente dicha. Empecé a encontrarme mal y a tener frío, sentí que se me encogía el alma, que la perdía para siempre, y pensé, mira cómo te ves, lo bajo que has caído.

(No, yo era un niño mucho más dramático. Recuerdo que me dije, con estas mismas palabras: ahora realmente te encuentras fuera de la sociedad humana...)

Ella me preguntó por qué no me bajaba los pantalones y al instante alargó su mano de legionario hacia mi pequeño pene que intentaba huir entre grandes gritos hacia el espesor del calzoncillo. Ella tiró de él y lo meneó con fuerza, lo frotó, lo agitó y lo fue hinchando con su mano desagradable y dura, y yo salí con tristeza de mi cuerpo y me observé desde arriba, mientras pensaba, ya nunca más podrás tener arreglo.

Espera, un cigarrillo. Tengo que tomar aire. Mira la que armo por ir de putas. Nada más que cincuenta liras. Cualquiera diría. ¿Dónde estábamos?

Estábamos en que ella, es decir aquella, empezó a enfadarse y me preguntó a través del chicle que cuánto tiempo creía que me iba a estar esperando, y entonces, ¿me estás escuchando?, el niño que yo era, esa mosquita muerta, le pidió con voz temblorosa si la podía besar una vez, ahí, en el pecho... Sáttatelo, Miriam, pásalo, porque esto es un poco guarro. ¿Por qué, en realidad, te hago partícipe de todo esto? ¿Por qué tengo que contaminarte? «él quería pecar con una criatura humana como él, imponerle pecar con él y deleitarse con ella en el pecado», pero yo no tenía la suerte del joven Stephen Dedalus. Cómo lo envidiaba cuando leí: «Los labios de ella se apretaron contra el cerebro de él como se apretaban contra sus

labios». La mía soltó una especie de ronquido asqueado y se bajó un poco el sujetador.

No vi nada, noté carne caliente y sudada que se me pegaba a la cara, mi lengua buscaba a tientas, y recuerdo el estupor que sentí al encontrar un pezón grande y blando al cual me aferré de pronto con todo mi ser. Una corriente de amor cálido me inundó, porque en aquella cortesana había encontrado algo que merecía amor, que era todo amor y pureza, así que no pude evitar disfrutarlo enseguida y con todo mi ser...

Sí, la verdad es que resulta bastante cómico que me pusiera a mamarla con unos jadeos y unos suspiros de agradecimiento por la maravillosa manera en cómo llenaba mi boca, tanto, que incluso en este momento recuerdo su contacto, y cómo casi medio desmayado aquel pezón se me apareció como una mujer menuda, rellena y redondita que no guardaba ninguna relación con la puta, simplemente una señora pequeñísima, tierna, mayor y sólida que quizá fuera también puta pero solamente para iniciar a los chicos como yo en los secretos del amor de una manera agradable y casera, y recuerdo también la conmoción que sentí cuando de repente la amable matrona se endureció y se me expandió en la boca como un pedazo de goma áspero, como un pequeño centinela recauchutado y macizo por todos lados (te permito que te rías de mí), y el asco, y la desesperación más absoluta ante todo, porque si eso, embotado, se estaba endureciendo ajeno a mí, ¿en qué otra cosa podía creerse ya?... Después todo fueron bofetadas y puñetazos que me caían desde arriba y nunca olvidaré el grito de sorpresa y de dolor de ella, que retumbó por todo aquel mundo cerrado y pestilente: ¿Habéis visto a este pequeño maníaco? ¿Te has creído que soy tu madre, o qué?

Cuando salí del callejón, nadie podía adivinar por lo que había pasado. Si me hubieran conectado un polígrafo, este hubiera apuntado: «Ni-ño-bue-no-

de-ma-má». Era como si alguien hubiera blandido un finísimo bisturí y me hubiera extirpado la suciedad de aquellos momentos y también la cruel patada que alguien me propinó, seguramente el chulo de la mujer esa, para después agarrarme por los hombros y literalmente echarme de allí, momento al que siguieron todo tipo de risitas desde los más recónditos rincones de aquel oscuro patio, de donde salí huyendo, cojeando, dando traspiés y convertido en una mancha. Pasados cinco minutos, sin embargo, ya me encontraba sentado en el autobús de camino para casa, arropado por las luces de la ciudad y rodeado de personas que ni se imaginaban lo que había sucedido tan cerca de ellas, ni lo que me pesaba el alto precio que acababa de pagar allí. Me revestí, pues, de mi apariencia cotidiana, para volver a ser yo hasta un extremo exagerado y ridículo, inventé para mí mismo la historia que todos conocen, y por supuesto que no olvidé de desorbitar los ojos que ahora parecían miopes y desamparados, para que las demás personas los miraran, se burlaran de mí disimuladamente y devolvieran así a la normalidad el habitual estado de la cuestión entre ellas y yo. Me convertí en el niño que hace una semana volvió a asomar en mí cuando me afeité la barba, qué horror, y la verdad es que me la afeité por reencontrarme con él, por las tontas añoranzas hacia él que tú despiertas repentinamente en mí, y casi me muero de humillación al ver esa carita debilucha que ha vuelto a mí desde allí. De todas maneras me voy a obligar a serte fiel, a ti, no a mí: a ti, y prometo no volverla a ocultar con una capa de epidermis peluda.

Cuando llegué a mi barrio ya me encontraba completamente sumergido, sin reserva alguna, en las cosas hermosas y reconciliadoras que se me iban ocurriendo. Me acuerdo, por ejemplo, que me puse a pensar en que un día sería marino, que navegaría a lugares remotos, celestes, verdes e iluminados, que solo vería hermosos paisajes y no habría nadie a mi

alrededor, tan solo enormes y puras extensiones de mar. Mientras me sumergía en estas visiones, pasaron por mi lado dos mujeres, una joven y la otra mayor, y dijeron lo que dijeron, de lo cual nunca estuve seguro de que lo dijeran, porque puede que se limitaran a soltar un «Qué niño más guarro», no lo sé.

Esas dos mujeres no eran ni tú ni tu madre, Miriam. Gracias por el enorme esfuerzo que has hecho. Gracias por haberte sacrificado por mí reviviendo aquella terrible semana con ella, tú sola, sin tu padre que te defendiera interponiéndose. Sé muy bien lo duro que ha sido para ti volver allí. He estado contigo durante las interminables noches en la cama doble de la pensión, mientras tú llorabas en un lado y ella permanecía callada al otro, sin ni siquiera ser capaz de tenderte la mano y acariciarte.

Aunque no me lo hayas dicho, sé que la última noche me llevaste hacia el único momento, quizá, de todos aquellos años, en el que de verdad los cielos se te abrieron. Vuelvo a pasarme de cómo pudiste ser tan generosa, inteligente y grande a tan tierna edad. Cómo comprendiste exactamente lo desgraciada y humillada que se sentía por lo que te había pedido, cuando papá pregunte... y las fuerzas que necesitaste para alargar la mano hacia ella a través de la montañas de oscuridad y decirle, ven, mamá.

No dejo de pasarme esa película por delante de los ojos. Tú y ella en la calle vacía, por la noche, del brazo (solo ahora lo entiendo, aquella mano, el embarazo, la parálisis, su mano derecha...), asustadas por esa repentina proximidad, nerviosas y mudas, muy juntas, con un sentimiento de rechazo y el cuerpo completamente temblando.

Lo que más me ha llegado al corazón es que en medio de esa tormenta de sentimientos que te sacudía mientras lo escribías, te acordaras de lo importante que es para mí que la joven, la «moderna», me dijera (lo que puede que ni siquiera dijera).

Pero no. Tú me habrías echado una mirada y habrías sabido exactamente de dónde venía yo en aquel momento y lo perdido que ya me sentía. Solo quiero que me expliques, porque yo no lo entiendo en absoluto, cómo es posible que yo fuera un niño así.

Ahora me siento completamente embotado por dentro.

Y.

22 de septiembre

¿Por casualidad has visto la tele esta noche?

Han echado un programa que me ha parecido como dedicado a ti, de esos que te gusta ver. También me ha recordado las «enormes y puras extensiones de mar». Han mostrado a una tribu que vive en una isla en el océano Pacífico, y que tiene un idioma en el que los sustantivos no se clasifican en masculino y femenino, sino en «cosas que vienen del aire» y «cosas que vienen del mar».

(He pensado en otra isla con «cosas que vengan de Yair» y «cosas que vengan de Miriam».)

24 de septiembre

En cuanto mueves un poco el calidoscopio, toda la imagen cambia por completo, pero ¿qué fuerza hace falta tener para darle esa pequeña vuelta!

Tu carta ha llegado en un día difícil y enervante. Por un lado las espantosas y desesperantes noticias y por otro una especie de mal humor interior, hasta el punto de que todo el que ha pasado por mi lado en la calle me producía la sensación de un arañazo. A mitad de la jornada lo he dejado

todo, he corrido a la estafeta de Correos, rezando para encontrar allí un sobre blanco de los tuyos y, de repente, ¿cómo fue lo que dijiste cuando me contaste lo de tu enamoramiento por Amos, «mi sol es curativo»?

Así que ahora resulta que no fuiste tú la que me salvaste allí en la calle por la noche, sino que es al revés, ¿que yo te salvé a ti? ¿De qué? ¿Qué podía ofrecerte yo entonces, en mi lamentable situación...?

¿Cómo lo haces, cómo sabes hacer tanto bien con unos gestos tan suaves, con palabras casi imperceptibles? Voy leyendo, y una y otra vez noto como una ola interna que me embiste hasta casi romperme. Parece ser que he olvidado prácticamente por completo, porque ni en mi intimidad me he permitido recordarlo, que la fuerza del deseo y de la pasión, esa fuerza de perversión que me llevó incluso hasta una prostituta, no es una fuerza inmoral ni vergonzante, sino que puede ser también algo grande, tienes razón, una fuerza creativa, ardiente y hasta fuente de vida...

Te has dignado a bajar a mi particular fosa de José y la has hecho girar como un calidoscopio con tan solo diez frases, no más. Tu pequeño oprobio aletea ahora en la palma de mi mano y tú me cierras los cinco dedos mientras dices: guárdalo, y de repente eres tú y no yo, la que fuiste débil allí en la calle, la que se traicionó a sí misma, tú la que aceptaste no querer saber que el hermoso Alexander llegaría a Israel justo esa semana y les permitiste alejarte a toda prisa de la ciudad sobornándote con una semana de vacaciones en Jerusalén...

La verdad es que me imagino que de todos modos la tentación era grande, estar por primera vez en tu vida en un hotel de verdad y también por primera vez en tu vida de vacaciones con tu madre, sola con ella, y todo lo que esperabas que finalmente os sucediera allí. Puede que, como de costumbre, seas demasiado severa contigo misma (¿qué podía, en realidad, haber pasado entre él y tú?), pero lo que has escrito sobre el asco que poco a

poco se fue apoderando de ti cuando te permitiste comprender a qué precio habías vendido tu deseo y con las ansias que cerraste el trato, me ha dado que pensar que es posible que ahora podamos considerar seriamente la posibilidad de hacer realidad la «propuesta de amistad» entre la chica que tú fuiste y el chico que yo fui.

Tanto, que si tuviera que escoger solo un momento de todas tus cartas, me quedaría con lo que has escrito ahí abajo haciendo un dibujo con tus palabras. La manera como nos cruzamos por la calle como dos hermanos, transportados en dos convoyes distintos de prisioneros, y cómo aspiraste y succionaste mi fuerza hacia ti desde la distancia que nos separaba, la fuerza de amar, como avituallamiento para el camino, para toda tu vida futura, y gracias a la cual te parecí un niño tan guapo.

YAIR

No te asustes por la mancha (no es muy agradable, que digamos, pero en ocasiones la felicidad puede brotar del cuerpo en forma de un repentino surtidor de sangre de la nariz).

25 de septiembre

Miriam, he tenido un sueño...

Increíble, nada quebradizo ni volátil, sino un sueño completo y detallado, ¡hacía años que no me acordaba de un sueño!

¿Quieres oírlo? No te va a quedar más remedio, porque tú me has contado ya cuatro, y con todo detalle. Me has dicho que el mejor regalo que te puedes hacer a ti misma es un sueño interesante. Y también, que desde que nació Yojai, dejaste de tenerlos (y que conmigo han vuelto).

Ha sido así: yo me encuentro en un campo con tres personas más, una mujer y un hombre muy mayores y una mujer más joven que ellos. Puede que mis padres y mi hermana, pero los rostros siempre aparecen borrosos.

A nuestro alrededor hay otras personas que yo no conozco. Llevan puestas unas prendas gruesas, ropa de campesinos. Nos guían a los cuatro hacia una especie de casa de baños, o a una gran sala llena de duchas (al escribirlo ahora se me viene a la mente que debo avisarte de que no temas, que no se trata de un sueño sobre el Holocausto, porque sé muy bien lo sensible que eres a ese tema).

La ducha se encuentra, no sé muy bien por qué, en pleno campo, en una especie de pastizal pequeño y verde. Los desconocidos abren un gran chorro de agua muy potente. El agua llega de cuatro grifos altos por encima de nuestras cabezas. Está muy caliente, exhala vaho, y al instante todo el campo se llena de vapor mientras esas personas hacen unas extrañas reverencias y desaparecen dejándonos solos.

Entonces nosotros nos desnudamos, cada uno en un rincón diferente del campo. Nos movemos despacio y con calma, sin sentir vergüenza unos de otros (y sin ningunas ganas de mirar). La ropa la dejamos en unas sillitas de madera como las de los niños de primero de primaria, y después nos encaminamos hacia los grifos bajo los que nos ponemos todos juntos.

Siempre me ha angustiado leer cómo los nazis desnudaban a familias enteras juntas, porque me pongo a pensar, no en la inmensa y terrible muerte que llegaría unos minutos después, sino en la turbación y la vergüenza de las personas que de repente debían desnudarse juntas, hombres y mujeres desconocidos, padres ante los ojos de sus niños y adultos ante los ojos de sus padres (o lo que dijiste de Kafka y el Holocausto. Qué horror, realmente, imagina, alguien como él allí. Resulta insoportable solo el hecho de pensarlo)...

Nada más te quiero contar cómo terminó: nos estamos duchando tan tranquilos, placentemente. Eso dura mucho tiempo. Nos enjabonamos con gestos lánguidos y a conciencia, como mostrando un gran respeto por el ritual que estamos llevando a cabo.

Eso es todo, ahí termina mi sueño.

Ahora, después de haberlo escrito, estoy un poco decepcionado. Por lo visto he debido de olvidar la mayor parte de él. ¡Dónde queda este y dónde tus tormentosos, pintorescos y complicadísimos sueños!

Entiéndeme, he tenido la sensación de haberme pasado la noche allí duchándome y ahora me pregunto cuánto tiempo, en realidad, puede durar un sueño así.

De todas formas siento una cierta nostalgia por volver a estar en él. Era como si no fuéramos personas en el sueño, «personas» en el sentido convencional de la palabra: había en nosotros una especie de nobleza, como, supongamos, cuatro hermosos caballos bañándose en un arroyo. Cada uno ocupado solamente en su propia limpieza.

¿La envió o no?

Y.

Menos mal que he esperado, porque la cosecha de la noche ha sido bastante mejor:

Voy caminando con mi padre por la zona de Mamila en Jerusalén, frente al muro de cemento armado que había allí hasta el 67. En el sueño sigue existiendo, aunque por lo visto se puede pasar a través de él hacia la ciudad vieja. Pero eso no es lo principal. Mi padre y yo vamos subiendo por un camino tortuoso y muy complicado hasta llegar al hospital italiano, donde mi padre me dice que nos tenemos que despedir. A simple vista se trata de

una despedida normal y cotidiana, no sé si él está muy enfermo y tiene intención de entrar en el hospital o si piensa continuar su camino, pero al instante nos sentimos asaltados por una pesada sensación de opresión. Mi padre se marcha pero, de pronto, recuerda algo importante, se da la vuelta, vuelve y me tiende la mano. Literalmente extiende la mano hacia mí, todavía desde lejos, en un gesto de amor y ternura.

Me apresuro hacia él, lo tomo de la mano y quiero retenerla por un momento más, pero él la retira de un tirón brusco y me dice a modo de disculpa: mira lo que tu pluma me ha hecho, y se chupa una gota de sangre del dedo. Devorado por el remordimiento por haberle hecho daño empiezo a balbucear disculpas, pero él ya se ha alejado hasta desaparecer.

Me ha parecido muy raro (aunque raro no es la palabra)...

Ha sido muy emocionante volverme a encontrar con mi padre, en el sueño. Hace ya mucho tiempo que no lo veo. Sus andares, su cara. Había algo turbador, una especie de desamparo, en su forma de estar allí de pie ante mí.

27 de septiembre

Hola, querida Ana.

Nunca nos hemos visto, pero me da la impresión de que me puedo dirigir a ti como si fuéramos viejos conocidos.

Cuando empecé a cartearme con Miriam, ella me preguntó un día, con una sonrisa, si ya había oído «todas las historias que cuentan sobre ella» y me pidió que le prometiera que solo escucharía lo que ella misma contara sobre su persona. Que no hubiera nada entre nosotros que se convirtiera en chismorreo.

Entonces me parecía tan inocente y casera (y decididamente lo es, ya lo

sé, también es todo eso), que el solo hecho de pensar que había tenido alguna «historia» me conmovió.

Pero ahora ha pasado algo. Ayer por la tarde, después de que echara la carta diaria en el buzón del instituto, me vi obligado a llevar a alguien en autoestop. Digo que me vi «obligado», porque deseaba estar solo después de esa carta en concreto, pero no tuve elección: se trataba de una señora menuda, enérgica y decidida, que trabaja en el instituto y a la que conozco de una manera superficial (tenemos a nuestro hijos en la misma guardería). Nos vimos atrapados en los embotellamientos normales y ella, naturalmente, se moría de ganas de hablar, hasta el punto de que por un momento tuve una rara sensación, como si ella quisiera llevar la conversación en una dirección muy concreta, porque sin llegar a comprender cómo había sucedido nombró a Miriam y a Amos, y entonces, claro está, también salió a relucir tu nombre y todo el asunto.

Para ser más exactos, supe que «toda Jerusalén había hablado de vosotros» y que se había tratado de «un escándalo de los gordos» (acompañaba las palabras de una expresiva gesticulación y de unas muecas elocuentes). También me enteré de que algunos padres y alguien del Ministerio de Educación habían exigido que Miriam fuera despedida a causa del «altercado» y que fueron solo las airadas protestas del alumnado y de otros padres lo que le permitió regresar al trabajo.

Te puedes imaginar cómo me sentía yo. Apenas podía seguir conduciendo. No sabía nada de todo eso. Hace medio año que me escribo con Miriam y no me lo había contado. Puede que tuviera miedo de que no llegara a entenderlo. O de que de repente tuviera miedo de ella (¿?).

Querida Ana, cuando era pequeño y mis padres empezaban a ponerse nerviosos conmigo, yo tenía un truco. Me encerraba por dentro y empezaba a contarme un cuento. Siempre el mismo. Acerca de un ser llamado Malaji

al que solo yo podía dar vida dirigiendo el reloj de muñeca hacia el sol (o hacia cualquier otra fuente de luz). Entonces tomaba forma con el aspecto de una manchita redonda que bailoteaba en la pared. Fuera, en el exterior, caían rayos y truenos a mi alrededor, mientras que yo llevaba a escondidas a Malaji por las paredes y le hablaba en mi interior, paseaba con él por delante de las caras deformadas de ellos y por sus cuerpos y frentes, estableciendo en ellos enclaves de luz, y todo el tiempo, en mi interior, le hablaba con unas hermosas y grandilocuentes palabras que me proporcionaban una sensación de superioridad en aquel ambiente de riña.

Ayer volvió. Así, sin más, como un rayo llegó para salvarme. Me paseé con él por el techo del coche, por el vestido de la señora, y por su cara de necia. Ella hablaba y hablaba mientras yo concentraba todo mi entendimiento para contarle a Malaji de ti, Ana, que viviste con Amos y que lo amaste con un amor absoluto, y que él también te amó. Cómo puede uno no amar a Ana, ha dicho Miriam en más de una ocasión. Malaji se paseaba, pequeño resplandor luminoso. Puede que hiciera ya veinte años que no nos encontrábamos así, porque he cambiado ya tantas veces de reloj desde entonces, mientras que él está exactamente igual a como era. Le conté que en un determinado momento, si es que se puede medir algo así en momentos, sucedió que tu querido Amos y tu querida Miriam se enamoraron.

Quizá sucedió cuando Miriam fue a París para salvar a ese tal Yehoshua que tan querido le era. Ya sabes que a ella a veces le gusta sentirse como un caballero andante, pero una vez allí se dio cuenta de que él no necesitaba que lo salvaran de nada, sino todo lo contrario, que estaba encantado de vivir la vida salvajemente. Ella, como es natural, se vino abajo, y entonces fue cuando Amos, enviado por ti, salió en busca de ella para volver a traerla a Israel.

¿Puede que sucediera cuando tú conociste al oficial holandés de la ONU, que tomaba libros prestados de la biblioteca del consulado británico, y con el que viviste durante medio año en un barracón junto al monasterio de Cremisan (lo ves como estoy completamente al corriente de todo) mientras que Amos se quedó solo en vuestra casa de Jerusalén?

Aunque yo prefiero creer que sucedió en el momento más cotidiano posible, en una verdulería. O estando con vosotros en casa, como de costumbre. Durante una cena, por ejemplo. Tú estarías preparando unas fresas con nata, y ellos cortando la ensalada; entonces Miriam habría contado algo que había sucedido en clase o habría hecho una descripción entusiasta de cómo caía la luz sobre el sauce. O se habría quedado quieta, completamente ensimismada. En ese momento Amos la habría mirado y habría notado que el corazón se le ensanchaba y a la vez se le fundía.

Cuando mi autoestopista bajó del coche, me encontraba bañado en sudor. Tan grande había sido el esfuerzo por permanecer exclusivamente con Malaji.

El triángulo es justamente una figura estable, me había dicho Miriam una vez, y hasta satisfactoria y enriquecedora. Con la condición de que todos los lados sepan que son eso, los lados de ese triángulo, añadió.

Ana, necesito que me ayudes. No tengo ni idea de cómo sucedió de verdad. Si vivíais juntos, los tres, o si Amos vivía un tiempo contigo y otro con ella. Y qué es lo que sabes y qué no, cuándo te lo contaron, qué sentiste entonces y si no hubo en ti ni el más mínimo rastro de celos hacia tu mejor amiga.

Miriam me ha dicho que si no creo que pueda darse en el mundo la posibilidad de una «geometría poética» como esa (el nombre se lo di yo), nunca podré llegar a sentir todo lo que sería capaz de sentir. No me hablaba

de un caso en concreto, sino que se rebeló ante algo que dije acerca de «las inexorables leyes» que rigen las relaciones hombre mujer.

Ahora me doy cuenta de cuántas cosas tengo que contarte, explicarte y traducirte, incluso siendo como eres alguien tan próximo a mí, para que comprendas qué es lo que exactamente dijimos, Miriam y yo.

También me espetó —ya la conoces, rayos y truenos pueden salir de ella en ocasiones—, que me envalentono con la palabra pero que luego soy un cobarde para la vida, y que a sus ojos, el valor consiste en ceder ante lo que te pide el alma.

Y que Amos es un hombre muy valiente, el más valiente e íntegro que haya conocido nunca.

Han pasado ya un día entero y la mitad de la noche, desde que me he enterado. Mucho café ha corrido por mis venas. Y es que tengo que saberlo, ¿qué es lo que realmente sentiste? Porque tuviste que darte cuenta de lo que estaba brotando ante tus ojos entre las dos personas que más amabas. ¿Qué se hace con ese tipo de agravio, de ofensa? ¿Y cómo puede seguirse amándolos a los dos sin morir cien veces al día de dolor y de celos? Sé muy bien lo que Miriam me contestaría, que al contrario, que a pesar del inevitable dolor, los amabas a los dos todavía más.

Pero ¿cómo va a ser eso posible?

Es posible. (Créelo. Créelo. Créelo.)

No sé si ella te lo ha contado, pero tengo establecido con ella un pacto pequeño y doloroso: por cada palabra que ella me enseña, yo tengo que renunciar a una palabra de mi lengua materna. Quiere explicarme una historia, sabes, y para hacerlo tiene esas palabras. Dice que se trata de la historia que yo más necesidad tengo de oír, la historia de la salida absoluta hacia el interior de otra persona. ¿Tú qué opinas, Ana, es eso posible? ¿Podré?

1 de octubre

En este momento estás ahí, en tu terraza frente al bosque de Jerusalén, a la sombra de la buganvilla. Detrás de ti, la casa prácticamente vacía. Estás sentada vuelta hacia la belleza. Adentras la mirada en el atardecer, a esta hora tan amada por ti, la más dura también y, sin embargo, la más amada. Dentro de nada volverá Yojai y tú serás aspirada por él hasta que las pastillas lo duerman. A veces, cuando estoy solo en casa y acuesto a Ido, fantaseo que los dos, tú y yo, acostamos juntos a los niños, en medio de una intimidad hogareña y sosegada, habitual.

Pienso mucho en ti y en Amos. Por lo que pasáis cada día y también en vuestra profunda amistad. Ese lugar que es solo vuestro, y que nadie excepto vosotros puede llegar a entender el idioma que en él se habla. Yo me siento como un desconocido, y un poco niño, junto a vuestra intimidad.

No existe mucho parecido entre vuestra manera de estar juntos y la nuestra, la de Maya y la mía. Me da la impresión de que existe mucha más vida y mucho más deseo entre nosotros que entre vosotros, aunque quién sabe. Puede que vosotros tengáis algo que yo no soy capaz de imaginar.

Casi cada hora he mirado hoy la luz a través de la piedra azul que me has mandado. De verdad que es extraordinaria. Con la luz que hay ahora, por ejemplo, la del crepúsculo, se puede ver en ella a dos muchachas tocando el piano a cuatro manos frente a una partitura. Vuestras manos revolotean. En la piedra azul estáis llenas de vida.

Durante la última semana he adoptado la pequeña costumbre de tenerlo ya todo hecho cuando llega esta hora, como en este momento, para estar contigo un rato tranquilamente (hace tiempo que me he dado cuenta de que cualquier momento que tengo para estar conmigo mismo, al instante asomas

tú para plantarte junto a mí). Aproximadamente después de mi tercera carta me preguntaste cómo íbamos a lograr encontrarnos alguna vez, no en un lugar sino en un tiempo concreto, ya que yo soy tan movido e impaciente (lo de atolondrado te lo ahorraste); tenías tus dudas de si yo iba a ser capaz de estar ahí de verdad, ni tan solo un segundo, en el tiempo de otra persona. Si no iba a tener claustrofobia en el interior del tiempo de otro.

Ya ves que me entreno.

Descubro, por ejemplo, que a esta hora los olores de todo el día irrumpen todos a una. Como si durante el resto de las horas hubieran sido forzados a ocultarse, a llegar a un acuerdo entre ellos, a ceder, porque si no siempre habría un solo olor vencedor y dominante. Mientras que ahora hablan al unísono, el césped, la tierra, el asfalto y el aroma de la ropa tendida. Detecto ya también el jazmín y la madreselva, todos juntos, y cada uno por separado. Solo a esta hora.

Y cada hoja tiene, por lo menos, dos sombras. Estoy empezando a escribir como tú...

Has dicho que cuando yo «decido» o «sé», esas dos palabras hablan en mi garganta de un modo que notas que han sido acuñadas en mí por la fuerza y con violencia. Y que soy inteligente, pero sobre todo en cosas que no sé.

Pues mira, en este momento no sé muy bien el placer del crepúsculo que nos envuelve a ti y a mí.

Oh, Miriam...

Yo

2 de octubre

La noticia acaba de llegar en este momento... Me he marchado de casa.

Calma, solo por una semana, algo inesperado, pero quisiera anunciarte el cambio de dirección postal temporal y los posibles problemas con las cartas, un asunto un poco complicado, que si no fuera porque es cómico, resultaría trágico (y al revés). Se trata, en pocas palabras, de salvar una vida. Para ser más preciso: de un asunto de vida o muerte rutinario. ¿Tienes un minuto para mí?

La verdad es que se trata de algo que me tiene un poco angustiado. Ese «algo» ha empezado esta mañana, alrededor de las diez, cuando más agobiado estoy en el trabajo, rodeado de gente y de teléfonos sonando, cuando a cada instante se me acerca alguien a preguntar, a pedir consejo, a confesarse o a contarme su historia más íntima con un nudo en la garganta y a veces hasta entre lágrimas, y en medio de todo ese alboroto me cae una llamada de teléfono: la cuidadora de Ido pide que acuda inmediatamente a la guardería a recogerlo. Tiene una fiebre muy alta y una visible hinchazón detrás de la oreja. La rueda a mi alrededor se va deteniendo lentamente. Me siento y me sujeto la cabeza entre las manos, ya está, lo que me temía, y ahora qué hago. Maya está en Safed, es su día de laboratorio en Safed. En un abrir y cerrar de ojos me hago con un plan de ataque premeditado: voy a huir, no iré a recogerlo, que se quede en la guardería hasta que le crezca la barba o hasta que vuelva Maya, ella ya las ha tenido y en las mujeres no es tan peligroso. Recuerdo con espanto la ampolla con la vacuna que compré hace dos años durante una de las epidemias anteriores, que le prometí a Maya cogerla y llevársela a la enfermera para que me la inyectara y que se quedó en la nevera hasta que poco a poco fue empujada hacia atrás, hacia esa zona dudosa donde se encuentra la mostaza...

Está bien: le doy las últimas instrucciones a mi equipo de empleados, me desgañito temiendo por el negocio que dejo en sus manos, tengo que irme

ya mismo, el niño arde de fiebre, mi niño está incubando unos microbios que quizá ya me ha inoculado, de repente me parece que justamente desde ayer por la noche ha estado pegado a mí con cierta intencionalidad, el beso esta mañana al entrar en la guardería, el abrazo salvaje de ayer cuando lo acosté. Quién sabe si no estará actuando en él un instinto artero que intenta eliminar a otros herederos competidores, posibles devoradores de testamentos. Por suerte tenemos ya un hijo, de manera que le he devuelto a la sufriente humanidad mi deuda genética para con ella, pero ¿qué será del resto de mis humildes alegrías?

Así es como ha empezado este día y quién sabe qué va a ser capaz de engendrar, todavía (porque él, por lo menos, sí va a engendrar algo). Maya ha escuchado en silencio, haciendo oídos sordos a mis aullidos de pánico en el teléfono, para enseguida tomar la iniciativa de cómo actuar: me ha ordenado que lo lleve al médico. Ella, por su parte, anulará todo lo que tenía programado para la jornada y regresará con el primer autobús, y hasta entonces menudas tres horas me esperan con el pequeño envenenador de pozos, ¿captas la gravedad de mi situación?

Me dejo caer en la silla y me encojo sobre la zona destinada a sufrir el desastre. Ami S., que trabaja para mí, me da ánimos diciéndome que si me he contagiado, ese será el método anticonceptivo más efectivo posible...

¡Que reviente Ami S.! ¡Que lo capen! Él tiene cuatro hijos, niños y niñas, y las paperas las pasó cuando tenía tres años, como todos los niños normales, menos yo, y toda la vida me la he pasado en guardia esperando exactamente esta noticia, y en honor a la amarga verdad (sí, amarga, aunque tú te empeñes en decir que no toda verdad es amarga), esta es la enfermedad que escogí para mí con todo cuidado ya desde los tres años, cuando era el único de todos los niños de la guardería que logró convencer a los microbios de las paperas que se convirtieran en los de la escarlatina, y

desde entonces he vivido en la larga espera de que el filo de la hoja caiga sobre la fuente de mi felicidad: no existe artículo médico sobre el tema que yo no haya leído, como no existe pediatra al que no haya atosigado con todo tipo de interrogatorios sobre los peligros que acechan a quien no enfermó de eso a su debido tiempo, durante la infancia, ni médico al que no haya obligado a reconocer que todos sus colegas me han engañado porque el porcentaje de adultos que se contagia y que sale, no solamente de la órbita de la fecundidad sino sobre todo de una A.S.N. (actividad sexual normal) es muchísimo más alto de lo que cuentan los charlatanes del *New England Journal of Medicine*...

¿Crees que me estoy burlando? ¿O que esto es una sonrisa? Lo que es es una mueca de terror helado. Las tripas sencillamente se me revuelven cuando pienso en lo que sucederá si...

Para cuando lo leas, ya estaré en Tel Aviv (solo he pasado por el trabajo para apretar algún último tornillo y escribirte, pero enseguida saldré huyendo de esta ciudad apestada). Allí me espera una habitación nada mala en un pequeño y casero hotel familiar a orillas del mar. Una vez al año, durante una semana, me instalo en él, así que ya están acostumbrados a mi presencia; tiene algunos aspectos buenos este terror a las paperas que tan bien interpreto y que, como puedes ver, aprovecho inteligentemente. En resumen, que todo lo más arriba recordado es para decirte que aunque me escribas esta semana, no lo voy a recibir, sino que tendré que esperar hasta mi vuelta y sentirme devorado por la curiosidad de qué sería lo que no me pudiste contar en la última carta (me ha parecido entender que tiene que ver con Yojai, pero ¿qué será? ¿Qué ha pasado? ¿Y por qué, de repente, pareces tan deprimida y lo ves todo tan complicado? Cuéntalo ya y déjate de dar largas), pero te prometo que si me queda allí un rato libre procuraré garabatearte un saludo apasionado desde la ciudad del pecado.

Ya está, voy a salir de camino, pero como es la primera vez que me he sentado tranquilamente en lo que va de día, ahora sencillamente me cuesta levantarme, porque además disfruto escribiéndote y riéndome un poco de mí y de este enloquecido día (y hay algo más, un sentimiento nuevo que no tengo muy claro, de libertad, de volver a ser yo mismo, algo que está en el ambiente).

Maya ha llegado a las dos. Lo ha encontrado berreando de dolor y a mí respirando a través de un montón de algodón embebido en una loción de afeitar muy fuerte a modo de desinfectante. Estoy seguro de que ha pensado en la ampolla con la vacuna que se está enmohecendo poco a poco en la nevera. El primer mantra de la vida matrimonial («¡te lo dije!») cruza sus ojos, pero si yo ya le había explicado en su día, que a veces —aunque es muy infrecuente, aunque la infrecuencia no es que me sea desconocida, precisamente—, la misma vacuna puede provocar el contagio, y nadie que esté en su sano juicio iría por voluntad propia al médico para que le inyectara los microbios de la impotencia, que aunque debilitados, vete tú a saber a partir de quien está fijado el estándar.

Maya no ha sonreído. Maya, normalmente, ya no sonríe ante mis bromas (pero tampoco tú es que te retuerzas ahora de risa, ¿a que no? ¿Por qué las mujeres siempre se quedan lívidas en cuanto me divierto un poco?), y hace ya mucho que perdí la carrera por sujetar la cuerda de la comisura de los labios de Maya contra la fuerza de la gravedad de la Tierra. Dónde quedó mi chica alegre y risueña.

¿Dónde estábamos?

Estoy pensando en que ojalá pudiera enviarle esta carta a ella.

Se ha sentado en la cocina, con Ido encima, y me ha preguntado adónde me

pienso marchar. Le he dicho que como de costumbre, a mi hotel de Tel Aviv, porque en Jerusalén no me quedo mientras él siga contagiando. Ha suspirado profundamente y me ha preguntado cuánto tiempo voy a estar fuera de casa, a lo que le he respondido que lo que de costumbre, por lo menos hasta que la hinchazón de la oreja baje, unos cuatro o cinco días, una semana, como siempre.

Por algún motivo esta es una costumbre que ya se ha establecido entre nosotros, mis vacaciones anuales por separado. No se hacen demasiadas preguntas. Solo la mirada se empaña un poco ante mí.

A pesar de todo me ha ayudado a hacer la maleta, y hasta me ha recordado cosas que debo llevar, y junto a la puerta ya nos hemos ablandado hasta ponernos tiernos, ella me ha abrazado preguntándome si no va a ser muy duro para mí estar allí solo y si estoy seguro de tener que huir tan lejos, porque si no me he contagiado durante todos esos años puede que esté inmunizado de forma natural (lo cual, decididamente, es muy posible), y yo le he dicho que me resultará muy duro estar solo, con mucho énfasis en ese «muy», que he pronunciado cuidándome muy mucho de recalcarlo, y es que soy una verdadera mierda, y nos hemos vuelto a abrazar hasta sentir por fin verdadera tristeza e incluso una pizca de angustia porque quién sabe, puede haber complicaciones, toda la vida he tenido un miedo mortal de las complicaciones esas hasta el punto de que he conseguido contagiar de ese miedo incluso a Maya, con toda su cultura inmunológica y aun a sabiendas de que las complicaciones se encuentran, en todo caso, principalmente en mi cabeza, aunque por otro lado este año es la primera vez que Ido ha enfermado de eso de verdad, y esta es ya una novedad interesante.

Le he dicho, venga, no le des más importancia de la que tiene, ni que me fuera para siempre (y es que toda despedida entre nosotros, incluso la más cotidiana, siempre nos parece la despedida definitiva), y le he recordado

que dentro de unos días volveré a estar aquí (y todo reencuentro entre nosotros conlleva la turbación de todo primer encuentro); por un momento casi me he quedado, pero no, he salido, me he marchado decidido, y en lo más hondo del corazón he notado que no regresaré tal y como soy, que algo va a pasar, y también Maya lo ha notado, Maya enseguida se da cuenta cuando inflo las velas de la virilidad (si una sola vez dijera que lo sabe, que me conoce, que ni siquiera hay que hablar de eso, que lo único que hay que hacer es empezarlo todo de nuevo, una página nueva, y darnos el uno al otro todo lo que no podemos darnos hoy, porque somos ya tan mayores)...

Bueno, por lo que veo no voy a tener ningún problema en escribir y escribir y pasarme así la semana entera. Puede que no sea tan mala idea.

Un momento antes de salir volando: acabo de arreglarlo para que de todas formas me pasen las cartas del apartado de correos a mi hotel en el destierro (solo que ahora no escribas tu nombre en el sobre), así que, por favor, ¡no abandones al repudiado!

(Las cuatro de la tarde. ¡Ya en el paseo marítimo!)

Pero...

Antes incluso de ir al hotel he bajado al paseo marítimo, me he dejado caer en una silla blanca y he cerrado los ojos hacia el sol; he empezado a meditar qué haría un hombre en mi situación durante una última semana como esta. ¿De quién se despedirá con un triste suspiro de desconsuelo, y con quién se encontrará con un ronco rugido de fiera en celo? Podría subir en un abrir y cerrar de ojos a un avión supersónico y volar a Frankfurt, ¡sí, eso es, a la pervertida Frankfurt! ¿Y quién iba a saber que se había

marchado? Una semana maravillosa, una hornacina secreta en el tiempo. Hay allí un hotel gigantesco en el aeropuerto, para los viajeros que desean partir en dos un viaje largo pasando allí la noche. Allí podría un hombre en mi situación vivir durante una semana entera de incógnito como exiliado sexual: todas las noches bajaría al animado bar para tontear con alguna viajera según un plan fijo y preestablecido: el primer día, una señora que tenga que despegar al día siguiente para América; el segundo día, digamos que una profesora bien maciza de la universidad de Melbourne. El tercero se desmadraría con una israelí que fuera a regresar al día siguiente a su tierra patria. Y al otro día, con una negra escultural de Costa de Marfil. Y así, noche tras noche, y si fuera posible, también por las mañanas, porque a no ser que quiera descuidar el subcontinente indio, por ejemplo, o América Latina (o la Atlántida), tendrá que vagar tu siervo con su bastón leñoso por la curvatura del blando globo hasta que haya diseminado su simiente por todos los continentes y entre todas las razas y pueda por fin reposar en paz con sus antepasados.

Mientras me sumerjo en estos pensamientos, un tropel de mujeres desvergonzadas surgen de las olas y me golpean con los puños mis párpados cerrados, ¡ábrelos para nosotras, ábrelos! Y yo, parapetado detrás de esos párpados cerrados, me río de ellas: ¿qué prisa hay? Pero ¡si acabo de llegar! Hoy todavía no he empezado con el reparto de Yair...

Escucha, veo que me cuesta quedarme sentado por más de un cuarto de hora seguido. Estoy acelerado. Va a ser una semana bastante difícil. ¿Tú qué dices? Me parece que en lugar de irme ya para el hotel —no me apetece nada encerrarme entre cuatro paredes—, voy a llevar este retoño a la estafeta de Correos de aquí en la que alguien ha escrito con unas letras gigantescas, ¡Siván, dígnate a escribir! Y si me prometes estarte conmigo sin molestar, acortaré por aquí para llegar directo a...

18.30

¡La calle Dizengoff! (¿Adónde, si no, va a dirigirse un turista jerosolimitano como yo?) Dizengoff, que me ha acogido haciéndome pasar un rato lleno de magia y me ha resultado excepcionalmente entrañable, desbordante de luz crepuscular, y lo que resulta más extraño, Miriam: allí no había hombres, solamente yo y mil mujeres, hasta el punto de que he ido avanzando medio ebrio, mareado, y a cada momento sumergido en el perfume de la mujer que pasaba, porque hay perfumes que al instante me vuelven loco y que me plantan ante los ojos toda una vida de sexo. Estoy convencido, además, de que todas ellas han oído a la perfección el golpear de tambor de mi corazón en esa fracción de segundo, ya sabes, que pasa desde el momento en que ves a una mujer y su olor, entre el relámpago y el trueno, tendrías que haberme visto, allí, rezumando mis humores entre ellas como una unidad móvil de un banco de semen, espero que no te enfades por esta pequeña explosión entusiasta, porque no veo en eso nada que vaya contra ti o que tenga que ver contigo de ninguna manera, ha sido solamente por tomarme un respiro de mí mismo, puede también que de los dos, una pausa ante el enorme peso que se ha ido acumulando durante estos meses. Lo único que quiero es que no te enfades (¡y no me devuelvas esta carta cerrada!), concédeme esta semana, porque también tú te marchaste una vez a Galilea, como bien recordarás.

Ya estamos, la relación empieza a empañarse. De nuevo las discusiones estas que yo albergaba la esperanza de haber superado ya. Estaba disfrutando tanto (hasta este momento). Me vuelvo al paseo marítimo, para repostar con un poco de luz de atardecer, de olor a mar y pieles resplandecientes. Si lo deseas, ven.

3 de octubre

Hola, Miriam:

No sé si has recibido ya lo que te he enviado desde aquí. En honor a la (amarga) verdad, incluso espero que no lo hayas recibido. Que, por alguna razón, el trío de ayer se haya evaporado por el camino entre Tel Aviv y Jerusalén.

De todos modos, ayer todo parecía más fascinante. El caso es que una vez al año, cuando aparece en Ido la posibilidad de la sospecha, yo salgo huyendo a un hotel fijo junto al mar, ya te lo he contado, un hotel pequeño que pertenece a una pareja de ancianos vieneses que lo regentan con un gran orden y mucha limpieza, como se estilaba en tiempos del emperador...

Está bien, te lo contaré por orden. En cuanto entré aquí ayer por la noche, me di cuenta de que algo había cambiado mucho. En lugar de la señora Mayer, se encontraba detrás del mostrador de la recepción un tipo enjuto y musculoso, con ojos de ladrón y pelo engominado peinado hacia atrás. Con solo echarle una mirada entendí que mi pequeño oasis marino había cambiado de dueños y, por lo visto, también de vocación (disculpa por utilizar la palabra en este contexto).

Ya quería darme la vuelta y marchar, sin siquiera tocar la puerta, cuando me oigo a mí mismo decir, de acuerdo, la tomo por una semana, y veo los ojos del ladrón riéndose, para luego preguntarme, ¿una semana? ¿Y qué vas a hacer aquí una semana? Yo, como un idiota, me he sentido ofendido y ya muy encendido le he dicho, ¿pasa algo, o es que solo es por horas? Él ha asentido lentamente y me ha observado como si de los dos fuera yo el sospechoso, o como si fuera menor de edad, o algo parecido, y después ha dicho, ¿queremos pagar por horas, doctor? Como he visto que la cosa se estaba complicando, he querido salvar mi honor me he puesto a regatear con él ofreciéndole que le pagaría solo por días, para que supiera, por lo

menos, que no me chupo el dedo ni soy el hazmerreír de nadie, a lo que él ha contestado, vaya, vaya, con que por días, y enseguida ha sacado una calculadora, ha echado sus cuentas redondeando al alza y ha querido que le pague todo por adelantado, y yo le he dicho, pero ¿qué te pasa, crees que me voy a escapar sin pagar? Él ha sonreído y ha continuado, en el mar hay toda clase de peces, y yo, justamente por esa asquerosa sonrisa he sacado la cartera y he contado sobre su mano el equivalente al salario mínimo interprofesional y encima le he explicado, con una especie de demencial convencimiento interior: «¿Adónde voy yo ahora a por otra habitación?» Él me ha mirado con sorna y como siempre que sé que alguien me ha engañado, me he entregado todavía más a él, porque el hecho de dejarme enredar me produce un suave y hediondo deleite, ¿no conoces tú ese placer? (Porque a la gente le encanta tener un payaso del que poderse reír, ¿no te parece?)

Pero bueno, dejémoslo, que agua pasada no etcétera. Subí a la habitación para descubrir que es pequeña y angustiosa y que en lugar de una vista marina mira al patio trasero de una sala de billar y que solo tiene un armario pequeño y una cama gigantesca que ocupa casi toda la habitación, una puerta que no cierra del todo y que tiene una rendija a través de la cual se ve el pasillo. Debo de haber estado muy cansado, porque me he acurrucado y he dormido tres horas seguidas, como cuando en el ejército me enviaban a alguna base remota y lo primero que hacía era agenciarme una cama en la que acurrucarme para dormir. Eso me recuerda que también Ido era exactamente igual cuando nació y lo llevamos a casa del hospital. Era como un pequeño ovillo enrollado en un lugar extraño. Dormía con una especie de desespero, de obstinación y de soledad...

Mira, aquí me estoy ahogando, y la luz es mortecina. Salgo a respirar.

Diez horas seguidas he andado hoy, o quizá más. Desde las cinco y media de la mañana. Solo por no volver allí. Desde los campamentos en la mili no había vuelto a andar tanto. Por las calles próximas al mar, por la playa y por el rompeolas. He caminado despacio, sin rumbo, bajando a la orilla, volviendo a subir, como flotando. He entrado en algún café y alguna pizzería para repostar un poco de frío sintético antes de volver a salir.

Estos sirocos últimos del otoño son espantosos. El sol se concentra en mí con una lupa. Y el viento no deja de soplar. La gente camina inclinada hacia delante frente a este viento. Resulta difícil tragar y respirar, y la garganta se resiente rasposa. La arena vuela como granos de cristal contra la cara.

No tengo gran cosa que contar. Es que he visto un buzón y he pensado, ¿por qué no?

Anoche fue terrible. Me creía más fuerte. No sé si seré capaz de pasar otra noche así, sobre todo por los ruidos (cada vez que conseguía quedarme dormido, me despertaba un grito. Como si estuvieran esperando que me durmiera para gritar). Es extraño que en un sitio así haya más gritos de dolor que de placer.

¿Qué más...? ¿Cómo estás? ¿Has tenido ya la reunión esa? ¿Lograste discutir con la directora sin que te temblara la voz?

La verdad es que no le veo sentido a enviarte este papel como no sea solo por mantener el contacto. Puede que mañana te vuelva a escribir. Cuídate.

No hay novedades impactantes. Desde hace dos horas aquí no ha cambiado nada, excepto que he ido al hotel a coger las gafas de sol y el recepcionista ha saltado de detrás del mostrador y literalmente me ha cortado el paso con la excusa de que «ahora están limpiando», ¡así que al instante me he dado cuenta de que mientras yo estoy fuera todavía aumenta su negocio a mi

costa! He pensado en ponerme a gritar, pero me he quedado callado. No he querido discutir. Es que sencillamente me ha parecido que ante semejante tipo ordinario me rebajaría y llegaría a sentirme muy débil. Como un niño. Sin pronunciar una sola palabra he girado los talones y me he vuelto a la calle. Puede que me tenga que buscar un hotel nuevo (pero el caso es que él no me va a devolver el dinero). De cualquier modo tampoco es que me quede tanto tiempo aquí. He decidido que me lo voy a tomar como quien vive una aventura. Por lo menos tendré algo que contarle a los niños (si es que voy a tener más) cuando sea viejo.

Estoy convencido de que incluso en este momento ha vuelto a alquilar mi cama, así que mejor será que no regrese hasta la noche. Y eso que con lo que le he pagado podría haber alquilado toda la cadena del Hilton.

Hoy es el día que te toca ir a Abu-Gosh, ¿verdad? ¿Querrás tomarte allí un café a mí salud?

He terminado de dar la vuelta. Una hora y diez minutos. Hay un buzoncito simpático frente al que me gusta situarme en el café que hay aquí.

Si supieras de lo que me he acordado antes, así, sin más. En la carta de «la asistenta que duró un solo día». ¿Te acuerdas? Me estabas contando lo del embarazo de Ana, con todos sus temores, el miedo a que su cuerpo no lo aguantara, mientras aquella chica no hacía más que entrar a preguntar dónde estaba la lejía y dónde el limpiacristales y tu carta se iba haciendo más torturada y demencial, porque no querías estropear la carta levantándote para atenderla y encima ya te había comunicado que no le gustaba planchar. Pues ¿qué es lo que le gusta, entonces, fregar el suelo? ¡Tampoco es que en una casa todo sea suelo!

Yo, apartado en un rincón, leía tu carta metiéndome contigo todo entero

en ese embarazo, una carta sorprendente, como si tuvieras la necesidad de vivir de nuevo, por escrito, cada una de las fases de su embarazo, las sensaciones más mínimas que tuviera, recuerdo que pensé que nunca había leído en ningún libro una descripción tan interiorizada y emocionante de un embarazo, pero tampoco podía evitar sonreírme ante la escena que se desarrollaba en paralelo con la asistenta, aunque tú me habías advertido furiosa que ni se me ocurriera reírme: ¿De qué te ríes? ¡Qué entenderás tú! ¡Le pago una fortuna para poder disponer de un poco de tiempo y dedicárselo a las cosas verdaderamente importantes para mí! Entonces fue como si de golpe hubieras soltado todo el aire, como si se te hubiera acabado el estabilizador que hasta ese momento te permitía seguir aparentando, y te me apareciste tan real, tan sin rumbo, tan hundida, y me preguntaste que cuándo creía yo que ibas finalmente a madurar, cuándo ibas a aprender a darle órdenes a tu asistenta sin tener remordimientos de conciencia, o vergüenza, sin sentirme disfrazada de madre y de ama de casa, de mujer... Al instante apareció tu madre que no iba a perderse la ocasión de colarse por esa fisura...

¿Te asombra mi magnífica memoria? ¿Sospechas que estoy desobedeciendo órdenes y que he dejado de destruir las pruebas?

Ya ves que todo espía tiene su momento de debilidad (¿cómo lo dijiste? Que guardas mis cartas en contra de la más elemental «norma de seguridad de la relación» porque eso te ayuda a encontrar un poco de seguridad en la relación). Ahora, el momento más emocionante para mí fue antes de eso, cuando me contaste lo del reloj que Yojai te había destrozado, un reloj transparente que te había regalado Ana, y me preguntaste, con lágrimas en los ojos, qué reloj tengo yo, y como yo me reí contestándote que ese detalle

no tiene ninguna importancia, enseguida me escribiste diciéndome, todo tiene importancia, ¿cómo es que todavía no entiendes que todo lo que tú me cuentas me resulta importante y querido, absolutamente todos «tus detalles»...?

Entonces me dije que si yo era capaz de romper tus cartas con tantos «tus detalles», me despreciaría a mí mismo.

Una vez tomada esa decisión empezaron a surgir de entre las tinieblas de todo tipo de escondites de lo más peregrinos, hasta el punto de que te hubiera hecho gracia y hubieras sentido hasta piedad de mí, si no asco, más y más cuartillas tuyas de antes, tantas que ni siquiera yo me imaginaba cuántas y que sencillamente me veía incapaz de romper.

Gracias a eso tengo ahora aquí una selección de textos escogidos. Bastantes. Muchos, en realidad. Decenas, puede que cientos de cuartillas tuyas. Ropa apenas si he traído, pero sí una cartera llena de tus cartas, dobladas, arrugadas y sobadas. Todas tienden hacia un tono azulado, por el bolsillo trasero de mis vaqueros.

Con muchos de tus tan bien amados detalles: el café que os tomasteis juntas, la chica aquella y tú, después de que discutierais por el asunto del planchado y de que hubierais hecho las paces, porque habíais llegado a la conclusión de que no encajabais pero que os separaríais quedando tan amigas; tu regreso a mí, agotada después de dos horas fregando el suelo y limpiando cristales, los pantalones arremangados hasta los muslos y un pañuelo rojo en la cabeza, para contarme que cuando se le preguntaba a Ana veinte años antes cuál era su sueño, ella contestaba, «Ser un ama de casa frustrada, ¡faltaría más!». Y mira por dónde estoy ahora yo haciendo realidad su sueño...

Estoy empezando a ponerme tierno, ¿verdad? A relamerme con cada una de tus palabras. Venga, salgamos y echémonos al hombro este día.

En la playa, después del delfinario, hay un pequeño reguero de aguas de cloaca. Camino a lo largo de él y veo, sobre el agua turbia, una especie de cordón blanco muy extraño, flotando en la corriente, y de pronto me parece estar viendo el espermatozoide de un hombre. Navega despacio mientras cambia de forma por efecto de la corriente, con el soplar del viento, hasta que por un momento parece un pájaro alargado en pleno vuelo, y luego un signo de interrogación, el rostro de una mujer de perfil, una espada... Lo he acompañado por todas las revueltas del riachuelo hasta el mar, y ni por un momento ha dejado de cambiar de forma.

Me han robado la cartera. No entiendo muy bien cómo, porque nadie me ha tocado desde que llegué aquí. Se me lo han llevado todo, los muy hijos de puta, la documentación, el permiso de conducir, el dinero, la tarjeta de crédito (pero no han tocado tu carta, la que ha estado de guardia conmigo durante toda la mañana, la carta en la que me hablaste de Yojai, ¡qué suerte!) me he pasado dos horas llamando a todas las autoridades y he anulado los posos oficiales de mi existencia.

Solo con Maya no he hablado desde que llegué. Son nuestros pequeños juegos de venganza. Porque también podría ella llamarme a mí, ¿no?

La cuestión es que a causa del pago anticipado del hotel me he quedado con...

Setenta y un siclos y cuarenta céntimos (si te lo pidiera, ¿me mandarías dinero?). No sé por qué me divierte tanto la situación. A veces, en las películas se ven estas cosas, alguien da un paso en falso, gira en una esquina y no en otra, le abre la puerta a la persona equivocada, y al instante se encuentra succionado por una auténtica pesadilla.

En estos momentos juego a imaginarme que yo soy ese tipo de personaje

pobre y solitario.

(Además, siempre al final hay una mujer hermosa que acude en su ayuda.)

No puedes hacerte idea de la cantidad de alusiones a ti que hay en el mundo.

«Momentos mágicos» que oigo aquí, a las dos de la tarde de los altavoces de los restaurantes de la playa (*Io sono il vento*, de Aurelio Fiero, ha sonado ahora y me hace pensar en tu padre cantando a pleno pulmón en su taxi ante los sorprendidos pasajeros). O tu lunar oculto que ha saltado muy alegre e insolente al hombro de una niña, al escote de una soldado, a la mejilla de una anciana.

O sencillamente un quiosco de la lotería. Me acerco y compro un número con mi depauperado capital. La vendedora tiene un rostro inexpresivo, pétreo, y yo la miro directamente a los ojos y te cito: «¡Estás muy equivocada, no es que uno tenga o no tenga suerte, como mucho puede que le favorezca la casualidad, porque Fortuna no es más que la otra cara del mismísimo Kremlin, así que no tengo ninguna intención de aceptar de ti esa mitad de tu suerte!».

La mujer, sin embargo, no mueve un músculo, sino que se limita a decirme con voz hueca: «¿Otro número?». Saco unos cuantos siclos más y me compro el derecho a murmurar en voz alta, con toda libertad: «Porque a mí se me tiene por gafe, mira mi vida y opina por ti mismo, mírame con los ojos de mi madre y enseguida lo sabrás, y sin embargo yo me considero a mí misma una persona con suerte que te la ofrece toda entera...».

(Siempre gano en las fruslerías.)

A veces, en unos pocos minutos, paso contigo por muchas de tus estaciones, como si alguien se empañara en resaltarte, para que yo te vea, del paisaje y de la gente, como ese juego de los niños en el que hay que unir unos puntos con una línea para obtener una forma: en el escaparate de una floristería hay un girasol inmenso, altivo, que derrama su gracia y luminosidad sobre las otras flores aunque con una pizca de afectación... Y un momento después, ¿cómo lo dices tú?, también la realidad tiene a veces la angostura de un sueño, en la calle Ben-Yehuda, una mujer encorvada, casi calva, empuja la silla de ruedas de un hombre viejo. Él va murmurando sin cesar con la cara crispada, como si la estuviera maldiciendo en su interior. Ella se muerde los labios, se detiene de cuando en cuando para acariciarle pacientemente la nuca y la cabeza, y lo mira con compasión. Tres años se sentó a tu lado la otra Miriam, la de las piernas muertas y las gruesas muletas, y desde cuarto hasta sexto te estuvo torturando sin que tú dijeras nada, mientras ocultabas las marcas de los moretones que te hacía.

Al escribirlo adivino algo más, y es que también tú tienes negocios clandestinos con la suerte, porque quizá notaste que su parálisis te conmovía a través de los pellizcos, y sabías que eras tan fuerte que podías aguantarlos sin sentirte realmente ofendida, ¿verdad?

Háblame, que te escucho.

No sé si ya has empezado a recibir mis cartas desde aquí. Ni sé si me has respondido. Tenía la esperanza de que me llegara algo de ti. No me haría ningún mal. Las cartas que me traje, ya me las he aprendido de memoria. Casi te las podría escribir.

Ayer estuve dando vueltas por ahí fuera durante unas cuantas horas, también por la noche. Simplemente huí, porque la cabeza me estalla en el hotel (me van a estropear para siempre mi buen dormir). Alrededor de las

tres de la madrugada me encontraba junto a un semáforo por la zona de la estación central de autobuses, cuando llamé con los nudillos a la ventanilla de un coche para preguntar por dónde volver porque me había perdido, y un hombre muy elegante y acicalado abrió la ventanilla, hizo una mueca avinagrada y me dio un siclo. Del interior de un edificio en obras salió un chico tembloroso y tambaleante y empezó a gritarme que aquél era su terreno. Pero yo no quise renunciar al dinero que tan honestamente me había ganado. Él, entonces, empezó a insultarme y a empujarme, así que al momento nos estábamos pegando. Pero no golpes de verdad, porque apenas nos tocábamos, sino un montón de patadas y manotazos al aire y la mayoría de los arañazos que ahora tengo son del asfalto y de mí mismo. Tenía unas manos más blandas que la mantequilla y yo de segundo en segundo me fui debilitando con él. ¿Qué fue lo que pasó? Pude haberle propinado una verdadera paliza porque estaba completamente drogado. Llevo toda la vida soñando con partirle los huesos a alguien como él y cuando llega la ocasión me veo arrastrado por su propia debilidad.

Así seguíamos los dos, pegándonos sin tocarnos, cayéndonos por nuestro propio impulso, desentendiéndonos poco a poco el uno del otro pero sin dejar de dar golpes al aire. Apenas si pasaban coches o gente. Un niño, de unos diez años, quizá, se había plantado a nuestro lado y nos miraba entusiasmado mientras fumaba. La cara del drogado la vi todo el rato con la intermitencia amarilla del semáforo, deformada y sin apenas abrir los ojos. Luchaba realmente a vida o muerte contra mí, vete tú a saber quién se creía que yo era. Hasta que le di, por lo visto, en una herida, porque dejó escapar un espantoso grito de dolor parecido al aullido de un cachorro. Nunca antes había oído yo un grito igual proveniente de un adulto. Después se cayó, doblado por el dolor. Yo salí huyendo, y en el patio de una casa vomité el

hígado. Después me he pasado la noche temiendo que haya muerto o que le haya pasado algo.

Esta mañana he vuelto allí, enseguida después del amanecer, pero él ya no estaba. He esperado un momento. Me he visto a mí mismo como un gato olisqueando el lugar por donde ha pisado otro gato.

Miriam...

Nada.

También hay con lo que consolarse: esta mañana, en la calle Ben-Yehuda, una mujer joven corría tras el autobús. Tuvo el tiempo justo para saltar dentro por la puerta trasera, y el conductor cerró, pero uno de sus zapatos cayó a la calle... Un chico que pasaba por allí lo recogió, y sin dudarlo un segundo echó a correr todo lo que lo llevaban sus piernas detrás del autobús. Yo me quedé mirando, mareado solo con verlo, pero al momento me repuse, paré un taxi (ni tan siquiera pensé en el dinero que apenas me queda) y le pedí a gritos al taxista que siguiera al chico, que todo hay que decirlo, corría como un gamo, como quien está luchando por su propia vida, y eso que había muchísima gente, pero él atravesaba la muchedumbre siempre con el zapato en la mano y bien levantado, hacia arriba, un zapato negro, brillante, y fue solo después de unos largos minutos cuando logramos alcanzarlo y le pude decir, también a gritos, que subiera. Enseguida lo entendió, se lanzó dentro con el taxi en marcha y volamos juntos durante unos cuantos minutos más en pos del autobús. Sentado allí a mi lado ni me miraba, porque la sola presencia del zapato llenaba el taxi, y también el taxista representaba su papel poniéndonos en peligro de muerte en cada curva, una persecución que ni en las películas, hasta que junto a la plaza Atarim el autobús se detuvo en su parada y conseguimos adelantarlo.

El chico saltó del taxi, entró corriendo en el autobús y todavía pude verlo pasando entre los pasajeros y tendiéndole el zapato a la mujer antes de que el autobús arrancara de nuevo.

Después de haberlo oído decenas de veces, ya no me inmuto al oír a la gente follar a un metro de mí. Al principio sí, involuntariamente. Solo con oír los jadeos. Aquí es que me llegan de todas direcciones y las veinticuatro horas del día. A veces me parece seguir oyéndolos cuando la gente hace ya rato que se ha callado. (Los gritos de llanto que daba Ido cuando lo dejaba en la guardería, seguía después oyéndolos durante todo el día.)

Pero ya está. Ahora parece que me he acostumbrado. Intento obligarme a pensar en positivo: hace ya dos días y medio que vivo en una gigantesca sala de máquinas, con el ruido y el ritmo fijo de los chirridos cada vez más potentes de los pistones y los escapes de vapor rutinarios. Al cabo de un momento todo vuelve a comenzar en otra habitación, tanto que en ocasiones me parece que todas las habitaciones que tengo encima y a los lados se menean juntas, todo tiembla, y las camas crujen, los hombres gruñen y las chicas dejan escapar cuando les toca su falso grito...

Lo raro es que, aparte del dueño del hotel, todavía no he visto por aquí ni un alma. Cada vez que salgo de la habitación, el lugar se me aparece vacío y abandonado.

Si alguna vez nos acostamos, haremos el amor muy despacito, como durmiendo. Ahora lo veo como dos fetos que se buscan el uno al otro con unos movimientos muy lentos y con los ojos cerrados.

Miriam, he estado trabajando toda la noche. He sentido la necesidad de

hacer algo para luchar contra mí (o por lo menos para representarte honrosamente en tu lucha contra mí). No puedo rendirme de esta manera, sin tan siquiera luchar, pero es que los ruidos a mi alrededor están empezando poco a poco a volverme loco. He pegado tus cartas a las paredes. Un trabajo agotador. Ni me imaginaba lo mucho que me has escrito. Me gustaría saber lo que sentirías si estuvieras aquí.

Destrozado, mareado, muerto de sueño, y sin embargo me limito a sonreír como un idiota.

(Sueña que duermes.) De repente me encuentro lleno de una burbujeante alegría. Con una sensación como de que las paredes te murmuran.

Hay algo turbador y lleno de movimiento ahora en la habitación. Da un poco de vértigo mirar alrededor. Ha sido como inventar una especie de crucigrama (que define al que lo ha ideado). Al principio puse mucho cuidado en dejar las cuartillas de cada familia juntas, pero después me he rendido. De cualquier modo todo revolotea embarullado. Durante la última hora he ido pegando las hojas tal y como caían en mis manos. He hecho todo tipo de injertos. Citas a ciegas. No importa. Y es que como tienes la virtud de escribir de corrido, todas tus cartas enlazan entre sí manteniendo una conversación que nunca cesa.

Yo también puedo ahora organizarme una lotería. Andar por la cama con los ojos cerrados, abrirlos y escoger una frase: ... hasta el día de hoy recuerdo la sensación física del terror que arrastrándose me iba invadiendo hasta petrificarse en el lugar en el que un día conocí la alegría de la vida. El terror de que todo lo que había bueno en mí nunca le sería entregado a nadie, que nadie lo querría. ¿Qué sentido tiene entonces mi existencia?

(He dado otra vuelta, ¡y la suerte ha caído de nuevo en la misma hoja!)

... Ya he empezado a sospechar que es posible que «esa cosa» no se pueda entregar, que no pueda transferirle de una persona a otra, y que todos los demás lo saben desde hace tiempo. Puede que ese sea el gran secreto que les permite seguir adelante, es decir «vivir», encontrar una pareja y diseñar juntos una casa con tejado y chimenea, ser los amantes-inteligentes del poema de Natan Zach:

Ningún huésped vendrá en una noche como esta y si viene, no le abráis la puerta. Es tarde y solo el frío sopla en el mundo.

Y yo no dejo de pensar en la suerte que he tenido de haber conocido a una pareja de amantes-no-inteligentes que me han abierto la puerta en una noche como esta.

«¿Yair?

»Yair, despierta, que soy yo...

»Yair, no te vuelvas a quedar dormido...»

Así es como me mantengo despierto, pronunciando mi nombre con tu boca.

Porque he empezado a tener miedo de dormir. Sé muy bien que en cuanto logre sumergirme en el sueño por un momento y olvidarme de dónde estoy, fuera se va a oír un grito, o un gemido, o los muelles de una cama, y no estoy dispuesto. Ya llevo tres noches así.

Al final de la carta en la que incluías tu «pequeña teoría», cuando creías que quizá mereciera la pena que intentara escribir cuentos, tú escribiste a tu vez:

Yair...

Yair, Yair...

Allí.

¿Dónde estoy yo y dónde Yair?

Otra vez es de noche. ¿Adónde se han ido aquí los días?

Yo me vacío de mí mismo, y tú te haces tangible.

Tus idas y venidas por la casa, desde la cocina por el pasillo hasta la terraza. Llevas bordada la sombra de la buganvilla en los brazos. El aroma de tu crema de manos que emana de las hojas que me rodean me envuelve con una sensación de hogar, aquí.

Una y otra vez te creas en mí. Nosotros no estamos en esta vida, ¿lo recuerdas? Pero todo lo que has escrito vive. Tu vida me vive a mí. Tu cara. La dibujo mentalmente repasando cada facción. Te visto, te desnudo, pausadamente, prenda por prenda. Me hablo a mí mismo con tu exacta forma de hablar, con tu voz escrita, con esa gota de tristeza en la punta.

Ya no es un secreto entre nosotros, me dices (¿quieres la referencia exacta? Dos dedos a la derecha de la puerta), que tenemos unas ideas sorprendentemente parecidas. A veces noto cómo fluyen por las cartas como corrientes eléctricas, con la tensión que hay en ellas, con el continuo temblor y su peligro. Pero tú sabes muy bien que el parecido que hay entre nosotros consiste, entre otras cosas, también en lo que tú has dado en llamar «los turbios vericuetos del alma», justamente en ellos, y con una fuerza inusitada. Quizá ahora comprendas por qué deseo tanto poder estar cerca de quien me recuerda las cosas que menos me gustan en mí.

No lo sé. En realidad, qué poco es lo que sé. No me resulta fácil descubrirlo aquí, contigo extendida ante mí, que tus preguntas siempre son mucho más profundas que mis pensamientos. Así que puede que sea mejor que esta pregunta te la contestes tú misma. Mira, eso que has dicho, por ejemplo, cuando éramos hermano y hermana en los convoyes de prisioneros que se alejaban... Y quiero conocer todos los recovecos de tus sentimientos y de tus pasiones, los visibles y los clandestinos, los turbulentos y los tortuosos, porque del lugar del que manan, todos ellos, incluso el que te llevó hasta la puta, ese, a mis ojos, ocupa un lugar primordial, es un manantial vivo y querido que yo deseo...

Una noche dentro de una noche dentro de una noche. Este hombre ya no piensa más en nada. Este hombre ni siquiera piensa en las paperas ni en sus pobres huevos. Este hombre solo quiere dormir y dormir, hasta que la pesadilla llegue a su fin, y después olvidarlo todo. Este hombre ha cortado de repente con un cuchillo el cable del teléfono de la habitación. La cuestión es que he estado a punto de llamarte para que vinieras.

Te has perdido un gran momento: el recepcionista ha entrado repentinamente, sin llamar a la puerta, o quizá haya llamado y yo no lo he oído (tengo toneladas de papel de váter enrollado en los oídos para amortiguar un poco los ruidos). Me ha sorprendido de pie en la cama y leyendo la pared, porque así es como paso buena parte del día, y ha visto las hojas que cubren los muros. Ha querido decir algo, pero no se ha atrevido. Ha desaparecido en silencio. Yo, por una iluminación repentina, he empezado a leer en voz alta cuando él ha entrado: «... Noto despertarse en

mí el deseo salvaje de jugar a ese extraño juego tuyo y que consiste en encontrarme contigo solo a través de las palabras, tal y como tú propones, perder el juicio entre estas hojas, mezclarme con tus imaginaciones y comprobar hasta dónde eres capaz de arrastrarme...».

Tendrías que haberlo visto: su rostro ha adoptado una expresión compleja y poco frecuente, una mezcla de asombro y sobresalto. Quizá haya creído que he inventado, en este humilde cuartucho, una nueva forma de perversión que incluso él todavía no había visto. He alzado una mano por el aire y clavando los ojos en la pared he seguido leyendo: «... porque tengo bastante claro que este juego de las palabras lo tienes que saber jugar muy bien y el instinto femenino me dice que quizá en cuanto a palabras e imaginación “eres el mejor”, más que en ninguna otra cosa de las que haces, así que ¿por qué no encontrarme contigo en lo que mejor haces?».

El tipo ha cerrado la puerta muy despacio al salir con una especie de veneración reservada, normalmente, para los verdaderos locos. No cabe ya la menor duda: aquí estoy empezando ya a hacerme respetar.

Todavía es por la noche. No hay reposo, te escribo acostado, acurrucado, envuelto en el murmullo incesante de tus palabras, de tus pensamientos y recuerdos de todo lugar y tiempo, que todo junto fluye a través de mí entrando y saliendo de mí como el agua, la casa rebosante de la alegría y el alboroto de Ana, sus tres hermanos, sus padres, y el hebreo holandés tan cómico que hablaban, y las clases de piano gratis que te daba su padre, «¡y ahora, después de Brahms, vamos a tocar el *Edelweiss Gleid* de Vanderbeck, como divertimento en un café!». Y tu madre, que celosa intentaba evitar que pasaras allí tus ratos libres, su sonrisa torcida, como si se apresurara a barrer la huella que pudiera dejar en el mundo, y no me

atrevo ni a imaginarme lo que dijo ni qué negro veneno filtró cuando se supo lo que tenía Yojai.

Y Yojai. Mucho Yojai.

¿Sabes qué?, desde que me contaste lo de sus accesos de cólera, miro toda cosa bonita dos veces. Así lo he decidido. Una vez por mí, y otra por ti. Para resarcirte un poco, a mi limitado modo, por la belleza de la que no te puedes rodear en casa y que sé cuánto la necesitas, como el aire que respiras. Ahora me vuelvo a dar cuenta de lo ciego, indiferente y precipitado que soy, así que temo haber perdido para siempre el deseo primigenio y natural del gusto por la belleza.

Tu nombre, no te lo he dicho, cada vez más lo pronuncio para mí, «Miriam», y lo digo en lugar de muchas palabras. Miriam significa entiende, ven, tóname, estoy bien, estoy mal, secreto, crecer, silencio, tus pechos, tu corazón, respirar, y compasión.

A pesar de todo, ¿no quisisteis tener otro hijo? ¿Os dio miedo? ¿Lo estáis intentando o queréis entregaros por completo y en exclusiva a él? Cuánto callas en estos asuntos, sigues con los dedos cerrados formando un puño.

Tuviste razón al evitar escribirme el nombre «oficial» de su enfermedad. Para que ese nombre no se cambie paulatinamente por el suyo. Pero ¿hasta qué edad podréis dejarlo en casa? (y ¿cómo, cómo habéis conseguido hasta ahora no tener que llevarlo a un centro?).

Pronto empezará a crecer y con él crecerán también las dificultades. No te estoy diciendo nada nuevo. También será físicamente mucho más fuerte que tú, y ¿entonces, qué? ¿Cómo vas a dominarlo durante las crisis? ¿Cómo vais a evitar que se escape a la calle?

«... Ya lo sé, que lo tendré especialmente difícil cuando le cambie la voz.»
Y en otro lugar escribiste, como de pasada, que la voz es la cosa más bonita que tiene.

(Es ahora cuando relaciono por primera vez esas dos frases.)

Simple pensamientos, filosofía barata.

Quizá, frotándonos los ojos, como soñé una vez, las lágrimas que broten serán completamente diferentes a las que conocemos normalmente. Me refiero a que quizá sean más dulces que la miel, porque manarán de un oculto lacrimal de reserva, del que no conocíamos su existencia. La única parte del cuerpo que fue creada desde el conocimiento de que nunca, durante toda la vida, será usada. Una broma privada y triste de Dios, que supo de antemano con quién iba a tenérselas que ver, porque la fuerza de atracción de la gravedad puede, por lo visto, ser dominada, pero no así la fuerza del rechazo y la repulsa de un ser que al ver a otro ser próximo y abierto, pone las luces intermitentes de un guardia de fronteras.

En este momento te necesito tanto, Miriam... Ven conmigo. Siéntate a mi lado en la cama, ignora los ruidos que nos rodean, los olores, concéntrate en mí, mírame solo a mí, acaríciame la cara en silencio, sin sexo, y di «Yair»...

Abre una ventana de par en par. Si la abres tú, las vistas serán otras. El billar de abajo desaparecerá, desaparecerán también los tendederos con las toallas y las sábanas usadas. Los cubos de basura, los bajantes, las ratas que corren allá abajo. Incluso el lisol se evaporará. Entrará el aire que tú hayas traído de lejos, de Beit Zait. ¿Qué te parece si intentas hacerme reír un poco? ¿Por qué no? Hace ya unos cuantos días que ni siquiera sonrío.

Dime: «Yair, Yair, ¿por dónde empezar?». Sermonéame un poco, pero con delicadeza esta vez. «Me has hablado de Yojai y me has preguntado si no he querido tener otro hijo. ¿Y con la misma bocanada de aire me pides que te haga reír?» Sí, ya lo sé, si tienes razón, pero ahora necesito que me cuentes algo ligero, lo que quieras...

«Pues te diré que Yojai es muy divertido, sí, pásmate.» «¿De qué estás hablando?» «Sí, de verdad, aunque no tenga “sentido del humor” al modo convencional, a veces me consuelo pensando que quizá su humor pertenezca a otro mundo. Aunque, por ejemplo, cuando quiere otra golosina y sabe que no se la vamos a dar, hace ver que se marcha a su habitación y, de repente, cambia de rumbo y corre hacia la cocina. Entonces adopta una expresión como de conejo, casi traviesa... En ese momento me hago unas vagas ilusiones, porque es como si por un instante su humor inexistente se hubiera encontrado con el nuestro.»

«O el asunto con los zapatos.» ¿Qué es eso de los zapatos? «Pero ¿no te acuerdas?» No me acuerdo. «Pero si te lo he contado.» Pero nunca me lo has contado en Tel Aviv, y nunca en esta cama con chicles pegados, cuéntame. «Él siempre, absolutamente siempre, va descalzo por casa, en invierno y en verano. Porque en el momento en el que se le calza un zapato, enseguida quiere salir, y sin posibilidad de apelación. Y si Amos o yo, por distracción, le ponemos los zapatos antes de que esté completamente vestido, sale disparado hacia la calle como un cohete teledirigido, a veces medio desnudo. Por eso, sabes, siempre lo llamo “el muchacho de las botas de siete leguas”...»

«Pero lo que necesitas ahora es una forma completamente diferente de reírte, ¿verdad? ¿Y si te cuento unas cuantas tonterías? ¿Qué hay? A veces tú también escribes unas bobadas tan grandes que se le ponen a una los pelos de punta... Venga, vamos a reírnos juntos de mí: ¿Sabes que me paso

el día poniendo el mundo a prueba? Por ejemplo, que si el primero que me venga de frente es un hombre, la próxima carta tuya me decepcionará un poco. Si es una mujer...»

Pues mira, Miriam, yo juego con el «me parece que». Y funciona. No entiendo cómo. Solo el hecho de llevar tus palabras a través de mí, me tranquiliza. Y me hace feliz. Me fluye por el cuerpo como un medicamento. Te vierte a ti en mi cuerpo. No te detengas, no te termines

«O que me he hecho más sensible (un poco exageradamente, creo yo) a todo tipo de sucesos que me toca vivir y a la gente con la que me topo. También las palabras me ponen muy tensa. Incluso las palabras más normales que me salen al encuentro en el devenir del día a día. Palabras del todo inocentes como “luz”, “aspersores”, “hay un boquete en la valla”, “ropa”, “camellos”, “noche”... o un abrazo repentino, un poco apresurado, con el que obsequié ayer a Yojai.»

Te escribo desde ese lugar del cerebro. Me dirijo a mí mismo, con todas mis fuerzas, hacia ese punto del que tú manas. Como si hubiera palabras guardadas para una sola mujer en concreto y no para todas las demás.

«O que enciendo el transistor para intentar escuchar la emisión que tiene lugar exclusivamente para mí: a veces solo se trata del verso de una canción que de repente me parece nuestra, y otras es una frase carente de todo

sentido, porque entonces me digo a mí misma, lo ves, todo lo que hay entre nosotros no es más que una quimera vacía.»

Salgo un momento a comprar cigarrillos, se me ha terminado el paquete y me espera un día bien largo. No te muevas, porque estás exactamente en el sitio perfecto.

(Solo que antes tengo que citarte de la pared, como beso de despedida): «... Cada vez más noto que los cuentos que me escribes son el camino más natural, quizá el más posible, de entrar, por así decirlo, en el mundo y echar raíces en él».

Ha pasado algo terrible. He visto a Maya.

Ahora, en el paseo marítimo, según parece no ha podido resistir mi silencio o ha notado algo y ha venido a buscarme. No me ha visto, y yo no le he dicho nada, imagina (dime, anda, ¿qué piensas ahora de mí?).

Será mejor que no lo escriba. Ha hecho dos veces mi misma ruta, desde la plaza hasta el delfinario, ha entrado exactamente en los restaurantes y en las pizzerías donde yo he estado, cuando todavía comía. Me adivina, te lo dije que tiene un sexto sentido para conmigo, no me lo podía creer, todo el rato he notado tus dudas, no la malinterpretes, Miriam, no la malinterpretes ni a ella ni a mí: ella y yo mantenemos una relación que ni siquiera puede definirse con palabras, porque no tiene nada que ver con ellas, sino que está en el cuerpo, en el tacto, en una manera de sentir que está debajo de la piel (¿qué sabrás tú de nosotros, en realidad?). Pero escucha, todo el rato la he estado siguiendo de cerca. Justo detrás de ella. Qué suplicio. Era como si

algo me estuviera ahogando y no me permitiera hablar con ella. ¡Lo que he hecho!

La he visto, lo he visto todo, la manera como es cuando es como cualquier otra mujer por la calle, cómo los hombres la miran, que durante el último año ha madurado y se ha puesto guapísima de repente, como que sin darme cuenta su rostro, todas sus facciones, hubieran encontrado su lugar apropiado, y a pesar de ello he visto que de todos los hombres de la calle soy yo el único que sabe apreciar esa belleza, sí, que se la guarda solamente para mí, que en ella no hay esa maldita cosa, ya me entiendes, esa especie de voracidad que tú y yo tenemos pero que en ella no existe, de la que está limpia y pura. Y ahora ¿qué va a pasar? La he seguido y visto cada vez más torpe y abatida, desesperando de mí, hasta que se ha dirigido al hotel de la señora Mayer, una vez se lo enseñé, en su momento de esplendor. Ha entrado, le ha preguntado algo al ojos de ladrón, que no sé lo que le habrá dicho, y ha salido de inmediato sin tocar el pomo de la puerta.

Después ha vuelto a ir de un extremo al otro del paseo marítimo pero ya sin buscar nada, como una loca, medio corriendo, pisando con furia a cada paso, tanto que la gente la miraba, nunca antes la había visto yo así. Se ha permitido entenderlo todo hasta el final. Después se ha sentado, se ha dejado caer en una de esas sillas de plástico y ha cerrado los ojos. Yo me he quedado a unos escasos diez metros de ella, completamente a la vista. Si se hubiera dado la vuelta me habría visto en toda mi desnudez. Hundido hasta el cuello en la ciénaga de mi oprobio más apestoso. Hemos permanecido así por un cuarto de hora más o menos. Sin movernos. Yo, al límite de mis fuerzas. Le he gritado sin voz, lo más alto que he podido, si solo se hubiera vuelto un instante, si me hubiera visto, pronunciado mi nombre, hubiera regresado con ella a casa.

¿Cómo ha podido suceder una cosa así entre nosotros? Me he sentido

como si me hubiera dado un ataque. Después de que ella haya desaparecido me he quedado con los músculos completamente agarrotados. Incluso las mandíbulas. Pero ¿qué podía haberle dicho? ¿Cómo empezar a explicárselo todo, en mi estado? Si llevo cuatro o cinco días sin hablar con nadie.

Solo contigo. Basta, déjame dormir.

En plena noche, tres enfermeros del departamento de higiene llaman a la puerta. Con diligencia apartan a Maya y tienden una red sobre el lado de la cama en el que yo duermo. La mano de Maya aletea sobre sus labios como suele suceder en estos casos: «¡Por favor, no se lo lleven!». «No nos lo llevamos —se ríe el enfermero—, le vamos a disparar aquí mismo.»

Pero entonces descubren que no se me puede matar. Que soy más eterno que nada.

No te he contado que cuando regresaba, quizá por lo que había pasado, o porque hacía ya unos días que no veía una cara humana, de repente lo tuve claro...

Enseguida, poco a poco.

Había encontrado un café bastante dejado y yo estaba con el cerebro más liado que un intestino. Me senté en él un rato. Me puse a pensar en que en algún lugar del universo debe de existir ese otro mundo del que una vez hablamos, un mundo inundado de luz y aceptable. En el que cada uno encuentre lo que le haya sido designado, todo amor sea un amor verdadero y como bonificación se llegue a vivir media eternidad. Claro está que enseguida he pensado en los que ni siquiera ahí serían capaces de vivir, en

los que no se adaptarían nunca a toda esa bondad y generosidad, a esa gente que está maldita y que también ahí se suicidaría.

Ahí sentado he observado a la gente que pasaba y me he sumergido en unas elucubraciones sobre cuál podría ser el castigo para esas personas que se suicidaran allí, cómo los escarmentaría yo, y estás donde estás en este momento, Miriam, alza la vista (según parece te imagino siempre ensimismada, tal y como te vi entonces), y dime, ¿es posible que esa sea la razón? Es decir, la causa de la fealdad, de la sensación de extranjería, de la precariedad, del miedo, de la sempiterna opresión y de todas las demás letras del alfabeto de nuestro verdadero esperanto.

Quiero decir que aquí, donde nos encontramos ahora, es el campo de tortura de ese otro mundo y que toda persona que ves a tu alrededor, sin importar que sea hombre o mujer, joven o vieja, ya se suicidó en el pasado.

Observa a la primera persona que venga hacia ti ahora, en este momento, y dime si no oculta en el rostro, aunque sea en el más mínimo gesto, el reconocimiento de haber participado en el crimen. En cualquier crimen. (Puede ocultársele en la nariz, en unos labios caídos, en la frente, pero lo más frecuente es que sea en los ojos.) Yo, esta mañana, no he visto a nadie, ahí fuera, que no tuviera esa marca. Se la he visto hasta a las personas más guapas.

Incluso a los niños. Había un grupo de ellos en la playa, y he estado mirándolos. Niños de seis o siete años, y en casi cada uno de ellos apuntaba ya una posible señal de amargura, maledicencia y culpabilidad (sobre todo, culpabilidad).

¿Cómo que si duermo o que si no duermo? Aquí no se viene a dormir, a esta casa de las eyaculaciones. Es la una y media de la madrugada y esto es

un puro bullicio. A cada momento se abre o se cierra una puerta. Veinticuatro horas al día se oyen carreras por los pasillos y risas ahogadas (¿de qué se reirán tanto?). Me muero por encontrarme con uno de ellos y zarandearlo hasta que me revele dónde sucede todo eso. Dónde están las habitaciones con el jacuzzi, los espejos en el techo y las camas redondas. Esta mañana, al salir, he visto por vez primera en este hotel una pareja de esas de «inquilinos». Han bajado conmigo en el ascensor. Hemos procurado no mirarnos a los ojos. Un hombre y una mujer precisamente de edad ya madura. Turistas. Se les veía tan «sólidos», que casi los creo.

¿Cuánto tiempo ha pasado entre tanto ahí donde vosotros estáis, en la tierra?

Ya no voy a salir más de la habitación. Me he dado cuenta de que fuera me pongo más nervioso, mientras que a esto, por lo visto, ya me he acostumbrado. Ni siquiera me entretengo en pensar lo que está sucediendo al otro lado de las puertas cerradas (cosas bastante banales, supongo). Es extraño cómo se puede pasar el rato sin apenas moverse uno. Dormitando. Despertándose. Fumando y escribiéndote unas palabras. Dormitando. Han pasado diez horas.

Los pensamientos, cuando no se topan con el pensamiento de otra persona, son capaces de volar al fin del mundo. De perder el juicio y regresar en un segundo.

Pero también eso se ha calmado durante las últimas horas. Todo está apagado teñido de indiferencia. Ni siquiera tengo hambre.

Para leer tu diminuta letra hay veces que, literalmente, me tengo que pegar

a la pared. Tendrías que verme, yendo de un lado al otro.

¿Si te hubiera llamado, te hubieras atrevido a venir aquí? ¿A este lugar?
(Mi niña buena con carita de los años cincuenta, eso no te lo voy a hacer.)

Por lo visto, he vuelto a quedarme dormido un rato. Me he despertado con palpitaciones. Son las tres de la mañana y a mi derecha, en una de las habitaciones más alejadas, tiene lugar un verdadero desenfreno (desde aquí se oye como si fueran unos tambores o unos pistones, un ruido completamente mecánico). Hasta antes de quedarme dormido has estado conmigo. Te he traído hasta aquí. Tendido en la cama te he hablado en voz alta. Durante media noche me has estado iluminando como una vela.

En el interior de mi cuerpo, por el flujo sanguíneo, viaja un ente pequeño y concentrado. La mayor parte del tiempo no pienso en él. La mayor parte del tiempo, no pienso en nada. Pero cada vez que pasa por el corazón, abre los ojos y me dice con tu voz, ¿Yair?

Según mis cuentas, mañana o pasado mañana sabré si me he contagiado o no. Lo más extraño es que ahora resulta que no me importa demasiado. La mayor parte del tiempo no pienso en la razón por la que estoy aquí tirado. Si alguien me preguntara que por qué estoy aquí, tendría que hacer un esfuerzo por recordarlo.

¿Por qué estoy aquí?

Porque tengo que terminar un asunto importante.

¿Qué asunto?

No lo sé. Cuando suceda, lo sabré.

¿Y entre tanto, te vas a tirar un montón de días ahí en la cama?

Sí, qué se le va a hacer.

Estoy dormido en la cama con Maya, ella me despierta y me muestra que entre nosotros yace una mujer muy pequeña, del tamaño de una nuez. Toda una mujer. Yo me apresuro a justificarme: ¡No tengo nada que ver con ella! ¡Ni siquiera la conozco! Y Maya dice sin enfadarse, hasta con compasión: pero mira cómo se parece a ti.

¿Y si escribo un diario, los días que me quedan, para pasar el rato? «Mi querido diario», así es como me llamaste tú no hace tanto.

Si me despejo un poco, esta noche saldré. Me merezco unas pequeñas vacaciones de este convento, ¿no crees? (¡Pero a mí qué me importa lo que tú creas!)

A ratos me siento como un idiota por no haber aprovechado bien esta semana y no tengo muy claro qué es lo que me impide desmadrarme. ¿A quién le debo nada?

Por otro lado, hasta levantarme a mear me supone toda una odisea.

¿Y si me he contagiado?

¿Crees que hay algo más que pueda hacer los días que me quedan para salvar lo que queda de mí? ¿Qué harías tú si supieras que no tienes más que una semana antes de caer presa de una enfermedad con las complicaciones que trae esta?

Lo que quiero decir es si se puede esperar (puras elucubraciones intelectuales de un impotente potencial) que un nuevo y repentino amor

pueda redimirme de las garras de esta enfermedad. ¿O por lo menos hacerla retroceder un poco?

De ti no, según parece de ti no me voy a enamorar, eso lo tengo ya bastante claro. Porque ¿qué amor podríamos tener nosotros? Me refiero a que lo que hay entre nosotros es ya un poco demasiado como para poder ser amor, ¿no? Dios me libre de despreciarte, pero estos últimos días tengo la sensación de que de alguna manera llevamos una carga interior demasiado grande como para poder meternos a presión en la palabra «amor». Corrígeme si me equivoco.

Los que están al otro lado de la pared se están haciendo verdadero daño. Estoy convencido de que hay hasta látigos. Ya llevan así varias horas. Sin que se oiga una voz humana. Como si propinaran los latigazos y los recibieran en medio de un completo silencio siendo yo el único que me encojo con cada uno de ellos. No consigo acostumbrarme. Es como si cada golpe fuera el primero. ¿De qué estábamos hablando? La última hoja que te estaba escribiendo se me ha caído, y cualquiera la encuentra en medio del lío que aquí tengo. Apenas si he comido desde que llegué. Durante los años precedentes, opíparos festines. Formaba parte del placer. También la comida es el mejor amigo del hombre. Me sorprende la poca hambre que tengo, solo una ligera debilidad. Me siento como flotando. Resulta bastante agradable, pero si me levanto de golpe, me mareo. Por eso procuro no levantarme. En realidad desde ayer (¿o anteayer?) me paso la mayor parte del tiempo en la cama con un cuaderno, un bolígrafo, despertándome, escribiendo unas cuantas palabras, volviéndome a quedar dormido. Entre tanto puede que me operen de algo con anestesia. Por mí.

En la ventana de enfrente, por encima de la sala de billar, hay una pareja de japoneses muy jóvenes. Sin visillo, con la ventana abierta, hace ya una hora entera que retozan sin parar. Resulta tan hermoso que ni siquiera me excito.

Tendido en la oscuridad, los observo. Se aman, y no hay punto de la piel que no se besen, y ojalá que sigan en ello porque los ruidos de alrededor han cesado.

Acabo de acordarme y es muy urgente: te quiero dar una foto. El destello de un recuerdo. No me hagas preguntas. La foto de un niño pequeño y muy dulce, con el pelo muy corto. Mírale solo la cara. Es muy expresiva. El niño todo el rato salta, parlotea, gesticula. Parece un monito de lo simpático que es. En esta foto tendrá unos cinco años y una esbelta mano de mujer reposa sobre su cabeza, pero de ella haz caso omiso.

Ese es un momento muy querido por mí, no importa el porqué, tú solo acéptala tal cual. Un niño va con su madre por la acera, vuelve de la guardería, ella es una mujer joven, delgada y menuda. Tiene el pelo corto, ligeramente rizado, y una sonrisa arrebatadora, tímida pero atrevida, llena de amor, y una de sus manos reposa sobre la cabeza del niño, con cierto orgullo, mostrándome que ese es su hijo.

Ya sé que una cosa así no se hace, no se da una foto cortada, o media foto, pero créeme que lo que aquí te entrego es la parte más bonita y también el momento más bonito que yo haya tenido con esos dos. No merece la pena ampliar el encuadre y ver todo lo que sobra en él. Como por ejemplo el otro niño que camina junto a ellos, porque no forma parte de esta historia, se trata simplemente de un niño que ella traía de la guardería ese día, un amigo (por alguna razón que se me escapa no soy capaz de echarlo de ahí).

¿Y para qué vas a querer tú ver al hombre con cara de pájaro que está sentado en el Subaru, el mismo Subaru que estaba donde los aspersores y de cuyo maletero saqué la toalla para secarte el pelo? Ese hombre soy yo. El otro niño miró por casualidad y vio mi mirada que, por lo visto, mostraba abiertamente unas gotitas de felicidad al verla a ella y a su niño, una historia bastante fea, otra escena rutinaria de mi *film noir* particular, ¿y por qué te contaré yo estas cosas?

Con ella, con aquella mujer, mantuve, precisamente, una relación mucho más larga de lo habitual en mí. Creo que la amaba. El niño se llamaba G., el nombre completo no tiene ahora importancia. Su nombre, tan dulce y serio. No estaba casada. Ni quería casarse, porque tenía unas ideas tajantemente claras en contra del matrimonio. Sin embargo tenía un niño pequeño, y yo (el patético autoengaño de estos episodios) disfrutaba sintiéndome un poco como un padre-a-distancia, ¿comprendes? Tenía la sensación de que aquel niño podía ser mío y suyo. No debes olvidar que ese era el niño ideal para mí, un niño vivo que yo podía convertir en imaginario.

Sobre todo amaba la combinación de esos dos seres y cómo ella lo criaba con inteligencia y valor. No es nada fácil criar a un niño estando uno solo, y hasta que la conocí, siempre me había soliviantado, con una ira de devoto esposo, ante las mujeres como ella que se aventuraban a tener un hijo solas nada más que por satisfacer su instinto maternal, etcétera, pero ella me enseñó la grandeza que puede haber en una empresa así. Yo no dejaba de maravillarme por cómo ella sola iba dándole forma a una persona nueva en el mundo, con qué perfección y sabiduría; y el orgullo que irradiaban por pertenecerse el uno al otro, por tener un lenguaje suyo, completamente propio, y un sentido del humor compartido, y una especie de confianza

mutua; a mí me parecía que tenía en ellos una pequeña familia secreta, a pesar de que al niño no lo había visto más que en fotos.

De verdad que no sé por qué te lo cuento.

¿Por qué resulta difícil deshacerse de las costumbres? ¿Por qué creo que en ti este recuerdo se conservará mejor que en mí?

Un día ella me propuso que lo conociera. Fue después de haber pasado con ella una mañana maravillosa, cuando me dijo, ¿Y si un día te quedas para ver a G.? Yo me dije que por qué no, porque ¿qué iba a poder pasar? Pero por otro lado, ya sabes, la voz del oficial de seguridad que llevo dentro dio la voz de alarma: ¿Qué necesidad tengo yo de que él me vea? Nada de testigos. Así que le propuse que lo observaría desde cierta distancia, sin que él me viera, y N., mirándome fijamente dijo, está bien, dejémoslo correr.

Después, de todas formas, se avino a seguir mi lógica, hicimos las paces y los dos empezamos a ponernos algo nerviosos a medida que se aproximaba el momento. El día señalado me quedé un poco más de lo habitual, comimos juntos, y todo fue maravilloso. Llegado el momento, bajé hasta el coche y me quedé allí esperando a que N. fuera a buscar a G. a la guardería.

La vi aparecer al doblar la esquina. Esbelta, independiente, distinta de la calle. Vestida con un fino suéter gris, con el pelo corto y ligeramente rizado y unos ojos risueños. Venía con dos niños, ya te lo he contado, y en ese momento no fui capaz de saber cuál de los dos era su hijo, porque ninguno de los dos se parecía demasiado al de las fotos. Los niños avanzaban contándole algo muy animadamente, uno de ellos saltaba como un cabritillo alrededor de ella, que venía sonriéndome ya desde el final de la calle, y es que me sonreía con todas las partes, tan finas y delicadas, de su cuerpo; yo, por mi parte, me vi obligado a quitarme las gafas de sol para preguntarle con la mirada, ¿cuál de los dos es el tuyo? Entonces ella posó la mano sobre

la cabeza del niño que brincaba junto a ella y por la expresión de su cara supe que decía, ¿no está claro?

Por favor, acepta de mí una foto: un niño que parece más pequeño que la edad que tiene, despierto y risueño, inteligente y lleno de vida, que habla gesticulando mucho, un niño tan divertido y dulce. La mano de ella reposaba blandamente sobre su cabeza, mis ojos se sumergieron en los suyos, en su orgullo y felicidad completa.

(Lo que fue extraño es que justamente el otro niño se dio cuenta de algo, se detuvo por un momento y siguió nuestras miradas, la mía y la de ella; vi cómo se esforzaba por entender y que un nubarrón cruzó su mente infantil.)

Si tuviera que elegir un solo momento entre todos los polvos, los amoríos y los ligues...

Perdona que te haya caído con esta historia. Pero de nuevo: ¿a quién podría habérsela contado si no es a ti? Me he acostumbrado a hablarte en voz alta, en una especie de murmullo, como si estuvieras aquí (¿te lo había dicho ya?). Cosas pequeñas. ¿Quieres una almohada? Déjame un poco de manta. Ráscame la espalda, más arriba.

Y tú contestas: ¿Qué te parece si salimos a pasear? ¿A respirar un poco de aire puro? Pero mira qué sucio tienes todo esto. Por lo menos podrías tirar a la basura las latas vacías de cerveza. Venga, haz algo por ti mismo.

Y yo te digo: qué extraño que te eche más de menos a ti que a mi familia.

La chica de la habitación contigua está llorando, literalmente, sus palabras me resultan incomprensibles y ni siquiera se oye de qué idioma se trata, pero llora con una especie de sollozo inacabable, pero si me concentro me parece que está suplicando que no la quemen con los cigarrillos, qué infierno.

Al final ya no he podido más. He salido y me he puesto a mirar de dónde llegan las voces. Resulta que no es de las habitaciones que quedan junto a la

mía. Ni siquiera es en mi piso. Por lo visto la acústica del lugar lleva a engaño en ese preciso lugar. Me he recorrido los cuatro pisos y he pegado el oído a cada puerta sin ningún tipo de reparos. No me hubiera importado que me sorprendieran. La verdad es que tampoco hubiera sabido qué hacer si me encuentro con alguien. Porque la verdad es que la gente viene aquí a pagar para hacer estas cosas. Ya empezaba a creer que el hotel estaba encantado, cuando en el cuarto piso he oído unas voces muy claras provenientes de una de las habitaciones, y tal como estaba, con los nervios desquiciados, he presionado el picaporte y he entrado. He visto la espalda desnuda de un hombre que estaba viendo la televisión. A su alrededor, por el suelo, había unas veinte latas de cerveza, de manera que la habitación tenía el mismo aspecto que la mía. El hombre no me ha oído ni tampoco se ha movido (por el pestilente olor que había en la habitación quizá estaba muerto), pero cuando he vuelto a mi habitación las voces también han vuelto.

Hay algo más que debo contarte, y que si no lo hago no sabrás exactamente y hasta el final, con quién estás tratando (si lo cuento, no valdré nada, y si no lo cuento, tampoco). Es de esos casos que te hacen luego pagar el doble por la epidemia que hayas extendido tras de ti por el mundo. Escúchalo, olvídalo y déjalo anotado en ti:

Yo estaba en casa con Maya, de eso hará aproximadamente unos dos años. Cenábamos en la cocina, Ido estaba con nosotros y pasábamos un rato agradable, juntos, como a mí me gusta. De repente sonó el teléfono, me dirigí al pasillo para contestar y oigo la voz de una mujer. Me dijo que su nombre era T., que era amiga de N. Enseguida la recordé y me quedé un poco helado. T. era el único testigo de aquel episodio, pero ¿se podía saber

qué demonios hacía llamándome por teléfono a casa? Me dijo, con voz crispada, que N. había muerto la víspera.

Me quedé callado. Detrás de mí, Maya e Ido se reían, por entonces él había aprendido a silbar (hacia dentro) y Maya intentaba aprenderlo de él, y en el teléfono la tal T. me preguntó si había oído lo que me había dicho, a lo que yo le contesté que sí, y haciéndome con una voz un poco más oficial le dije que no estábamos interesados en ninguna enciclopedia para niños.

Ella se quedó en silencio. Recuerdo que con los restos de lucidez que me quedaban pensé, ¿qué será ahora de G.? Tendría unos siete u ocho años. Desde que lo dejé con N. no habíamos tenido ningún tipo de contacto. Me prometió que no me telefonearía ni me escribiría, y por supuesto que lo cumplió. Es terrible decirlo precisamente ahora, pero por mi parte, es decir, la borré por completo de mi vida desde que nos separamos.

También quiero que sepas que la tal T. que había llamado me había criticado sin cesar durante todo el tiempo que duró mi relación con N., por adúltero y por mi poca sinceridad. N. nunca me lo dijo abiertamente, pero por algunos de sus silencios entendí perfectamente lo que T. pensaba de mí, y aunque nunca llegué a conocerla, notaba, de un modo bastante ridículo, que constantemente tenía que justificarme ante ella (me preocupaba bastante lo que ella pensara de mí).

T. seguía al teléfono: veo que no he llamado en buen momento.

Maya preguntó desde la cocina, ¿quién es?, porque siempre nos lo decimos, mientras seguimos hablando, aunque la mayor parte de las veces no necesitamos informarnos porque lo sabemos según el «hola» del otro.

Dije en voz alta, me gustaría que me diera más detalles de esa nueva enciclopedia.

Y Maya desde la cocina dijo, para cuando aprenda a leer ya se habrá quedado anticuada. Con la mano le hice un gesto que podía interpretarle

como dejémosle que se explique, e Ido intentó decir enciclopedia, mientras los dos se reían y la cocina parecía alejarse de mí cada vez más.

T., que llevaba esperando pacientemente durante toda aquella conversación familiar, me dijo muy deprisa y con disgusto que N. había fallecido el día anterior en el hospital Hadasa después de haber estado muy enferma durante medio año. Yo ni siquiera sabía que estuviera enferma. Había muerto a veinte minutos de distancia de mí sin que yo notara nada, y eso que hubo un tiempo en que bebí los vientos por ella.

También se me vino a la mente cómo había cumplido su palabra y no me había telefonado ni una sola vez, ni siquiera cuando enfermó, y cómo tampoco me había escrito. Qué fuerte y qué leal era, y yo qué necio por haber renunciado a ella de esa manera. Y qué poco, en realidad, la había conocido.

Podía no haberte contado esta historia, ¿verdad? ¿Verdad que sí? Pero es que tengo la estúpida creencia de que si te lo cuento a ti ya nunca me va a pasar algo parecido en la vida.

Quería saber qué había sido de ella durante todos aquellos años y qué sería del niño. Hice unas cuantas preguntas vacías solo para despistar a los oyentes de la cocina y T. supo aguantar, para después transmitirme muy deprisa los detalles del entierro y colgar. Entonces yo también colgué, porque no nos interesaba la enciclopedia. Volví a la cocina y M. me preguntó si había comprado otra enciclopedia más, e I. me mostró lo bien que silbaba y Y. me senté a cenar mientras charlaba, me reía y silbaba, por fuera y también por dentro, porque me sentía como esos nazis que regresaban a casa con sus familias después del trabajo.

Me duele la mano de tanto escribir. Tengo la persiana bajada, así que me puedo olvidar de si es por el día o por la noche. No sé qué sentirás por esta historia. Piensa que me has hecho un favor. Que has sido el pozo en la tierra

al que una vez le conté a gritos este secreto. Ni siquiera a mí me lo había contado desde entonces.

Mira, creo que hace años que te busco. Te he buscado en el despilfarro y en la eventualidad, pero me he equivocado y cada vez tengo más claro que hace ya mucho tiempo que te busco como alguien en una habitación llena de humo buscaría la ventana. Por lo visto todo ha sucedido al revés: yo siempre había creído que la eventualidad era mi pecado original, y también el que más frecuentemente cometía, porque la mayoría de las cosas importantes las hago sin una intencionalidad completa, y desde luego que no con esa «demora» tuya, pero durante los últimos días he empezado a darme cuenta de que quizá sea al revés, que la eventualidad no es mi pecado, sino justamente mi castigo.

¿Sabes que se trata de un castigo terrible? Es el peor castigo que se pueda recibir, porque envía sus satélites a todas partes. Un hombre piensa en un niño, no importa cuál, da lo mismo; incluso digamos que en su propio hijo, y de repente se pregunta cómo es posible que un niño, maravilla de la creación, haya nacido de un encuentro no predestinado ni inevitable entre dos...

(¿Te sucede que estás escribiendo una frase que un momento antes no la tenías en mente, no así, pero nunca hasta ese punto, y de repente aparece ante ti un veredicto breve y conciso y sin posibilidad de apelación?)

Miriam, hace unos minutos (ahora son las siete de la mañana) que oigo un susurro. He saltado de la cama, creo que me he quedado traspuesto, porque

estaba seguro de que me venían a robar, o a violar, que aquí todo es posible, y he visto que alguien colaba un papel por debajo de la puerta.

Tu carta.

Por fin. Desde una distancia de años luz. Por lo visto ha llegado por correo hace ya dos días y se ha quedado sobre el mostrador de recepción (el sobre está plagado de garabatos, dibujos y números de teléfono en todo tipo de letra). Lástima, es una pena que no me llegara ya entonces. Me hubiera ahorrado muchas cosas. Todavía no la he abierto, no soy capaz. En mi estado, tengo miedo de no poder soportar tanta felicidad. Tengo también mis temores por lo que haya dentro, de la cosa que dudabas si contarme o no. No sé si ahora voy a ser capaz de soportar algo demasiado fuerte. Mejor voy a dormir un rato y luego la veo.

Pero ahora ya me siento completamente diferente (es como si me hubieran devuelto el carnet de identidad).

Todavía un instante, quiero aspirar toda la dulzura del momento que precede.

Se me ha despertado la nostalgia por volver a casa. He telefoneado, he hablado con Maya, y por allí todo anda bien. Ido ya está mejor. No tiene fiebre desde hace unos días y solo le queda la hinchazón. He intentado rebajar un poco la tensión entre nosotros. Al fondo se oían los ruidos cotidianos de un hogar. Me ha contado que vino a buscarme. Me he quedado callado. Ella también. Luego hemos suspirado los dos a la vez. Eso por lo menos ha sido algo bueno, nuestro suspiro al unísono. Me he sentido lleno de cariño hacia ella. Somos buenos amigos, puede que no le haya hecho justicia en las cartas. Creo que a pesar de todo me resulta difícil hablarte de ella. Demasiadas voces se me mezclan. Porque ella es el mejor

amigo que tengo, en la realidad. Lo sabías, ¿verdad? Ella es la luz, el calor, la sangre y el tejido de mi vida, realmente la alegría de mi vida cotidiana, pero todo es tan complejo.

Le he dicho que todavía no puedo volver. Ella ha permanecido en silencio. Le he dicho que me ha pasado algo que ha complicado un poco la situación, que he llegado a un sitio al que no tenía intención de venir, y que ahora tengo que seguir hasta el final hasta deshacer la madeja. Le he aclarado que es algo que tiene que ver solo conmigo mismo. Tómate tu tiempo, me ha contestado. Le he dicho que no será mucho, solo unos pocos días más. Y ella, que si para mí es importante, ya se las arreglará. Me he quedado pensando en lo generosa que es y en el miedo que tendría y lo mucho que lucharía por ella si la situación fuera al revés.

Después he marcado tu número, pero he colgado antes de que contestaras.

Solo oír el tono de llamada de tu teléfono me ha hecho sentir mejor. Por el hecho de saber que soy capaz de producir un ruido que tú oigas.

Voy a leer tu carta.
Dentro de un momento.

Ay, Miriam...

Densa, rica, compacta, ¡qué lugar más grande me has hecho en ti, para hacerles espacio también a mis angulosos codos!

Ahora, lo que me gustaría es sencillamente tomar un taxi, en este mismo momento de las diez de la noche, y salir volando a tu encuentro, abrazarte con todas mis fuerzas, acariciarte y consolarte; me gustaría acostarme

contigo solo para estar lo más cerca posible de esa historia, del lugar de tu historia y de la de Amos y Ana. Y de la de Yojai.

En este momento noto cómo me vuelven en forma de náuseas algunas de las cosas que te he escrito durante estos meses sin ninguna mala intención, con una mezcla de inocencia, grosería, idiotez, distracción y crueldad dignos de un niño que aplasta un polluelo. O mis tonterías de mimado sobre las paperas, o cuando te he preguntado qué habrías hecho tú si enfermaras de algo que conllevara tantas complicaciones... ¿Cómo has podido soportarme?

Ojalá que notes lo cerca que ahora me siento de ti, en cuerpo y alma, más que nunca, es como si en mi interior un enorme motor se hubiera vuelto a poner en marcha, así que vuelvo, Miriam, y no quiero recordar dónde he estado durante estos días ni lo bajo que he caído, porque lo que ahora deseo es despertar otra vez a la vida y entregarte toda mi carga genética en forma de palabras, todo lo que yo soy, para bien o para mal. Que en cada frase que te escriba se retuerza la serpentina microscópica de mi ADN. Escribo muchas bobadas, ya lo sé, pero es que también quiero entregarte mi estupidez y hacértela llegar bien dentro, así como la exaltación, el temor, la infidelidad, la mezquindad espiritual, todo ello mezclado con dos o tres cosas buenas que puede que haya en mí, que forniquen mis miedos y los tuyos y los fracasos que nos han llevado a esto. Ayer mismo te escribí lo humillante que resulta pensar que un niño nazca de la combinación no predestinada de un hombre y una mujer, y tú nunca, ni una sola vez, me has revelado cuántas veces te ha sobrevolado esta combinación de palabras cuando el niño *no había nacido*. ¿Por qué no me lo has dicho? ¿Cómo has podido ocultarme algo así durante seis meses? ¿De qué tenías miedo?

¿O es que no te fiabas de mí? ¿No sentías que yo podía ser el pararrayos de tu pena y tu dolor? ¿O te parecía que yo no era merecedor de eso? ¿Eh?

¿Que no merecía que me contaras una historia como esa? Esa es la cuestión, ¿verdad? Entre líneas leo que eso es lo que ha pasado y me ofende y me hiere hasta la desesperación que hasta ahora hayas dudado si contármelo o no. Quizá temías que si me contabas una historia tan maravillosa y tan pura yo podía decir algo que la ensuciara. Hasta ese punto has dudado si depositar tu confianza en mí.

Miriam, si todavía sientes algo por mí, ni que sea un mínimo sentimiento bueno, ayúdame, no me dejes. Cada vez que descubres una de tus heridas, noto al instante que hago un compasivo esfuerzo por no salir huyendo al instante del lugar de la desgracia. Está claro que lo que hago desmiente eso porque digo todo lo contrario, que tu maternidad con Yojai ahora me parece todavía más maravillosa después de lo que me has contado y que desde que lo has hecho te siento con una fuerza poderosa y nueva que me palpita en tres lugares diferentes del cuerpo, en lo más hondo de la parte izquierda del cerebro, en la bola de fuego bajo el corazón y en la base del pene, así que traza una línea entre estos tres puntos y tendrás la imagen exacta de lo que soy en este momento...

Eso es lo que diré y tú gritarás, basta, basta, porque tú ya sabes, mientras escribo esto desde la exaltación, que estoy mintiendo y que vuelvo a ser un íntimo-a-una-distancia de grito. Ayúdame a combatirte, por favor, mírame directamente a los ojos y vuélveme a preguntar, como en la carta, si de verdad los músculos de la espalda de mi alma no se han arqueado ahora y si tú no pesarás ya demasiado para la visión abstracta que defiende. Pregúntame aún más, pregúntame si de verdad comprendo lo que siento cuando te deshaces así ante mí, no te rindas, ayúdame contra mi gemelo negro, porque solo no voy a poder vencerlo, exígeme que entienda sin piedad lo que siento cuando esta herida tuya se abre ante mí, me aspira hacia su interior y se cierra sobre mí; y si realmente sé darme cuenta del

sufrimiento de otra persona y si sé dónde le duele a ella, en qué punto concreto del cuerpo; y si en lo más profundo de mi corazón creo que se puede experimentar el dolor del otro o si a mis ojos eso no es más que una mentira social comúnmente aceptada o un florilegio vacío, sentir el dolor ajeno. Repito la palabra «dolor» de la misma manera que Yojai repite palabras que no entiende. Has dicho que, en medio de esa verborrea suya, intenta hacer existir fuera de él la cosa de la que no está muy seguro de que exista. Dolor dolor dolor.

Tengo que salir a comprar algo. Hace ya casi una semana que me mantengo solamente a base de yogures y cerveza, el yogur ya se me ha terminado esta mañana, dentro de un cuarto de hora cierran la tienda nocturna de la calle Ben-Yehuda y no creo que pueda aguantar una noche más sin comer algo sólido. ¿Sabes lo que más me desespera? Que me hayas contado algo tan grave y que yo todavía no sea capaz de estar contigo de la manera en como me necesitas de verdad y que no sepa cómo eres contigo misma. No he llegado a descubrir el secreto que tú eres.

No me dejes, no te rindas, dime «Yair, Yair, ven ahora y palpa mi cuerpo, todo entero», oblígame a saltarme todas esas palabras turbadoras de preámbulo, esas palabras convencionales que dejan oír su tonta risa de adolescente, dime «redondéate, llénate, siente, siente cómo me voy desnudando en ti hasta los lugares más alejados que no existen en tu carne, que son solo una posibilidad en ti», susúrrame que te toque los pechos, su redondez y suavidad, y exactamente el punto de gravedad que tira de ellos hacia abajo y hacia los lados, el lugar ese que siempre resplandece en los cuadros. Pídeme que relaje los hombros, sonríte: «Relájalos, a pesar de que los míos siempre están muy tensos, diez años de “Alexander” y todavía los

tengo tensos». Sigue, Miriam, continúa diciéndome una y otra vez: «Relájate, relájate, siente cómo la cara se te redondea poco a poco, cómo se suaviza, se hace más delicada, no temas esa palabra, quizá serías una persona más alegre si te atrevieras a ser más delicado, a llenarte de tu propia delicadeza, es tuya, es buena para ti, manantial vivo, no lo tapes con piedras, y dime ven, fluye en mí y escribe en mí, a lo largo de mi cuerpo, de mis piernas, y entre ellas, siente por una vez cómo todo eso te pertenece, no solo cómo lo deseas, pero te veo muy tenso, Yair, quizá porque también yo lo estoy ahora, como cuando se pone uno en guardia ante la sospecha de un dolor que se nos viene encima, porque ahora el vientre, te pido que sientas mi vientre tan suave, blanco y vacío...».

«No te detengas, en el punto en el que ahora nos encontramos no te puedes poner a protegerme. Ese es el trato que hicimos, Yair, esta noche lo vamos a escribir todo, mano a mano, palabras verdaderas (¿cómo te gusta decirlo a ti? Ah, sí, como en el capítulo veintidós del libro de los Proverbios: “Para darte a conocer la verdad, palabras sinceras”). Escribe, escribe todo lo que acuda a tu mente y a la mía y siente mi vientre desde dentro, pálpame ese punto concreto, mi ángulo ciego al que tú una vez, sin darte cuenta de ello, diste un nombre, donde mi cuerpo y mi alma se encuentran susurrando su contraseña interior. Imagina cómo las esperanzas confluyen en él de mes en mes y cómo, de repente, se convierte en una punzada de pena y desespero, en aflicción del alma y en aflicción del cuerpo.»

«Recuerda cómo me viste allí la primera vez, aquella noche, y comprende finalmente, sí, ahora ya lo comprendes, por qué me sentía tan desgraciada y

desesperada, en aquel mismo momento en que tú me miraste, qué celebración particular me traía yo entre manos aquel día.

»Qué abismo esconde la palabra “casi”.

»No salgas de la habitación, quédate con nosotros. Mis palabras vienen de tu boca, qué experiencia más extraña. Esa voluntad tuya me emociona, y a la vez me turba de una forma indescriptible. Pero acuérdate de que se trata de la única historia que quería contarte, la historia de la partida absoluta hacia el otro. No para perderse uno en él ni para renunciar a uno mismo, Dios me libre, si no para dar vida por una vez a un extraño, es decir a un prójimo, al otro, en tu interior...

»Yair, con toda mi alma y todo mi cuerpo noto en este momento tu voluntad de hacerlo. Así como el miedo. Ambos se debaten ahora en ti, como de costumbre. Como siempre en ti. Con las manos desnudas tocas por un momento mi dolor, y noto que lo amas y que de verdad y con toda sinceridad no quieres que yo esté sola con él, pero al instante te apartas apresuradamente alejándote de mí más lejos que lejos... Pero por lo que más quieras, no salgas de la habitación, porque si ahora te marchas ya no vas a regresar. Al fin del mundo, te irías, y no querrías ni acordarte de lo que ahora está empezando para ti conmigo. Cuando el alma se abre así, despacito y con un inmenso dolor, hacia otra persona. Ni dejes de escribir, aférrate al bolígrafo con las fuerzas que te quedan, estás temblando de tanta tensión, pero escribes, echas raíces en mí, no tengas miedo. Tampoco del pensamiento que te asaltó una vez, hace millones de años, ¿o hace dos días?, cuando deseaste despertar sin memoria después de un accidente o de una operación, para empezar a recordar despacio, pasito a paso, nuestra historia, la tuya y la mía, y contártela entera a ti mismo, desde el principio, pero sin saber ni por un instante si en la historia tú eres el hombre o la mujer.

»Ojalá recuerdes cómo se está de mujer, y cómo cuando no se es ni hombre ni mujer, sino tú antes de todo, antes de las definiciones, de los pronombres, de las palabras y de los géneros. Quizá así alcances también, como por casualidad, mi primitiva posibilidad de ser yo.

»Y si llegas hasta allí, conocerás a la perfección el lugar en el que ahora me encuentro frente a ti, un poco encogida y acurrucada. Tanto te admiró mi maternidad que desde el primer momento empezaste a succionarla de mí, y cuanto más la mamabas más la producía yo, y cuanto más había más sed tenía. Nunca supe, intenté o me atreví a contarme a mí misma con tanta vehemencia esta historia.

»Puedes adivinar lo que siento, ahora que conoces la verdad, los hechos y la realidad. Pero qué le vamos a hacer, Yair, creo que no soy una persona muy racional cuando se trata de este asunto en concreto. De mi maternidad.

»Seguro que Darwin, en su tumba, no me haría una venia.

»Además tienes razón cuando dices que es muy difícil crear algo de dos.»

¡Pero es que eres tan maternal a mis ojos! Y eso no es algo que vaya nunca a cambiar. Porque esa es tu esencia, Miriam, y yo nunca podré pensar en ti sin sentirla (ahora lo entiendo, «Amos tiene un hijo de su primer matrimonio»). No lo había relacionado...), y no dejo de imaginarme esos momentos en la sala de partos cuando ella notó que algo se le estaba complicando mucho, que fue cuando enseguida se lo prometiste, cuando los dos le hicisteis esa promesa.

Y la manera que tienes de contar con él hasta un millón, día tras día.

«¿Sabes, Yair?, quizá sea verdad que hubo una vez un instante en los confines del tiempo y de las existencias, una fracción de segundo, durante el que tú podrías haber sido yo, mi posibilidad... ¿Qué dices a eso? ¿Se puede llegar a pensar que exista un lugar como ese? ¿Se le puede pedir ese deseo a tu Kremlin? No, no enciendas la luz. Esta luz de aquí es demasiado rojiza... Escribe a oscuras. Te tiembla mucho la letra este último rato. Es la letra de alguien que está llorando. ¿Te acuerdas de cómo me molesté porque no me preguntabas cuál era mi vértebra indestructible, mi huesecillo vital? Una y otra vez te pedí que intentaras adivinarlo, pero tú me ignoraste (como muy bien sabes hacer cuando ciertas preguntas no te interesan). Así que al final lo dejé, y entonces, tampoco yo seguí indagándolo. Una pregunta perdida.

»Pero ahora escríbelo por mí:

»Cada vez estoy más convencida de que mi huesecillo vital e indestructible es la nostalgia.

»¿Y el tuyo? ¿Cuál es el tuyo?»

¿Seguro que quieres oírlo? No, en realidad no quieres.

Callas. De pronto te niegas a ser escrita. La magia se ha esfumado. Sé muy bien lo que estás pensando. Y es que lo llevas escrito en la cara: «... cómo es posible que un hombre hambriento de amor, del elixir del amor, para el que cada palabra es una expresión amorosa, se empeñe en alimentarse de tentempiés...», ya lo he leído, lo he leído. Eso ha estado de más en tu última carta. Pero dejemos eso ahora. Sería una pena estropear este momento. Miriam, no intentes cambiarme en todo, y en especial no me quites *esto*, porque a pesar de todas tus dudas, eso es decididamente mi huesecillo vital e indestructible.

«No te vayas, Yair, no sueltes el bolígrafo de la mano, sigue jugando a este juego de los desmentidos por un rato más, aunque los músculos de la espalda del alma se te resientan bajo el peso hasta combarse y el dolor se te haga insoportable. Lo conozco muy bien, porque también yo he sentido cosas por ti que apenas he podido soportar. Pero ahora que estás solo contigo mismo en esta habitación, cuando quizá estás lo más solo que nunca te hayas atrevido a estar, quiero que escribas una sola vez, exclusivamente para tus ojos, por qué te torturas de esta manera y cómo es que te atreves a meter a un extraño en el lugar de ti que más herido tienes.»

Basta, estoy harto de seguir aquí enterrado masturbándome con las palabras. ¡De esta manera se puede decir cualquier cosa! Este juego tan infantil dura ya demasiado. Son las dos de la mañana, llevo escribiendo de corrido durante más de cinco horas y estoy completamente ido. Necesito algo real, vivo, cálido, que se curve entre mis manos, y en lugar de eso me vuelvo a fustigar por medio de ti. ¡Ya hemos vuelto a las andadas de propinarme a mí los latigazos! Estas cartas ya no te las voy a mandar. Ha habido un punto en el que tú y yo hemos empezado a hablar en idiomas distintos. ¿Qué sabrás tú de la maravilla que supone que una persona que era una completa desconocida se convierta de pronto en el epicentro de todos los pensamientos y las fantasías de otra? ¿Qué entenderás tú de la incandescencia, de la llama que puede arder entre dos desconocidos, más que eso, entre dos completos desconocidos, que conocen todos los artículos de la Constitución y por eso tienen claro que después de la tempestad volverán a quedarse solos? Solos. ¿Quieres oír algo? ¿Quieres oír cómo es de verdad para todo el mundo, para todos, detrás de las bellas palabras y de las miradas robadas?

Pues así es como es: después de que tú también terminaras, nos quedamos acostados, tranquilamente, respirando juntos, ronroneando en medio de un placer satisfecho, y pasados unos instantes dejé escapar el bostezo que suele anunciar mi «venga, volvamos a la triste realidad», pero entonces tú me atrapaste con tus manos fuertes y me dijiste: «No salgas».

Sonreí hacia tu cuello, porque me hizo gracia esa extraña excitación en tu voz, así que me quedé un momento más, hasta puede que me quedara un poco traspuesto, y cuando quise salir, porque ya me dirás cuánto tiempo se puede permanecer así, llega un momento en que ya apetece volver a recomponerse frente al otro, podría compararse al repliegue de dos ejércitos después de una gran batalla para fijar los límites del frente, y alguien masculino rugiría ya con voz ronca, ¿qué hago yo aquí con este cuerpo desconocido?, pero yo haría un alarde de mi hipocresía en estos casos y maullaría como un gato especialmente satisfecho que estaría dispuesto a quedarse así contigo para siempre, así que tú dijiste enseguida: «Pues quédate». Y yo te pregunté con una sonrisa, ¿para siempre? A lo que me respondiste: «Sí, para siempre, para siempre. Por hoy. No salgas». Yo me eché a reír contra tu hombro desnudo y cálido, mientras te decía que mejor sería que me la cortara para que la pudieras seguir utilizando, porque es que yo tenía otras cosas que hacer ese día, y tú me dijiste entonces con extraña urgencia: «No por favor, quédate un poco más, todo lo que puedas, lo que los dos podamos, pero si hoy no tienes prisa por llegar a ningún sitio».

No hablabas con tu voz saciada de después de, sino en un tono de súplica un poco apresurado, y oí en tu voz algo nuevo, no un capricho pasajero sino un deseo profundo, hasta el punto de que por un momento me pareció entender lo que querías que nos pasara y estuve a punto de dejarme tentar. Aflojé los músculos de la espalda y de los hombros, para que no notaras que algo en mi interior se rebelaba y que furioso se decía, pero ¿cómo, con esta?

Pero ¿qué demonios quiere? Si ya tiene lo que le tocaba, y tú era como si lo hubieras oído, porque me susurraste «Aunque lo que deseas es salir, no salgas, domínate, solo un poquito más», a lo que yo te contesté con media sonrisa aunque furioso, pero ¿esto qué es? ¿Experimentando con seres humanos? Tú no me contestaste, sino que te limitaste a apretar contra mí tus pechos cálidos y suaves, y como si hablaras con ellos me hablaste en idioma-pecho, mientras yo notaba tu respiración en mi oreja. No quiero ofenderte, pero me sentía un poco desamparado, porque me di cuenta de que te estabas dejando arrastrar y muy deprisa hacia una de tus situaciones femeninas que siempre resultan ser demasiado profundas para mí. El pene, además, lo tenía encogido y completamente replegado, como siempre que me sumo en reflexiones trascendentales, y aun así no le permitías escapar de tu interior, y no olvides que yo tenía un poco de hambre, como siempre después de, así que yacía allí inquieto como obligado a confiar mi destino a una persona un poco desconocida, y realmente resulta extraño lo desconocida que me resultabas después de una proximidad tan grande, y ese apego de ti hacia mí me resultaba demasiado íntimo en ese momento, así que empecé a preguntarme cuándo demonios te cansarías de ese jueguito, cuándo dejarías de pedir ese deseo tuyo, porque notaba alrededor del pene cómo tenías los ojos cerrados con una clara intención mientras el brazo se me dormía detrás de tu espalda y la correa del reloj se te enredaba en el pelo. Yo ya solo rezaba para ver si me quedaba dormido y que él, el difunto, se saliera solo en algún momento, para que tú y yo nos sonriéramos y lo olvidáramos, pero entonces me susurraste muy bajito «No, ayúdame para que se quede dentro», y empecé a sospechar que me lees todos los pensamientos.

Se me fue formando en la garganta una bola amarga de concentrados anteriores, un gruñido bajo y peludo, y tú, por supuesto, lo notaste, y aun así

no dejabas de susurrarme al oído, como si estuvieras rezando, que me quedara contigo, no con él, «sino conmigo, conmigo», y me recordé a mí mismo que a partir del día siguiente tenía que dedicarme a hacer dorsales, y también me entretuve haciendo la lista de lo que tenía que hacer en el trabajo, ya llevaba demasiado tiempo con todo abandonado, pero tú me susurraste algo bien hondo en el oído, pero como estabas demasiado cerca no pude oírlo, y me pasaste la lengua con delicadeza, así que los dos volvimos a ponernos en tensión y mi pececillo agitó ligeramente la cola mientras tu mar subía hacia él, y pensé para mis adentros que aquello podía no estar mal, hacía ya mucho que no la trincaba dos veces seguidas sin sacarla, a ver si era capaz de lograrlo, y tú tensaste tu cuerpo ante mí mientras yo pasaba los dedos por tu espina dorsal y te lamía el cuello, que estaba un poco salado, y pensé que la palabra «carne» quedaba realmente un poco carnífera, pero si me decía a mí mismo «la carne de Miriam» era como si esas palabras se cubrieran de un velo fino y delicado, así que me dije «su carne, su cuerpo, su muslo», pero entonces sucedió que me acordé de Maya y ese solo pensamiento me retrajo, y toda la savia espesa se me reabsorbió hasta la columna vertebral, mientras la cabeza se me caía, así que dije, nada, que no puedo, y tú, «pero no salgas, no importa, solo te pido que no salgas ahora», y yo te pregunté furioso, está bien, pero ¿hasta cuándo?, y tú murmuraste como en un duermevela: «Hasta que nos dé miedo».

A mí miedo no me daba, sino que me estaba poniendo nervioso y furioso, porque hay que escuchar al cuerpo y saber que si él quiere salir hay que dejarlo salir y no torturarlo, y es que existe, por lo visto, cierta lógica biológica referente a esta necesidad, o en nuestro instinto, mientras que tu tozudez me llenaba de desasosiego y de un bronco rencor hacia ti mientras te oía respirar muy concentrada rítmica y profundamente en mi oreja y me

acordé de lo que los dos habíamos inventado cuando una vez paseábamos juntos durante la única excursión que logramos hacer cuando estuvimos juntos tres días enteros, y que consistía en pensar que la oreja parece un poco el resto arqueológico de un anfiteatro y que quizá por eso los construyeron así.

Pero ¿cuánto tiempo tienes intención de que sigamos así?, te dije furioso, y te expliqué que siendo yo como era un ser imperfecto de carne y hueso, de vez en vez necesitaba mear, y entonces me enlazaste y dijiste: «Mea dentro de mí». Por un momento sopesé la idea, y créeme que incluso intenté disfrutar de la vulgaridad voluptuosa que encerraba tu propuesta, pero luego te pregunté si no sería peligroso para tu salud y tú me dijiste que el único peligroso para tu salud era yo, pero que por favor no saliera, «¿De qué tienes tanto miedo?», me preguntaste con voz de sonámbula, «No te estoy pidiendo que nos vayamos a Tierra del Fuego, sino solamente que sigamos unidos cuerpo con cuerpo». Pero ¿para qué?, me enfadé, ya me siento suficientemente unido a ti, me parece que apenas tengo un lugar en la cabeza libre de ti, porque has entrado en los recuerdos de mi infancia para estar conmigo allí, hablas dentro de mí, tus palabras anidan en mí y echan fuera mis polluelos, y empecé a provocarme a mí mismo para enfurecerme y poder apoyarme en los brazos con el fin de soltarme, pero tú tiraste de mí con fuerza hasta pegarme a ti y me dijiste «¿Te molesta que entre en tus pensamientos?», y te dije no, si fue estupendo, el encuentro por la noche, en la calle, y que ahora sea capaz de soñar, gracias a ti, y que pueda escribir tu diario y producir con mayor o menor exactitud tu voz en mí, todo eso es fabuloso, estupendo, pero ahora quiero salir, decididamente, pero tú te limitaste a escuchar, sonreíste y anunciaste: «No saldrás».

Desesperado te pregunté, ¿por qué?, y tú dijiste «Para que sigamos unidos por una vez todo el tiempo que podamos», y yo te gruñí que hasta

los perros pueden hacer algo así, de manera que qué interés podía tener aquello, y entonces dijiste, asustada: «No huyas ahora». ¿Y si salgo de una vez? «No salgas.» ¿Y si sí? «Mira» (dijiste), «yo también tengo que mear», pues mea alrededor de mí, «no puedo, me da vergüenza», pues entonces ¿qué propones? «¿Y tú, qué propones tú?» ¿Sabes qué? «¿Qué?» Quedémonos dormidos y entonces, en el sueño, nos lo hacemos, como los niños...

Te reíste, porque una vez te conté, o te pensé, cómo había intentado, ya de adulto, orinarme en la cama y cómo no lo conseguí, y tú, naturalmente sabes de lo que me estoy riendo, y me puse muy contento porque lo sabes todo acerca de mí, todos los pensamientos y los detalles más nimios sobre mí, eso, de repente, me produjo un gran placer mientras que hacía un momento me había puesto tan furioso, no lo entiendo, no me entiendo contigo, exactamente como lo dijiste, que en el lugar que más me acerco a ti, ahí es donde tú más huyes, ten cuidado conmigo, porque te voy a cocear como un caballo en ese lugar, fíate solo de mi infidelidad y así estarás protegida, pero era como si tú no me escucharas, porque me dijiste, aunque nos hablemos tan mal y nos digamos estas cosas, siempre permanecerá entre nosotros la pureza, y esta vez me dejé llevar un poco por la solemnidad de tu retórica, ¡porque tienes unas palabras!, ya lo creo, como de folletín de los años cincuenta, y te dije tontamente que creo que puedes llegar a purificarme, y tú me preguntaste emocionada: «¿De verdad crees que puedo purificarte?». Y tu mejilla izquierda se ruborizó, mientras yo te contestaba que si alguien era capaz de hacerlo, esa eras tú, y cerraste los ojos como si no pudieras contener en ti tanta felicidad y oí tus pensamientos y el abrazo de tu carne rodeándome, y supe que volvías a pedir un deseo, pero me equivoqué, porque se trataba de un voto, según parece existen algunas letras corporales tuyas que todavía me cuesta leer, y me dijiste que

habías hecho un voto que te afectaba a ti contigo misma y te pregunté que cuál, pero enseguida supe la respuesta, sin impedimento ninguno afloró y fluyó de tu cuerpo hacia el mío, y dijiste «Dime», y dije que habías hecho el voto de acostarte conmigo una vez por cada una de las que me había acostado con otra mujer sin amor, y dijiste «Así es», en realidad no dijiste nada sino que vi tus párpados cerrarse suspirando por mí, pero entonces empecé a notar que estaba atrapado en tu interior y que no me dejabas respirar, que te aferrabas a mí no dejándome hacer nada de una forma insoportable para mí, y es que deberías saber que me puede dar un acceso de claustrofobia también dentro del cuerpo de alguien que me tenga atrapado entre las piernas, pero tú, aferrada a mí, dijiste «No salgas, tengo que saber qué es lo que pasa cuando uno se queda así y quiero que sea contigo», y te dije, te voy a decir lo que va a pasar, que nos pudriremos juntos en el meado y en la mierda, o puede que nos fundamos juntos o que nos suceda algo que ni puede llegarse a imaginar, una mutación.

«Eso es precisamente lo que espero», dijiste, «que le llegue a pasar algo a dos cuerpos que se quedan así unidos, en contra del impulso natural que suele separarlos al final.» Pero ¿qué crees tú que puede pasar?, me enfadé desesperado, porque había algo extraño y angustioso en tu empecinamiento, además de que empezaba a sentirme como un niño al que obligan a besar a la tía, explícame qué puede pasar excepto que dentro de media hora estemos hartos el uno del otro para siempre, y tú dijiste: «Puede que descubramos algo, algún secreto que los hombres tengan prohibido descubrir, quizá lleguemos juntos a algún punto diminuto y último, que si lo tocamos juntos, ya no queramos nunca separarnos».

Pero ¿cuánto tiempo más?, grité, y tú dijiste, como para ti «Hasta que

todos los pelos del cuerpo se nos pongan de punta de puro miedo, no de turbación ni de fastidio, estoy hablando de un miedo insufrible, de una fusión completa, de la eliminación de todos los límites, del desnudo absoluto que creí que tú buscabas», pero ya casi ni me hablabas, murmurabas para ti una especie de determinación extraña, como en una visión, y no te importaba en absoluto si yo lo oía o entendía, como haces a veces cuando te sumerges en ti misma ante mí y te pones a susurrar y entonces me siento como si no fuera más que un medio para ti, Miriam, que coges de mí una chispa para encenderte a ti misma y devolverte a la vida y que eso es realmente una guerra a vida o muerte para ti.

A mí no me gustan este tipo de juegos, volví a decir, y la voz me sonó un tanto hueca, como de niño quejumbroso, «No se trata de un juego», dijiste tú, «no estoy jugando contigo, esto es muy serio», y me sujetaste el rostro entre tus manos mientras decías «Mírame fijo y directamente a los ojos», y a mí eso me echó para atrás, porque todavía no me había dado tiempo a ponerte en guardia y que supieras que ese tipo de miradas son peligrosas, y enseguida empiezo a notar cómo mi cara es una combinación de miles de músculos diminutos, así que es imposible evitar que empiecen a moverse y a temblar, y el milagro es que todos estos músculos, células, huesos y nervios consigan mantenerse juntos en la vida diaria en un solo ser (hay cosas que tengo prohibido incluso decirlas, y cuántos miles de músculos tienen que actuar continuamente en medio de un esfuerzo ingente, solo para mantener un par de labios en su lugar natural, por no hablar de la potencia de los bozales que hay que poner constantemente alrededor de los lacrimales y qué tentador es dejarse fundir y fluir hacia ti y ser tú hasta el final), me das miedo, te dije. «Coge unas uvas», me dijiste, «te darán fuerza y glucosa».

Extendiste la mano hacia la fuente de las uvas que había junto a la cama

y me metiste una uva en la boca, diciendo: «No es una uva, es una señora uva». Y la palabra hizo afluir en mí al instante una oleada de calor, la mordí, el zumo manó sobre tu mejilla y una gota quedó prendida en el borde de tu labio, la lamí y te pasé de mi boca a la tuya media uva y toda mi lengua por tus maravillosos labios, «Ven, amado mío, recuéstate aquí conmigo», me susurraste en silencio, y al instante me sentí lleno, volví en mí de repente, y retozamos muy unidos, más que nunca lo habíamos estado, durante un tiempo indefinido, y recuerdo que levantaste con un gesto turbador tus piernas blancas muy rectas y juntas en el aire, y yo las hice reposar sobre mi hombro derecho y apoyé la cabeza sobre ellas pensando «música», y los dos juntos nos vimos a ti y a mí como un músico con su violonchelo blanco, y esta unión, que era todavía más fuerte en el corazón mismo de nuestra conciliación, nos inflamó hasta hacernos arder en verdadero fuego, y el olor de mi sudor era tan fuerte como el olor que tengo ahora mientras te escribo, y el cuerpo estaba pegajoso y ardiente, los labios abrasados y la piel al rojo vivo en medio de la locura, y los dos acabamos a la vez, aunque no nos habíamos preocupado por el placer del otro, como a mí me suele gustar hacer, y el placer era tan grande que tuve que ponerme a pensar en otra cosa como a veces tengo que leer tus cartas con los ojos entornados, a través de la mitad de los párpados y pensé que la vocecita que ahora se oía era la mía, qué raro es cuando estoy contigo, porque termino con una voz muy fina que no es la mía, y por eso puse una voz de bajo bien grave, aun a sabiendas de que en tu opinión cuando chillo con voz aguda como antes me ves más auténtico, y para desempeñar mi papel de macho rugí enseguida, como suelo hacer, que la segunda vez siempre es mejor y más potente, y tú te dejaste tentar por el tono grosero de mi voz y murmuraste con una voz exageradamente ronca, «¿Qué sabréis vosotros, pobres hombres que tenéis que conformaros con tan poco?», y los dos

sabíamos que simplemente estábamos pagando el tributo de hacer quedar bien a nuestros respectivos sexos, pero que en realidad estaba sucediéndonos algo por lo que ya no los representábamos fielmente, y logramos milagrosamente desinhibirnos de la política corriente entre hombres y mujeres, y por la proximidad y nuestro retozar en ese momento, era como si hubiéramos entrado en una senda a cuyo final se descubría que nuestros cuerpos no eran más que puro azar, ¿verdad? Unos pedazos de carne unidos así y no de esta otra forma, de manera que salía un hombre o una mujer, y verdad es que ese azar acaba por determinarlo todo y el hecho de saberlo lo vuelve a cambiar todo, da miedo incluso escribirlo por si las palabras mismas tuvieran un poder mágico que me hechice y me deje así para siempre, pudiéndome mover libremente entre los sexos como el ave de rapiña de la alianza bíblica de Abraham, permitiendo que mi espíritu se cierna sobre las carnes divididas...

Sin embargo me da miedo de esta sensación que empiezo a tener, Miriam, y es que un paso más, es decir que si seguimos un paso más hacia delante o hacia dentro, los dos correremos el peligro de transgredir las leyes de la integridad del individuo en su sentido más primario, más simple, y sobre todo me preocupas tú, sí, muchísimo, porque no sabes protegerte y estás dispuesta a cualquier locura, qué se le va a hacer, los hechos nos obligan a reconocerlo, estás tan completamente expuesta a todo que da horror, sabes muy bien que mis sentimientos nunca podrán igualar a los tuyos en complejidad ni en profundidad, en la capacidad de entrega que tienes ni en esa exigencia secreta de querer que me sea por lo menos tan fiel a mí mismo como fiel te eres tú a ti y que me lamente por las cosas en las que soy distinto a ti, porque eso es lo que me transmites constantemente, con estas o aquellas palabras (no pretendas negarlo) y es que ¡tú quieres ser yo!

Un momento, no, no me des la razón como a un tonto, agárrame con todas tus fuerzas por las caderas y envuélveme con tus piernas, mientras me susurras al oído que esa eres tú y este soy yo, y que no voy a salir: lucha contra mí. Llevo horas escribiendo, las palabras se me deshacen, estoy al límite de mis palabras, y ya no sé qué hacer contigo. Esa es la amarga verdad. No es que ahora me quiera echar atrás, ni que te diga, mira, terminemos ya, incluso antes de esa tontería de la guillotina, pero ¿no tendríamos que dejarlo antes de que sea demasiado tarde, Miriam?

13 de octubre

Yair. Sí, después de todo soy Yair. Pero el apellido no te lo voy a dar.

Te juro que me gustaría dártelo todo, cómo lo dudas, con toda facilidad podría anotártelo aquí todo seguido, nombre, dirección, teléfono, profesión, edad, para que por lo menos tuvieras un destinatario claro de tu desprecio hacia mí, pero entonces todas esas moléculas sudorosas empezarían a pegarse unas a otras, y entonces tendríamos una historia epidérmica y ambos moriríamos dos veces.

Es mejor así, créeme. ¿Qué necesidad tienes tú de saber lo insignificante y corriente que soy en la vida?

Ya está, aquí finaliza nuestra emisión, nuestra pequeña representación, se acabó. Vuelvo a estar en Jerusalén, perfectamente engarzado en mi vida cotidiana. Comprenderás que no me veo capaz de seguir contigo después de lo que ha pasado. Aunque mi rasero esté muy bajo, incluso yo tengo un límite. No puedo soportar pensar lo que has pasado por mí en esos apestosos sitios de la playa. Eso solo ha venido a demostrar hasta qué punto el contacto conmigo te ensucia.

Miriam, Miiiii-riaaaam, cómo me gustaba rugir tu nombre al principio.

Ahora estoy tendido en el sótano más bajo en el que haya estado en mi vida, y me siento como una cucaracha humana. No hay castigo que más me merezca que cortar mi relación contigo. Es la única cosa que puedo hacer para hacerme justicia. He estado a punto de escribir «Quién sabe cuánto tiempo pasará hasta que vuelva a ser yo mismo», pero como bien sabido es, ¿quién es ese yo mismo, y quién demonios tiene intención alguna de volver a ser él?

Por lo menos dos veces al día, cuando yo estaba contigo, él asomaba la cabeza por la puerta para interesarse por si ya había llegado a su fin su pesadilla y tú te habías marchado. No me cabe la menor duda de que ya mañana, ¿qué mañana?, esta misma noche, no, ahora, cuando cierre el sobre, lo veré sentado en mi silla con las piernas en alto y sonriéndome, «Baby, I'm home!».

Basta ya, terminemos de una vez. Esto es como pronunciar el responso de mi propio entierro. A lo largo de estos meses me has dado el regalo más grande que haya recibido en la vida (solo puedo compararlo con lo que me dio Maya cuando accedió a tener un hijo conmigo) y lo he estropeado. Bueno, en realidad también lo que recibí de Maya me dedico a destrozarlo a conciencia.

No soy capaz de describir con palabras cómo me ha afectado el pensar que lo has dejado absolutamente todo para ir a Tel Aviv. Que estuviste allí por mí. Te vuelvo a repetir que para ti puede que eso sea completamente natural, porque te pareció que yo estaba en apuros y saliste en mi ayuda, pero yo, sin embargo, me emociono mucho al pensar que alguien ha hecho algo así por otra persona. Por mí.

La idea que ahora me tortura es que como yo estaba tan sumergido en mis pensamientos, ni te vi, ni tan siquiera te adiviné. Que durante dos días nos halláramos a una distancia de quizá unos cien metros el uno del otro,

que incluso puede que nos cruzáramos hasta casi rozarnos, y que yo, ¿qué es lo que veía? Solo palabras.

Pensar en ti caminando entre las prostitutas de la playa y preguntándoles, o entrando en los hoteles por horas de la calle Allenby y Yarkon, para después volver a salir a dar vueltas por la noche, y por los gimnasios y las salas de masaje, indagando y tratándote con esos tipos tan repugnantes que hay allí. Y aquel chico que primero te miraba y que luego empezó a seguirte, ¿no pasaste miedo? Imagina que alguno de tus alumnos te hubiera visto. ¿No pensaste en que tenías que estar loca para hacer algo así por mí?

Miriam, mi más que muy y terriblemente queridísima Miriam, por lo espantosamente encogido que tengo el corazón, sé que este es el momento en el que tendría que salir a tu encuentro y decirte, ven, intentémoslo, por qué no, quizá sea posible; honorable juez, podría ordenarle a la realidad que abriera un poco sus quijadas para que pudiéramos liberar de ellas, por un momento, a dos personas que quieren estar solas, ¿qué hay? Dos personas que se han gustado y que a quién le va a importar que se abracen y se achuchen durante dos horas a la semana en algún maldito hotel y vean cómo les va, y comprueben hasta dónde están dispuestas a llegar juntas. Aunque, ¿por qué va a ser en un maldito hotel?, honorable juez, cede por una vez, haz la vista gorda, tórnatelo como parte del proceso de rehabilitación del delincuente que yo soy, así que ¿por qué no pensar que se van a ver en un lugar bonito y al aire libre, junto a la orilla del mar, en una ciudad bonita, en el césped de Ramat-Rajel frente al desierto, en un bosque de encinas que mire al Mar de Tiberíades...

¿Qué va a ser de nosotros?, preguntabas al final. Es verdad, ¿qué va a ser de nosotros?

YAIR

Todavía un momento más. No soy capaz de dejarlo, como que si dejara de escribir todo se acabaría.

Ya por cómo reaccionaste a mi primera carta supe que me llevarías a un lugar muy alejado, más allá de mi horizonte, y sin embargo te seguí. ¿Por qué fui contigo? Si el primer impulso, después de que escribieras que mi carta te había emocionado, fue cortar en seco inmediatamente. ¿Te das cuenta de que eso fue lo que escribiste, ya desde el principio, sin tan siquiera saber quién era yo, con toda franqueza y sin ninguna clase de triquiñuelas ni disimulos?

Es tan poco frecuente, créeme, cree a este experto. Así que ya entonces me dije, es demasiado buena y honesta para los apasionados jueguecitos que tú te traes. Sé generoso por una vez y déjala marchar. Seguro que Jack también dejó marchar a una mujer antes de destriparla, ¿verdad?

Estoy seguro de que te opondrás a esta comparación, pero curiosamente tu integridad se me asemeja ahora a lo que llamaste una vez mis «confusiones e ilusiones». Se trata de una integridad, la tuya, que no cae por su propio peso, no por lo menos según las reglas comúnmente aceptadas de la hipocresía. Es una integridad particular, específicamente tuya, como un campo de batalla entre todas las fuerzas poderosas que hay en ti, que todo el tiempo actúan juntas embarulladas, y que aun siendo así, cuando las tocas todas juntas, no mueres, sino todo lo contrario. Ojalá que yo pudiera aprender esa habilidad de ti, pero creo que ya no lo conseguiré nunca.

¿Me produce eso tristeza? Sí, y vergüenza también. Puede que creas que yo no tengo ni idea de lo que es la vergüenza, pero te pido que no me quites el derecho a avergonzarme.

¿Sabes?, durante todo el período de nuestra relación te he sido fiel. Es decir, por muy lastimoso que te pueda parecer, incluso (casi) perdí el gusto por mirar a otras mujeres, por fantasear con ellas o por probar suerte. Si en

algún momento me asaltó la tentación, enseguida notaba cómo tú (tú, no Maya) se encogía dentro de mí con gran dolor. Para mí es muy importante que sepas que no hubo excepciones, y eso no es sencillo para mí. Diez veces al día se me llenaba el gran odre del orgullo de ser tuyo. Seguro que te repugna que me pavonee de esta manera de «mi fidelidad», porque la verdad es que no tengo derecho a hacerlo porque se trató solo de un repliegue a la segunda fila del frente de la fidelidad, pero aun así...

Miriam, esta es mi última carta porque, por lo visto, no te voy a seguir escribiendo. Has visto, ni siquiera hemos llegado a la guillotina. Nos las hemos arreglado nosotros solos, sin ayuda. Si no fuera tan tonto, hubiera podido ser feliz contigo, sin que importara cómo, de cualquier forma que el mundo nos lo hubiera permitido. A propósito, estoy mirando la fecha y acabo de recordar que esta semana ha sido tu cumpleaños, ¿verdad? Has cumplido los cuarenta, hace tres días. Claro que sí. Seguro que me estuviste esperando ese día, tenías la esperanza de que te hiciera un regalo, que te lo llevara, y al final no recibiste más que todo aquel papelerío desde Tel Aviv y encima ese «no salgas», de postre.

¿Qué te puedo desear por tu cumpleaños? En realidad, lo que te tendría que desear es a ti misma, porque tú eres el regalo máspreciado y exótico que yo pueda imaginar. Ojalá hubiera podido tener más valor para quedarme contigo.

No, quiero pedir algo más grande, por qué conformarse con menos, quiero formular un verdadero deseo: ojalá que el tiempo se detenga, que este verano dure para siempre, que yo pueda huir de mí mismo, de mi propio abrazo mortal, y que aparezca de repente en otro lugar, supongamos que delante de ti, pero renovado, libre, desnudo, aunque sólo sea por un día, durante la página entera de una carta, un solo instante de completa libertad, ¿por qué no, realmente? Si no ¿qué sentido tiene lo que soy?

YAIR EINHORN

(*Medianoche*)

(¿Y eso es todo? ¿Por un apellido como ese tanto alboroto y tanto misterio?)

Tengo treinta y tres años. Vivo en el barrio de Talpiot. La dirección está en el sobre. Se trata de una parte nueva de casas unifamiliares muy apiñadas, del tipo «ya tengo el chalet» para nuevos ricos. A ver, ¿qué más? Tengo un negocio relativamente grande, que se llama Palabras Vanas. Precisamente bastante cerca de tu casa. Justo en el límite del bosque de Jerusalén. Vendo libros usados y localizo libros raros a los interesados. ¿Qué más? Pregunta, pregunta, la reja está abierta. Tengo un equipo de diez empleados, incluido un restaurador de libros y un pequeño genio en silla de ruedas que se conoce prácticamente cada libro que se escribe en hebreo y que es capaz de identificar un libro por medio de una sola frase del mismo (fue él quien te encontró lo de «revestirse de una historia»). Y siete caballeros motorizados a quienes rescaté de una empresa de reparto de pizzas a domicilio que quebró, y que ahora se han convertido en portadores de libros a las casas de los clientes por todo el país dejando tras de sí las negras marcas calcinadas de sus ruedas mientras transportan todo libro y revista que exista en esta galaxia, desde libros sobre el cultivo de la orquídea y la vida de Elvis Presley, hasta libros sobre *judaica* o los Anales de los amigos de la monarquía holandesa.

De cada ejemplar de *Zorba* que cae en mis manos, me preocupo de arrancarle un pedacito y tragármelo (hay que entender que ya no soy tan joven como antes). Y ni que decir tiene que me quito el sombrero ante ti, mi sombrero de profesional del gremio de libreros, por el hecho de que consiguieras contratar sin bombo ni platillos la suscripción de ese periódico chino para sus dos únicos lectores de este país.

Apenas si puedo respirar, pero eso ya te lo he dicho, ¿verdad? Sí, ya lo sé.

¿Entonces? ¿Y si charlamos un poco de algún asunto cotidiano para vencer el azoramiento? De repente me siento un poco incómodo, ¿tú no? Alguien nos ha insuflado un poco de realidad. ¿Qué te hable más de mi trabajo? Pues claro que sí, porque de cualquier manera ya nos hemos rendido ante pequeños comadreos. ¿Quieres saber qué es lo que mis empleados reciben como regalo por las fiestas?

Basta, Miriam, renuncia a mí, todo ha sido pura imaginación, si existiera otra solución, otro sistema, en el mundo. Prácticamente todo lo que he hecho, he dicho o he sido, lo pasaba antes que nada a través de tus ojos, de tu pensamiento, de tu ávida boca. Si alguien me ponía nervioso en el trabajo o al volante, me ponía a pensar en ti dándole vueltas a tu nombre debajo de la lengua, y al momento me calmaba. Nunca me había encontrado con nadie en cuyas manos hubiera deseado tanto depositar mi alma, y en el que confiara ciegamente para que recompusiera mis pedazos rotos. Hay genios de esos que les dan un puzzle de un loro y ellos consiguen obtener un pez. Yo te entregué una sabandija y tú me has transformado en una persona. Las mismas piezas pero, con toda seguridad, siempre mucho mejor.

Quizá debiera contarte que, en mi necesidad, durante las últimas semanas he estado pensando que si yo tengo un objetivo en la vida eres tú. O que está relacionado contigo. O que a través de ti lograré, de algún modo, alcanzarlo. Esta creencia no tiene demasiada lógica, pero así es como lo he pensado y es solo a ti a quien puedo escribir algo como esto sin sentirme ridículo. Ahora tendré que volver a buscar ese «objetivo» en otro lugar más sencillo, donde según parece más fácil me resulta buscarlo, bajo la luz, en nombres como Luz o Clara. Lástima.

Se me ocurre que si, supongamos, me secuestraran o desapareciera sin

dejar rastro, y viniera un detective para intentar entender y recomponer quién he sido solo según lo que los demás que me rodean saben de mí, no lo conseguiría. Mira, también eso lo he sabido gracias a ti, que vivo, sobre todo, de lo que no tengo.

Tenía la esperanza de que este oficio iba a hacerme más feliz, pero no. Los detalles no tienen importancia. Y es que no te he contado los muchos trabajos que he tenido ni en cuántos errores me he revolcado. Justamente aquí creí haber encontrado el oficio que a mí me estaba destinado: trabajar con libros y con historias, encontrarles a las personas los libros que les gustaban en la infancia, porque ¿qué podía haber más adecuado para mí? Pero resulta que no. Que con esto solo me encuentro a gusto a medias, que se trata todavía de un placer de segunda mano para mí.

No te puedes hacer una idea hasta qué punto aborrezco los libros en este momento. Porque ¿cómo es posible que ninguno de los miles de libros que tengo a mi alrededor me pueda ayudar ahora y que, del mismo modo, ninguno cuente tu historia y la mía?

Además de que tampoco ninguno de ellos me dio nunca lo que me han dado tus cartas.

YAIR

MIRIAM

OceanofPDF.com

Vuelvo a cometer exactamente el mismo error. Él ha bajado del autocar y ha corrido hacia mí con los brazos abiertos y gritando de alegría. Hoy ha vuelto de ese buen humor. Y como a veces sucede, por una fracción de segundo, ella ha estado en él, la he visto encerrada en su interior.

¿Qué hago escribiendo aquí? Yo no quiero escribir en este cuaderno. Solo unas pocas palabras que luego arrancaré, y enseguida me alejaré. ¡De qué manera ha estado ella en él hoy! Completamente tangible, casi se la podía llegar a tocar. O quizá haya sido que él se ha reído por un momento con su sonrisa, o por la luz, que le ha dado en la cara. No lo sé. No lo sé, no sé por qué me empeño en hacerme daño a mí misma escribiendo precisamente aquí, cuando la casa está llena de hojas en blanco. Me había jurado no abrir el cuaderno hasta que no obtuviera respuesta de él, pero no he aguantado más que dos días. Ni siquiera dos días. Uno y medio. No es mucho. Por lo menos conozco cuál es mi situación. Me creía más fuerte. ¿Qué es lo que va a pasar ahora? Me parece que estoy un poco asustada, es como si hubiera levantado una tapadera y por eso ahora todas sus cartas me rugen, me braman y me aúllan. Basta, silencio.

Él duerme. Ha caído rendido. Dormirá hasta por la mañana y no le podré dar el Apenotine. Ha estado berreando y llorando, además de que le ha salido mucha sangre. Y la humillación que siente cada vez que se cae. Ojalá pudiera yo también quedarme así de profundamente dormida y levantarme en otro tiempo. Ahora tiene en la frente una herida grande y nueva, y

mañana por la mañana empezará a rascarse. Menos mal que yo esta vez he salido bien parada. Salvo por los golpes habituales. Si un día me pidieran que restituyera lo que se me ha dejado en depósito, ¿qué voy a hacer con la cara, con la de cicatrices que llevo en ella? Si fuera más rápida de reflejos, menos torpe, podría, por lo menos, tirarme debajo de él y amortiguarle la caída, hacer algo positivo por su cuerpo.

Escribo por escribir. Tonterías, solo por no pensar. Para resistirme a la tentación de pasar las hojas hacia atrás y volver a encontrarme con él. Contigo. Tú, tú. ¿Dónde estás en este momento? ¿Cómo es que no sabes que te espera aquí un regalo de mi parte? ¿Cómo no lo has notado? He estado contigo durante una semana entera, palabra tras palabra. Los cientos de hojas que hay bajo esta de ahora. Como una cáscara de nuez sobre las olas embravecidas me siento al escribirte aquí, y ahora se me ocurre que quizá debería haberle añadido un prefacio a este cuaderno, o un epílogo cualquiera, pero ¿qué podría haber puesto?, ¿qué, de tantas cosas? Puede que lo que te dije un día, que a mi entender, descubrirle a una persona algo de él mismo que desconozca es una gran muestra de amor. El mayor regalo que uno pueda recibir.

También he estado pensando en que si leyeras seguidas todas tus cartas sin las mías, desde la primera hasta la última, podrías llegar a descubrir unas cuantas cosas nuevas sobre ti mismo. No solo «malas», como a ti te encanta decir. ¿Y si empezaras por mirarte con otros ojos? Con la mirada de los míos, por ejemplo. Pero todo esto te lo diré cuando nos encontremos cara a cara, y ahora, por favor, no me molestes, déjame tranquila, Yair, porque hay algo más que tengo que escribir aquí.

Ha venido corriendo hacia mí a todo lo largo del sendero. Seguro que no ha

entendido por qué hoy yo no he corrido a su encuentro con los brazos abiertos. Hay un pequeño bache en medio, en el lugar en el que falta una baldosa. Hace ya dos meses que Amos promete arreglarlo, pero nunca hay tiempo. Ha sido ahí donde ha dado el traspié. Pero tampoco es esa la respuesta, porque nunca espero a que llegue hasta esa baldosa. Siempre me adelanto a él en ese lugar, para que siga corriendo así como lo hace desde que tenía dos años. Siempre la misma carrera alegre, y los dos trotando alborozados, aunque el abrazo le hace recular, no comprende quién es esa mujer (¿por qué estaré escribiendo sobre esto?) y qué es lo que hoy ha sucedido. ¿Qué es lo que ha pasado hoy? Ha pasado que lo he visto, es decir, tal y como me tengo prohibido mirarlo. Que se tambalea, y esos pies suyos... Y cuando las gafas se le escurren por la cara; no puedo escribir cosas así. He creído que ella lo intentaba, que lo intentaba de verdad pero que no conseguía despegar. Me he visto asaltada por un ataque de cólera incontrolada, contra él no, ¿contra él no? Un poco también contra él. Sí. Y contra esa cosa que está en él que le impide a ella escapar de él. Diez años, y todavía sigo buscando señales e indicios. «Enfado contra él» (y casi me tiro sobre ti). Y también enfado contra Amos, por la baldosa. Y enfado contra Ana, a la que tampoco he humillado hoy, pero todos estos enfados todavía no constituyen por sí mismos una respuesta.

Yo estaba allí, y él bajó aquí y echó a correr. Aquí es donde falta la baldosa. Y aquí es donde vi al chófer del autocar mirarlo por atrás.

Sí.

Estaba a punto de arrancar, y por algún motivo, se detuvo y miró. Vi a los otros tres niños del transporte, mirando muy fijamente, pero sin ver nada. Llevan cuatro años viajando juntos, día tras día, y no reconocen a Yojai. Ni él a ellos tampoco. El chófer, no sé por qué, hoy se ha demorado un momento y se ha quedado mirando su carrera. Es un chófer nuevo, no

experimentado, por lo visto. Y más que nada por esa mirada. «Cómo el ojo se siente atraído por la desgracia.» Y cuando se ha tropezado en el lugar en el que falta la baldosa, estaba yo tan allí, no con él, sino contra él, que ni tan siquiera me he movido.

No voy a arrancar esta hoja. Se quedará en tu cuaderno, así que la recibirás con él. Ya me has oído cosas más duras que esta. Solo que ahora hay que sumarle una punzada más, y es que ni siquiera para mí sola había escrito nunca de esta manera.

Tendría que haber arrancado la hoja anterior. Veo que les abre la puerta a las que la siguen, y eso no es que sea muy deseable, no en mi situación actual. Esta tarde ha habido un poco de mar de fondo. Por lo menos la casa está tan limpia como no lo ha estado desde hace mucho tiempo. Pero he vuelto al cuaderno, y una cosa lleva a la otra. Lo que me gustaría es que solo tus palabras estuvieran en él. Durante toda esta semana que llevo copiando tus cartas me he tenido que controlar para no añadir ni una sola palabra mía, y ahora mira, una verdadera inundación, pero no de las palabras que quería que oyeras y no con la voz adecuada.

Porque ni una sola línea te has dignado enviarme hasta ahora como reacción a lo que te he contado en mi última carta. Esa cosa tan querida que te he confiado. Ni siquiera una educada nota de excusa por estar retardando la respuesta. ¿Cómo eres capaz? Pues lo eres. Soy yo la que ya no puede más. Me asusta darme cuenta de hasta qué punto no puedo.

Buenos días, día nuevo. No te preocupes, que ya estoy bien. He logrado escapar del pequeño torbellino que ayer me succionó por un momento.

Cuando leas lo que he escrito en las páginas anteriores, nos vamos a reír juntos de mí.

Ahora son las cinco y media, pronto habrá luz.

A esta hora exacta, hace tres días, terminé de copiar tus cartas. Después estuve un rato sin sentir nada, un poco trastornada, como ebria. He estado pensando que desde ahora solo podré escribir con tus palabras. Y que me resulta difícil, casi insufrible, cerrar este cuaderno. Todavía espero el asalto del primer desencanto, pero este no llega, y en su lugar he tenido la suerte de contemplar un amanecer como el que hacía tiempo que no veía: sucesivas oleadas de luz dorada fluyendo sobre Jerusalén, y me he dicho a mí misma que eso tenía que ser una señal.

Ahora, en este instante, sale el sol. Un poco menos dramático hoy, pero con decisión. Ven, salgamos a pasear.

Mira, huele qué perfume. Es el aire exclusivo de esta hora, lleno de olores velados, y ¡qué frrrío! Cada árbol y cada roca están envueltos en su propia nube. Si me quedo aquí un momento más, yo también me quedaré helada envuelta en mi propia nube. Vuelvo a llevarte a la presa de Ein-Kerem, esta vez para mostrarte una vista increíble (solo que me he quedado sin resuello y me he detenido a descansar sobre esta roca).

Como después de un largo viaje en tren, todavía me resuenan en la cabeza fragmentos de frases tuyas. Podría recitártelos de memoria, algunos de ellos preferiría olvidarlos. Además, entre nosotros ya no tiene que haber palabras. Lo que tenemos que hacer es estar físicamente juntos, tú y yo. No importa de qué modo. Poder tocarte, oler tu sudor, mirarte realizando todo tipo de actividades, como una tortilla, por ejemplo.

Y cuando nos veamos, solo entonces te voy a contar por lo que he pasado

desde que mantuve esa conversación con Amos y durante toda esta semana con tus cartas. Todo lo que he discutido contigo mientras las copiaba, así como lo mucho que te he deseado y la cantidad de paquetes de pañuelos de papel que he usado, por los dolorosos malentendidos, y por tanta locura bien comprendida. Ven, sigamos, porque dentro de nada el sol disipará por completo las nubes.

Pero acabo de acordarme de que se me ha olvidado cerrar la puerta con llave, y en ocasiones Yojai está intranquilo a estas horas. Qué pena, qué lástima tan grande, quería llegar contigo hasta la mismísima presa, porque aquello es muy profundo, y se puede uno sumergir por debajo de las nubes y caminar por allí, pero tengo que marcharme enseguida...

No te preocupes. Ya he vuelto. Él duerme y esta vez no se me ha olvidado cerrar con llave. Es que estaba intranquila. Antes de llegar a casa no podía con la angustia, y esa es la causa de esta agitación. Me gustaría que vieras cómo me imagino el lugar en el que se barajan los destinos con las personas, para que anduvieras por él un rato conmigo. También hay un olor especial que no hay en ningún otro momento del día, y es cuando los cardos secos están húmedos. Si hubiera podido disponer de tres minutos, incluso de uno, hubiera bajado contigo.

Por lo menos he visto la salida del sol, así que tengo ya establecido mi pacto con este día que empieza. Un día iremos juntos, con más tiempo.

Mírame, estoy sentada fuera, en las escaleras, esperando recuperar el aliento. Disfrutando de ser solo un cuerpo, tejido vivo que desempeña las

funciones correctas. Que está completamente libre de palabras como «qué lástima» y «sin embargo»...

(Ya son las seis, así que tengo que entrar deprisa, porque a las ocho vienen a recoger a Yojai. ¡Luego nos vemos!)

De camino hacia aquí he cogido un limón del limonero. Verde y duro, de los del principio del invierno, y ya todo el espacio de la clase se ha llenado de su aroma. Treinta y tres cabezas inclinadas sobre las hojas de un examen. De vez en cuando un par de ojos apenas se levanta y me mira fijamente (en ocasiones me pregunto cómo me estará influyendo que durante tantas horas al día unos ojos me observen perplejos)...

Un alumno, al que tengo en gran estima, agita ahora una hoja con una letra muy grande: «¿Ha terminado ya la temporada del romero?».

Tú ya sabes que yo soy un poco lenta, y desde luego en comparación contigo. Pero desde ayer tengo la cabeza cada vez más despejada y entiendo con toda facilidad cosas que antes me parecían complicadas. Por ejemplo, que de ninguna manera quisiera darle la espalda a lo que hay entre tú y yo, y que estoy dispuesta a esperar tanto como haga falta, el tiempo que tú necesites. Porque por «lo que hay entre nosotros», por eso que existe entre tú y yo, merece la pena esperar. Además, hay tiempo, eso es lo que siento hoy, que la vida es larga, y que también un ramo de treinta cálquicos puede ser un hermoso ramo. Yair, la verdad es que no creo que tú puedas ser la persona que me cure de mis heridas, pero quizá, en esta etapa de mi vida, ya no esté tan necesitada de un médico como de alguien que tenga una herida parecida.

Otros cuantos ratos de pensamientos como este y ya estará completamente amarillo y maduro. (Cuando iba a octavo me suspendieron

una vez en un examen de álgebra porque escribí que un número primo es divisible por la unidad y por sí mismo, y a modo de ejemplo puse: el olor del limón. A propósito, también tú, en algunos aspectos, eres como el olor del limón.)

Cuando el autobús pasa junto a tu trabajo te compadezco por tener que trabajar en esa zona tan fea y tan contaminada. Pero si tienes una ventana que dé a la calle y si miras por ella en este momento, me verás a través de la ventanilla del autobús mientras escribo, y eso te alegrará. No te he contado que por lo menos cinco veces por semana paso por la zona industrial y por delante de ese ridículo letrero tuyo, Palabras Vanas. ¿Cómo no se me ocurriría? Ni por un instante sospeché que era desde aquí desde donde se me tendía la telaraña.

¿Qué pasaría si fuera a visitarte (no te preocupes, nunca iría a visitarte sin que me hubieras invitado expresamente) y te pidiera que me buscaras un cuento en concreto? Te diría que solo recuerdo una frase de él, como supongamos: «Se me parte el corazón solo de pensar que pueda mirarse así a un adulto», o «¿Quién podría resistir la tentación de asomarse al infierno del otro?». Y al instante saldrían tus siete caballeros al galope hasta los confines del país para empezar a trazar unos círculos cada vez más estrechos a nuestro alrededor y quedarse finalmente con los morros de sus motos apuntándonos a nosotros mientras nos señalarían con el dedo: vosotros sois esa historia.

Tengo algunos ratos de sosiego, pero entre uno y otro enseguida me enredo

en pensar en nosotros dos. ¿Quizá es que has vuelto a marcharte al extranjero? Y esta vez, ¿qué es lo que vas a traer de allí?

Mira, en eso sí que te envidio, en tu libertad de movimientos por el mundo (es imposible que Amos y yo viajemos juntos. Y sin compañía, no estoy dispuesta, por no quedarme sola en la habitación del hotel por la noche).

En tu próximo viaje de negocios a París, pásate por el museo Rodin. Allí hay una escultura titulada *El poeta y la musa*. Mírala bien, dos veces. Después mira en la tienda de souvenirs si todavía venden la tarjeta postal que la representa. Al pie de la foto de la escultura habían añadido una cita (ya sabes que uno no se puede fiar de mí en lo referente a las citas ni quién le dijo qué a quién, pero creo que era de Baudelaire): «Deja tu lira, poeta, y dame un beso».

Cómpratela de mi parte.

A veces, cuando pienso en los regalos que te compraría, te oigo reñirme: «¿Y cómo crees que voy a poder meter esto en casa? ¿Qué voy a decir?». Entonces me quitas la ilusión y lo dejas.

Aunque en realidad, ¿a mí qué me importa la explicación que des? Yo lo compro, y tú haces con ello lo que quieras.

Ya te lo he dicho: no quiero saber nada de toda esa «burocracia» y de estar eternamente en la clandestinidad. Si te decides a venir, tiene que ser abiertamente, sin esconderte y sin mentir, porque yo no sé vivir oculta entre los pliegues de nadie.

(Se me acaba de ocurrir lo que te voy a comprar y que podrás llevar a casa sin levantar sospechas: pan, mantequilla, queso, leche...)

Puede que sea porque en Tel Aviv intenté, sin mucho éxito, escribir mi

«diario» por lo que ahora me cuesta escribir lo que estoy pensando. Es como si toda palabra tuviera eco y me costara decidir si está bien o si no está bien (en-en-en...). Supongo que está bien.

Bambi, William y Kedem están tendidos a mi alrededor. Últimamente han crecido tanto, se han ensanchado y hecho tan voluminosos, que apenas hay sitio en la casa para las personas. ¿No quieres tener un perro? Imagínate lo feliz que Ido sería.

Ya te he contado la razón por la que Amos me los trajo, pero cada vez veo más claro que van a seguir siendo unos pobrecitos huérfanos también de adultos, así que los compadezco al pensar que ha sido precisamente a mí a quien recibieron por mad...

Tienes que oír lo que acaba de pasar: se ha ido la luz y esto ha quedado como boca de lobo. Por los gritos que se oyen fuera, el apagón ha afectado a todo el *moshav*. Pero por la mañana he encendido una vela por el aniversario de la muerte de mi padre (qué extraño: es la primera vez que no llueve el día de su aniversario), y ahora son los restos de esa vela los que me iluminan... Jessie Norman se ha detenido a mitad de su *Dido y Eneas*, también se han parado la nevera, el reloj, la estufa, todos esos pequeños consuelos, y solo me ha quedado la vela de mi padre.

No te he contado que también era el electricista de la casa. Tenía unas manos de oro (solía decir: «Para la electricidad no hace falta cerebro, sino suerte»). Cuando yo estudiaba en Jerusalén, él venía especialmente de Tel Aviv para repararme lo que fuera necesario en el piso. Ni tan siquiera una sola bombilla me permitía que cambiara estando sola, y eso no hace más que demostrar lo poco que confiaba en mi suerte.

No recuerdo cuándo fue la última vez que escribí a la luz de una vela. Al

instante todo cambia. Apetece escribir con otras palabras, con una pluma de ave:

Mi muy querido Yair

¿Te acuerdas de que me escribiste, en Tel Aviv, que deseo sumergirme contigo hasta el lugar en el que exista una posibilidad anterior a esta?

Pero ¿sabes qué es lo que de verdad deseo?

No que seas yo, de eso nada, sino que permanezcas en ese lugar de la posibilidad. No por mucho rato, solo un instante, antes de que «decidas» quién eres realmente, quién de nosotros dos vas a ser en un futuro.

Y que decidas ser tú, claro está, porque qué sentido puede tener el que no seas exactamente el que eres (¡de «mí» tengo ya para dar y vender!).

Pero que vaciles un poco antes de que te separes de mí al llegar a la encrucijada imaginaria que hay entre tú y yo. Ese titubeo. ¿Lo entiendes? Eso es la vida.

Todavía tengo un deseo más (se pueden pedir tres): lo que yo deseo, lo que pido, es que siempre lamentemos un poco, juntos, en un pequeño rincón del alma, el que cada uno de nosotros escogiera finalmente ser solamente uno mismo.

(Mira, la vela de mi padre ha parpadeado un poco. Hasta él está de acuerdo.)

... Después, cuando ha venido la luz, a medio fregar los platos, he notado que estaba a punto de recibir un «comunicado». He empezado a dar vueltas por la casa, muy confusa. He mirado por todas las ventanas, pero no he visto a nadie. He encendido la radio. Había un programa sobre astronomía en el que un especialista decía: «Cuanto menor es la probabilidad de que algo suceda, mayor será la información que contenga.»

Enseguida lo he anotado, con las manos mojadas. No es que lo haya entendido demasiado, pero me ha dado la sensación de que esas palabras escondían algo importante.

Todo irá bien. De eso estoy bien segura.

No sé. No busco las razones. Pero irá bien. Todo se resolverá de la mejor manera. Quizá porque hace un rato el aire ha olido a lluvia. Los tres perros han erguido la cabeza y he oído el jardín susurrar y agitarse... Hace unas semanas me dijiste que me notas en «tres partes de tu cuerpo». Yo, ahora, te siento en más sitios (digamos que en cinco, según mi último cómputo).

Pero la maravilla es que te siento en el lugar que creí ya muerto en mí para siempre. Que está cerrado con una cicatriz.

(Enseguida, por lo visto para mitigar el dolor, he ido a leer unos cuantos «fragmentos escogidos» de Tel Aviv.)

Pero ¿cómo, solo fueron tres los días que estuvimos juntos en ese «viaje único que conseguimos hacer»? Avaro, eres espantosamente avaro.

¿Por qué no solazarnos tranquilamente en un largo y tranquilo momento que pueda alargarse por toda la eternidad? ¿Y por qué no te atreviste a pensar una situación, imaginaria claro está, en la que nosotros, supongamos, viviéramos juntos, aunque fuera por un corto lapso de tiempo, en una sola casa? Con una sola cena, sencilla y banal, en una cocina que fuera tuya y mía.

La hoja de la espada blandida en alto. Ya te lo he dicho: tú. Tú. La hoja, la espada, blandida sin reposo. En todas las entradas posibles del Paraíso te has apostado para nunca poder regresar. Ojalá supiera cuál es ese pecado

tan terrible y vergonzante por el que fuiste expulsado. ¿Se trata de algo que hiciste o de algo que fuiste? ¿Que fuiste demasiado o demasiado poco?

Fue una cosa y la otra. Pero nunca la medida justa. Y en eso, por lo visto, consiste tu gran «traición» contra ellos: porque no tienes su «medida exacta».

Con toda mi alma creo que existe un lugar, aunque puede que no sea un paraíso, en el que los dos podríamos vivir juntos. Un lugar que en la «realidad» no es mayor que la cabeza de un alfiler, por tanta limitación inevitable, pero para nosotros sería bien amplio y tú podrías ser tú, todo lo que seas tú.

Solo hay una cosa sobre la que todavía no estoy tan segura y que me desanima, y es el hecho de que tú no estés dispuesto a creer que exista un lugar en el mundo en el que puedas ser tú mismo y en que lleguen a amarte.

(Porque si eso es así, tampoco llegarás a creer nunca que alguien sea capaz de amarte.)

Tampoco es que yo esté hecha una gran heroína, porque me ha bastado escribir «mi cocina y la tuya» para haberme puesto a temblar y llevar varias horas dando vueltas por la casa con el estómago agarrotado, como si hubiera sido cómplice de una profanación.

Aunque, por otro lado, no estoy dispuesta a aceptar la castración que le impones a tu imaginación cuando piensas en mí (o escribes sobre mí. O fantaseas conmigo). Porque nosotros fuimos creados a partir de la imaginación el uno para el otro, así que ¿cómo es posible que tú (¡tú!) no comprendas hasta qué punto ella es nuestra tierra, nuestro huesecillo indestructible...?

¿Y si decidimos que durante esos tres días estuvimos en Galilea?

¿Y que dormimos en una *zimmer* en Metula?

Nos estuvimos amando durante toda la noche, sin hablar.

Solo de cosas chistosas.

Te dije que haces que la espalda se me estremezca. Y tú, que dijera se me entremezcla, porque rima con peca. Me besaste entre las cejas y yo te hice un masaje por todo el cuerpo solo con mis pestañas. Te escribí en la frente palabras con el dedo (pero las escribí al revés, para que las pudieras leer desde dentro).

Al principio nos tocábamos como dos completos extraños.

Después nos tocamos como otros nos habían enseñado.

Solo después nos atrevimos a tocarnos como tú y como yo.

Y pensé que ahora que estabas así conmigo, formabas ya parte de mi lenguaje más íntimo.

Pensé, raíz de mi alma, raíz de tu alma.

Nos dimos tantísimo placer...

Y a mitad de la noche, mientras dormíamos, tú me arreglaste la almohada bajo mi cabeza y yo te susurré que no hacía falta, y tú, pero claro que sí que es importante, la almohada lo es mucho, Miriam, lo más importante es que la almohada esté exactamente en el lugar preciso...

(Cada vez que escribo mi nombre y lo pongo en boca tuya, entiendo el significado de la expresión «dar un nombre».)

En medio de mi confusión y de mis temores (de que tu silencio no es solo temporal, ni que se debe a un largo viaje repentino ni a un error de Correos, sino que aquí se está desarrollando algo que no había imaginado que fuera posible entre nosotros)...

En medio de todo eso todavía me consuela el pensar que «la buena

nueva» la recibí de Amos. Porque no existe nadie, pero nadie como él, que sepa hacer un verdadero regalo de amor. Y recibirlo.

Estoy convencida de que solo porque te me has entregado de esta manera, con tu nombre completo (el mejor regalo que he recibido por mi cuarenta cumpleaños), he podido finalmente experimentar el sentimiento que Amos llamó por su nombre. Lo entiendes, ¿verdad? Que a no ser porque me has revelado tu nombre, no hubiera podido sentir eso, ni siquiera aunque hubiera oído mil veces esa palabra.

No te lo había contado porque pensaba hacerlo cuando nos encontráramos, cuando te entregara el cuaderno (así es que escribirlo aquí ahora es como si ya hubiera empezado a renunciar a la posibilidad de que nos veamos)...

¿Que de qué se trata?

Pues de que había descubierto cómo te llamas mucho antes de que tú me lo revelaras.

Sara, la secretaria, estaba repartiendo el correo, como de costumbre, y cuando llegó a mí, soltó, con bastante grosería: «Creo que hoy él no ha enviado nada». Confusa por un instante, le pregunté «¿Quién?», y ella pronunció tu nombre, tu nombre completo, el verdadero, y añadió, como quien no quiere la cosa, que no sabía que tuviéramos una relación tan estrecha. Me contó que tenéis los niños en la misma guardería (sí, se trata de ella, de esa señora tan resuelta)... Tienes que entender que Sara siempre está al tanto de los distintos «asuntillos» que tienen lugar en la sala de profesores, y me parece que con respecto a mí es especialmente sensible y ha querido intentar por todos los medios descubrir qué es lo que está pasando en mi vida privada que, por lo visto, no le encaja en ninguna de sus casillas.

En resumen: creo que te ha visto en más de una ocasión cuando llevabas

tus cartas, mi querido y perfecto espía.

Al ruborizarme (con todo el cuerpo, el rubor natural en una chica de dieciséis años), ella se convirtió en una fuente de información sobre ti. Yo estaba demasiado sorprendida como para hacerla callar de inmediato, tal y como se merecía. Así es como sucedió, que en contra de mi voluntad, y puede que en parte porque no me pude resistir a la tentación, oí en un momentito unas cuantas historias sobre ti.

Como tú muy bien sabes, Sara es una bocazas (srsrsrsr...), y al final me tuve que levantar y literalmente salir corriendo de allí. ¡No quiero oír hablar de ti a extraños!

Habla tú, Yair.

Ven, quédate un poco conmigo. Empújame a que hagamos las paces. Hemos tenido una discusión muy fuerte esta tarde, y me resulta muy difícil y hasta insoportable reñir contigo, sobre todo cuando no estás. Aunque todavía peor ha sido quedarme sola y enfadada contigo. Y esas habladurías de Sara. No quiero detallar en el cuaderno cómo me he sentido de repente. Hasta el extremo de que he llegado en un abrir y cerrar de ojos. No quiero volver allí, no sin ti.

De todas formas me ha servido un poco de catarsis y ahora ya me encuentro más tranquila.

Estoy en la bañera, es decir, Yojai está en la bañera, y yo lo vigilo. Sentada en la taza del wáter y escribiéndote, cosa que espero que no te importe. ¿No es ya un poco tarde para él?, me preguntas. Tu voz siempre se suaviza cuando hablas de él. Sí, es tarde, y también para mí lo es, si hasta se me cierran los ojos. Pero es que se le ha vuelto a escapar en la cama, y mientras lo he estado limpiando todo he pensado que cómo iba a dormir así

toda la noche. Tú no dejarías así a Ido. Por eso, aunque apenas hace una hora que he terminado de bañarlo, lo he vuelto a traer aquí.

A decir verdad he pensado, solo una duchita corta, y a dormir. Solo que él ya tenía otros planes, y en el momento en el que he terminado de ducharlo, él, con mucha determinación, se ha sentado en la bañera y ha empezado a hacer unos gestos como si chapoteara alegremente y me ha parecido tan dulce y astuto que no me he podido negar.

Ven, únete a nosotros. No sé cuánto tiempo tendremos que estar aquí, porque sus «estancias» en la bañera son de esas cosas que necesitan de todo un ritual preciso hasta en el más mínimo detalle: dónde sentarse, cómo conseguir que el agua le caiga justo en medio de la espalda, dónde hay que colocar los dos jabones, y el peine, y el barquito, y una decena de detalles más. Parece que, de momento, todo está correcto, porque tiene puesta la sonrisa más embobada de las suyas mientras cuela el agua entre los dedos con los ojos casi cerrados. Si estuvieras aquí sabrías lo que significa derretirse de placer.

También Nili ha entrado con el rabo erguido a ver qué pasa. Esta gata es completamente humana y, además, está completamente preñada, cosa de la que ahora me acabo de dar cuenta. Así es que es por eso por lo que estás tan agresiva con los perros. Y ¿quién es el padre, esta vez? ¿El manchado o el amarillo? Lo más probable es que los dos. ¿Y vas a volver a negarte a amamantarlos? ¿Tu pequeña protesta en contra de la esclavitud femenina? Ay, Nili, Nili, máximo exponente de la libertad, dime, ¿se puede ser libre sin ser cruel?

Son las once de la noche. Reina un completo silencio. El cuarto de baño se ha llenado del aroma a melocotón del baño de espuma. Yojai pasa las manos por las montañas de espuma. Los dos círculos de sus rodillas gordezuelas y cetrinas asoman fuera del agua. Nili se hace un ovillo en la

alfombrilla y se queda dormida. Y fuera el viento sopla, y el álamo de detrás de la casa se dobla susurrante. Ahora has pensado en mí.

Yair, no es que haga caso omiso de lo que has escrito en tu última carta, porque tus palabras de despedida han sido bien claras y tajantes. Además, tu largo silencio tampoco deja lugar a dudas. Pero qué se le va a hacer: cada vez que me dedicas una palabra o un pensamiento, lo noto. Como acaba de pasarme ahora, en este preciso instante. A veces, cuando más dormida estoy, me despiertas, y entonces sé que has soñado conmigo. No tengo explicación para esto, solo que el cerebro y el corazón me saltan de repente juntos, y por esos movimientos internos tengo la impresión de que no paras de hablarme estos últimos días, día y noche, en la ciudad y en el pueblo, en la cocina, en el cuarto de baño, un momento...

Bueno, ya está. Siempre hay un momento en que se le empieza a caer la cabeza, parpadea sin cesar y a mí se me detiene el pulso. Pero hoy no ha sido más que el cansancio lo que le ha obligado a rendirse.

¿Te lo cuento? ¿Todo? ¿Quieres seguirme para hacer conmigo todo lo que hago a diario?

Es bien extraño que nunca hayamos hablado de estas cosas.

Ante todo, hay que sacarlo de ahí. Parecería fácil, pero es como si hubiera absorbido todo el agua y mi cansancio juntos. Lo levanto y lo seco, pero él todo el rato se me cae encima. Ahora ya está completamente dormido y huele a melocotón. Lo arrastro a su habitación, pesa muchísimo. Es delgado, pero tiene un tipo de pesadez muy extraña, una especie de pesadez interior, creo. Después le pongo un pañal, porque no me quedan fuerzas para volverlo a bañar esta noche. Espera.

Cuando he salido con el barreño para tender esta colada reciente, de nuevo me he encontrado el aire invadido por la bruma mientras en el jardín parecía celebrarse una fiesta silenciosa y fantasmagórica. A pesar del frío, no podía apartarme de ahí y de aspirar profundamente ese aire, y he bailado alrededor del ciprés con un almohadón húmedo y un pijama de hombre. Dime (¿te has fijado en la pareja tan maravillosa que formamos? Yo siempre digo «dime» mientras que tú dices «escucha»), ¿cómo te está influyendo este tiempo tan raro, esta sequía tan larga? ¿También tú sientes como una especie de calma cósmico-particular? Yo voy por ahí con la sensación continua de que algo anda mal. De que algo se empeña en equivocarse... ¿Por cuánto tiempo va a poder seguir durando esto?

Esta mañana he leído que los rabinos ya han decretado el «ayuno de la lluvia», así que ojalá que la lluvia se digne venir esta misma noche (aunque yo acabe de tender).

¿Oyes? Es la niña nueva de los vecinos. Te he hablado de ella. Todavía llora. Día y noche. Unos ojos enormes, boquita de cereza y semejante llanto. Ya tiene un mes y medio, y todavía siguen con el asunto ese del nombre. A veces pienso si el llanto no estará relacionado con eso. Cada dos o tres días vienen a pedirme consejo. ¿En el papel de qué? ¿De experta en bebés o en nombres? Traen una lista nueva y yo los escucho y les digo lo que opino, a ellos les entusiasma, pero siempre les sale alguna abuela o alguna tía descontenta. Empiezo a sentirme molesta, no porque ellos me consulten, sino porque haya niños en el mundo sin nombre durante tanto tiempo. Eso no está bien (¿no será eso, en realidad, lo que está retrasando la lluvia?).

... Toda esta palabrería se debe, exclusivamente, al cansancio. Ahora ya estoy con el último té del día. Por equivocación, casi te sirvo uno a ti también. Me enrosco por completo alrededor de la taza ardiente. No sé por

qué, durante los últimos días no me veo capaz de probar el café, y por lo visto se debe a que tú eres mi cafeína. Hoy tenía muchas cosas grandes y pequeñas que contarte y también ahora la mano se siente atraída hacia el papel y los sobres, pero no soy capaz de escribirte una carta. He tomado una decisión, Yair, y es que no lo voy a hacer, por lo menos hasta que me contestes a mi última carta. Y tú pretendes ayudarme a conservar mi dignidad.

Alguien agresiva e impaciente me pregunta enseguida, ¿por qué no escribo esas cosas para mí misma?, ¿y por qué, en realidad, me parece tan insensato (egocéntrico, y de señora de salón del siglo XIX) ponerme a escribir un «diario» íntimo? Por lo menos para aliviar un poco la angustia que me produce tu silencio y la espera. ¿Acaso no soy digna de ello? ¿No soy una buena destinataria?

Pero solo con pensar en la posibilidad de hacerlo, se me encoge el corazón. Es el dolor por tener que renunciar al segundo deseo y a la promesa que te he hecho de que solo a ti quiero entregarte lo que tú despiertas en mí. Ese es el único sentido de todo esto. Por fin, el coche de Amos.

Hay días en los que ni siquiera la natación es capaz de despejarme. Al cabo de cinco piscinas me he visto obligada a dejarlo y a salir del agua. Era como si me hubieran atado unas pesas a manos y pies. He vuelto a casa a pie desde la piscina. He caminado a través de esta extraña estación que se ha instalado entre nosotros, entre enormes ruedas de cardos secos y unos árboles que cada día parecen más dañados y desesperados. Pero sobre todo, ese olor. Como de costumbre, eso es lo que más me influye. Ese olor seco y amargo que sube de la tierra. Por esta época suelen estar saliendo ya los

caracoles más grandes. ¿Dónde están ahora? Se me parte el alma por los narcisos, que nada más florecer están ya marchitos y apagados. Por otro lado, las margaritas silvestres están en plena floración esta semana, y aparecen por muchos lugares que el año pasado se encontraban completamente desnudos. Estas alfombras de matas tienen ahora algo de salvajes, hasta casi resultan obscenas y turbadoras. Es necesario detenerse un momento para decidir si rodearlas o tirarse al suelo a revolcarse en ellas.

A medio camino me he visto obligada a detenerme y a sentarme, por lo profundamente deprimida que me he sentido al pensar que es posible que yo no haya puesto el suficiente empeño.

¡No (no, no)! Claro que he puesto empeño. Pocas veces en mi vida he deseado algo tanto.

Ya es noviembre. Otra fecha límite que me había marcado en el calendario general para dejarlo ya correr. ¿Dónde estás? ¿Qué es lo que estás haciendo con este dolor que siento en el corazón? Sé muy bien que tú sufres no menos que yo. Puede que incluso más que yo, porque ahora los dos estamos contra ti. Mi primer impulso, pues, es acudir en tu ayuda. Escribirte una carta para consolarte, hacerte de madre, de hermana...

Pero eso ya lo he sido demasiadas veces en la vida, mientras que contigo me había atrevido a otra cosa, ya lo sabes.

¿Lo sabes? ¿Lo habrás llegado a entender? De pronto me siento hundida: dime, esta voluntad mía, estas ansias, esta hambre, ¿las has entendido bien? ¿El deseo de que por una vez alguien, precisamente un hombre, se atreva a desnudarme no solo de la ropa sino que veamos juntos cómo soy y de lo que estoy hecha?

No estar solo desnuda, sino al desnudo.

Resulta extraño, pero lo que más me está costando ahora es renunciar precisamente a ese deseo que me grita desde todos mis poros.

... Y además han cambiado los números de teléfono de Jerusalén. Aparte del natural lío que se ha formado, lamento que la «burocracia» haya interferido en el equilibrio estético que había en mi antiguo número.

Me consuelo con la idea de que al tuyo le hayan añadido un 6 bien redondo al principio.

Son las tres y media de la mañana. ¿Qué ha pasado? ¿Por qué me has despertado o me lo ha parecido?

Ahora también lo noto. Una serial clara e interna. Ininterrumpida, hasta cuando escribo. Una especie de alarma corporal. Punzante y enervante.

Pero ¿cómo puedo todavía sentir algo por ti, yo, que tanto me he equivocado contigo?

Todavía intento no rendirme ante el enfado que siento hacia ti. Ni ante la humillación, que cada vez es mayor. Intento también escribir con lógica, pero me cuesta creer que esa sea la causa de tu violenta desaparición: ¿de verdad que solo ha sido porque creías que me habías «ensuciado» cuando acudí a Tel Aviv a buscarte?

Pero ¿qué te hace pensar que «me ensucié» por ello? No fueron pocos los momentos buenos de ese viaje, incluso purificadores. Conocí a gente que de otra forma nunca hubiera conocido. Y ya te he hablado de la puesta de sol con el resplandor verdoso en medio del sol y del pescador del hornillo de petróleo. Y hasta de la conversación con las dos putas. ¿De qué estás hablando entonces? ¡Pero si tu desaparición me contamina ahora muchísimo más!

Y el rato que estuve sentada en el espigón. El mar estaba tan hermoso y tan puro que se veía clarísimamente hasta el horizonte. Alrededor del espigón revoloteaba un martín pescador, ¿quizá un pariente lejano del que

hay en mi jardín? ¿Habrá una red secreta de martines pescadores que me protegen? Lástima que no llevara la cámara (preparé el bolso precipitadamente). Me hubiera gustado tomar unas cuantas fotos y enviártelas, para que vieras dónde habías estado.

Desde entonces solo han pasado dos semanas, pero a mí me parece un año. Estuve dando vueltas por las calles que bordean el mar durante dos días, a la espera de cierta mirada o de oír de repente mi nombre pronunciado por una sola boca de las miles que pasaban por mi lado; y todo el rato me asomaba una sonrisa a la boca y me acordaba de lo que me dijiste de mi forma pública de sonreír, así que ahora estaba muy contenta de mi nueva sonrisa.

No te habías dado cuenta de que habías llegado, como por casualidad, al verdadero reino de mi infancia, a mi querida calle Nehemías, tan repleta de recuerdos que todo se entremezclaba.

¿Te acuerdas del pequeño restaurante vegetariano del que te escribí, el que está entre el asador y la pizzería?

Solo anteayer se me ocurrió, por una iluminación momentánea que tuve, que ese vegetariano se encuentra exactamente en el lugar en el que antes estaba la cafetería Guinatei Yam.

(Bueno, me pasa lo mismo que a ti, que me cuesta reconocer el paraíso perdido debajo de tanto mármol, de los hoteles y de tanto lujo.)

Escalofríos de placer me recorrían el cuerpo. Ese era el café en el que le gustaba sentarse a mi padre entre carrera y carrera con el taxi, y una vez a la semana iba yo con él.

Todas las señoras más elegantes al estilo centroeuropeo llegaban allí. En el centro había una pequeña tarima y una orquesta con violonchelo y violín tocaba en ella música vienesa (y creo que también rumana).

En verano mi padre me compraba un helado. Las inmensas bolas de

helado las servían en una copa de metal. Había un hombre que pasaba con un cajón de cristal, de esos que se abren por los dos extremos (como los costureros antiguos, ¿te acuerdas?), y en él llevaba unos cucuruchos de papel de periódico con cacahuètes, nueces y pipas, y mi padre lo llamaba con un aristocrático gesto de la mano, que no le pegaba nada, y entonces nos quedábamos dudando un buen rato hasta que siempre escogíamos lo mismo, las nueces, para después cascarlas juntos.

(Lo que estoy escribiendo aquí ya no creo que vaya a poder ser dicho en voz alta, de palabra, cara a cara.)

Estoy en la cocina, a oscuras en medio del silencio, pensando en cosas sin contenido pero que tienen su ritmo. Unas oleadas de algo impenetrable van tomando fuerza en mí. No entiendo por qué todavía sigo escribiendo. Qué impulso me empuja que no me permite detenerme. Si ya no siento placer alguno en ello. A cada instante me juro a mí misma que me voy a detener un momento para intentar entenderlo, antes de que la mano abra el cuaderno, pero esta siempre es más rápida que yo. También intento no pensar en ti, pero tú, claro está, siempre eres más rápido que yo.

Durante estas horas que tú no me escribes ni vienes con tu cuerpo, en las que eres capaz de abandonarme a todo lo que ya conoces de mí, empiezo a sospechar si no tendrás varias mujeres con las que te escribes así, simultáneamente, y que a cada una de ellas le cuentas una historia completamente diferente y les marcas el ritmo de la relación «poniendo una marca particular en el calendario general», hasta, por ejemplo, la primera golondrina de la primavera, o hasta... ¿hasta cuándo? ¿Un eclipse de sol? ¿El próximo terremoto en China? Sé muy bien que esta idea mía es una idea

insensata, despreciable y cínica, pero como muy bien los dos sabemos, hay algo en ti que me hace pensar en cosas que jamás se me hubieran ocurrido.

Si por lo menos supiera cuál era la señal particular que tenías destinada para mí. Por lo menos eso merecería saberlo la sentenciada, ¿no te parece?

Me acuerdo de que hace unos siete años, aproximadamente, cuando se le declaró la enfermedad a Yojai, solía yo sentarme aquí en la cocina, por las noches, por esta época del año, a escribir pensamientos del estilo del de estos. No exactamente iguales. Pero había algo parecido en la forma de escribir. Una especie de divagación. Y también la fuerza con la que se me imponía, hasta el punto de que me dominaba por completo (aunque ahora no tiene sentido hurgar en eso).

Qué no daría yo ahora por leer las cartas perdidas de Milena a K.; ver, por ejemplo, qué exactamente, con qué palabras le contestó cuando él le escribió «amor es que tú seas el cuchillo con el que yo hurgue en mi alma».

Espero que le escribiera de inmediato, por medio de un telegrama, que tendría que estar terminantemente prohibido que nadie fuera el cuchillo de otra persona, y que ni tan siquiera podría estar permitido pedirle algo así a alguien.

Pensándolo mejor, la verdad es que no entiendo a Milena. Si yo hubiera sido ella me hubiera comportado de una manera completamente diferente a como ella lo hizo. Habría viajado al encuentro de K., desde Viena hasta Praga, y habría entrado en su casa para decirle, aquí estoy. Ya no vas a poder seguir huyendo. Ya no me conformo con ese viaje imaginario. Es imposible llegar a sanar solo por medio de la palabra. Enfermar, sí. Eso,

según parece, no es demasiado difícil. Pero ¿consolarse? ¿Volver a la vida? Para eso hace falta, en algún momento, mirarse a los ojos, tocarse los labios, las manos, el cuerpo entero, que se rebela y grita contra tus infantiles ideas sobre la abstracción «pura» que ¿qué tiene de pura? ¿Qué tengo yo de pura ahora?

Menuda heroína estoy hecha. Ni a llamarte al trabajo me atrevo.

En el «sorteo» que me tengo organizado, me ha tocado ahora leer lo que me dijiste (en la cocina) de que tu relación con Maya es tan sólida y tiene unos límites tan bien fijados, que es imposible que entre en ella un agente extraño y nuevo, ni siquiera de mi tamaño.

De repente he tenido claro, Yair, que tu vida es tan regular y está tan definida, que no vas a poder encontrar en ella ni tan siquiera un lugar para mí.

No tengo sitio en tu vida. Ya tendría que haberme resignado a ello. Porque por mucho que me desees, creo que no vas a atreverte a hacerme un lugar en tu «realidad».

(Quizá haya sido por eso por lo que me has empujado a entrar en el único espacio en el que verdaderamente fuiste libre, en tu infancia.)

No lo entiendo, no te entiendo. A Maya le ocultas el mundo de tu imaginación, y a mí, lo tangible, así que ¿cómo te las arreglas para maniobrar entre todas esas puertas que se abren y se cierran ante ti? ¿Y cuál es el lugar en el que realmente desarrollas una vida plena? Un día me gustaría llegar a oírlo de ti, porque si todos nos hemos suicidado ya alguna vez, ¿qué sentido tiene seguir suicidándose una y otra vez?

Me pasaba las noches aquí sentada escribiendo, intentando documentar su día a día. Para entender, descifrar algo y para que el pavor y la impotencia no terminaran por volverme loca. Por el día anotaba cada gesto que él hacía. Los circuitos que realizaba por la casa, las acciones repetidas hasta la saciedad. Las palabras que todavía le quedaban. Lo que comía y cómo lo hacía. Por las noches me proponía extraer de todo aquello algo lógico, algún sistema o modelo. Llené páginas y más páginas, cientos de ellas. Cuaderno tras cuaderno. Están guardados en algún sitio del trastero, y carecen de toda lógica. Pero no tengo valor para tirarlos y muchísimo menos para abrirlos y volverme a ver a mí misma tal y como era entonces. Si por la mañana se comía un tomate, estaba muy agitado hasta las diez y media de la noche. Si movíamos el sofá del salón, él lo volvía a colocar en su sitio. Si apagábamos la lámpara, él volvía a encenderla. Si reducíamos las dosis de este o de aquel medicamento, las crisis se le espaciaban tres días. Se dedicaba a romper papeles, una hoja, otra hoja... Yo lo seguía por la casa y por la guardería literalmente escribiéndolo. Cuanto él más se iba borrando, más escribía yo sobre él.

¿Y qué es lo que estoy escribiendo ahora, sino el diario de mi propia enfermedad?

El abrigo nuevo no fue bien recibido. A propósito le dedicamos el sábado, cuando hay tiempo y nadie tiene prisa. Pero al mediodía ya habíamos desesperado de conseguirlo. Hasta Amos se rindió, de manera que lo volvimos a meter en la bolsa. Según parece algo de su tacto era distinto del abrigo anterior, quizá en los extremos de las mangas, o en el cuello, o puede que fuera el olor. Es el abrigo más parecido al anterior que he encontrado, pero ahora no me quedará más remedio que remendar el viejo, y hoy

mismo, porque ¿cuánto tiempo va a seguir esperándonos la lluvia con tanta consideración? Por lo menos nos hemos anotado un tanto: con el abrigo hemos fracasado, pero hemos acertado con las camisetas de manga larga a las que ni siquiera ha habido que cortar las mangas.

Ahora acabo de terminar de recoger las huellas de su desgracia en su habitación y Amos ha salido con él a hacer volar la cometa. Corto el teléfono, porque en sábado no vas a llamar, y me siento a descansar un poco después de tanto esperar este momento.

El lugar de mi cerebro en el que tú te encuentras está en el lado derecho, por detrás, debajo de ese hueso que sobresale. Me parece que en ti es exactamente al otro lado (así que ¿cómo vamos a encontrarnos?). Durante los últimos días todo contacto que tengo con ese lugar se encuentra casi siempre acompañado de dolor, y también de un gran enfado contra ti. Mientras que ahora, para sorpresa mía (y para enorme alegría), he encontrado ahí un momento muy querido para mí, que es cuando estaba sentada en la terraza con Amos después de haber recibido tu carta de despedida...

¿Te lo cuento?

¿O mejor te dejo ya tranquilo? ¿Renuncio a la posibilidad de que nosotros...? ¿Dejarlo ya?

(¿Pues entonces a quién, en realidad, le estoy escribiendo aquí?)

Ya verás cómo llegará un día, cuando seamos viejos y sabios, en el que estaremos por encima de toda esta guerra que nos traemos. Tú me abrazarás y me dirás, qué inteligente fuiste entonces, que no cediste, que supiste hacer exactamente lo correcto, que acudiste al lugar del encuentro y esperaste quedándote allí todo el tiempo que a mí me hizo falta para decidirme.

Mira, te lo voy a contar: sucedió cuando estábamos enfrascados en uno de los rituales familiares más antipáticos de todos, la declaración de la

renta. Con toda seguridad conoces el «yugo» que representa para los autónomos (porque tú lo eres, ¿no?), y Amos tiene que hacerlo porque pronuncia muchas conferencias sobre su especialidad. Siempre se trata de poco dinero y de muchos quebraderos de cabeza, así que le ayudo, porque él se encuentra completamente perdido entre las columnas y las casillas y yo soy la suma sacerdotisa de la factibilidad...

Hubo un tiempo en el que odiaba hacerlo, porque ¿qué se me había perdido a mí entre operaciones, porcentajes e impuestos relativos a unas cantidades microscópicas? Pero con el tiempo descubrí que eso también encierra algo agradable, que es otra manera de reconstruir y revivir, por un momento más, todo tipo de pequeños sucesos y de acontecimientos familiares, como la compra de unos zapatos de un número mayor para Yojai, una cena en un restaurante con unos amigos (y también una suma poco corriente librada durante los últimos meses en sobres y sellos)...

Mientras tecleaba las cifras, Amos me preguntó que qué era lo que me angustiaba. Pero es que yo no podía hablar. Simplemente temía que si empezaba, me pondría a llorar de tal manera que lo bañaría en ríos de lágrimas.

La cara me ardía, y Amos, claro, se daba cuenta. Seguimos trabajando en silencio y yo, entretanto, me fui preparando.

Seguimos trabajando de aquella misma manera, sin hablar, durante casi media hora, hasta que terminamos con todo y vimos lo que nos tocaba pagar ese mes (mucho dinero).

Después nos fuimos a sentar a la terraza. Estaba oscuro y no encendimos la luz. Normalmente, la sola presencia de Amos me tranquiliza enseguida. Pero esta vez notaba que también él estaba un poco tenso, que esa tensión me envolvía, y en honor a la verdad debo añadir que me preocupaba un poco.

Y entonces, con la mayor sencillez, me dijo: estás enamorada, Miriam.

Yo le respondí, «sí», incluso antes de saber lo que decía, porque en el instante en el que oí esa palabra noté en mi interior como un impulso...

Que hasta este momento no tengo palabras para describirlo.

En la carta no te lo conté en detalle. Empiezo a creer que en aquella carta te conté demasiadas pocas cosas. ¿O puede que demasiadas? Porque sabía que había demasiadas cosas en juego dependiendo de cómo te contara la conversación.

De nuevo ese temor que experimento ante tu «oído selectivo». Y más aún, del «oído colectivo».

Aunque mi coro interno me murmura sin reposo, pero ¿tú en qué mundo vives? ¿Hasta cuándo vas a seguir contándote mentiras a ti misma? ¿Todavía no has captado que lo que él ha escrito es exactamente lo que ha querido decir? ¿Que es absolutamente sincero cuando dice que no está dispuesto a seguir sumergiéndose en esto? Llevas siete meses escribiéndote con un hombre que te da un nombre falso, así que vete tú a saber en qué más te ha engañado. Pero de verdad, mírate: tu marido «te ha revelado» que te has enamorado de otro hombre, ¿y tú sola, por ti misma, todavía no lo has entendido? ¿Dónde estabas cuando la vida debía habértelo enseñado?

No estoy tranquila. No era así como quería encontrarme hoy contigo.

Pero sé que me crees que yo nunca me lo había dicho a mí misma de esa manera, con esas palabras tan sencillas, con esa sola y redentora palabra (que ahora empiezo a notar cómo también ata), porque le di a ese sentimiento tantos nombres, demasiadas palabras, montones de nombres y, sobre todo, el tuyo.

Pero ¿cómo puede ser que solo cuando se la oí decir a Amos...?

La gran fuga. Pero vamos a ver, de verdad, ¿no crees que eso ya es demasiado? ¿Cómo no has tenido un poco de cuidado? ¿Y qué creías que iba a pasar? Depositar en un día como ese tu tranquilidad en sus manos. Pero si hasta cuando está bien, es una exagerada. ¿Por qué te empeñas en escucharla una y otra vez, si es como una especie de red que cae sobre uno y lo inmoviliza? Y ese unísono, por ejemplo, que puede darte la impresión de que se puede descansar un rato, ¿eh? Eres una tonta por creer que podrías encontrar algo de alegría al dejarte llevar, ¿creías que ibas a salir bailando? Pero ya ves lo que ha sucedido, que ha venido el violonchelo y te ha retorcido las tripas.

¿Cómo has podido llegar así a mi vida, Yair? ¿Cómo es posible que me encontrara tan desprotegida? Ni siquiera entraste por una ventana, sino por una fisura, encontraste una pequeñísima grieta y por ahí te colaste para apuñalarme el corazón.

Esta mañana he comprado una cajetilla de cigarrillos Time, he salido del *moshav*, y me he fumado tres, uno detrás de otro. Ni siquiera en el instituto, ni cuando era el momento de probarlo «todo» y todos los que me rodeaban fumaban, lo había hecho, y ahora, a los cuarenta, me ha dado por esto.

Es terrible cómo arden los pulmones por arriba. Como si se calcinaran por la punta.

Y es terrible, también, cómo esta calcinación me calma.

«Yo vivo principalmente de lo que no tengo...», cuando lo leí a punto estuve de dejar escapar un grito: ¡yo también! Pero nunca me había atrevido a decírmelo a mí misma de esa manera, porque mi vida está, en mayor o

menor medida, llena de «hay» y «tengo» (y lo que falta ha pasado ya a ser parte de la realidad), estoy contenta de mi pareja, y eternamente agradecida a Yojai, que una y otra vez me da tantas alegrías y me hace comprender cosas a las que no podría acceder por ninguna otra vía. Estoy rodeada de amigos que me quieren y hasta tengo un bosquecillo delante de casa, toda la música que quiero, mi trabajo, que también me gusta, ¿has visto que lista más maravillosa? Mi «haber» está lleno, tú mismo lo dijiste, incluso saturado...

Pero en este momento es más bien el «no hay» el que está tan activo y es tan exigente que hasta cuesta soportarlo, porque se encuentra repentinamente tan ávido de vida, que no sé lo que va a ser de él ahora o lo que voy a hacer.

Qué maravilla poder escribir también cosas como esta: la pareja de jóvenes que son los nuevos vecinos de la derecha, acaban de salir de aquí en este momento. Me han traído un enorme ramo de flores y estaban muy agradecidos. Finalmente se les ha ocurrido cómo llamar a la pequeña de los labios de cereza: Miriam.

Ni se me hubiera ocurrido proponerles ese nombre, pero me alegró el saber que iba a haber en el mundo una niña tan guapa que se llamara Miriam «en mi honor», y también estoy contenta por el alivio que siento ahora: mis negocios secretos con la lluvia.

Nueve y media de la noche. Qué desorden. ¿Por dónde empezar? El suelo está lleno de papeles y de juguetes, de cazos y tenedores, de cojines, ropa, sillas tiradas por todas partes y cientos de piezas de puzzles diferentes, que

cualquiera sabe el tiempo que habrá que emplear en clasificarlas y ordenarlas. Toda la tarde he estado trabajando con él un puzzle del osito Winnie Puh, que a la edad de dos años y medio sabía hacerlo en unos minutos, a los cuatro años en una hora y media, y que hoy lleva intentando acabar durante toda la tarde. Hasta que al final ha perdido los nervios y ha empezado a tirarlo todo por el aire, cosa que he entendido muy bien. Dentro de un momento, enseguida me pondré a «rehabilitar» la casa. Tengo que relajarme con un poco de música, y escribiendo. Dime, ¿cuántas veces al día sientes una punzada en el corazón cuando piensas: a ella, esto ya no se lo escribiré? En este momento ya no.

Tampoco te he hablado casi del niño que fue antes de la enfermedad. Sobre eso, realmente, no me veía capaz de hablar. Con nadie en el mundo. Ni siquiera con Amos. El niño tan alegre que perdimos en unas semanas, en unos meses. Qué listo era, las cazaba al vuelo, y qué sentido del humor y qué encanto. Era un niño tan parlanchín. Tenía un vocabulario muy rico, y toda una biblioteca de libros de su edad. Yo le leía un cuento por la mañana, otro al mediodía y dos o tres por la noche (y por eso, a veces, todo el proceso de acostarse duraba más de dos horas...). Y las conversaciones que tenía con él, como con un amigo. Un niño de dos años con un espíritu grande y luminoso. Por ahí hay una cinta de vídeo que le hicimos en su segundo cumpleaños. No me atrevo a mirarla. Se le ve alegre, bailando y tomando zumo de grosella. Tres meses más tarde hizo su aparición la enfermedad, con todos sus síntomas, y el habla empezó a borrarle. Una palabra detrás de otra. Nosotros lo veíamos sin poder hacer nada. Ni nosotros ni los médicos. Buscaba las palabras como alguien que estuviera seguro de llevar algo en el bolsillo pero que no lo encuentra. Esta es la

primera vez que soy capaz de escribirlo. De recordarlo desde la distancia. Sin sentirme morir por ello. Me sentaba con él y repetíamos y repetíamos palabras. Por la noche las recordaba, por la mañana ya no. Una vez, en medio de una fuerte crisis (mía), me pasé toda una noche tachando con un rotulador negro las últimas palabras que lo habían traicionado de todos sus libros.

Recuerdo que las pocas palabras que quedaban en las páginas se me aparecieron como los rostros de unas personas que gritaban aterrorizadas por la noche desde las ventanas.

Cuando se le terminaron las palabras, le quedaron, por lo menos durante unos meses, cinco o seis canciones. Las canciones fueron lo último que se le borró de la mente. Al final solo le quedó una, la canción del jacinto. También a mí pareció apagárseme todo, de manera que los distintos árboles se llamaban ahora solo eso, árboles, y las distintas flores, flor. Cuando me contaste cómo te saltó el corazón al aprender Ido la palabra luz, perdiendo así todas las demás luces posibles, pensé en que tenía que separarme de ti inmediatamente, porque no podría resistir el sentimiento que provocabas en mí aun sin saberlo, incluso con tus pequeñas meteduras de pata. Pero no pude dejarte, seguramente por eso mismo.

Qué poco fue lo que te conté. Lo que yo quería, sobre todo, era escuchar. Tenía sed de ti, deseaba entenderte, descifrarte, y con todas mis fuerzas me niego a escuchar la humillación que me reconcome, y es que desde el momento en que empecé a querer que tú me escucharas a mí, que sin prejuicio ninguno escucharas mi historia, una historia que nada tiene que ver contigo, desapareciste.

Ahora, en este momento, te escribiría la carta más primaria y sencilla posible, un extracto inapelable, como una fórmula matemática o un aria de Mozart. Un axioma acerca de ti y de mí, y acerca de los puntos más

frágiles, palpitantes y dolorosos de pura añoranza. Pero ya son las diez, dentro de poco ya no estaré aquí sola y no quiero que nadie me vea tan emocionada. Mira, todavía sigo intentando comprender de una manera lógica qué es lo que realmente te ha pasado y cómo has sido capaz de dejarme cuando habíamos llegado a un acercamiento tan grande. Ya no sé qué pensar. A veces creo que lo que tienes es miedo, o que estás enfadado por si le he «revelado» a Amos algo sobre ti. Resulta casi ofensivo pensar que esa pueda ser la razón, pero ¿es que puedes llegar a haber pensado que te he «traicionado»?

Espero que por lo menos me creas si te digo que ni por un momento se me ha ocurrido revelarle la verdadera esencia de nuestra relación. No me creerás capaz de algo así, ¿verdad?

Aunque por qué te parece que no podía contarle a él lo que hasta en este mismo instante me emociona y es que un hombre que no me conocía viera algo tan grande en mí como para llegarle al corazón...

Ya ves, estoy volviendo a montar en cólera, y eso que me he jurado no dejarme llevar. Si no entiendes lo que te acabo de decir, nunca habrá una posibilidad para nosotros, porque si hay algo que a Amos le guste de mí es sin ningún lugar a dudas ese «algo» que me ha empujado a responderte también a ti. Esto es todo lo que hay que explicar, así que ¿qué es lo que no se entiende? Él ama exactamente a la misma mujer que contestó a tu primera carta, porque es la misma mujer que un día también le respondió a él, y que una y otra vez le responde cada vez que ve algo nuevo o digno de amor en él. ¿Qué se puede amar de mí si no es a esa mujer que así actúa? Y ¿cómo se me puede amar a mí sin verla a ella brotar y florecer? Ella es el epicentro de mi vida.

Por un momento se me ha encogido el corazón al pensar que sin tan

siquiera haber leído esto hayas podido sonreír o que incluso te hayas burlado de mí.

No te habrás burlado, ¿verdad? No, porque es imposible que nadie esté haciendo chanza de nada en ningún lugar del mundo cuando Bárbara Bonny está cantando este motete. Escúchala. Compartamos un momento de recogimiento con ella. ¿Te está llegando? Cada sonido que escribió ese hombre parece estar tañido en el nervio al que le está exclusivamente destinado. Se podría bailar sin necesidad de moverse uno. Balanceándose como en un sueño. Como los dos fetos de tu sueño.

No te creas que estoy inmunizada contra las palabras de los otros sobre Amos y sobre mí. De los guiños que se hacen a nuestras espaldas ni de los suspiros de las almas buenas que están convencidas de que me falta alguna pieza vital que los demás tienen bien firmemente ajustada...

Me arde la cara. Hasta las manos las tengo rojas. Espero poder tener todavía un rato más de soledad aquí, porque finalmente tengo, por lo menos, que decírmelo a mí (porque también yo soy un destino con dirección propia, ¿lo oyes?, porque yo soy la dirección. ¡Yo soy la dirección a la que va dirigido esto!).

Me he interrumpido para irme a lavar la cara. Es como intentar apagar un incendio con el agua de un dedal. Frente al espejo he pensado el temor que me produciría aparecer ante ti, verte cara a cara. Porque enseguida te darías cuenta, antes que de ninguna otra cosa, de los detalles menos agradados que hay en mí. Tengo, por ejemplo, una mancha de la piel, no muy grande, en el lado izquierdo, por encima del ojo. Una pequeña media luna. Creo que desde el lugar en el que tú te encontrabas no la pudiste ver. A propósito: ¿por qué me pediste cuando lo de los aspersores que no me tiña el pelo?

Tengo ya demasiadas canas. Mi madre, a mi edad, tenía ya el pelo completamente blanco. Había pensado en empezar a teñirme este año, cuando llegó tu carta. ¿Sabes qué?, me he dado cuenta de que cuando cierro los ojos delante del espejo, te veo a ti.

El corazón me late ya completamente enloquecido. Probablemente porque ahora está cantando el Aleluya. Tampoco te he contado que últimamente tengo algún problema de presión arterial (sí, será mi avanzada edad, mi realidad demasiado realista, la burocracia de mi cuerpo, todo junto, en realidad); la doctora Shapira quiere que tome unas pastillas para eliminar estas palpitaciones, pero yo no quiero renunciar a ellas. Si en este momento pudieras ponerme la mano en el corazón, mi alegría no tendría límites.

Lo voy a dejar aquí para continuar mañana.

¡No! ¡No estoy dispuesta!

¿Has visto qué ejemplo más lamentable del «miedo a estar demasiado gorda»? ¿La foto de esa niña que estaba segura de ser demasiado alta y demasiado gorda, aunque de gorda no tenía nada, y que durante años, pero años, se torturó sentándose al borde de la silla para que nadie viera cómo se le «desbordaba» la espalda?

¿Y qué, si hubiera estado gorda? Prometiste que la apoyarías.

Yair, nunca antes me había permitido con nadie lo que me he permitido contigo, nunca me había sentido tan libre. Hablo de una libertad interna, sin ningún tipo de cortapisas. Y eso que como ya sabes tengo una pareja que de la manera más generosa me dice de mil y una maneras, sé tú misma. Lo que quieras, con tal de que seas tú misma. Y nunca me había atrevido. No hasta

el final. No hasta el límite de mis fuerzas y desde luego que no como me siento en este momento.

La verdad es que quizá soy incapaz de hacerlo sola, por mis propios medios. Puede que alguien que tanto necesita, como yo, de otra persona para llegar a la felicidad, no, no es solamente a «su felicidad», sino a su confirmación más profunda, siempre estará...

(¿Ves?, la frase está sin terminar, pero la sentencia ya está dictada.)

Porque yo, por lo visto, solo soy capaz de ser «dos» en este lugar.

Acabo de acordarme de que desde muy temprana edad, desde que leí, de jovencita, las fábulas de Krylov, he tenido una imagen interna de mí misma y es que soy como el avaro aquel que agonizaba de hambre sobre el cofre de las monedas de oro que le habían confiado en custodia. Pero en mi caso es muchísimo peor porque ¡las monedas de oro son mías!

Además, yo no quiero tener un pararrayos. ¿Qué es eso de que tú tengas que parar mis rayos? Al contrario, ven y dime: ¡Sé la luz!

Un momento antes de que empiece el nuevo día, debo añadir una disculpa. No ante ti. De lo que quiero dejar constancia aquí es de lo mucho que siento haberme puesto tan nerviosa ayer, cuando escribía.

Amos llegó a las once, justo cuando añadía las últimas líneas. Te puedes hacer una idea del aspecto que yo tenía en ese momento. Sin ningún lugar a dudas «se me notaba». Me preguntó si pasaba algo y si me encontraba bien. Le dije que estaba escribiendo algo que me tenía muy alterada. Se quedó un instante esperando, por si yo quería contarle lo que escribía y puede que también a quién. No me cabe la menor duda de que lo sabía. No se lo dije.

No vi la necesidad de hacerlo partícipe de ello. Él, por su parte, no preguntó nada. Se fue a duchar, y cuando volvió, yo ya me había repuesto un poco. No hablamos de ello. Estuvimos hablando de otras cosas. Amos me esperará, sin ningún tipo de prisas ni de temores, hasta que yo pueda hablarle. ¿Comprendes?, no hay necesidad de un informe diario, o cada dos horas, acerca de la intensidad de los sentimientos o de la dirección en que sopla su viento. No nos hace ninguna falta andar sacando de la tierra a cada momento el bulbo de la flor para comprobar la longitud de las raíces a día de hoy.

No lo entiendes, ¿verdad? Crees que un comportamiento como este solo es posible porque, por lo visto, él no me ama. O no me ama lo suficiente, o que no existe entre nosotros verdadera pasión. ¿Verdad que eso es lo que piensas? Que si no se me ha echado encima al instante para excavar en mí y descubrir por qué de repente me aísla y por quién me aísla, es que no me quiere lo bastante.

Sin embargo, eso es lo que en mi opinión es el amor.

Es plena noche. Me he levantado y todo me da vueltas. Me da miedo lo que voy a ser capaz de escribir aquí.

Es la lluvia, la primera lluvia. Fue en abril cuando él decidió que nos separaríamos con la primera lluvia. Por supuesto. La primera lluvia, que a mí tanto me gusta. Que puede que también le guste a él y que por eso la escogiera. Ni siquiera necesito que me lo confirme. De repente hace fresco y me da un escalofrío. Con todas las veces que le escribí en medio de la más completa inocencia lo mucho que ansiaba que llegara esta lluvia, lo ávida que estaba de ella y cómo todos los años me vuelve a llenar de la sensación de plenitud y de esperanza, uniéndome a la corriente del tiempo, de la vida

y de la renovación, la lluvia, a la que me siento unida como a muy pocas cosas...

Con la bata y el jersey me estoy congelando. Auténticos alfileres de frío. Por todo el cuerpo. También dijo que depositáramos la decisión de la separación en un elemento externo, ajeno a nosotros, en el que no pudiéramos influir. Y esa frase tan extraña en la última carta, que ojalá que el clima volviera sobre sus pasos. Y yo como una tonta.

Ya nada importa. Hasta me extraña haberme visto sorprendida de esta manera sin haber adivinado nada.

A pesar de todo, en este momento siento una crispación por ese punto como la que ninguna de sus otras ideas me haya llegado a provocar. De pronto, este asunto lo ha convertido en enemigo. Nunca fue mi enemigo, pero ahora sí lo es. Un enemigo desesperado y lastimoso, de esos que hasta pena dan, pero que por otra parte utilizan armas no convencionales. No me gustaría poner aquí por escrito algo que sonara completamente primitivo, pero dejándome guiar por mi propia lógica, sé que hay cosas que no se hacen ¡Con eso no se juega!

Me encuentro después de un día entero de mucha fiebre, escalofríos y pesadillas. Una enfermedad muy rara, rápida y concentrada, que ha desaparecido de repente hacia primeras horas de la mañana (¿Me contagiaría Y.?, por lo menos su ritmo sí). Ahora también soy yo la que solo escribo la primera letra de su nombre. Y no por seguridad, «para preservar la mentira», sino sencillamente por pura debilidad.

Me resulta muy doloroso y desgarrador escribirte en tercera persona. Me

esfuerzo por hacerlo, pero hay en ello como una especie de terrible error contra el que me rebelo. Las palabras enseguida palidecen y no tienen el rubor de la vida. No importa. Me acostumbraré. Tengo que conseguirlo. De todos modos, vuelve ahora tu rostro hacia mí. Tu cara que nunca he visto.

La conmoción de anteayer. La completa desesperación ante la posibilidad de que ya nunca...

He releído las cartas. He visto todas las veces que te pregunté, sin que tú me contestaras, si ya habías renunciado a seguir con lo de la «guillotina». Me he pasado meses sin saber si todavía seguías tonteando con ella. Y después llegó el momento, y ahora sé exactamente cuándo, cuando contaste lo del huevo sin cáscara. Entonces pensé que no debía seguir molestándote con esa pregunta, porque ya estaba de más. Desde entonces, carta tras carta, creí que te habías liberado a ti mismo del cruel y ridículo «negocio» contigo mismo.

Yair, sé que ese «negocio» no es solamente ridículo. Sé muy bien contra todo lo que tienes que luchar para que logres liberarte finalmente y puedas venir a mí en medio de una absoluta libertad interior. Y, por supuesto, también sé lo difícil que resulta curarse de esas enfermedades de la infancia, incluso a la edad adulta.

Aunque es posible (se me acaba de ocurrir): ¿puede que temas todavía más la curación? Porque si eso es así, dímelo, no tienes más que decírmelo, y podremos llorar juntos. Llorar por esa maldita sensación que nos inculcaron de que nosotros somos la enfermedad y de que no debemos atrevernos a rebelarnos por medio de la curación, porque correríamos el peligro de perder la vida, ¿verdad? Siempre, siempre ese miedo, esa profecía del corazón, de que la enfermedad, la deformación o la tara que nos implantaron es justamente lo que nos hace tan especiales porque es nuestro bien más precioso, nuestro huesecillo indestructible... ¿Por qué no

puedes decirme algo tan terrible como esto? ¿No ves que nos sentiríamos mucho más cercanos si simplemente tú me lo dijeras? Porque entonces yo asentaría y quizá por un momento podríamos respirar juntos a pleno pulmón.

Y es que yo no tengo a ninguna otra persona que me conozca tanto en ese punto, en ese recóndito recoveco del alma, y lo mismo te pasa a ti.

¿Qué es lo que yo creía que me iba a pasar cuando estuviera «allí» contigo? Porque mi más profundo dolor mana de un lugar con el que tú no tienes relación y de unas cosas de las que ni siquiera hemos empezado a hablar, tú y yo, puesto que nuestra larga andadura juntos no ha hecho más que empezar...

Me imagino una tempestad, una erupción volcánica de nuestra interioridad, de la tuya y de la mía. Algo que nos arrastra, nos zarandea y nos deja al descubierto con una sola piel (o mejor, sin piel ninguna).

En mi imaginación, veo una balanza completamente recta, perfecta, pura, que es también el conocimiento absoluto, así como la entrega completa a ese conocimiento. La armonía de dos personas, de nosotros dos, una armonía que quizá ninguno de nosotros podría alcanzar por separado.

Ese es el primer (y único) dolor que me oprime, y tú eres el único capaz de quitármelo o de mitigarlo. El dolor de mi separación de ti. Hasta que te conocí, se trataba de un dolor turbio y apagado, incluso puede que ni siquiera supiera llamarlo por ese nombre tan preciso y que quedara enterrado entre las otras muchas preocupaciones de la vida, pero llegaste tú y le diste un nombre y todo un vocabulario.

Pensándolo mejor, Yair, ni siquiera estoy tan segura de que me puedas curar de este dolor. Pero el contacto entre nosotros podrá, por lo menos, crear entre nosotros lo que a veces tú has llamado «toma de tierra» y que yo prefiero llamar cooperación, participación, como ese «un plus de fuerzas

compasivo», lleno de bondad, del que habla Kafka en su diario el 19 de septiembre de 1917 (cuando se sorprende de haber sido capaz de «comunicarle a alguien por escrito» que se sentía muy desgraciado):

«... no miento si digo que eso no mitiga el dolor, sino que se trata de un plus de fuerzas compasivo en un momento en el que el dolor había literalmente agotado la totalidad de mis fuerzas hasta el fondo de mi ser».

Hay un pensamiento que no me abandona: ¿Dónde me encontrará la primera lluvia? ¿En casa? ¿En la calle? ¿En clase frente a los alumnos? ¿Y en qué parte del cuerpo me caerá la primera gota? Por las noches uno de mis oídos permanece constantemente atento al murmullo de unas gotas.

Pero también existen otras posibilidades: liberarme de este suplicio. No colaborar. Dejar de rascarme la herida de esta espera.

A la lista de pérdidas añado esta mañana con corazón apesadumbrado: la libertad interior.

Un día más. Tú no estás. No dejo de mirar el cielo. ¡De qué manera has conseguido transformar el mundo entero en unas enormes tenazas que poco a poco van cerrándose a mi alrededor! ¡Basta, basta, basta! (Aunque ese «basta» significa también «Habla, Yair».) Cambio tu foto. Mira: eres un relojero. Un relojero taciturno y maquinador. Te encuentras en un diminuto y asfixiante garito invadido de tic-tacs. Eres tú. Un hombre solo que arde en medio de un fuerte impulso hacia la perversidad. Sin pausa ajusta las ruedas dentadas de un reloj tras otro y los programa de manera que se oigan sus alarmas una tras otra según un plan secreto que él se ha fijado, durante todas las horas del día y de la noche, en invierno y en verano, siempre, siempre...

En ti hay un poco de ese relojero, ¿a que sí? Tienes la voluntad y la

pretensión de programar tus enamoramientos cambiantes, de manera que siempre te encuentres sumido en una melodía (¿femenina?) que resuene y tintinee a tu alrededor. Y que te conmueva. Que no exista ni un momento de insufrible silencio en el que pueda llegar a oírse, Dios nos libre, el tiempo que va pasando, que se escabulle.

¿Es eso lo que ha pasado? Yo no he sido más que un elemento accesorio en esa especie de ceremonia privada tuya (¿o de culto?).

Quizá es que con cada estación del año cambias de mujer, y este ha sido «el verano de Miriam» al que seguirá el invierno de otra. O puede que como parte de los negocios secretos que te traes entre manos, cuentas el tiempo que te queda en «minutos» de mujeres. Veo que no he sido más que la aguja que te ha señalado que había pasado otra «hora», otra estación, otra mujer... ¿No será que tu verdadero diálogo lo mantengas, no con unas pobres y desgraciadas hijas de Eva como nosotras, sino con su majestad el Tiempo?

Sal de mi vida.

Es por la mañana. Hace dos días que no escribo. Siento un gran alivio. No del todo comprensible. Toco el agua helada con la punta del dedo gordo del pie: con esto se puede vivir...

Aquí hay una mujer que se arrastra por el suelo porque le ha sucedido una gran desgracia. Ni siquiera tiene muy claro de lo que se trata. Durante algunos momentos del día tiene la sensación de que todo lo que la rodea ha sido borrado del mundo. Después resulta que todo existe y que es ella la única que ya no tiene una existencia como la de antes. Habla sola sin apenas mover los labios. Qué extraño que todo eso no le duela. Mejor así.

Se pondrá bien. Lo único que tiene que hacer es desear con todas sus fuerzas (¡ay!) estar bien. No desperdicia las energías en moverse mucho. Constantemente tiene como una especie de tapón que le obstruye el corazón. La enfermedad del principio de la semana no ha sido más que una buena excusa para su embotamiento. Y como Yojai también ha tenido que quedarse en casa, hay muchísimas cosas de las que ocuparse.

Ahora está leyendo las líneas que acaba de escribir. Con esto se puede vivir.

Banco–tintorería–dos clases–el cristalero para la ventanareunión otra reunión–conversación con la fisioterapeuta-ultramarineros–llevarlo al relojero–visita de pésame... ¿Qué piensa hoy el hombre verde del planeta Marte?

«A esta mujer el contacto con la realidad le resulta insoportablemente doloroso.»

Por lo menos todavía me queda la escritura. De momento.

Es como tirar piedras al fondo de un río muy caudaloso.

Poco a poco, con mucho esfuerzo, quizá se vaya formando un puente por el que pueda marcharse de aquí.

Hace ya tres días que Yojai está en casa. Junto a la puerta de la escuela han

puesto un contenedor para material de derribo y no hay con quien hablar. Me quedo con él y arreglo un poco la casa. Le hago un tratamiento cutáneo a nuestro hogar, en la medida en que Yojai me lo permite.

Resulta difícil concentrarse cuando él está aquí.

Le he ordenado en una fila todas las sillas de la casa, y él va por ellas con una pericia sorprendente. Parece ser que el hecho de tener que guardar el equilibrio le produce placer. Esa es la explicación científica que una vez nos dieron. ¿Estará escribiendo algo con ese continuo movimiento suyo? Quizá tenga un significado oculto el hecho de tocar las jambas de las puertas o que haga rodar bolas de papel por todos los rincones...

No le busques ningún sentido.

Va y viene muy concentrado, muy serio, misterioso. Siempre está ocupado y muy interesado en su vida interior, tanto que ni siquiera sabe que estoy aquí.

(Cuando ahora lo he abrazado, sin embargo, me ha devuelto el abrazo.)

Es por la noche. Los muy estrechos de miras dirían que son las cuatro y cuarto de la madrugada, pero he dormido tres horas, ¡qué regalo más inesperado!

(Y Ana, donde quiera que esté, se ríe: tú y tus Pollyannas...)

Qué poco ha durado la dicha... Ariela ha llamado para preguntar qué tal va la cosa. Ha contado que hoy han leído en clase el pasaje en el que Romeo sale por primera vez de Verona y dice que ha soñado un hermoso sueño esa noche. Y que una alumna ha saltado diciendo que Romeo seguramente no

se daba cuenta de lo espantoso que era lo que acababa de decir, porque había dormido, había sido capaz de dormir.

Yo, por mi parte, he notado una punzada, como si hubiera cometido una infidelidad.

Hace ya dos horas que estoy llamando al Ayuntamiento y no hacen más que pasarme de funcionario en funcionario. El último, un alto cargo, ha estado muy amable al principio, pero después ha resultado que el contratista que ha colocado el contenedor no ha transgredido la ley, ninguna ley, excepto la de un niño. Pues metan ustedes al niño por la otra puerta, señora, acabó por gritarme, y me colgó en la cara. Ahora es Amos el que ha llamado: se trata de unas obras de rehabilitación del edificio contiguo al de la escuela y durarán por lo menos dos meses.

Me siento. Decididamente Yojai parece estar muy contento. Sigue por el itinerario que se ha marcado. Cuenta en voz baja. ¿Qué va a pasar ahora? Bambi, William y Kedem lo miran con ojos de aburrimiento. A veces me da la sensación de que de la misma manera que él no se relaciona ya con ellos, tampoco ellos quieren ya saber nada de él, y quizá sea por eso por lo que a mí también, en parte, han dejado de gustarme. Pero ¿qué es lo que va a pasar ahora? Nili se le acerca mucho más que antes, se frota contra él, juega. Incluso más que con sus cachorros y él, a su vez, es con la que más reacciona. ¿Por qué no se esfuerzan más con él? Los perros me encantan, pero con los míos, precisamente, no me las arreglo bien. La conversación con Amos ha sido un espanto. Se ha preguntado lo que vamos a hacer ahora y cómo nos las vamos a arreglar durante dos meses, y justamente ahora. Se ha puesto a protestar que tiene un grupo nuevo que acaba de encauzar, y yo le he respondido que, como bien sabido es, también yo tengo un trabajo; él

ha seguido quejándose y yo me he puesto furiosa, pero todo ello sin elevar ni en una sola octava nuestro tono de voz. Por no asustar a Yojai. Los perros, por su parte, han vuelto a quedarse dormidos. Puede que aquí haya algo que les provoca ese sopor. No lo sé. Ya no sé ni lo que siento. Hace unas semanas tuvimos en casa a dos niños de ocho y nueve años, los hijos de los Hermann y los perros, los tres, estaban como locos de contentos. De pronto descubrí en ellos movimientos nuevos del cuerpo. Oí unos ladridos que me resultaban desconocidos, unos ladridos como de cachorro.

Va por las sillas como por un cable tendido en el cielo. Un momento antes de perder los nervios me digo a mí misma que estando como él está ahí en las alturas, ¿qué sentido tiene hacerle cargar con las penalidades de los que estamos abajo en la tierra?

Ese tejido fino y vaporoso, tan nuevo para mí, eso es lo que más lamento haber perdido. Porque la verdad es que con él aprendí a vencer las detestables ansias de deshacerlo todo, de destruir a mi gemelo negro. Realmente me sorprendí a mí misma por haber aprendido a tejer más y más sin deshacerlo enseguida y sin hacerme daño a mí misma, porque sentía la alegría de la vida y la alegría del amor (¡incluso un poco de amor hacia mí misma!).

¿Y ahora qué? Ahora Y. se ha convertido en mi cuchillo.

También hoy, desde el momento en que ha visto el contenedor naranja, ha clavado los pies debajo del asiento delantero y no ha permitido que lo sacáramos del coche. Una hora y media de intentos infructuosos por convencerlo. Han venido sus maestras, la directora y su querida

fisioterapeuta. Hemos intentado tentarlo, sobornarlo, lo hemos amenazado y le hemos hecho promesas. Amos ha corrido a comprar en una juguetería un camión bastante parecido al contenedor. Después ha discutido con los obreros. Los ha amenazado. Les ha suplicado. Pero nada. Lo que ocurre es, sencillamente, que Yojai se niega a reconocer que esa sea su escuela en la que hace ya cuatro años que estudia. He vuelto a casa a las once para estar con él. He tenido que suspender tres clases y postergar un examen.

Y a pesar de todo soy una mujer con suerte, y no debo olvidarlo ni por un solo momento. Pienso en el hombre con la cara quemada que estaba sentado frente a mí en el autobús.

Esta noche, en el curso de Talmud, hemos seguido estudiando los textos referentes a la falta de lluvias. Akiba ha decidido que esa será nuestra humilde contribución a la pronta llegada de la lluvia. Ahí, sentada entre ellos, me pregunto si, en esta espera general de la lluvia, no seré yo una especie de «quinta columna», una especie de profeta Jonás en el barco, pero al revés... Yúdale ha llevado un texto cabalístico, concretamente del Zohar: dijo Rabbí Shimon, hay una cierva en el país y el Santo Bendito Sea la tiene en muy alta estima. Cuando ella grita, el Santo Bendito Sea comprende sus penalidades y atiende a su llamada. Cuando el mundo necesita misericordia o agua, ella alza su voz, y el Santo Bendito Sea la escucha y se apiada del mundo, porque escrito está: «Como la cierva brama por las corrientes de agua viva» (Salmo 42). Y cuando tiene que parir, se encuentra obstruida por todas partes, así que pone la cabeza entre las rodillas y clama pidiendo ayuda, y el Santo Bendito Sea se apiada de ella y le envía una serpiente que

le muerde el sexo hasta abrirlo y rasgarlo allí mismo y entonces ella pare al instante.

Les hablé de la cierva atemorizada con la que casi choco esta mañana en la niebla cuando bajaba por el sendero que lleva a la torrentera. Todos se emocionaron: ¡es ella, es ella!

A las siete de la mañana ha sonado el teléfono. Era el contratista dueño del contenedor. Se me echa encima desgañitándose, ¿se puede saber qué hacen molestando a los obreros? Llevan ya una semana volviéndome loco. Yo trabajo dentro de la ley, así que si vuelven a armármela les meto la excavadora en casa... Mientras él grita he empezado a hablarle, muy tranquila, aunque sabía que no había posibilidad alguna de que me escuchara (la verdad es que ahora me pregunto para qué le habré dicho nada. Ha sido como si quisiera que mi opinión también estuviera representada ante, supongamos, un tribunal oculto pero muy competente en la materia). En todo caso, cuando he llegado a la verja azul de nuestro jardín, la cual también hace años que no se puede pintar por no confundir a Yojai, he observado que ya no gritaba. Ni tan siquiera sé en qué momento ha dejado de gritar y se ha puesto a escuchar. Me he sentido indefensa y muy turbada, mira ahora lo que te pasa; llevas años renunciando al subsidio de invalidez de él para que no conviertan a tu hijo en un inválido, y ahora, con un completo extraño, has «explotado» vuestro problema. El contratista ha inspirado profundamente y ha mantenido un extraño silencio. Luego me ha dicho que hay algo que no me puede contar, porque si llegara a hablar de ello con alguien, lo siguiente que tendría que hacer es matarse con sus propias manos. Pero que si me esperaba una hora y después llevaba a Yojai a la escuela, el contenedor ya no estaría allí. Y así fue.

Una pequeña condescendencia al mediodía: *El tío Vania* en una representación de nuestro taller de teatro. No todos los actores han estado bien, pero de todos modos esta espléndida obra cada vez me gusta más.

Mi momento favorito esta vez: cuando Sonia se levanta de repente y se lanza con un discurso enardecido sobre la importancia de la defensa de los bosques por ser ese un asunto que interesa a su amado. En medio de la oscuridad he escrito muy deprisa, en la parte interior del brazo, debajo de la manga: Yair, lo que yo quería era hablarte de ti, porque tu historia me interesaba más que la mía, que hoy noto que la he perdido.

Pero ahora me miro el brazo, y la piel se mueve bajo las letras, está caliente, la carne respira y el cuerpo está vivo.

Un pensamiento que no me abandona: ¿Qué es lo que en realidad hubo en un primer momento? ¿Y si yo no hubiera sonreído de esa manera? ¿Y si no me hubiera rodeado el cuerpo con los brazos?

Pensar que llegué a seducirte de esta manera, sin la más mínima intención de hacerlo.

Esa cosa que le di, que le habló desde dentro de mí, que sin yo saberlo siquiera le devolvió la vida, esa cosa entre yo y yo misma...

Sé que existe. Que existía también antes de la mirada. Que existe ahora aunque no haya nadie que la esté mirando. Esa es la parte buena que hay en mí. Es indestructible y gracias a ella también yo lo soy.

Si ahora pudiera ofrecérmela también a mí misma. Así, hacerla aflorar.

Esta mañana, en la parada del autobús a la salida del *moshav*, se me ha acercado una señora mayor, voluminosa y de aspecto atormentado. Resulta

que está trabajando como asistente en casa de una de las familias del lugar. Me ha dicho que hace ya un tiempo que viene observándome, que le agrada mi cara y que me quería contar algo y conocer mi opinión.

Entre tanto ha llegado el autobús y nos hemos sentado juntas. Ella ha empezado a hablar de sí misma, de su vida, sus enfermedades y de los hijos que se han ido desperdigando por el mundo, todo ello sin dejar de disculparse constantemente por si me estaba molestando.

Me ha contado que venía de una familia religiosa, pero que durante los últimos años, con todo lo que sucede alrededor, ha empezado a tener la impresión de que quizá Dios no exista, y que ese pensamiento la atemoriza mucho, hasta el punto de que le está destrozando la vida y quemando la salud. Hace unos meses, sin embargo, vio por la tele un programa sobre la India, y desde entonces la asalta continuamente un mismo pensamiento, que cómo se las va a arreglar Rivka, por sus propios medios, para obligar a Dios a manifestarse.

Dice que va a reunir todos sus ahorros y que se va a ir a la India (no le da ningún miedo, porque ella lleva un propósito santo que la convierte casi en misionera). Que irá al templo que mostraron por la tele que tiene muchos dioses, miles de ellos. Empezará a pasear entre ellos haciéndose la que los examina y duda a cuál de ellos escoger. ¿Este? ¿O mejor aquel? Y entonces nuestro Dios, el verdadero, no podrá resistir que incluso ella, que tan fiel le fue durante sesenta y cinco años, dude ahora de él, y solo por pura envidia se manifestará de repente ante ella y gritará con todas sus fuerzas. ¡Rivka, basta, ya es suficiente, aquí estoy!

A todo esto, yo estaba muy contenta. No solo por la historia, sino porque me hubiera escogido a mí.

Y todavía me dio más alegría pensar que en el mundo pasan cosas que no son solo él y yo.

En el gran recibidor que precede a la sala de profesores hay una exposición de los trabajos de los de séptimo. Paso con los demás profesores y los miro. La verdad es que observo con orgullo el gran progreso que han hecho durante el año transcurrido, pero también adiestrada ya como estoy en estas lides presiento ya el puyazo que me espera en algún lugar de la sala y empiezo a encogerme para recibirlo.

En el trabajo de biología de Avishai Riklin leo: «Para que el pájaro pueda desarrollar su capacidad de canto al máximo, debe ser expuesto a la presencia de otros congéneres suyos durante los primeros meses de vida. Si eso no es así, sus aptitudes cantoras se verán afectadas y dañadas.»

Me quedo ahí atrapada contemplando el texto. Durante bastante rato, por lo visto. Hasta que llega Ariela y se me lleva con delicadeza. Un montón de miradas curiosas y preocupadas. Me pica la garganta.

(Ven a cantar conmigo, ave de mi misma especie.)

Si esto es un diario, habrá que llamarlo nochario.

A las tres y cuarto me he levantado a beber y en la oscuridad me he tropezado con Yojai que andaba dando vueltas medio dormido, completamente desorientado y sin los pantalones del pijama. Según parece, volvía del lavabo y ha empezado a dar vueltas. Quién sabe el tiempo que llevaría así hasta que yo me he levantado. Lo he vestido, lo he acostado en la cama, se ha levantado y vuelta a empezar una y otra vez. Como he visto que no tenía remedio, he optado por ceder y seguirlo por la casa. De cualquier modo no estaba durmiendo bien y esto otro también tiene su lado agradable. Va conmigo por la casa, exactamente igual a como vamos por la calle, medio paso por detrás de mí y agarrándose al extremo de mi manga. Y si estoy atenta a él, cosa que no siempre sucede por la calle, entonces

incluso llevamos exactamente el mismo paso. Esta noche lo hemos conseguido. No ha habido ni la más mínima disonancia y no me ha importado seguir y seguir andando. Parece que también a él le ha gustado, porque hasta las cuatro menos cuarto no ha mostrado señales de cansancio. Al contrario, creo que se lo ha pasado muy bien conmigo, porque, a su manera, me lo ha dicho.

Entonces he tenido una idea: lo he llevado a la cocina, he cerrado la puerta y he encendido la estufa. Lo he desnudado y lo he envuelto en una toalla grande. Por supuesto que también le he dado las empanadillas de hojaldre y yogur de frutas. Me ha tomado un poco de tiempo, pero él ha colaborado maravillosamente bien, tanto que ni siquiera cuando he traído las tijeras se ha sobresaltado ni ha gritado, así que finalmente, después de tres meses de peleas y de escándalos, me ha dejado que le corte el pelo.

Parece increíble lo quieto que se ha estado, tan solo emitiendo su continuo zumbido y balanceándose ligeramente, pero con una tranquilidad estoica y hasta un poco majestuosa. Solo me ha interrumpido para morder la empanadilla y de cuando en cuando me ha lanzado alguna que otra mirada maliciosa, como diciendo, lo ves, todo depende solo de mi voluntad...

Lo mismo cuando le he cortado por delante y cuando le han entrado pelos en la boca (!!). ¡Pero esto qué es, este no es mi niño, que me lo han cambiado! Por un instante se podría llegar a pensar que, en un momento de iluminación, ha decidido resarcirme por el jaleo tan enorme que ha armado por la tarde cuando lo he intentado juntamente con Amos. Y quizá, realmente, así sea.

Qué curioso, cómo cada vez que yo me olvido él, con mucha delicadeza y sin palabras, me lo recuerda.

¿Qué pasará cuando le empiece a salir el bigote? ¿Y la barba? ¿Cómo lo vamos a afeitar? Quizá cuando esté profundamente dormido. Después de

una crisis, por ejemplo. Bueno, en este momento todavía no es necesario planearlo.

Dentro de dos o tres años volveremos a despedirnos del niño por segunda vez. Entre tanto, por lo menos, nos queda el encanto de la infancia. ¿Qué aspecto tendrá dentro de cinco años? No quiero ni imaginármelo. No en este momento. Ana tenía un pelo muy corto y muy sexy. Pero Ana era morena, y Amos también lo es bastante. Según parece este pelo claro y suave lo ha heredado de mí (lo mismo que la torpeza, la falta de seguridad y la sensación de ser un eterno extraño en el mundo)...

¿Qué pasará dentro de diez años, y dentro de veinte? Habitaciones nuevas. Gente nueva. Mantas de lana que pican.

Cuando se le ha acabado la paciencia se ha levantado, a medio pelar, pero ni entonces ha escapado. Ha seguido caminando, despacio, por el pasillo, ida y vuelta, y no se ha opuesto a que siguiera cortándole el pelo mientras andaba, pues nada, se lo cortaremos andando, como si tiene que ser corriendo, bailando, saltando, o como sea, porque un momento de gracia como este no se presenta todos los días. Amos no se lo va a creer cuando se levante.

Justo en el momento en el que he terminado me ha hecho señas de que se quería volver a la cama. Todavía me ha dejado echarle en la nuca un poco de la loción para el afeitado de Amos que a él tanto le gusta y darle unos cuantos besos dispersos, y así, en medio de una especie de reconciliación sonámbula, lo he acostado a dormir.

Ahora estoy esperando la salida del sol. Yo también tengo que dormir, por lo menos una hora, antes del largo día que me espera. La casa está llena de caminitos de pelos y apenas puedo dominarme para no despertar a Amos y contárselo. Para ver esa sonrisa tan especial que pone con este tipo de noticias. Lástima que ahora no pueda escuchar un poco de música. Desde

luego que el tercer movimiento de la cuarta podría estar muy bien ahora. ¿Me esperarás hasta por la mañana, Ludwig Van? No sé por qué me enfadé tanto contigo hace unos días, ¿cómo se me pudo olvidar que desbordas alegría y optimismo?

Mi vida social pasa a ser sospechosamente agitada. Esta mañana estaba citada con Ariela en Atara. Ha sido la primera vez que quedábamos para hablar fuera de la sala de profesores. La pobre Ariela, que me tiene un poco de miedo porque le da la sensación de que me dedico a «interrogarla». Ha habido un momento en el que me ha dicho abiertamente que, con todo el afecto que siente por mí, todavía le da apuro hablar de cosas tan íntimas en una fase tan temprana de nuestra amistad. ¿Qué podía yo decirle? ¿Que, por lo visto, yo ya estaba demasiado acostumbrada a ese tipo de conversación? ¿Que me resulta insufrible no decirlo todo, pero absolutamente todo, a la persona que uno cree que lo va a entender perfectamente?

No creo que mi entusiasmo inicial haya sido exagerado. Ariela es estupenda e inteligente (a pesar de esa sensación siempre presente de que es más joven que yo en unos cuantos años, y decisivos).

De ese encuentro recuerdo sobre todo que en un momento de franqueza me ha dicho que si Guidon tonteara una o dos veces con otra mujer le produciría un gran dolor pero que a fin de cuentas lo superaría y se quedaría con él. Pero que si se daba cuenta de que él se había enamorado de alguien, lo dejaría enseguida (¡al instante!). En este punto he saltado, por el insufrible dolor que me produce ahora toda decepción o falta de acuerdo con una persona próxima... Le he dicho que a mí me parece todo lo contrario, que si supiera que Amos está tonteando con alguien tendría una razón de peso para no tenerle ningún respeto y no seguir viviendo con él. Pero que si se enamoraba, si el sentimiento era verdadero, eso no haría más que hacerle ganar puntos.

He visto la mirada de Ariela alejarse de mí. Luego, sus ojos agraces se han alzado hacia mí. Eso ha sido ya más fuerte que yo. Con urgencia, le he tomado la mano. Ella se ha asustado: dime, Miriam, ¿estás bien?

Ahora he encontrado la receta de K. para la posibilidad perfecta de ser feliz: creer en lo indestructible que haya en uno y no aspirar a ello.

Pero esta mañana, apenas creo en esa cosa indestructible que pueda haber en mí, sino que por el contrario aspiro a lo que por lo visto se va destruyendo fuera de mí.

(Justo cuando he acabado de escribir esto ha venido Nili, así que decidido preguntárselo a ella. Le he dicho, Nili, ¿tú crees que un día yo seré feliz? Si es que sí, mueve la oreja izquierda, y si no, la derecha.

¿Y qué ha sido lo que ha hecho la gata? Pues mover las dos.)

¿Quizá haya entendido él, mucho antes que yo, que de ese lugar ya no se regresa sano y salvo? (No solamente a casa, sino en general.)

Amos está en Beer-Sheva, en un curso de formación de un par de días. Las fotos que revelo en la cabeza durante las últimas horas. Las vueltas que doy alrededor del teléfono. Puedo traerlo aquí en un momento (me engaño a mí misma). Recurriré a sus bajos instintos, le tocaré la fibra que siempre lo excita. Le susurraré al teléfono, como en una película porno, mi marido no está en casa, y él no se podrá resistir a la tentación.

Ha sido un momento de locura total, de máxima excitación. Mientras daba vueltas por la casa he ido recogiendo algunas bolas de papel que Yojai había escondido por los rincones. Las he dejado encima de la mesa de la cocina como si fuera una pequeña exposición. Después, por orden, las he

ido abriendo una por una, las he planchado con la mano y luego he vuelto a apretarlas hasta convertirlas de nuevo en lo que eran y las he dejado por los rincones de la casa de donde las acabo de recoger... No cabe la menor duda de que tiene su interés hacer estas bolitas de papel. A media noche la lógica regresa a mí con un cosquilleo de pinchazos de aguja, como la sangre a la mano dormida.

El sorteo de esta mañana ha hecho recaer la suerte (¡otra vez!) en la última carta que me enviaste desde Tel Aviv: «... Lo que tú estás haciendo, en realidad, es que coges de mí una chispa para encenderte a ti y devolverte a la vida».

Lo leo y me asalta la desesperación. No entiendo ese tono de queja ni que me culpabilice. Pero si a mí me pone feliz cada vez que alguien, un alumno, una amiga, Amos, o quien sea «cogen de mí una chispa» de inspiración. ¡Que la cojan! Es tan poco.

Quiero que cada vez que el marciano verde me mire, que vea cómo en cada contacto con otras personas vuelan las chispas.

... Nada más salir de casa, la «respuesta» de la realidad: en el semáforo del cruce de la zona comercial he estornudado muy fuerte y el joven que pasaba por delante de mí en ese momento, un chico joven con mochila, bronceado y de rubios rizos, me ha dicho inspirando bien hondo, ¡de ti lo que venga, hasta los microbios, chata!

Qué pelea más idiota con A., que ha empezado cuando me ha propuesto que

me vaya de viaje. Para airearme. Incluso, y por qué no, al extranjero. Me he lanzado contra él sin control alguno, que si no quiere que esté a su lado en este momento, que si le resulta difícil soportarme a causa de la situación por la que estoy pasando. Auténticas tonterías, completamente desvinculadas de la realidad, pero es que me he dejado llevar. Ha sido como si chorros internos de veneno me recorrieran abrasándome las entrañas... Me he puesto a decir unas cosas espantosas mientras me escuchaba a mí misma desde fuera, como si recitara el texto de un melodrama barato, que a lo mejor es que ya tiene a alguien y que si lo que quiere es estar con ella ya podía inventarse una excusa menos clara. Él se ha hundido por completo. Ha intentado tranquilizarme, y parecía tan preocupado y alarmado que ha terminado por romperme el corazón. Aun así no he sido capaz de dominarme. Era como si una bobina ardiendo me recorriera por dentro desenrollándose y lacerándome toda en una demencial mezcla de dolor y placer sin sentido. Entonces he dicho algo sobre él y sobre Ana (algo que nunca he pensado ni lo pienso anotar), y su cara se ha crispado exactamente igual que si le hubiera dado una bofetada. Ha salido de casa dando un portazo, y ha vuelto al amanecer, después de que yo, en mis pesadillas, lo hubiera estado viendo en todos los lugares habidos y por haber. Le he pedido perdón y él me ha perdonado, pero ¿cómo va a poder olvidarlo y perdonarme de verdad? Ahora el ambiente que hay en casa es entre educado y calcinado, y Yojai, que estuvo presente de testigo, se ha pegado a Amos y no lo deja ni a sol ni a sombra. A mí me mira de una manera nueva, como si de pronto comprendiera, por primera vez, cómo es la verdadera historia.

Otro alboroto esta noche, por lo visto a causa de la tensión reinante. Ahora ha sido por el Apenotine que, de repente, se ha negado a tomar. Se ha

puesto como loco, ha roto otra ventana y se ha herido la mano. Amos no lo ha podido resistir y ha salido a dar una vuelta. Me he quedado luchando con él, hasta que al cabo de bastante rato he conseguido calmarlo (la verdad es que ya es más fuerte que yo), pero entre tanto ha vuelto a pelarse la herida de la frente. Ya no sé qué hacer para impedir que se la siga abriendo una y otra vez. El inmenso placer que encuentra en pelarse y frotarse las heridas me saca de mis casillas (y a la vez no sabe bien cuánto lo comprendo). Después, cuando finalmente he logrado llevarlo a la cama, me ha pedido por señas que lo atara, cosa que hacía ya muchos meses que no habíamos hecho. Como Amos no estaba, la decisión la he tomado yo sola. Me ha vuelto a sorprender cómo eso lo tranquiliza. Le he hecho un masaje en los pies y le he cantado unas canciones muy bajito, hasta que se ha quedado dormido y puede que hasta hayamos renovado el pacto.

Después, completamente agotada, me he dejado caer delante de la tele. Me sentía completamente vacía de todo. He llegado a pensar que si no se producía un milagro, al cabo de unos minutos dejaría simplemente de existir y sin sufrir, siquiera.

Pero, como siempre, el milagro se ha producido. Han echado «mi» programa sobre una de las tribus más perdidas, de esas que Amos sospecha que la BBC se inventa especialmente para mí. Esta vez ha sido sobre una tribu que vive en el Sáhara. Una vez al año se desplaza hacia un lugar de pastoreo nuevo, ocasión que sirve para celebrar fiestas y organizar los noviazgos y esponsales de las chicas casaderas. Cada chica escoge para ella a dos hombres y pasa con ellos la primera noche. Una chica muy guapa le ha dicho a la cámara, esta noche me convierto en mujer. Durante algunas semanas mantendrá relaciones sexuales con los dos, y después se casará con un tercero...

La mostraron también después de la primera noche, sentada con los dos y

haciéndole las trenzas a uno de ellos. Este se reía y le decía al otro: lo ves, por la noche te ha querido más a ti, pero ahora me quiere a mí.

No pasó nada especial, pero yo sentí como si poco a poco regresara de las tinieblas.

Durante toda una vida con una persona (ha dicho Amos después, en la cocina, una vez hemos hecho las paces) se puede pasar juntos por todo el abanico de sentimientos humanos... Y yo he añadido: y animales. Él ha cerrado los ojos y se ha callado algo que no venía a cuento. En un abrir y cerrar de ojos he visto en su rostro (cansado ya, casero ya) aquella señal que hubo un tiempo en que me asustaba, una señal que delataba momentos y recuerdos de los que yo no formaba parte. Desconozco la razón por la que en esta ocasión me ha producido alegría y hasta alivio. Ha sido como si por un momento un prisma hubiera girado mostrando sus múltiples caras para que al final de la vuelta hubiera adoptado de nuevo su expresión de siempre, no por disimular, sino porque ese era su rostro ahora, un rostro que también le pertenece, así que me he llenado de amor como no me pasaba desde hacía semanas, de un amor hacia él por ser como es. He pensado en la suerte que tengo de no ser ya una chica, ni él un chico, y lo mucho que me gustan sus arrugas.

Tengo ocho o nueve años. Estoy en el piso de la calle Nehemías, número 15. Sentada en mi escondite de detrás del depósito del agua caliente, en el cuarto de baño. Aprieto el cuerpo contra el calor del depósito mientras me cuento a mí misma entre susurros las aventuras de amores trágicos que entonces me inventaba (y que ahora, cuando escribo, me asaltan en tropel:

el olor de los leños de la calefacción; el frasquito de lavanda que encontré en la playa y que guardaba allí; el libro *Los mejores momentos de la vida* que también tenía allí escondido y que era mi Biblia; y cómo me buscaba novios entre los (muertos) que escribían en «Pergaminos de fuego»; y mi espejito redondo, mi tesoro, con el dorso de terciopelo rojo. Frente a él ensayaba durante horas apasionados besos hollywoodienses, la niña prodigio que yo era, tan pronto haciendo de Alike como de Marisol, la niña cantante española. Hacía ya casi treinta años que no me acordaba de ella, y de pronto, así, tirando del hilo...).

Ahí acurrucada, detrás del depósito del agua caliente, el único lugar de la casa en el que mi madre no puede entrar, me susurro a mí misma un cuento. Estoy completamente enfrascada en él cuando de pronto noto algo, la espalda empieza a arármese en unos profundos surcos: es ella que de puntillas ha entrado a escondidas para escucharme (el latigazo del olor a lejía de sus manos). Y entonces, como si no me hubiera dado cuenta, empiezo a elevar la voz, hablo muy alto, en un lenguaje enrevesado y retórico, sin sentir vergüenza alguna me dejo llevar por la excitación... Para que lo entienda de una vez, para que sepa lo fascinante y maravillosa que soy, para que se sienta como una pasa seca frente a la fiesta de la vendimia que yo represento. Para que sepa lo inalcanzable que soy para ella.

(Ahora veo claro que también cuando escribía para Yair, en más de una ocasión, es decir más de lo que estaba dispuesta a reconocer, escribía igualmente para ese par de ojos que siempre intentan asomarse, siempre, por encima de mi hombro. Ay, esa tentación perversa de sentir cómo se abren bien grandes y asombrados a mis espaldas, conmocionados, estremecidos de ver de lo que soy capaz...)

Pero ahora no. Lo noto: estas hojas decididamente no.

No tengo nadie a mis espaldas ni a los lados.

Durante la última hora el sol está proyectando una luz poco corriente, casi europea, en este crepúsculo precipitado y normal. Hace ya más de una hora que llevo sentada y completamente hipnotizada, asimilando en mi interior toda esa transformación de colores. Solo la mano que escribe sigue moviéndose. El martín pescador de nuestro jardín sencillamente se está volviendo loco con tanta belleza, mientras se lanza en picado una y otra vez en los destellos turquesa, pero no para cazar insectos, ni para impresionar a ninguna hembra, sino nada más que por añadir su propio color a la imagen y así, de repente, vuelvo a enterarme de que el mundo existe. Que es hermoso, aunque todavía no me encuentre lo suficientemente libre como para poderlo apreciar. Pero otros lo hacen, y también yo volveré pronto a sent...

Dios m...

Todo va bien. En este momento ya estamos bien. Todo ha pasado. Escribo, sobre todo, por dominar el temblor. Me encontraba sentada en la terraza escribiendo y Yojai jugaba en el jardín. Normalmente levanto la cabeza una vez cada tantos segundos para vigilarlo, pero parece ser que me quedé absorta por un momento y cuando alcé la cabeza ya no lo he visto y la puerta del jardín estaba abierta. Eché a correr con el corazón en un puño. Los pensamientos que se le llegan a ocurrir a una en esos momentos, como que quizá hubiera que pincharles las ruedas a todos los coches aparcados, para que no pudieran moverse, adónde habrá podido ir o quién va a ser el que lo encuentre. Le pregunté a los vecinos. A la gente de la calle. Nadie lo había visto. Corrí hacia el pequeño centro donde se encuentran las tiendas y entré en el ultramarinos, directa hacia el estante de los dulces y las chuches, porque a veces... pero allí no estaba. Todos me miraban de esa manera que

ya conozco. Volví a casa (todo esto ha pasado hace media hora) pero él no estaba.

Un miedo espantoso. Hasta ahora, yo... y todos mis tribunales interiores, naturalmente, pronuncian el veredicto: lo han dejado a mi cuidado y yo no he tenido cuidado. Así que volví a salir corriendo a la carretera, bajé hacia el valle, y allí, por fin, en el sendero más profundo, lo vi que iba andando. No, antes oí un extraño tañido, grave, y solo después lo vi. Iba encogido, la cabeza gacha. Lo primero que pensé fue, le han hecho algo. Volé hasta él y vi que alguien le había colgado del cuello un cencerro gigantesco, como los de las vacas.

Por lo menos estaba bien (diez manos parecía tener yo en ese momento). Lo palpé de una sola vez por todo el cuerpo. Estaba bien, solo lo del cencerro. ¿Quién habría sido? ¿Por qué? Al moverse él, el cencerro sonaba. Una cuerda gruesa y basta le arañaba el delicado cuello. Intenté arrancársela, cortarla con las manos, con los dientes. Nada, imposible. Al otro lado de una roca vi a dos chicos riéndose. No me pareció conocerlos. Puede que fueran de la institución que hay aquí cerca. Yo ya ni pensaba en nada, senté a Yojai en una roca y me acerqué a ellos. No tengo ni idea de por qué. Ellos se iban alejando. Entonces oí a alguien que me explicaba en voz alta, con mi propia voz, que mejor sería que me apartara de ellos. Pero yo hice todo lo contrario y eché a correr hacia donde ellos estaban. Salieron huyendo. Unos quinceañeros delgados como juncos. Junto a la roca partida los alcancé, pero como estaba sin aliento les pregunté con los ojos, con las manos, con los dientes, ¿por qué? Ellos se reían. Uno tenía unos enormes granos de acné en la frente. El otro estaba intentando dejarse crecer la barba. Eran mayores de lo que había creído. Puede que de diecisiete años. Empezaron a jugar conmigo. A dar vueltas a mi alrededor. A bailar con gestos soeces. A darme golpecitos por detrás, en la espalda, en la nuca. Y

todo en silencio. ¿Por qué no me puse a gritar pidiendo auxilio? No lo sé. Lo único que en ese momento sí sabía era que me tenía que alejar de allí. Pero entonces se pusieron a imitar a Yojai, el ruido de chupeteo que hace con los labios y su forma de andar. Escogí al más corpulento de los dos. Me sacaba una cabeza. Me quedé esperando a que se me acercara y entonces, con toda la palma de la mano, le di una bofetada. Del impulso que había tomado, yo misma me caí al suelo. Pero resultó que también él se había caído. Yo me levanté primera. En eso, por lo menos, llevo un buen entrenamiento. El otro chico se quedó asombrado al margen, reculando ligeramente. Me agaché y cogí un madero que había allí tirado y empecé a blandirlo delante de él. El que estaba en el suelo chillaba de dolor. Se sujetaba la cara y gritaba. Enseguida también el otro iba a empezar a gritar. Los iba a matar, y luego tirar sus cadáveres a un pozo. El otro se agachó para coger una piedra, pero yo lo golpeé con el madero en las corvas con todas las fuerzas que no tengo. Cayó encogido y desgañitándose. Por fin empecé a despejarme. Yacía allí a mis pies suplicándome que no le hiciera daño. Tendría que haberle dado un poco más, pero Yojai estaba allí solo, ¡había vuelto a dejarlo solo! Me aparté, pues, de los chicos y corrí hacia él. Empezaron a maldecirme y caían piedras a mi alrededor, pero sin darme. Ya está. Esa es toda la historia.

Lo que me extraña es que yo estaba segura de que un altercado como este desequilibraría a Yojai durante meses. Que tendríamos que cambiarle la medicación. Que el orden del día se vería alterado. Pero a él le dio por reírse. Vino hacia mí y estalló en unas carcajadas silenciosas, como le pasa a veces cuando se mira en el espejo. Todavía no sé qué es lo que pudo hacerle tanta gracia, pero por lo menos no estaba asustado y eso nunca me lo hubiera imaginado. Lo abracé para tranquilizarlo, aunque, en realidad, para tranquilizarme a mí, y me resistía a creer que esas piernas que tanto

temblaban ahí abajo fueran las mías. A mí, el miedo siempre se me va a las piernas. Enseguida, sin embargo, recuperé todas mis facultades y empecé a preocuparme por el cuaderno ese, que había dejado encima de la mesa de la terraza. (Y ahora, al escribir, por fin vuelvo a acordarme de la visita del martín pescador. Fue precioso. De una belleza sobrenatural. O mejor, de una belleza natural. De todas maneras habrá que averiguar algún día la razón por la que «un momento difícil» puede durar meses y un momento de gracia no dura más que eso, un momento.) Pero ¿qué más quería escribir? Ah, sí, que al final me las arreglé para soltarle la cuerda. En medio de todos mis temblores logré quitársela. Los chicos se habían acercado a nosotros pero guardaban una distancia prudente. Y entonces yo, sin saber por qué, quizá para provocarlos, me até el cencerro al cuello. Pesaba mucho y la cuerda me cortaba en la nuca. Ellos y Yojai me miraban sin entender. Tampoco es que yo lo entendiera demasiado, pero me pareció que aquello estaba bien hecho. Cogí a Yojai de la mano y me marché de allí, destrozados el cuerpo y el alma. Yojai saltaba de alegría mientras el cencerro sonaba y sonaba.

Mírame, Ana: aquí me tienes, en la cocina, perdida de harina, de masa y de colorantes de pastelería. Decenas de caramelos multicolores acaban de caerse de la bolsa al suelo, así que he salido huyendo encontrando refugio en el cuaderno y en tu querido Schubert.

Estoy intentando preparar, para el cumpleaños de Yojai, una tarta en forma de león con su melena ondulada y todo. Que sea exactamente como el dibujo del libro. Desde hace un año se sienta todos los días con el libro de Josy Mendelssohn y sueña con una tarta como la que ahí aparece (o eso es lo que yo creo). Pero ahora todo se me cae, queda mal recortado y la melena más parece una peluca, así que me quedo pensando en tus manos tan

menudas y tan hábiles y en que te necesito aquí para guiar las mías, tan torpes.

Si ahora estuvieras aquí, sabría lo que tengo que hacer. Te telefonaría, ahora o a las cuatro de la mañana, y según mi «hola» enseguida entenderías, y en un cuarto de hora estarías aquí, con un ramo de crisantemos cogidos de algún jardín...

Me plantaría ante ti y te diría, por lo visto he vuelto a dejarme llevar, y tú intentarías consolarme recordándome una por una todas las cosas buenas y los momentos agradables del verano pasado, para después añadir, pero dejarte llevar no es lo único que has hecho, también te has encontrado contigo misma, ha habido tantos momentos de reencuentro. Y nos reiríamos juntas, porque sin ningún lugar a dudas, yo me habría convertido en la reencontrada más vieja que jamás haya existido.

Tras enjugarnos un poco las lágrimas y haber enderezado la leonina melena, me pedirías que te dijera algo bueno, «algo bueno de este momento», y yo me quedaría pensando largamente... la situación no es, por lo visto, tan desesperada si todavía soy capaz de disfrutar del aroma de un pepino fresco.

Si te hubiera tenido durante ese verano. Cuánto recé para poderte tener conmigo. Porque hubieras adivinado mucho antes que yo lo que tenía que hacer. Ay, Anuska, cómo abrazaste esta vida escurridiza, mucho más que yo. Lo sé por muchas vías, por las muchas señales que dejaste en este mundo, tan íntimas. Aunque no te tengo ni la más mínima envidia, porque ¿cómo se van a tener celos de alguien que supo amar de esa manera? Y que supo empujar a otros a amar, con toda libertad, de la manera más limpia.

Pero ahora me han vuelto a asaltar los pensamientos que me amargaron la vida cuando te fuiste y que te prometí olvidar. Vuelvo a encontrarme desprotegida ante ellos. Los «y si hubiéramos hecho esto», «y si no

hubiéramos hecho lo otro», y los que me reconcomen porque no me parece justo, ni siquiera lógico, en muchos aspectos, que a mí se me haya permitido quedarme aquí y a ti no.

Ahora, de nuevo, siento el dolor reavivado, porque desde que Yair supo de tu existencia, el peso de la pena se me había hecho más llevadero, incluso el peso de las añoranzas que siento por ti. No es que no te echara de menos, sino que de alguna manera ya no moría diez veces al día al pensar en ti. No sé de dónde voy a sacar las fuerzas ahora para soportarlo otra vez, sola. Además mañana, ya sabes, va a ser un día nada fácil. Sé fuerte, que por lo que a mí me atañe yo también lo seré.

Por la mañana hemos ido a la sepultura, los dos, con Oma, Opa y los hermanos y por la tarde hemos celebrado su cumpleaños. Han venido los amigos (nuestros. Los niños de los vecinos nuevos, a los que también invité, al final no han venido). Yojai ha estado en el séptimo cielo: Tami le ha preparado la tarta de frutas que a él tanto le gusta y que lo ha resarcido del león mocho que al final he conseguido presentar. Se ha sentido protegido y seguro, todo el mundo le ha hecho carantoñas y le han traído montones de hojaldres de queso... Ha habido muy buen ambiente, la gente se ha quedado hasta tarde, nadie parecía querer marcharse. He mirado el jardín y luego la casa, tan iluminada y alegre. Bulliciosa. Puede que hiciera ya tres años que no reuníamos a tanta gente. Amos ha bebido un poco, así que después ha estado a punto de caerse del tejado cuando ha subido a bajarle la luna a Yojai con un lazo.

A las nueve, cuando los invitados han empezado a marcharse, a Yojai le ha dado un ataque de ansiedad. Ha empezado a corretear de un lado para otro, a sujetarlos, a gritar y a golpearse la cabeza contra la mesa. La verdad

es que lo entiendo, porque ha sido como si se le terminara algo al partir ellos.

Un poco después de las diez ha tenido una verdadera crisis, en el cuarto de baño, con la bañera llena. A duras penas hemos conseguido mantenerlo con la cabeza fuera del agua. Esta crisis nos ha estado rondando durante los últimos días con unas claras señales premonitorias en forma de mucho nerviosismo (aunque me consuelo pensando que por lo menos durante la fiesta lo ha pasado bien).

Lo hemos sujetado entre los dos. Pero esta vez no hemos sido capaces de mirarnos a los ojos. Yojai gruñía, se ponía muy tenso, temblequeaba. Por el rabillo del ojo he visto cómo Amos le pasaba el dedo por la sien, junto a la oreja, una y otra vez para calmarlo, y que le susurraba, guapo, chatito. En ese momento me he acordado de que hace años, después de cada crisis, todavía me veía con fuerzas como para conminar a Dios a que bajara a debatir sobre la justicia en el mundo.

Se ha tratado de una crisis más intensa y más larga de lo normal. El tiempo parecía no pasar. El cuerpo ha estado como petrificado entre nuestras manos y sus dedos, como garfios, aferrados a una boca completamente abierta pero sin emitir un solo grito. He visto el rostro de Amos descompuesto ante tal visión, como en un intento por absorber todo ese dolor.

Amos me dijo una vez que cuando alguien grita que le duele no es porque crea que le van a poder aliviar en su dolor, sino porque necesita que le ayuden a diluir su soledad en el dolor.

Ha sido solo cuando el color le ha vuelto a los pies, cuando he podido respirar de nuevo. Entonces lo hemos llevado a la cama. Al instante ha intentado levantarse y salir corriendo porque no entendía nada de lo que pasaba. Pero las piernas se le han doblado y se ha quedado ahí tendido,

agotado, hasta que al momento ha vomitado todos los hojaldres que había comido. Amos ha seguido acariciándolo con esas manos tan bondadosas que tiene, y yo he sentido la urgente necesidad de marcharme, de salir a la terraza para escribir un poco.

Ahora emite ya unos gemidos que le son propios, lo cual es señal de que todo ha pasado y, sin embargo, ese es siempre el momento más difícil para mí. Según parece ya no sufre, por lo menos no como ha estado sufriendo antes. Está completamente aturdido y empieza a quedarse dormido. Es precisamente entonces cuando empiezan los gemidos. Cada vez más profundos. Una especie de lamento del cuerpo que este no puede contener. Es como si el cuerpo estuviera recitando una elegía dedicada a sí mismo.

Enseguida entraré. Ojalá pudiera quedarme aquí sentada toda la noche escribiendo y escribiendo. Porque he observado que el hecho de escribir me sienta muy bien. Aunque se trate de cosas duras y deprimentes, hay algo en mí que parece sosegarse y recomponerse.

Quiero seguir aquí contando las cosas más simples. Describir esa hoja que acaba de caer. O las sillas apiladas en la terraza. O las polillas de la luz que se sienten atraídas por el farolillo. Contar la historia de una noche entera, hasta que la oscuridad se cambie en luz y los colores se transformen. No me importaría seguir así día y noche, describir cada brizna de hierba y cada flor, las piedras del muro y las piñas. Para después, cuando me sienta preparada, con cautela, pasar a escribir sobre mí misma. Sobre mi cuerpo, por ejemplo. Empezar por él, por lo tangible. Aunque también con él empezar desde lejos, por los dedos de los pies, y poco a poco irme acercando. Escribir sobre todos y cada uno de los miembros del cuerpo y recordar sus sensaciones, las de antes y las de ahora. Los recuerdos de un tobillo, por ejemplo, o de la mejilla o, por qué no, del cuello, por medio de las caricias, de los besos, de sus cicatrices. Hacerme existir por medio de la

escritura. Tardaré mucho, pero tiempo hay. La vida es larga y quiero hablarme de mí misma, hablarme de lo que por lo visto nadie me va a hablar. Contarme mi propia historia. Sin añadirme nada, pero también sin quitármelo. Escribir sin desear conseguir nada. De nadie. Limitarme a escribir mi voz.

Oigo a Amos ahí dentro. Está empezando a limpiar. Voy a ir. Habrá que lavar mucha ropa esta noche y hay que limpiar la alfombra de la habitación de Yojai. Eso también. Y todo.

1 de diciembre

Hola, Yair.

Es por la noche y estoy en casa. Fuera está nublado, sombrío, hace un tiempo como embotado. El cielo emana un frío moderado e inmutable. Desagradable. Te informo de todo ello como si te encontraras en otro país. Estás en otro país. Ha pasado un mes y medio desde la última carta que te envié. Una carta que ahora también a mí se me aparece como un lejano sueño. No tengo ni idea de si estás interesado en leer mis palabras. De todos modos he seguido escribiéndote largamente, en realidad escribiéndome a mí misma.

La verdad es que sin que esa fuera la intención, esto se ha visto convertido en una especie de «diario». He descubierto que en ocasiones me ha aliviado la pena, mientras que en otras me la ha agudizado. De una u otra manera, ahora veo la voluntad de haber escrito en él (la necesidad, incluso), como un gran regalo inesperado que me he hecho a mí misma.

¿Y tú? ¿Todavía me hablas? ¿Me recuerdas? ¿Te sentirás aliviado cuando finalmente caiga la primera lluvia?

Espero que también para mí entonces las cosas no serán tan equívocas,

pero me temo que no va a ser así. Me gustaría poder escribir que ojalá entonces todo termine y nos podamos purificar con esa primera lluvia; pero por el momento eso sigue siendo completamente opuesto a lo que siento y a lo que existe en este momento, tanto si llegas a contestarme como si no.

¿Por qué te estoy escribiendo? Ni tan siquiera yo estoy muy segura de saberlo. Puede que porque las nubes están hoy más negras que de costumbre, o porque por primera vez desde que desapareciste me siento de nuevo capaz de dirigirme a ti y de hablarte. O quizá porque me parece que poco a poco me voy acercando hacia el lugar desde el que sí podré decirte adiós, o por lo menos a la dolorosa esperanza de que vuelvas, y eso sin tener que renunciar a los sentimientos ni a las sensaciones que despertaste en mí.

A ninguno de ellos.

Sabes, durante este último tiempo he estado pensando en lo poco que hablamos de las cosas que quedaban fuera del círculo tan cerrado en el que estuvimos. Recuerdo que en más de una ocasión, cuando me sentaba a escribirte, tomaba la decisión de contarte aunque solo fuera una única cosa que me hubiera sucedido en el mundo «exterior», aportar algo de la «realidad» a esa burbuja nuestra. Por airearnos un poco. Pero me parece que casi nunca lo cumplí porque lo que tenía que contarte acerca de nosotros era siempre más poderoso y más urgente. Pero ¿cuánto tiempo crees que puede durar algo así sin ser alimentado desde fuera por el día a día, por la realidad? ¿Y cuánto tiempo pasó hasta que la densidad de lo escrito se convirtió en asfixia? ¿Crees, acaso, que exista alguien que pueda vivir así toda la vida?

(En este momento vuelvo a sentir que precisamente dentro de esa densidad hubiera podido empezar a respirar.)

Pues mira, aquí va algo muy real que no sabías: Yojai, todas las noches, antes de irse a dormir, viene a acurrucarse conmigo y yo le canto muy bajito canciones en polaco, sin entender ni una sola palabra. Canciones que mi padre me cantaba a mí. Eso lo tranquiliza. A veces su cuerpo es presa de fuertes convulsiones y temblores, sobre todo cuando está cansado. En esos momentos las palabras no lo ayudan, ni las pastillas de siempre. Pero las canciones en polaco sí. Esa lengua que nos es desconocida a los dos.

Mañana es el día de la diversión semanal para él y para mí, eso ya lo sabes. Iremos a un descampado de Abu Gosh, yo me tomaré un té con Nadji y me quedaré mirando cómo Yojai se desahoga golpeando a lo loco los viejos coches oxidados. No me resulta fácil contemplar la cantidad de fuerza y el grado de violencia que hay en mi hijo. Pero está visto que eso lo limpia por completo para toda una semana.

También sabes que justo de aquí a un mes tiene que pasar por la operación a causa de la lesión esa que tiene en el corazón y que es de nacimiento. La verdad es que Dios no fue nada perezoso con él, ¿verdad? La de operaciones por las que habrá pasado ya este hijo. Pero bueno, poco a poco conseguiremos arreglar lo que no hizo la naturaleza. Lo único que espero es haberme recuperado un poco para enero, para poder estar a la altura de las circunstancias (creo que mañana me voy a llevar a Abu Gosh un martillo más). Basta, no hago más que parlotear por no oír lo que siento. Por no oír si ya caen fuera las primeras gotas de lluvia. ¿Por qué fuiste tan perverso de tener que escoger precisamente la lluvia?

Veo que esta carta me está llevando a donde yo no tenía intenciones de llegar. No he querido pelearme contigo. Ni regatear nada. Todo esto es tan doloroso. Albergaba la esperanza de haber recuperado el equilibrio emocional necesario como para plantarme ante ti, pero ahora que lo he hecho y veo que no estás ahí, vuelve a mí esa voz llena de humillación y la

sensación de irreparable pérdida. Lo voy a dejar aquí porque no estoy dispuesta a oírme así, de esta manera (ni soy capaz todavía, por desgracia, de borrar nada de lo que a ti te escribo).

Me diste muchísimo placer, aunque también me causaras un gran dolor. Nunca antes había conocido un placer y un dolor como esos, ni tan mezclados. Prometo no volverte a escribir ni intentar establecer ninguna clase de contacto contigo. Nunca más volveré a molestarte. Con el corazón encogido cierro la puerta que con tanta alegría un día te abrí.

Aunque si de todos modos decides venir, quiero que sepas que en el lugar en el que me encuentro ahora, necesito tu consentimiento, y sin reservas, que lo necesito como el aire que respiro, así como tu más sensible comprensión y la corriente que nos une, sin ninguna interferencia exterior.

Y que si no vas a ser capaz de darme todo eso, no vengas. De verdad: no vengas. Porque por lo visto me he confundido de persona.

(Pero si fuiste tú el que me llamaste, el que rugiste, relinchaste y aullaste, ¡entonces lo entenderás!)

MIRIAM

Yair, mira lo que me ha pasado. He escrito mi nombre y he oído que me llamabas. Así de simple, te he oído llamarme por mi nombre.

Por un momento he estado segura de que venía de fuera, de fuera de la casa, pero la calle estaba vacía, así que como un autómatas me he sentado y he marcado el número de tu trabajo. Perdóname. No ha sido una decisión tomada ni ha dependido de mi voluntad. He hablado con tu secretaria. Al

fondo podía oír las voces de varias personas. Música de una radio. He intentado encontrar tu voz. La secretaria me ha amonestado para que hablara de una vez. Le he pedido que me manden un mensajero para recoger un libro, y le he insistido que te debe ser entregado a ti, en persona. La voz me ha temblado. Ella ha contestado: en diez minutos estará en su casa, señora. A pesar del tono de impaciencia, no he notado ningún rastro de burla en su voz.

He pensado: una mujer que trabaje para ti, a pesar de que haya estudiado en un seminario religioso, seguro que es lo suficientemente sagaz como para detectar los matices de la voz femenina, ¿no?

Estoy, pues, sentada a la mesa esperando el timbrazo de la puerta. La verdad es que no tengo ni idea de por qué me ha dado por llamar. Y eso en contra de la decisión que ya había tomado.

Ahora han pasado los diez minutos. Qué puedo decirte.

Que hoy he estado durante más de veinte minutos seguidos sin pensar en ti, y que no he oído ninguna palabra que me hiciera recordarte. Así que me he dicho que quizá también logre cicatrizar deprisa de ti, tan deprisa como todo lo que está relacionado contigo.

Y que a mitad de la clase de la mañana, el corazón se me ha llenado de amor por ti, hasta el extremo de que apenas he podido seguir hablando.

Porque me he acordado de que en tu casa tus padres te llamaban «Iri», que ese apodo no te pega nada y la de años que tuviste que aguantarlo. He sentido la urgente necesidad de decirte que no dejaras que te llamaran así, que no se lo permitas a nadie, ¡a nadie! Porque es demasiado ligero, vacío y engañoso para ti: Iri, Iri, no te pega.

(MIRI)

(Nunca me han llamado así.)

Me arrepiento tanto de haber llamado. Creí que iba a poderme dominar. Pero todo ese asunto tan deprimente de la lluvia que no acaba de llegar ha sido, por lo visto, superior a mis fuerzas.

Seguro que ya está viniendo a toda velocidad hacia mi casa. ¿Qué es lo que le voy a dar? ¿Qué libro? Si todos mis más queridos libros están empaquetados abajo, a causa de Yojai.

Ojalá supiera con qué llenar este repentino silencio.

Esto que estamos viviendo ahora no es otoño, ¿verdad? Se trata de una estación nueva. Una estación seca, blanca y fría (¿qué te parece si charlamos un poco del tiempo...?), no es broma: alrededor del *moshav* todos los campos se han secado. Y en el ultramarinos alguien ha contado que los zorros y los chacales vienen por la noche a los jardines a beber de nuestros sistemas de riego. Yo misma he visto ayer a un grupo de cigüeñas (¡que se fueron hace dos meses!) regresar aquí. Como si se hubieran desorientado y hubieran vuelto fuera de temporada. No dejaron de planear durante todas las horas del día por encima de la presa seca, y se las veía perdidas e inquietas. Me he visto asaltada por la angustia porque todo el ciclo de la naturaleza se haya trastornado. ¿No será que nos están esperando, a ti y a mí? ¿Será posible que, no obstante, alguien lo tenga todo detenido por nosotros?

Está viniendo hacia aquí. Si hasta me parece estarlo viendo por el camino, entre los árboles, en el recodo del camino. Desde aquí puedo ver prácticamente el itinerario completo. Voy a buscar un libro y le meteré esta carta entra las páginas (ya escribiré fuera «privado» o «personal», no te preocupes). Es tan extraño pensar que en este mismo momento alguien está viniendo desde ti hasta mí. Un hilo.

Esta noche he soñado que Yojai volvía a hablar. Hace una semana consiguió contar en clase cuatro objetos, y todos se pusieron contentísimos.

Habrá sido por eso por lo que me he permitido tener el siguiente sueño:  l y yo vamos por un inmenso desierto, a nuestro alrededor no hay un alma viva, el sol pega y Yojai desfallece. Lo cojo en brazos y le veo los labios secos y agrietados, y en ese momento levanta la cabeza en un último esfuerzo y dice, «quiero que sepas que he entendido todo lo que has dicho, siempre, y tengo que decirte que no has entendido nada».

Mira: te envuelvo mi libro de cocina. No es un libro de cocina corriente. Lo escribió Ana, de su puño y letra, para mi treinta cumpleaños (lo estuvo escribiendo durante todo su embarazo). Trescientas sesenta y cinco recetas. Qu datelo. Ya que no vas a probar mi sopa, que tengas por lo menos la receta.

Ahí llaman.

 Eres de lo más puntual! ( Miedo me das!)

Creo que ya me conoce por la voz, pero qué más me da.

 Este es el trato, ahora?  Yo con cartas y t  con motos?

Otra vez no he conseguido dominarme. La mañana estaba tan gris y tan ventosa. Amos ha traído un montón de leños para la estufa y en el búho he descubierto que yo misma he anotado esta semana, en un momento de iluminación, que hay que llamar al deshollinador.

Por la radio han anunciado que, a más tardar, pasado mañana llegar  la primera lluvia. El idioma del locutor se ha unido por el lapso de tiempo que dura una palabra con mi propio idioma: *yor *; esa palabra que resuena en esta tierra año tras año, desde los tiempos bíblicos, cuando caen las primeras gotas tras la sequía del verano.

Por lo menos he tenido la suficiente cautela de haber preparado un paquete para tener algo que entregarle al mensajero. T  mismo lo verás.

 Y t ?  Por qué no me envías una nota con el mensajero, o más sencillo,

vienes en persona, como si fueras uno de ellos? Cuando te quites el casco veré que eres tú. Mira lo sencillo que sería.

¿Qué podría contarte hoy?

(La verdad es que tenía pensado de antemano lo que te iba a decir, cómo llenar estos espantosos minutos...)

Esta noche he vuelto a soñar contigo. Últimamente tengo las noches llenas de sueños. En el de hoy, estábamos juntos en algún lugar, en una casa muy alta. Yo estaba cerca de ti, te veía y te oía a mi lado, pero sin poder tocarte.

Tú te encontrabas subido al borde de la balaustrada de un patio (la palabra patio se repite mucho en el sueño, como una elegía «patio, patio»). Cuando veo, de repente, que te propones saltar de cabeza hacia el centro empedrado del mismo. Intento detenerte, avisarte de que allí no hay agua, pero aunque todo sucede delante de mis propios ojos, tú no me oyes (o también es posible que mi voz no sonara).

Saltas de cabeza al patio, y mientras vas cayendo oigo que murmuras en voz baja: «Sabía que esto es lo que iba a suceder».

«No he podido impedírselo», me digo yo, con el corazón destrozado.

La caída termina, y te veo allí tendido en el suelo. Estás desnudo, acostado de lado y tienes la cabeza hinchada, del golpe, por lo visto. No te mueves, pero te oigo balbucear sin interrupción: «Después de todo solo se me han roto unos cuantos dientes y tengo una leve conmoción cerebral. Nada más».

A pesar del alivio por el hecho de que tú vivas, el haberme quedado arriba me produce un dolor y un sufrimiento terribles (hasta ahora mismo).

Ahí está, a la puerta ya. ¿Y si, a pesar de todo, esta vez...?

Han pasado veinticuatro horas y se diría que no me he movido de mi sitio. Es decir, he hecho todo lo necesario, les he dado de comer, me he ocupado de la ropa, he guisado, le he organizado lo del transporte a Yojai, he recibido —por completa sorpresa— a una pareja de amigos de América que están de visita por la patria, y he estado amistosa y dicharachera, hasta el punto de que no llego a comprender cómo puedo resistir toda esta comedia. Así que ahora, cuando finalmente he podido sentarme, el bolígrafo se estremece en mi mano y tengo la sensación de que a lo largo de todo este día no he parado de escribirte y que el mundo a mi alrededor no ha parpadeado más que una vez, como un día que se abre y que se cierra mientras sigo en mi mecedora, esperando a Yojai, que está en terapia, y entretanto la noche va cayendo, la lluvia sigue suspendida en el aire y yo te sigo escribiendo. A veces descubro que bajo la mano tengo una hoja, pero la mayoría de las veces, nada.

¡Si ahora pudiera echarme a dormir y levantarme el día que ya no me doliera! Pero noche tras noche me despierto a las tres, exactamente a la hora a la que corríste a mi alrededor, y ya no consigo volver a conciliar el sueño. Y eso que no tengo un bebé que me despierte a esas horas.

Se trata solamente del bebé que yo soy, que no me dejó dormir (no, es la mujer que yo soy).

Es extraño cómo todo mi desorden espiritual se traduce en un «lenguaje del cuerpo». Pero tú no mereces que te hable de mi cuerpo. No creo que haya existido alguien alguna vez que lo haya ofendido como tú. Lo único que no entiendo ya es cómo es posible que estando en el momento de mi vida en el que más mujer me siento —más de lo que me haya sentido nunca— tú no me respondas.

Yair, ¿lo has oído? Acaban de anunciar que mañana por la mañana empezará a llover. Ha sido ahora mismo, en las noticias de las cinco.

«Por fin tenemos una buena noticia», ha dicho el locutor. Mi corazón se ha puesto a latir a una velocidad demencial, y en lugar de tomarme un calmante, enseguida he llamado a tu querida Rujama (ya ves, hasta nos hemos hecho un poco amigas) y le he pedido que me mandara a alguien, de prisa, servicio urgente.

Entonces ya está, ¿verdad? Esta es la última oportunidad. Las últimas palabras. El final de la historia que empezaste a escribir para nosotros dos hace ocho meses y pico. Ni siquiera lo que dura un embarazo.

Justamente ahora me han empezado a temblar las manos. ¿Cuántos minutos tengo? ¿Diez? ¿Nueve? Alguien ha activado ya la guillotina.

Ni tan siquiera he preparado un libro. Si pudiera en este momento posar mis ojos sobre los tuyos, verte desde dentro y contarte lo que veo.

Ahí veo a un hombre que no es hombre, y a un niño que no es niño. Veo a un hombre cuya madurez y virilidad son como una postilla coagulada y endurecida sobre la herida del niño. Tú mismo pusiste en el sobre «Wind, el postillas» (cuando todavía eras Wind), y recuerdo que pensé que a ti se te había coagulado la «postilla» justo en el punto de unión que hay entre el «niño» y el «hombre», y que ese punto no estaba ni vivo ni muerto en ti.

(Tu motorista todavía no ha llegado al recodo del camino del bosque, es un poco más lento de lo normal, me parece apreciar. ¿Será un motorista nuevo? Muy bien hecho. Que vaya muy despacio. Que se demore por el camino. Una nube grande y pesada se cierne sobre el bosque.)

De carta en carta he ido notando que hay algo que puedo hacer hoy y que está relacionado contigo; tú no te dirigiste a mí por casualidad, sino que tu gran intuición se dio cuenta de que yo sería capaz de disolver esa postilla debajo de la cual quedaría el niño al descubierto. Tu gemelo iluminado, del que quizá podrías volver a ser el hombre que eres, el que estabas destinado a ser.

Y ese hombre, ¿quién es? Según parece ya no me vas a dejar que lo descubra. Tan solo puedo adivinar que lo es todo a la vez, el niño y el hombre, el hombre y la mujer, el vivo y el muerto, y otras muchas cosas y personas, pero juntas, sin las separaciones artificiales y violentas que hasta ahora te has impuesto a ti mismo.

Porque a mis ojos, el lugar en el que todas estas «almas» se tocan, se entremezclan y revuelven sin ningún tipo de cortapisas, es donde yo siento que tú eres más auténtico.

Cuando te encontré allí, enseguida me llené de ti, y mi cuerpo y mi alma te hablaron directamente, por encima de tus palabras, que no siempre me gustaron. Porque ahí es donde verdaderamente me excitas, me encandilas, me haces daño y me conmueves.

Los momentos que me has permitido estar ahí contigo, he despertado para ti como jamás lo había hecho para nadie, sí, para ningún hombre.

Fuera hace ya un poco que todo está en completo silencio, no se mueve ni una hoja, y me da miedo levantar el bolígrafo del papel, porque siento tus ojos sobre mis labios, ¿qué es lo que quieres que diga?, ¿qué puedo decir que todavía no haya dicho?, y ¿qué queda por decir mediante las palabras?

Fuera se oyen unos pasos, suben las escaleras hacia la terraza. Yair, si existe todavía un deseo que todavía no he formulado, quiero, te pido, que todos estos miles de palabras se conviertan ahora en un cuerpo.

Con amor,

MIRIAM

LLUVIA

OceanofPDF.com

Por la mañana del jueves, cuando las nubes descendieron al valle de Beit Zait y literalmente se posaron sobre la casa, mientras la lluvia no llegaba, no llegaba, a las nueve en punto, él telefoneó

Pregunté si era ella, si era Miriam

Supe que era él antes de que hablara. Lo oí respirar pesadamente y apenas pude respirar yo

Miriam, ¿eres tú?

Sí, sí, soy yo, sí... Se hizo un silencio muy largo, y la acelerada respiración de los dos, mientras estaba segura de que él oía los latidos de mi corazón

¿Qué es lo que quería decirte? Pues que

Todo lo que ha habido y no ha habido entre nosotros, estos meses de locura, empezó a fundírseme en el pecho

Mira, escucha, no es lo que tú crees

Yo no creo nada. Quién podría ser capaz de pensar. Tenía una voz profunda, como si surgiera de la espesura del bosque

Solo tengo que preguntarte una cosa sin importancia

Y herida por la lucha que había estado librando consigo mismo antes de llamar

¿Estás sola en casa?

Sí, estoy sola

No tiene nada que ver con... con eso, con nosotros, lo sabes, ¿verdad?

¿Qué cosa?, pregunté al límite de mis fuerzas, ¿qué es lo que me estás diciendo?

Se trata de Ido, se trata de él, no de nosotros, ni de ti ni de mí, quiero decir, y empecé a contarle lo que nos había sucedido aquella mañana

Habla más despacio, por favor

Últimamente tenemos algunos problemas con él

Más despacio, que así no te oigo, vuélveme a contar lo que le pasa a Ido. El nombre de su hijo en mis labios

Está fuera

¿Qué quiere decir con «fuera»? ¿Dónde?

Bajó la voz, casi rugiendo. Nada más logré entender algunos fragmentos:

por la mañana su mujer y él habían tenido una riña con el niño

No tiene ni cinco años y medio y es más terco que una mula

No hace falta ser muy sagaz para saber de dónde le viene, pensé

No, no, es muchísimo más testarudo que yo y ni que decir tiene que mi mujer, es otra clase de terco, qué voz más agradable tiene esta mujer, así no me la había imaginado, muy joven. Y Maya, que es mi mujer

Sí, ya lo sé. Su mujer, su hijo y él

Dime, ¿de verdad que no estás ocupada?, ¿estás de humor para escuchar lo que...

La verdad es que en aquel momento no estaba precisamente de humor para

Me refiero a si tendrás la suficiente paciencia como

Cuéntamelo todo

Todo no hace falta, porque los detalles no son importantes

Ahí están, esas ráfagas de aire que tan familiares me resultan, ese frío, ese calor, también en su voz

Se precipita demasiado deprisa sobre cada una de mis palabras, entre carta y

carta había cierto lapso para respirar, pero ahora la oigo expirar el aire a cada inspiración mía

Por un momento un extraño silencio se ha impuesto entre nosotros. Como extenuados por tan breve conversación

Mira, en resumen, que esta mañana ha vuelto a vestirse muy despacio para ponernos nerviosos y Maya ha dicho que no lo esperaba porque hace una semana que llega tarde al trabajo por su culpa

Balbuceaba y jadeaba, disparaba ráfagas de palabras que me parecían completamente irrelevantes

Decidimos que si tampoco hoy estaba preparado a tiempo, que ella se iría dejándolo aquí en casa, para darle un pequeño susto de una vez

Mi espíritu se sentía transportado hacia él, durante un instante salió a su encuentro, feliz de que él hubiera sido capaz de vencerse de ese modo a sí mismo

Porque yo, por mi parte, podía llegar más tarde hoy, ya que tenemos la reunión semanal de personal los jueves

¿En el trabajo? ¿En Palabras Vanas?

Sí, sí, donde los libros. No me ha gustado nada oírla pronunciar el nombre de mi negocio. Me pone muy nervioso que esté tan al tanto de mi vida, ¡y lo que disfruta demostrándomelo!, que domina muy bien mi tema, me parece tan femenino y bajero ese comportamiento, ¿dónde están la elegancia y la

nobleza de espíritu que yo le había atribuido? ¿Para qué demonios habré llamado?

Por un momento me lo he imaginado en su trabajo, entre miles de libros; entre la gente que va allí a buscarlos, y él corriendo de un lado para el otro, rápido, distraído, entusiasmado, llenando cada punto del espacio

Por lo menos una vez al día me viene alguien, después de haber visto montañas de libros y tendrías que ver la sonrisa que luce cuando me muestra lo que llevaba años buscando, casi siempre un libro que ha leído en su infancia, y es que por lo visto solo eso es capaz de encenderle a alguien una luz especial en los ojos. Le tengo puesto un nombre propio a esa luz, «la luz de Miriam», cuéntaselo a ella, no

Nos quedamos en silencio

Estoy manteniendo con ella varias conversaciones a un tiempo. Me gustaría saber si la compañía telefónica las cobra todas

Respiramos a la vez

En resumen, ¿me oyes?

Un susurro desconocido. El crepitar del cigarrillo que sostiene entre los labios, ha dado una calada, y el pitillo, como si tuviera vida propia, ha respirado un momento después de él

Hemos quedado en que cuando cediera y se vistiera, yo lo llevaría a la

guardería, porque hoy habíamos tomado la decisión de darle un escarmiento
Su voz se había estabilizado, por un momento, y eso la hizo alejarse de mí.
Una interferencia en la línea. Quizá a causa de las nubes, tan cargadas

Se oyen algunas interferencias porque ando por la casa con el inalámbrico,
para vigilarlo, ¿me oyes?

No muy bien

Voy a intentar hablar desde la cocina

La cocina de ellos

¿Qué has dicho?

No he dicho nada

¿Y ahora? ¿Mejor?

Ahora muy bien, ¿dónde estás?

¿Y tú?

En casa...

La verdad es que tiene una voz sorprendente, muy joven, fresca y liviana,
nada parecido a lo que me había imaginado, parecería que roza las sílabas
con su vuelo

Una sonrisa había empezado a dibujárase en los labios, la historia que estaba contando no parecía especialmente grave ni seria, hasta resultaba bastante floja como pretexto

La cuestión es que Maya se ha marchado y él ha salido corriendo detrás, medio desnudo, con el abrigo abierto, porque se ha dado cuenta de que hoy la cosa iba en serio

Desde el primer momento de la conversación me ha parecido como si no tuviera ni la más mínima idea de lo que iba a decir en la frase siguiente que saliera por su boca. Por mi parte intenté conservar el tono de voz más serio posible y le pregunté que cuál era el problema en ese momento
¿No lo entiendes? Que aprenda que no nos puede seguir tomando el pelo y que nos pida perdón

Su voz volvió a sonar más tensa, y el contacto vivo con sus sentimientos me hizo sentirme todavía más ansiosa de él; además, sabía muy bien que él sería capaz de poner tanto empeño y entusiasmo en cualquier historia que se inventara, porque yo me la iba a creer, así que casi le grito, ven, ven de una vez y déjate de cuentos y de excusas

Pero eso de que le cerrara la puerta en las narices, eso nunca había pasado antes en nuestra casa, tanto, que se ha quedado de piedra, está muy sorprendido

Me esforcé cuanto pude por no cometer una equivocación, así que decidí seguirle la corriente con el jueguito lo más serio posible, pero ¿por qué no lo llevas ahora a la guardería?

No, ahora sí que no puedo llevarlo, no entiendes nada, pero es que esta Miriam no lo capta, lo que él quiere ahora es entrar en casa sin pedir perdón ni nada

Oí un timbre lejano que sonaba. Todavía me encontraba un poco confundida, pero noté como un retortijón, en ese punto que se entera de las cosas antes que yo. ¿Y dices que tu mujer ya se ha ido?

Sí, sí, pero si es como si no me estuviera escuchando desde que hemos empezado a hablar, como si se limitara a oír lo que le parece

¿Y él está fuera? Es decir, que tu hijo está fuera desde que ella... ¿A qué hora dices que ella...?

Desde por la mañana, ya te lo he dicho, a las siete y media, es el día que tiene que ir a Safed

Pero si son más de las nueve y media

Si eso es lo que acabo de decirte, que es muy testarudo, qué idiota he sido creyendo que ella iba a entenderlo todo al instante sin tenérselo que explicar veinte mil veces, qué lerda es, pues sí que, está a la puerta, pero lo veo a través de la persiana de la cocina

¿Y no tendrá frío? Fuera hace muchísimo ahora mismo

Pues claro que tiene frío, tú misma puedes ver cómo está la cosa y el ventarrón que hace

En cualquier momento se va a poner a llover, le dije, y la voz se me quebró un poco, patinó en esa palabra

¡A mí qué demonios me importa la lluvia! ¡Lo que quiero es que pida perdón!

Literalmente di un paso atrás, como si me hubieran ladrado furiosamente y a la vez me hubieran dado un mordisco. ¿Y por qué no lo haces entrar y hablas con él?

Porque hemos decidido que no, hemos tomado una decisión, ¿lo entiendes?

No, no lo entiendo... De pronto empecé a sospechar que realmente no entendía nada

¡Porque ya se le dijo que solo volvería a entrar si pedía perdón!

Pero ¿perdón por qué? Cada vez que gritaba yo sentía como si me pegara

Dime, pero ¿es que no has oído nada de todo lo que te he estado contando?

Este hombre me trata peor de lo que nadie lo ha hecho en la vida con las barbaridades que me dice, ¡pero si es un niño de cinco años!

Casi cinco y medio, y es muy fuerte, tiene una voluntad de hierro. Me he quitado los zapatos y la camisa

No lo entiendo. ¿Qué es lo que has hecho?

Para no tener ninguna ventaja sobre él

Pero ¿está descalzo, y sin camisa?

No, a lo que me refiero es que con el frío que hace fuera, que nuestras condiciones sean exactamente las mismas, pero eso no quiere decir que tenga intenciones de ablandarme hasta ceder

No vas a poder tenerlo ahí fuera todo el día, porque qué va a decir Maya, es decir, tu mujer

Mi mujer no está aquí. Ha dicho «Maya». Volverá tarde, por la noche. Hazme el favor de dejar de lado por un momento las razones y las explicaciones, porque tengo que salir hacia el trabajo y él no parece mostrar ni la más mínima señal de flaqueza

De repente dejé de seguirlo, quizá porque ya se había alejado demasiado, muy por encima de cualquier esperanza. Por un instante sentí que se me concedía como una especie de tregua que me permitió preguntarme a mí misma si de verdad quería llegar a estar con él en persona

Por lo visto, había conseguido finalmente conmover a mi consejera pedagoga y hacerle entender la situación ante la que me encontraba

¿Tú qué es lo que quieres, educarlo o que ceda? No era mi intención, pero esta frase la grité desde bien dentro

Me acordé de una cosa y me eché a reír, para que ella supiera exactamente

lo que yo pensaba

«El rincón del niño de Don Juan», pensé, ¡cómo se las apaña para volver a tenerme atrapada, como quien no quiere la cosa, como de pasada!

Mira, olvidémonos de todo el asunto. He cometido un gran error llamándola, es como meterla a ella en toda esta porquería que yo soy. Cállate ahora, no digas ni una palabra más, pero la verdad es que sí, que creo que tengo que quedar por encima de él de una vez y por todas, porque si no va a ser imposible educarlo

Yo no creo que haya que someter a nadie para

Es imprescindible, eso es precisamente lo que hay que hacer. Cállate ya, por lo menos intenta disimular la mierda que eres. Los niños solo aprenden así, qué paciencia tiene, la pobre, hay que ver cómo sigue discutiendo con toda seriedad y toda lógica en lugar de venir y darme un buen puntapié

Pero si eres tú el que se está portando ahora como un niño, Yair. Hasta la voz se le había puesto de pito y quejosa, y yo sin saber qué hacer, porque sobre todo quería ayudar al niño, ya que finalmente me había dado cuenta de que la situación era mucho más grave de lo que me esperaba, así que lo llamé por su nombre por primera vez con toda naturalidad

«Yair», con qué tono de institutriz lo ha pronunciado, hacía años que nadie decía mi nombre de esa manera, mira, porque tú me lo dices, Miriam, le voy a dar una última oportunidad y vas a ver cómo pasa de mí

Oí unos pasos y silencio. Va descalzo, pensé, sus pies desnudos sobre el suelo, y me acordé de lo de «los sorprendentemente pequeños pies de Maya» y naturalmente también de «una base tan pequeña para dos adultos y un niño». No tenía ni idea de qué es lo que tenía que oír. En ese momento una voz muy alta, esforzándose por gritar, la suya

Si hay alguien que quiera entrar en casa que llame educadamente a la puerta, pida perdón y al momento será perdonado y podrá ir a la guardería donde lo están esperando sus amigos desde hace mucho rato

De nuevo silencio, y después él susurrando al auricular como asustado y a escondidas, de una manera realmente ridícula y que hasta podía llegar a dar miedo

¿Lo ves?, ¡no se mueve! ¡No me contesta! ¡Tendrías que verle la cara! No piensa dar su brazo a torcer

¡Pues cede tú!, grité. Perdí los nervios y grité

No pienso ceder y hacer lo que él quiera. Si flaqueas una vez, después toda la vida

Él estaba completamente histérico, yo bañada en sudor y aquí, ellos dos allí, su mujer de camino hacia Safed, y qué se podía

Voy con el inalámbrico de un lado para el otro, gritándole a ella y a las paredes, pero ¿por qué la habré llamado? No tengo ni idea, porque un minuto antes de hacerlo ni tan siquiera lo tenía en mente

Yair, ¿me oyes? Escúchame un momento, despierta y mira lo que le estás haciendo

Nada más que el bien, eso es lo que le estoy haciendo, que me pida perdón como un buen chico y entonces que entre y hacemos las paces

Se va a poner malo

Pues que se ponga, que no le va a pasar nada

Se va a poner malo, y tú luego te morirás a causa de los remordimientos
Veinte veces al año se pone enfermo por todo tipo de microbios, así que ahora se pondrá enfermo por algo justificado, hoy no se muere nadie de unas anginas

Eres cruel con él

Déjame a mí que lleve esta discusión como a mí me parezca

Y me colgó en las narices. Me quedé de piedra, sin aliento, como siempre consigue dejarme, no sé cómo le permito succionarme así hacia él

Llamé al trabajo y les comuniqué que tendrían que esperarme un poco para lo de la reunión y, mientras hablaba, lo espí por la ventana y vi que estaba temblando. Creo que temblaba. Tenía los hombros encogidos y saltaba sobre un pie y sobre el otro alternativamente. A mí no me quedó más remedio que quitarme también la camiseta y los calcetines, porque si la batalla tenía que ser larga, que por lo menos fuera justa

Al límite más absoluto de mis fuerzas, me dejé caer en el sillón de Amos. Intenté tranquilizarme un poco, pero todo lo que se me ocurría era pensar en que quizá con esto él había desaparecido para siempre y que ya no volvería, porque lo había visto en una actitud infame e ignominiosa

Cuando volví a mirar, este tonto ya no estaba junto a la puerta, sino en medio del camino que lleva a la verja, encorvado y observando un escarabajo negro que estaba vuelto sobre sí mismo

Tengo que desligarme de él ahora mismo. Pero el niño, pensé, y de repente sentí mucha debilidad, como una extraña ofuscación mezclada con vértigo, el corazón empezó a latirme con una fuerza espantosa, con unas palpitaciones ajenas a su repertorio habitual. Y mientras, me repetía en voz alta una y otra vez, sin lógica aparente, ¿el niño?, ¿el niño?

No tengo que estarlo mirando todo el rato, porque eso me debilita en mi lucha contra él, los últimos minutos ella no ha hecho más que gritarme

Respiré profundamente e intenté concentrarme en un solo pensamiento: no debo dejar al niño a merced de su furia. De nuevo me quedé sin aliento en la palabra «niño»

Un momento después vuelvo a la ventana y ¿qué es lo que veo? A un hombre viejo y alto, de aspecto dudoso, y encima con un impermeable largo, de pie junto a Ido

Yo repetía y repetía «el niño», y la palabra me pareció nueva, tenía una cadencia diferente en mi boca, y cuanto más la decía más y más fuerte me

sentía, más cargada, hasta que se me ocurrió algo que me dejó sin respiración

¿Y si al viejo ya le había dado tiempo a hacerle algo? Le había oído preguntarle si era «el pequeño Einhorn», pero Ido se lo había quedado mirando fijamente porque quizá el frío lo tenía ya un poco aturdido

No es posible, cómo me va a estar pasando esto justamente ahora, pero si estoy en otra cosa

El viejo se agachó y le preguntó si papá o mamá estaban en casa, pero Ido siguió mirándolo fijamente

Me acerqué al calendario de la cocina y conté los días, pero nada me entraba ya en la cabeza, las palabras se diseminaban alejándose de mí como las cuentas de un collar roto. Volví a contar, esta vez con los dedos, y de nuevo me pareció que el resultado era el mismo. Me senté y empecé a temblar

El hombre le preguntó, ¿qué haces aquí fuera?, pero como Ido solo lo miraba pasmado me pareció que el hombre creyó que era retrasado

Me levanté para llamar a Amos, pero volví a caer hacia atrás en el sillón. Me quedé sentada para comprobar si sentía algo, pero no notaba nada, solo una certeza pequeña pero a la vez muy firme que me decía que no estaba equivocada

El viejo se llevó la mano al bolsillo y estuvo hurgado en él, así que en un

abrir y cerrar de ojos me precipité hacia la puerta, la abrí violentamente y le pregunté: ¿tiene algún problema, caballero?

Tranquilízate, me dije a mí misma, y al momento, completamente enloquecida, esas son todas las señales que el cuerpo te ha estado enviando a lo largo de las últimas semanas, toda esa conmoción interna, los cambios de humor, el sabor del café, pero hace ya diez meses que no estoy en tratamiento, así que no puede ser que así, sin más, después de tantos años de sufrimiento y de torturas, ahora resulta que va a ser que

El viejo se asustó un poco al verme, porque mi pinta era la de un salvaje, desnudo y listo para la pelea, de manera que me dijo con una sonrisa, nada, señor, solamente les traigo una carta del ayuntamiento que por error nos ha llegado a nosotros

Y luego, por fin, me acordé de Yair y del niño y supe que no era el momento de perder los nervios, que debía dejarlo todo en un segundo plano hasta que Yair metiera al niño en casa

El viejo sacó la carta, pero en vez de largarse empezó a interesarse por la situación y dijo con mucha firmeza, como si se dirigiera solamente a Ido, los niños pequeños se pueden coger una pulmonía de estar así aquí fuera

Con todo mi poder de concentración pensé en el pobre niño, el pobre niño, el pobre niño, expuesto al fulgor de la hoja de la espada que se blandía sobre él en ese mismo momento, y me di cuenta de lo desgraciado que era y lo desgraciado que también era Yair por esa misma razón

Le dije al viejo, pero con la cara dirigida también hacia Ido, que desde el

momento en que el «niño pequeño» pidiera perdón como es debido, entonces se le permitiría entrar en casa, después de toda la algarabía que se ha armado por su culpa

Me acordé de cómo le lee un cuento antes de ir a dormir, de la delicadeza con la que escribía acerca de él, de cómo siempre me pareció que sabía ser mucho mejor padre que yo madre, justamente porque Ido era un niño sano, sí, porque tenía más puntos de contacto con el alma de su niño

Ido se achicó un poco, por la palabra que no conocía, algarabía, como si hubiera recibido de mí una bofetada

Como no sabía cómo ayudarlos, yo también me quité los zapatos, algo bastante tonto y sin sentido, aunque a mí me pareciera lógico en aquel momento, y hasta el jersey me quité también, quedándome con una camisa muy fina y notando la novedad en cada contacto con mi cuerpo, refrescante, aunque a la vez me asustaba, como si estuviera desenvolviendo un regalo que no fuera del todo mío

El viejo dio medio paso atrás y sonrió a medias sin entender nada, receloso, pero yo lo atravesé con la mirada hasta que se fue del jardín

Hacía frío en casa, pero no encendí la estufa. Pensé en que ahora sería yo la que me iba a enfermar. Los dos, Ido y yo nos íbamos a poner malos. Ahora Ido, Yair y yo nos pondríamos malos de lo mismo

Retrocedí muy deprisa, entré y cerré la puerta precipitadamente y corrí hacia la persiana

Pero ahora tengo que estar sana, sana

Vi que Ido abría la mano despacito y que tenía en ella un caramelo rojo que aquel degenerado de anciano le había conseguido dar Finalmente me había atrevido a decir en voz alta, por primera vez y al completo, el incipiente pensamiento que ya me rondaba, con sus dos palabras enteras lo dije, esas palabras prodigiosas y aterradoras que hay en él

Al diablo con todo, pero ¿dónde estará ella?

Ya no pude dominarme más y empecé a marcar su número, mientras veía cómo me temblaban los dedos, así que lo dejé. Ahora entendía por qué últimamente me apretaba tanto la alianza, y sentí un gran alivio

¿Por qué no llamará, ahora que la necesitamos?

Y él, a la primera llamada, se lanzó sobre el teléfono y gritó, ¡sí! Realmente fue un grito. Le dije que era yo y él se quedó callado, como intentando abrirse camino por el interior de su cerebro para poder recordar quién demonios era yo. Tampoco yo, por un momento, me acordaba de lo que quería contarle, así que repetí mi nombre, que también me sonaba como nuevo de repente, y lleno, lleno de vida, mientras que Yair, completamente distraído, decía, ah, sí, tú, para enseguida ponerse a hablar muy deprisa y en tono quejumbroso

Mira que es terco conmigo, no da su brazo a torcer, tienes que entender que no me equivocaba antes cuando te he dicho que esto es una guerra, pero vas a ver cómo esta vez me salgo con la mía y ya no tendremos más

Tenía la voz ya completamente deformada, de pito, hasta llena de gallos, de lo ofendido y lo encolerizado que estaba. Noté que su voz se iba alejando de mí, que retrocedía replegándose sobre sí misma hasta las raíces. Pero dime, ¿por qué quieres doblegarlo?

«Por qué», «por qué», pues porque si no se creará que me ha podido y tiene que saber que todavía nos quedan dos o tres principios y que papá es más fuerte que él, porque eso es muy importante para él, es vital

Pero te estás pasando con él, es una verdadera tortura lo que le estás haciendo... Las sienes me latían de la tensión tan grande que sentía, y de nerviosismo. Una y otra vez nos repetimos el uno al otro las mismas frases. No conseguíamos escapar de aquella trampa

Créeme que tampoco a mí me resulta fácil, pero no pienso ceder, porque ya llevo invertido en esto medio día de trabajo y ya no tiene sentido echar a perder lo que queda

Estaba tan aturdida que le pregunté, es decir, por pura estupidez le solté, que por qué me había llamado

Porque... Esto... No supe qué decir, ¿por qué la había llamado justamente a ella?, porque tú entiendes de niños, y tienes uno, así que he creído que podrías aconsejarme un poco. Pero también

No dijo, «porque

Porque eres madre

Y esas tres palabras tan sencillas revolotearon en mi interior mientras una ola se estrellaba en mí y casi me echo a llorar, pero en ese momento de ninguna manera debía dejarme llevar por la emoción, así que para resistir me aferré con todas mis fuerzas a los pensamientos sobre Ana, lo mucho que me hubiera gustado que ella estuviera aquí ahora, en este preciso instante, y pensé también en lo mucho que las cosas habían cambiado entre todos nosotros, y qué llegaría a entender Yojai, si llegaría a comprender que nada iba a cambiar entre nosotros, y una sola idea me asaltaba, tiene que ser un niño sano, Dios mío, lo que más necesito ahora es un niño completamente sano, y lo primero que tengo que hacer es llamar a Amos, no, una cosa como esta no se dice por teléfono, le voy a pedir que venga a casa para contárselo, un momento, un momento. Silencio. Piensa

¿Miriam? ¿Estás ahí? Ahora se me ha ido. ¿Miriam, me oyes?

Con mis últimas fuerzas, que no sé de dónde las saqué en ese momento, imposté la voz, un poco como hago en clase, para vencer el tumulto de voces que se me agolpaban en la cabeza y dije, Yair, abre la puerta y déjalo entrar, abrázalo, vístelo y prepárale un cacao caliente

No, no entiendes nada en absoluto, tú, ese sistema vuestro

¿Qué quería decir eso de «nuestro sistema»? Estaba furiosa, ¿qué podía saber él de «nuestro sistema»? Me supuse cómo nos veía y hasta qué punto nuestra casa, y nosotros como pareja le parecíamos unos insensatos, unos viva la vida y unos individuos completamente al margen de lo que él llama «la legalidad» con todas sus desgarradas luchas, y ya, al borde del colapso

le dije que podía obligarse a un niño a pedir perdón, pero que no tenía ningún sentido

No es cierto y, además, ¿tú por qué te metes y te permites obsequiarme con tus análisis psicológicos?

¡Pero si has sido tú el que me ha llamado!, le grité, y al momento me arrepentí

Lo siento, de verdad. Basta, olvídalo. Como si no te hubiera llamado. Ha sido en un momento de debilidad, no quiero mezclarte en esto, perdóname, ¿vale? La verdad es que no tenía ninguna intención de hablar contigo. Perdóname también por eso, por todas las mentiras

¡Pero ya me has implicado. Ya estoy metida en este problema, Yair, no me vengas ahora con esas! Cada vez que le gritaba pensaba en que hacía años que no se oía un solo grito en nuestra casa. Con cada grito, además, la cabeza me daba más y más vueltas, porque pensaba que ahí sí que se terminaba ya todo, que mientras hablaba con él me sucedería

Y deja de llamarme todo el rato por mi nombre

Quizá es que quiero que recuerdes quién eres

No se me olvida ni por un solo momento. Sé muy bien cómo manejar este asunto y lo voy a llevar tal y como debe hacerse en estos casos

Él seguía parloteando con una mezcla de arrogancia y de temor, mientras

que yo, por mi parte, no podía desligarme de la sensación de que también en este asunto yo tenía parte de culpa, que él se había dejado arrastrar hasta aquel abismo para recurrir después a mi ayuda, para obligarme a salvarlo

Estoy harto de sus lloriqueos, nunca me hubiera imaginado que fuera tan sensiblera, y mientras hablaba me corté una rebanada de pan y la unté de mantequilla, le puse unas rodajas de tomate, sal y zaatar, como tentempié, porque a ver si me iba a morir de hambre por culpa del niño, así que seguí explicándole a ella, desde la más absoluta tranquilidad, que no era nada personal contra él y que incluso admiraba su fuerza de voluntad, porque en honor a la verdad daba hasta miedo comprobar lo obstinado que podía llegar a ser ese pispajo de apenas cinco años y medio

Y tú tienes treinta y tres, le recordé, sin demasiadas esperanzas. Además, empezaba a darme cuenta de que paralelamente a la guerra que libraba contra su hijo, mantenía también un duelo conmigo, y que con tanto apiadarme del niño no hacía más que causarle un mal a este hostigando a Yair cada vez más en contra de él

Pero al espiarlo por la ventana se me pasó el apetito, tiré el bocadillo a la basura y me puse a gritarle que dejara de hacer payasadas ya de una vez, que lo único que tenía que hacer, al fin y al cabo, era dar tres pasos y llamar a esa jodida puerta, y que se dejara conmigo de jueguecitos de niño orgulloso

Me pareció oír un trueno que retumbaba a lo lejos, el aire cada vez era más gélido y sentí un escalofrío. Como si estuviera profiriendo un juramento susurré: «pero si amas a tu hijo, pero si lo amas»

En ese momento cayó por primera vez. Simplemente la pierna se le dobló, pero enseguida se levantó y fue hasta la mecedora de bambú que hay en el jardín

Dios mío, pensé, Dios mío, antes de ocuparte de ninguna otra cosa en el mundo, haz que allí, en casa de ellos, todo acabe bien

Se tendió atravesado en la mecedora, la cabeza colgándole por un lado y las piernas por el otro. Tenía los ojos muy abiertos y miraba fijamente un limoncito seco y arrugado que había quedado allí desde el verano

Quizá porque me había callado un momento, volvió a colgarme el teléfono. Sin pronunciar una sola palabra, como por casualidad, como si se hubiera olvidado por completo de que yo estaba allí, así que me dejé caer otra vez en el sillón, conté de nuevo los días con los dedos y me dije que tenía que poner en orden todos aquellos pensamientos en cuanto tuviera un momento de tranquilidad, pero lo que menos había era eso

En mi cabeza alguien me está proyectando en exclusiva, en un pase completamente privado, una secuencia en la que aparece Ido en el jardín y yo espiándolo por la ventana, una escena que se repite sin esperanza, un hombre con una calva incipiente espiando a través de las rendijas de la persiana para ver su propia pornografía

Enseguida volví a llamarlo, antes de que me diera tiempo a empezar a vacilar. Me parece una locura, pensé, que durante ocho meses no me haya atrevido a llamarlo y que esta sea la tercera vez que lo hago en lo que va de mañana

La piel de las manos se me estaba empezando a poner de color azul, así que supe que ahora había que darse prisa, que no había mucho tiempo, conozco las señales, de acuerdo, así que fui y abrí todas las ventanas y un viento frío y cortante sopló por toda la casa conmigo en el centro dejándome atacar por él a conciencia, para después correr a la ventana y verlo avanzar unos pasos, retroceder y finalmente quedarse quieto, como aturdido

A pesar de la opresión que sentía y la confusión tan grande y tan absurda en la que me encontraba, me invadía también una ligera alegría, muy especial, por el hecho de que fuera como si Yair y yo tuviéramos ya por costumbre mantener unas rutinarias conversaciones matutinas

Se agarró la pilila, se la apretó y miró a su alrededor con una desesperación que me partió el corazón

De repente fue como si el aire se hubiera tensado y se hubiera hecho claro y terso, el viento dejó de soplar, no se movía ni una hoja, así que pensé: ya está aquí

Ahora es cuando se va a rendir, por el pis, no le va a quedar más remedio, pero por lo menos habremos terminado con esto. La verdad es que se fue acercando a la puerta con las piernas muy juntas y dando traspiés y se quedó delante, sin llamar. Conté mentalmente hasta cincuenta, abrí los ojos, y lo vi allí a la puerta, la cabeza gacha, pero sin llamar, sin llamar

La lluvia, la primera lluvia

¿Y qué es lo que me vino a la mente en ese momento? Que hace años Maya

me pidió que le enseñara cómo había que colocarle el pene a un niño en el pañal, si para arriba o para bajo, pide perdón, vociferé, y me mordí con todas mis fuerzas el puño

Unas primeras gotas caen vacilantes sobre las hojas del limonero, y ahora sobre la madre selva y el jazmín. Ahí está ya mojándose la buganvilla. Hoja tras hoja se va limpiando del polvo. Unas gotas pesadas en el cristal de la ventana

Me asusté un poco de las profundas marcas de los dientes y de las gotas de sangre que empezaban a gotear

De golpe arreció, tomó fuerza, rugió, como si todo lo que se había ido almacenando desde principios del otoño, toda esa gran contención

Vi a Ido alzar la cabeza, mirar sorprendido a su alrededor y extender una mano hacia el cielo, sin que yo fuera capaz de entender esos gestos, porque parecía que había iniciado un extraño baile que lo hacía feliz, hasta el punto de que llegué a pensar si no se habría vuelto loco

Abrí la ventana grande y todos los olores de la lluvia entraron en tropel: el de la tierra, la hierba y los árboles mojados por la lluvia. Los aromas de esta lluvia y de las lluvias de otros tiempos. El aroma del aliento de Anita en la lluvia, cuando éramos niñas, a través de los gorros de lana

¡Pero si es lluvia, ya está, ya ha empezado a llover! ¿Cómo voy a dejarlo así en medio de la lluvia?

Unos olores maravillosos emanaban de los lejanos gallineros y de la cuadra de los vecinos. Todo exhalaba a la vez los olores de un parto reciente. También el bosque de Jerusalén verdeaba ante mis ojos, bañado en una neblina lechosa

Pero si se ha quedado debajo del agua, que le resbala por todo el cuerpo, no ha hecho el más mínimo amago de quererse poner a cubierto, puede que incluso esté disfrutando, que entienda que ahora me voy a ver obligado a ceder

Este es el momento al que tanto he temido durante meses, la abundancia contra la que lucha...

Solo entonces se me vino a la cabeza que aquello no era simplemente lluvia, sino que era esa lluvia, ¿quién se hubiera podido imaginar que al final iba a resultar de esta manera? Porque lo que yo había planeado era salir a correr, dejarme mojar bien y gritar su nombre como despedida, entre una mezcla de lluvia y de lágrimas, y en lugar de eso me veo escondiéndome de mi propio hijo detrás de una persiana

La casa temblaba a causa de las fuertes descargas, porque se trataba de una primera lluvia muchísimo más torrencial de lo normal, con truenos y relámpagos, en medio de una repentina oscuridad que había descendido sobre el valle y dos o tres rayos intensamente luminosos que lo atravesaron como unos dedos abiertos mientras yo me decía que todo iría bien. La lluvia había llegado

Tenía ya los pantalones completamente mojados por la lluvia, y puede que también por la orina, pero no dejaba de bailar, de saltar y de alzar las manos

al cielo, como si no notara lo frío y lo mojado que estaba y lo terrible que era estar fuera en ese momento, porque él seguía bailando aunque el pelo también se le pegaba ya a la cara completamente empapado de agua

Sentí un gran alivio, sin motivo lógico alguno. Quizá era esa fe infantil por la lluvia. Ojalá que al final saliera también el arco iris como regalo especial para mí. ¿Cómo estaría yo al final del invierno

Como un loco me puse a correr por la casa golpeándome unas cuantas veces la cabeza con todas mis fuerzas contra la pared, cuando sonó el teléfono, y como sabía que era ella no lo cogí, porque ¿qué podía decirle?

De nuevo me inundó esa maravillosa certeza que ya había sido absorbida por todo mi cuerpo, esa pesadez, ese estado de gracia y de nuevo, como antes, me resultaba difícil sobrellevarla junto con lo que les estaba pasando a Yair y al niño

Me quité también los pantalones, para no estar en ventaja y ya solo en calzoncillos corrí de ventana abierta en ventana abierta mientras pensaba que realmente había perdido el juicio

Estuve llamándolo durante quizá cinco minutos, pero él no contestaba. Quizá había recogido ya al niño y lo había llevado a la guardería, pero en mi fuero interno yo sabía que no. Notaba en una especie de punzadas que él seguía llamándome, la profundidad de su locura me atravesaba como un cuchillo desde la distancia

El pequeño hijo de puta acabó por romperme los nervios. Perdí el juicio por completo, como si se me hubieran roto todos los mecanismos de la

paternidad, que hasta ese momento era la única cosa que creía saber hacer bien

La lluvia había arreciado muchísimo, los solitarios dedos luminosos se habían encogido hasta convertirse en un puño detrás de las nubes y en pleno día reinó la oscuridad de la noche, de modo que me vi repentinamente asaltada por una espantosa sensación de angustia. Veía al niño allí fuera, abandonado, muerto de frío y desnudo. Llamé a la parada de taxis de Giv'at Shaul, pero me dijeron que a causa de la lluvia podían llegar a tardar una hora

Como un estúpido me fui a su habitación y me acosté en su cama haciéndome un sitio entre los osos, los monos y los leones No pienses, me dije a mí misma, déjate guiar por la intuición. Me vestí y salí al encuentro de la lluvia. En un abrir y cerrar de ojos estaba completamente empapada. Ni siquiera me había parado para ponerme algo más bonito. Tampoco me había peinado, ni pintalabios ni nada. No fueran a creer que yo, para que no creyeran

Me cubrí con su colcha hasta por encima de la cabeza y grité con todas mis fuerzas que pidiera perdón y que entrara en casa de una vez, mientras la sangre de la mano manchaba la sábana y volvía a mordérmela

El viejo Mini-Minor estaba bajo la marquesina, dudé un instante para después llegar a la conclusión de que mejor no. Hacía demasiados años que no conducía y ese no era precisamente el momento adecuado, además de que ni siquiera tengo carnet, porque este año ya no me lo he renovado

De pronto me pareció que hablaba allá fuera y me asustó el hecho de que aquel viejo degenerado hubiera podido regresar, que hubiera traído a la policía

Me encontraba dividida entre todos mis deseos, y de nuevo, en medio de la confusión y la angustia, titilaban aquellas palabras nuevas para mí, estoy embarazada, y entonces una gran extensión de vida se abría ante mí, y es que era como si todo el rato yo le estuviera haciendo la misma pregunta a mi cuerpo y este me contestara, sí, mi cuerpo contestaba, sí

Pero solo estaba hablando con el limón seco y le contaba que nosotros decimos que él todo lo hace «expresamente lento», y se contestaba a sí mismo, como si fuera el limón, ¡todavía tenía ganas de teatro! Pensé que ojalá llamara Miriam, el teléfono sonó, lo cogí al borde de un ataque de nervios con la intención de echarle encima todo lo que me tengo guardado desde hace tiempo sobre ella y sobre Amos, su bondadoso marido, porque a ellos nunca les pasaría algo así con un hijo, no, ellos se sentarían y le hablarían tranquilamente y con mucha lógica mientras ideaban juntos alguna fórmula de reconciliación que fuera justa

No entiendes nada

Pero era Maya, que había llegado a Safed y no me encontraba en el trabajo, y que se quedó de piedra cuando se enteró, porque ni se le había pasado por la cabeza que el niño todavía estaba allí

No, este no es el momento para ponerse a recordar cómo se conduce, porque esto es un diluvio y además estoy muy alterada, siete años sin

conducir (de repente me había parecido una insensatez, no me acordaba muy bien de por qué, ah, sí, por miedo a hacerle daño a alguien, porque alguien me hiciera daño a mí y que mi vida ya no fuera la de siempre y toda la carga recayera sobre Amos), y es que justamente empezar ahora en mi estado, sí, en mi estado, nunca mejor dicho

Vacíé en ella todo lo que había ido acumulando, porque a fin de cuentas también ella tenía parte de responsabilidad en lo que aquí estaba sucediendo, porque a ver si no lo habíamos decidido juntos por la mañana, solo que al final siempre me toca a mí castigarlo mientras que ella se va de rositas, y esto de hoy no se le va a olvidar ni me lo perdonará en la vida, y ya desde ahora, en el marco de su breve historia, estoy empezando a ser juzgado y me odiará para siempre por lo que ha pasado aquí esta mañana

Bajo una lluvia torrencial corrí hacia la entrada del *moshav*, pero ahora no debía correr, así que me juré que desde el momento en que el asunto de Yair y de Ido hubiera terminado, empezaría a cuidarme, pero dónde estaba Ana para decirme en polaco que a partir de ahora tendría que cuidarme por dos, y cómo es posible que todavía no hubiera telefoneado a Amos, pero no pasaba ni un vehículo por delante de la puerta y no se veía un alma

Encima me da la tabarra desde Safed y empieza con los mismos discursos que Miriam, que si no hay que forzar demasiado la situación, que si solo es un niño, y que yo mismo me estoy comportando como uno

Ahí, bajo la lluvia, a pesar de toda la angustia que siento, me pongo a reírme de mí misma, porque solo a mí podía pasarme algo así, que de tanto empeñarme, hasta la locura, en una cosa, por estar tan pendiente de otra

persona, no he tenido tiempo de entender lo que mi cuerpo me decía con unas señales tan claras

Creí que me daba algo por el hecho de que pareciera que las dos se habían puesto de acuerdo para regañarme desde lo alto de su sede del tribunal

Calada hasta los huesos y hecha un guiñapo tenía la esperanza de que todo ese nerviosismo no me afectara; intentaba aclararme las ideas pensando en el niño que estaba allí afuera y alejaba como podía los pensamientos acerca de mi completa ceguera y acerca de ese embarazo que me había llegado a hurtadillas cuando menos me lo había esperado

Todo eso está muy bien, corté a Maya, pero Ido es todo un hombre y seguro que entiende muy bien las reglas de esta pequeña guerra, seguro que lo comprende mucho mejor de lo que tú te puedas imaginar, porque claro, ella se crió entre algodones en una casa en la que todo eran parabienes, si ni una sola bofetada le han dado jamás sus padres, aunque tampoco pretendo que lo entienda, porque ninguno de vosotros es capaz de entender nada, en realidad

Cuando vi que nadie se ofrecía voluntario para sacarme de Beit Zait y ya que estaba donde la marquesina, si no lo hacía, no me lo iba a perdonar

Mientras hablaba con ella corrí a la ventana y vi que había vuelto a tenderse en la mecedora, acurrucado mientras balbuceaba algo. Jugaba, en medio de una extraña tranquilidad, metiendo una ramita en las corrientes de agua que bajaban por unos surcos debajo de la mecedora, y pensé si no estaría ya en estado de hipotermia a causa del frío

El viejo Mini arrancó enseguida. Además tenía medio depósito lleno. Amos, Amos, eres el mejor. Qué suerte tengo, qué gafe más afortunada soy

Le colgué a Maya el teléfono y salí corriendo afuera. Por el camino había cogido una manta que estaba encima de la lavadora y se la eché por encima, pero él ni siquiera me miró, lo llamé por su nombre, pero nada, entonces me senté a los pies de la mecedora, en el agua, lo miré y le dije muy bajito, pide perdón

Un extraño pensamiento me cruzó por la mente y es que ahora los iba a necesitar a los dos a la vez, a Amos y a Yair. Que Yair tendría que quedarse conmigo, que ya no podría negarse

También mi tontería quiero hacerte llegar ahora, mi entusiasmo, mis miedos, mis traiciones, mis mezquindades, pero también dos o tres cosas buenas que puede que haya en mí, que se mezclen con todas las tuyas, que forniquen mis miedos y los tuyos, los fracasos a los que nosotros mismos nos hemos arrastrado, porque fracasamos, y fracasamos, corrígeme si me equivoco, corrígeme

Estáte conmigo, resucítame. Dime: Sé luz

Pero si no te he dado nada, solo palabras, y qué pueden las palabras
A veces, por lo visto, pueden mucho. Quizá haya momentos de gracia en que los cielos se abren sobre la tierra

Poquito a poco fui empujando la mecedora hasta colocarla debajo del alféizar de la ventana, para que no se mojara. Una lluvia muy fuerte me caía

encima, y en un instante me quedé helado, mientras Ido me miraba desde la manta y yo me asustaba al creer haber visto que tenía las pupilas turbias

Conduje muy despacio por la rotonda interior mientras rezaba para que no me viniera nadie de frente. Había decidido no pensar en los pasos que había que seguir, sino dejar que el instinto me guiara, porque de repente había puesto toda mi confianza en él, en el instinto

No sé si le costaba identificarme por el aturdimiento que él tenía o si fue por mi aspecto, que era tan deplorable que me hacía irreconocible, pero me di cuenta de que el cuerpo se le tensó en cuanto me vio

Qué suerte que hacía dos semanas que había ido a ver dónde vivía, la calle y la casa, y el camino de la mía a la suya

Como si se aprestara a recibir un golpe de mí, a pesar de que no le he puesto la mano encima en la vida, porque a pesar de todo no soy mi padre

Conduje entre verdaderas cascadas de agua. Pensé en que Yair se me aparecía a veces como la cucharilla que se parte en dos en un vaso de té

Tenía la esperanza de que no se diera cuenta de que empezaban a temblarme un poco los músculos de la cara, como siempre que paso frío, porque yo no puedo estar al fresco

Una lluvia torrencial arreciaba contra el parabrisas, nunca antes había visto Jerusalén de esta manera, tan oblicua bajo la lluvia

Se incorporó un poco en la mecedora y me vio que solo llevaba puestos los

calzoncillos, y entonces me preguntó, sin que yo pudiera dar crédito a lo que estaba oyendo, que si también él podía ir así, si le dejaba que se quitara la ropa, como yo

En mi interior hablaba con el niño, con Ido, ya voy, le decía, aguanta

Entonces inspiré profundamente, y con la poca lucidez que me quedaba le dije, muy tranquilo, que puede que hasta ahora no me hubiera entendido, que quizá era tan tonto como para no entender unas palabras tan simples, pero que si ahora se levantaba, y yo incluso lo ayudaría, y nos íbamos juntos hasta la puerta, llamábamos y pedíamos juntos perdón

Y todo el tiempo sabía, con una claridad espantosa lo veía, que si ese no hubiera sido «el último día» nada de todo lo que estaba pasando hubiera sucedido

Ya no me quedaba elección, ¿qué otra cosa podía hacer? Porque él no estaba dispuesto a oír hablar de ninguna clase de perdón y me pareció que no debía quedarme ni un momento más a su lado porque ya ni sabía lo que hubiera sido capaz de hacerle, así que me levanté, entré en casa, me apoyé en la puerta y vi cómo alrededor de mis pies se formaba un charquito

Pero ¿cuándo habrá empezado esto en mí? ¿Cuándo pudo pasar? Quizá cuando escribía mi diario, en Tel Aviv

Y así, desde la puerta, desde esa distancia, le expliqué que estaba muy equivocado si pensaba que su madre iba a ayudarlo, porque mamá estaba en

Safed y no iba a volver hasta la noche, y ahora estábamos solos los dos, él y yo, sin mamá

¿O fue el día que me dijo su nombre? ¿Cómo será que «eso» ha podido aguantar y sobrevivir a todo su período de mutismo?

Pero él no me contestó, quizá sabía que con eso podía presionarme todavía más, así que le pregunté que si había entendido lo que le decía y que si le quedaban fuerzas para ir de la mecedora a la puerta para llamarla a ella, porque de repente me pareció que la distancia era enorme

¿Puede que sucediera cuando empecé a copiar sus cartas y se nos entremezclaron las palabras? ¿O cuando empecé a escribir mi diario?

Muy despacio me fui resbalando puerta abajo hasta quedar sentado en el suelo, y entonces le expliqué con calma y sosiego que lo que teníamos que hacer ahora era ayudarnos el uno al otro, porque nos habíamos metido en un lío, después te explicaré cómo llega a suceder una cosa así, un día te lo explicaré y tú lo entenderás, y hasta me darás las gracias por no haber cedido

Por un momento me vi en el espejo retrovisor, mojada, la cara llena de brillos, roja la nariz, como siempre se me pone cuando hace frío. Pensé en lo que opinaría de mí, y que además era tan joven

Se bajó de la mecedora y se echó en el suelo delante de mí, a propósito se tendió en el agua, a propósito me dio la espalda, y de nuevo se acurrucó ensimismado y no se movió. Yo había dejado ya de tener frío y me

extrañaba no sentir nada, solo que no se me muriera allí, delante de mis narices

Me apiadé del niño, que como todos los niños debía rendir cuenta de lo que ni siquiera entendía

Por más que lo intentaba no llegaba a comprender cómo algo tan espantoso podía estar sucediendo en nuestra familia y cómo era posible que nadie oyera ni viera nada de lo que aquí pasaba, ¿dónde estaban todos los vecinos o simplemente la gente, dónde?

Corrí, unas escaleras

Me resultaba extraño ver las gotas pegar contra mi cuerpo y no notarlas. La lluvia entraba a raudales dentro de casa, de manera que ya no había dentro ni fuera, y cuando vi que ya no entendía nada, cerré los ojos y me detuve

A mitad de las escaleras que bajan, con una sola mirada, los vi a los dos, a Yair y al niño. Tres pasos los separaban, quizá. Estaban tendidos en el agua, en medio del pequeño jardín, formando un espantoso ángulo porque yacían torcidos, de cualquier manera. Como dos clavos rotos. Yair estaba desnudo, y completamente azul de frío. Las costillas le sobresalían, apenas se le movían y tenía los ojos cerrados con fuerza, bien apretados. Ido estaba tendido junto a una mecedora de bambú, tapado con una manta, y me acuerdo que me sorprendió verlo envuelto y protegido. La lluvia batía contra el muro de la casa y nos salpicaba con fuerza a Yair y a mí. Pensé: al final como al principio nos encontramos en medio del agua, en medio de la historia que él nos ha escrito. Y entonces, por un momento, abrió los ojos, me miró, y volvió a cerrarlos con expresión de dolor. Vi sus pestañas

temblorosas y que estallaba en un llanto como el que jamás en mi vida había oído yo en un adulto, mientras repetía mi nombre una y otra vez, una y otra vez. Y todavía recuerdo que antes de apresurarme hacia el niño, antes de tocar a Yair, la mirada se me fue hacia las manos de ambos, de Yair y de Ido. Estaban azules y transparentes por el frío y se parecían de una manera sorprendente. Unos dedos largos y hermosos tenían los dos, largos, finos y frágiles.

Febrero de 1998

OceanofPDF.com

«En esta novela extraordinaria, Grossman despliega todas sus armas. Es un trabajo de ficción totalmente logrado, un torrente de las emociones más profundas.»

The New York Times. Book Review



Yair, un vendedor de libros neurótico y adoquín, escribe una carta desesperada a Miriam, una hermosa mujer extranjera que encuentra en una reunión de antiguos alumnos. Este acto inocente desemboca en una relación epistolar entre ambos, infelizmente casados y anhelantes de una pasión vital. La correspondencia entre ellos reactivará sentimientos escondidos desde hace tiempo y adquirirá el aire de las confesiones jamás desveladas

David Grossman está considerado uno de los escritores más importantes de la literatura israelí contemporánea y ha sido comparado con Günter Grass y Gabriel García Márquez.

OceanofPDF.com

David Grossman (Jerusalén, 1954) estudió Filosofía y Teatro en la Universidad Hebrea de Jerusalén. Empezó a publicar a comienzos de los años 80, y entre sus influencias ha citado a Sholem Aleichem, Franz Kafka, Heinrich Böll, Bruno Schulz, Siegfried Lenz, Amos Oz y A. B. Yehoshúa. Está considerado uno de los escritores más importantes de la literatura israelí contemporánea. Ha recibido numerosos premios literarios, incluidos los Grinzane Cavour, Mondello, Valumbrosa, Sappir y Man Booker, además de haber sido distinguido con la condecoración de Chevalier de l'Ordre des Arts et des Lettres de Francia. Sus obras han sido traducidas a veintiséis idiomas.

Es autor de *La sonrisa del cordero* (1983), *Véase: Amor* (1986), *El viento amarillo* (1987), *El libro de la gramática interna* (1991), *Presencias ausentes* (1992), *El chico zigzag* (1994), *Entiendo con el cuerpo* (2002) y *La muerte como forma de vida* (2003). Pero destaca, sobre todo, por las novelas *Llévame contigo* (2000), *Gran Cabaret* (2016) y *La vida juega conmigo* (2020).

OceanofPDF.com

Título original: *She-tihyi li ha-sakkin*

Primera edición en esta presentación: abril de 2020

© 1998, David Grossman

© 2010, 2020, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© Ana María Bejarano, por la traducción

Diseño de portada: Penguin Random House/ Yolanda Artola

Foto de portada: © Yuval Yairi

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-663-5405-9

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

OceanofPDF.com

* Mediante la eliminación de alguna de sus letras, el nombre de Miriam, en hebreo, incluye las palabras «agua», «amargura» y «mar». (*N. de la T.*)

OceanofPDF.com

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

OceanofPDF.com

Índice

Tu serás mi cuchillo

YAIR

MIRIAM

LLUVIA

Notas

Sobre este libro

Sobre David Grossman

Créditos

OceanofPDF.com